E. GARCIA VELLOSO

Historia

DE LA

Literatura Argentina

Angel Estrada y Cía.
EDITORES

Historia de la Literatura Argentina

ENRIQUE GARCÍA VELLOSO
Catedrático en el Colegio Nacional de Buenos Aires

HISTORIA

DE LA

Literatura Argentina

BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CIA. — EDITORES
466 — Calle Bolivar — 466
1914

A Enrique Caprile

El Autor.

PROEMIO

Para estudiar el proceso genético y evolutivo de nuestra vida literaria, tenemos que contemplar el cuadro de la sociedad colonial de fines del siglo XVIII que es cuando comienzan a dibujarse los primeros rasgos de la futura nacionalidad argentina.

Resulta fácil restaurar el cuadro y penetrar en el pensamiento de sus personajes fundamentales. Sus creencias religiosas, su organización política, su derecho civil, su economía, son de ayer. De la vida doméstica colonial, nos dan cuenta infinidad de memorias, cartas y páginas históricas escritas por hombres que actuaron desde el virreinato de Vértiz a la Revolución de Mayo. Esos documentos, de escaso valer literario, sirven, sin embargo, poderosamente para que revivamos hasta en sus más pequeños detalles los dolores, los placeres, las angustias, los ensueños íntimos de una sociedad que se había visto aherrojada durante dos siglos, para encrestarse de súbito con todos los prestigios de las almas fuertes.

El estado de cultura de los hombres de la colonia surge de documentos que se hallan al alcance del paciente investigador. No tenemos que descifrar misterios en lápidas ni en medallas, en ruinas, ni en nombres geográficos; no entorpece nuestra tarea la busca ansiosa de textos clásicos o de manuscritos perdidos en los revueltos anaqueles

de una biblioteca de prócer olvidado; el factor idiomático que nos obligaría a estudiar formas sintácticas y rítmicas, tampoco existe, por ser, con ligeras variantes, el castellano de entonces el de hoy. El nudo vital del alma americana ha sido ya desatado por un criterio histórico, del que emergen claridades hasta de sus mismas contradicciones. Lo que hace falta es metodizar el trabajo que ha de permitirnos estudiar cronológicamente a los hombres y sus obras.

Despaciosamente hemos ido acumulando datos inéditos u olvidados, que atañen a la literatura argentina, formando con ellos — podemos decirlo sin jactancia — uno de los archivos biográficos y bibliográficos argentinos más completos.

Se ha escrito mucho sobre los principales cultores de las letras argentinas, y sobre otros que, sin ser principales, ni aun dignos de mención, constituyen el pensamiento básico de nuestra cultura espiritual.

La mayoría de esos trabajos están desparramados en revistas, diarios y libros que yacen en el más profundo olvido, y pertenecen, casi siempre, a la crítica exageradamente elogiosa. Fueron escritos para adular al que triunfaba, las más de las veces, en cosas que nada tenían que ver con las bellas letras, o vieron la luz pública a raíz de la muerte de quien era objeto de la laudatoria.

Inspiran tales ditirambos la genuflexión lacayuna o el llanto sobre el difunto. Si recorremos cualquier antología argentina, nos encontramos con un sinfín de elogios necrológicos. Lo que nos será muy difícil es encontrar la obra de quien los motiva. Son reputaciones inventadas entre los acres olores de los túmulos funerarios, dolores y entusiasmos que concluyen juntamente con los blandones de la capilla ardiente. De ahí, pues, la serie de reputaciones falsas que han monopolizado la admiración de varias generaciones de argentinos.

Es, pues, muy dolorosa la tarea del historiador literario

que recuerda aquella página de Renán, que comienza diciendo: « La critique ne connait pas le respect: pour elle, il n'y à ni prestige ni mystère; elle rompt tous les charmes, elle dérange tous les voiles»...

Pero, así como nos hemos encontrado con reputaciones inventadas, hemos hallado también otras injustamente olvidadas o inconscientemente despreciadas. Esa bibliografía crítica debemos, pues, analizarla con ciertas reservas. Son, en su mayoría, trabajos retóricos a la manera de Pope, Boileau, La Harpe o Hermosilla... guardando distancias; son páginas en las que se echa de ver en seguida al grafómano que escribe para singularizarse en una feria de vanidades subalternas o para satisfacer ingenuos homenajes. De vez en cuando encontramos un remedo de Villemain en una intentona de crítica erudita. Entre todo ese fárrago sólo merecen consignarse los estudios de crítica anecdótica, a la manera de Sainte Beuve, forjados por el peregrino talento de don Juan María Gutiérrez, por el ingenio clarividente de Florencio Varela, o por el juicio ecuánime de Mitre. Más tarde, Sarmiento ofrece su magnífica contribución a la crítica sociológica a lo Guyau, o subjetiva y humorística a lo Hennequin. Pero estos trabajos, como los de Groussac (extraordinarios cuando nos evoca a Andrade o a Mármol), son muy recientes. Nosotros nos referimos a los articulistas de las viejas revistas argentinas o de las vibrantes gacetas anteriores a Caseros.

Más adelante veremos quiénes se han ocupado, entre nosotros, con laudable esfuerzo, de la nobilísima tarea de evocar en conjunto o fragmentariamente momentos de la literatura argentina.

Se necesita un gran equilibrio intelectual y una altísima honestidad para defenderse de las propias pasiones, que en ninguna parte echan mayores raigambres que en el terreno literario. Por eso procuraremos, en todo lo posible, pres-

cindir del juicio adverso o entusiástico de los contemporáneos del autor que analicemos. Estamos firmemente convencidos de que los contemporáneos nunca tienen razón. Nuestro trabajo será de comparación, de inducción y de deducción. Para ello nada mejor que comparar algo con algo, comparar hechos con leyes y ver la «cópula racional entre términos homogéneos», que diría Clarín. Examinando la habilidad técnica de cada escritor y escudriñando las causas y los efectos morales de los pensadores argentinos, desde la colonia a nuestros días, llegaremos a conclusiones críticas que han de informarse en la imparcialidad más absoluta.

Dejemos, pues, de lado la vieja y la nueva bibliografía crítica, para luego aprovechar de ella lo que creamos necesario, y entremos de una vez de lleno en nuestro trabajo.

CAPÍTULO I

LA ÉPOCA DE VÉRTIZ

El virreinato del Río de la Plata. — Buenos Aires. — La siesta colonial. — Fundación del Colegio de San Carlos. — Las Universidades de Córdoba y Charcas. — Transformación del espíritu de la colonia. — La España de Carlos III. — Espíritu progresista de Vértiz. — La imprenta de «Los Niños Expósitos». — Su historia. — Los primeros libros impresos en América y especialmente en Córdoba y Buenos Aires.

Felipe IV decía en 1664 que Buenos Aires iba a ser la ciudad de la América española más apetecida de los extranjeros. ¿Cómo se explicaba el fastuoso monarca este futuro amor de los aventureros por las tierras que baña el Río de la Plata, cuando de aquí no se le podían mandar a España tesoros para pagar los intereses enormes de los usureros venecianos y ginebrinos, que en el siglo XVII eran los prestamistas de su real corona? ¿Acaso en medio de la orgía y la disipación palatina, presintió que el Potosí cambiaría de sitio con el andar del tiempo y que la Pampa echaría fuera, en una exploxión prolífica, tesoros inmensos? ¿Qué noticias, mensajeras de

optimismo, llegaban de Buenos Aires a la Península, para que tales vaticinios se cumplieran al pie de la letra? Es que Buenos Aires fué comerciante desde sus comienzos; es que nació, como dice Juan Agustín García, con el instinto del negocio, «un instinto robusto y enérgico», que se afirmó en el siglo XVII, precisamente en el reinado de Felipe IV.

Los compañeros de don Pedro de Mendoza trajeron consigo, en 1536, caballos y vacas que se desperdigaron por esos campos, en 1541. Cuando Garay reedificó la ciudad soñada por el primer Adelantado, los brutos se habían multiplicado en la extensión pampeana, contribuyendo fundamentalmente a hacer fácil la vida de los primitivos pobladores. La fortaleza de Garay fué ensanchando poco a poco los veinticuatro cuadros de Sur a Norte, trazados en forma de damero. Pero las alternativas de aquel conglomerado no marcaron hasta mediados del siglo XVIII ideales de vida espiritual, ni deseos hacia una mayor cultura. Aspiran los habitantes, simple y llanamente, a la tranquilidad colectiva y al ansia de lucro individual, para poder marcharse cuanto antes a la Península con las faltriqueras bien repletas. A pesar de pertenecer algunos componentes sociales a una civilización superior, aquí se tornan sórdidos o indiferentes. El hombre grosero y de gustos bajunos aparece a poco que se escarbe en el hogar o en el gobierno. Tan sólo en la Iglesia se refugian, a veces, exponentes intelectuales, pero de una intelectualidad dogmática y llena de prejuicios. Y era lógico que así aconteciera, pues la conquista de América

no se realizó con cerebros, sino con audaces espadas aventureras.

Buenos Aires empieza a magnificar su espíritu en momentos que España se tumba a descansar de sus enormes fatigas de los siglos XVI y XVII, tan admirablemente creadores y pujantes. Algo enigmático flota en la ciudad dormida, en sus caserones plateresco, en sus múltiples campanarios y en sus erguidas torres; en su ribera casi desierta y en sus llanuras despobladas. Otros goces y otros deseos parecen querer primar sobre el alma cartaginesa de los criollos e hispano-criollos. Son admirables varones en la pelea; su culto al coraje los domina; son habilísimos contrabandistas; el lucro fácil y rápido los apasiona; son cristianos y de una pieza; el rezo y el amor a Dios les absorben parte del día. Pero, si en la casa hay arcabuces y filosos aceros; si en las arcas y en los odres hay peluconas; si junto a la cama está la imagen del Cristo y en el crucero del templo se ve a las once mil vírgenes, sienten, sin embargo, que algo les falta. El estómago repleto no alcanza a compensar la vacuidad de la cabeza. Quieren instruirse.

Córdoba fué más afortunada que Buenos Aires, pues ya en 1686 tenía un establecimiento de enseñanza superior. Nos referimos al Colegio Máximo de Montserrat, que hasta 1767 funcionó bajo la égida de los jesuitas. Pero las doscientas cincuenta leguas que separaban a este colegio de Buenos Aires, lo

hacían poco menos que inútil para los estudiantes ribereños. Además, sus planes dejaban bastante que desear.

Tenemos que aproximarnos a la época de la fundación del Colegio de San Carlos, para encontrar una institución de enseñanza digna de los anhelos de la juventud porteña. Y es al virrey Vértiz a quien se debe la fundación de ese colegio, en la ciudad donde ya había instituído anteriormente, siendo gobernador, dos cátedras de lengua latina, una de poética y otra de sintaxis y rudimentos, aumentándolas en 1773 con dos cursos de filosofía, y en 1776 con tres de teología, dos de teología escolástico-dogmática y una de teología moral que se substituyó en seguida por cánones.

En la *Guía de Forasteros*, libro del cual hablaremos más adelante, vemos que Buenos Aires tenía en 1773 quince mil habitantes blancos, que arrojaban la exigua población escolar de mil doce alumnos. Se enseñaba de memoria en la Escuela del Rey y en los conventos, especie de seminarios estos últimos, que sostenían las clases con el dinero dejado por el obispo Carranza.

Charcas, Córdoba y más tarde Chile, monopolizan los altos estudios. El 10 de noviembre de 1771, consulta Vértiz á los cabildos eclesiástico y secular acerca de los «medios de establecer escuelas y estudios generales para la enseñanza y educación de la juventud.»

Se abren las aulas del nuevo Colegio de San Carlos en el año 1783, aunque ya desde 1773 se dictaban,

como se ha visto, algunos cursos en el mismo edificio en que se instaló el Colegio, el cual funcionó bajo la dirección del clero secular y la dependencia de los virreyes. En el desenvolvimiento de este trabajo veremos los diversos nombres y cambios que sufrió antes y después de la Revolución de Mayo, el colegio fundado por Vértiz.

Este modelo de mandatarios fué, en el orden histórico, el último de los gobernadores y el segundo de los virreyes de Buenos Aires.

Cuando se hizo cargo de su alto puesto, la ciudad carecía de higiene, de alumbrado, de policía, de educación colectiva, de todo aquello, en fin, que dimana de la cultura social. Fundó un hospital, la Casa de Expósitos, el Asilo de Huérfanos, el Tribunal del Protomedicato, el Colegio de San Carlos, la Casa de Comedias y el alumbrado público. Los habitantes de Buenos Aires, adelantándose al pensador español, habrían podido reparar frente a la primera y tenue olada de luz, «que su estado exterior no era muy brillante, afligiéndose luego de que sus miserias quedasen tan a la vista». «El sol también alumbra, quizá demasiado, dice Ganivet; pero el sol no depende de nosotros. Lo que él descubre, lo descubre sin nuestro asentimiento. Mientras que la luz que nosotros creamos y pagamos, nos hace responsables y nos obliga a ver antes qué es lo que vamos a alumbrar»...

La luz artificial, aunque exiguamente repartida, alargó los días de la «muy noble y leal» Buenos Aires. Los candiles y farolas de aceite de potro aumentaron entre cierta gente actividades desconc-

cidas o imposibles de ser desplegadas durante la «siesta» colonial.

Obligados los viandantes nocturnos a ver lo que alumbraban aquellos candiles, trataron de mejorar las comodidades de la vida común edilicia. El diluvión porteño se transformó, nó solamente en su ejido central, sino que sus beneficios llegaron a la zona suburbana. Y el espíritu que actuaba en los hombres desde que la ciudad tuvo luz, buscó inteligentemente el espíritu que existía en las cosas, encontrándose esos seres con el dilema de actuar sobre la Naturaleza para sacar de ella comodidades imperiosas al cuerpo y al alma, o no actuar sobre ella y disolverse o seguir bostezando durante las horas enervantes de esa «siesta» colonial. Habían vivido hasta entonces anquilosados y se disponían todos, gracias al impulso mágico de Vértiz, a romper el estrecho molde donde vaciaran dos siglos de holganza, sin más paréntesis que sus gallardos triunfos guerreros contra los piratas holandeses y franceses, o contra las aguerridas legiones portuguesas.

Sería enorme injusticia achacar a la idiosincrasia española el atraso edilicio de Buenos Aires, al advenimiento de Vértiz. Los cronistas de Londres y de París nos cuentan horrores de las calamitosas condiciones en que se hallaban esas dos grandes ciudades en el siglo XVIII. Madrid, por su parte, no tenía casi vías empedradas en 1754; el alumbrado consistía en las luces encendidas a las imágenes que adornaban las esquinas de varias calles; no existían más que seis coches de alquiler, pertenecientes a Simón

González, a quien Fernando VI concedió privilegio por los servicios que había prestado en los sitios reales. De ahí que aun en España se llame «simones» a los coches de alquiler. Tenemos que llegar al reinado del gran monarca Carlos III para encontrarnos con los progresos de todo orden, que repercutieron inmediatamente en América, y que revolucionaron á los rutinarios que no comprendían, por ejemplo, el aseo de las calles. Al recibir Carlos III noticias de estas revueltas, cuentan que exclamó: «Mis súbditos son como los niños; lloran cuando los limpian»...

Dentro y fuera del organismo español é hispanoamericano de aquel entonces, se iba a operar una transformación casi total, en sus costumbres, en sus ideas y en sus ideales. Sesenta años mediaban desde la muerte de Carlos II hasta entonces. En 1700 España apenas podía sostener el recuerdo de su pasada grandeza. Su decadencia en el orden político precipitaba la de sus fuerzas morales e intelectuales. La nación que en los albores del siglo XVI se presenta como dueña de los destinos del mundo, vive en las postrimerías del siglo XVII, anémica, indolente y supersticiosa, sin que un solo impulso venga a sacarla de su penoso abatimiento. Los lustros anteriores a Carlos III resultan confusos y pobres. España vacila en avanzar y vacila más en retroceder; es exageradamente devota en la apariencia y terriblemente disoluta en el fondo. Adora la superstición y resulta volteriana; propende a la devoción y lee la Enciclopedia; desea conservar la fe

y se entrega al libertinaje. El augusto solar de Carlos V se ve invadido por soldados de diversas naciones, con motivo de la guerra de sucesión; los luteranos alemanes y los protestantes ingleses conturban algunas almas, hijas de San Ignacio de Loyola; Francia y su corte llevan a la sobriedad castellana costumbres disolutas. El duque de Berwick es el jefe de los ejércitos españoles; el francés Orri y el italiano Alberoni son ministros; el holandés Riperdá, católico, protestante y musulmán, todo en una pieza, ministro también; las buenas intenciones del marqués de la Ensenada se pierden en la intriga de Esquilache... La explotación de América se hace difícil; el comercio en estos países no se realiza por intermedio de españoles, sino por extranjeros, que para cumplir con las reales órdenes, se casaban en Cádiz, después de haber estudiado el arte de traficar en Génova y Holanda. Cuando llega Carlos III al poder, la hacienda está a merced de los malversadores; no hay un céntimo en el erario; no hay artistas, no hay guerreros... El idioma español, antes expresión vigorosa de la vida nacional, había perdido profundamente en su continuo roce con el idioma francés, hasta el punto de que, con otros muchos de sus gallardos y nobles rasgos primitivos, altérase aquella amplitud y sonoridad, aquella flexibilidad de acero, aquella limpidez y aquella tersura de que tan hermoso alarde hiciera en la locución clásica de los escritores de la llamada Edad de Oro. Todo ello, pues, tenía que repercutir, aunque fuera débilmente, en la dormida tierra americana. Por eso el «¡sursum

corda!» de la España de Aranda y de Jovellanos repercutió también, con sacudimiento benéfico, en la América de don Juan José de Vértiz y Salcedo, para crear un ambiente del que habían de surgir forjadores de patrias nuevas.

El origen, la herencia y los antecedentes étnicos, dividen al pueblo de la colonia en seis clases sociales: los «nobles» o españoles propiamente dichos, los «criollos», los «indios», los «mestizos», los «negros» y los «mulatos».

Los nobles monopolizaron los altos puestos de la administración hasta mediados del siglo XVIII, en que comienzan a compartirlos con los criollos distinguidos que saben labrarse una influencia, merced a su talento y a la instrucción que ellos mismos se proporcionan estudiando sin guías, ni profesores.

La vasta extensión del virreinato del Río de la Plata abrazaba, de acuerdo con la real cédula de 1777, la parte comprendida entre la vertiente oriental de los Andes y el océano Atlántico, desde Buenos Aires al Cabo de Hornos, esto es, el Alto Perú (hoy Bolivia), Buenos Aires, el Tucumán, el Paraguay y la Banda Oriental del Uruguay. Tan inmensa zona sólo contaba con un centro social importante: Buenos Aires. Sin embargo, la nueva sede de los virreyes despertaba una intensa emulación en los demás habitantes del resto de América, como si presintieran el magnífico porvenir de este privilegiado pedazo de tierra argentina. Los limeños se singularizaron por

sus envidias hacia la ciudad de Garay. Bien es verdad que la creación del virreinato platino les arrancaba el Potosí...

Veamos, antes de nada, cómo se magnifica la cultura de Buenos Aires pocos años después de haber firmado Carlos III en el Pardo la famosa pragmática que expulsaba a los jesuítas de sus dominios de América e islas Filipinas, ordenando, además, la ocupación de las temporalidades. Para dar cumplimiento a esta parte de la pragmática, se instituyeron, en consonancia con una real cédula, juntas municipales que debían entender en el manejo y en la enajenación de los bienes jesuíticos.

La que se formó en Buenos Aires se daba a sí misma el título de «muy ilustre junta superior municipal, provincial y de aplicaciones». Se componía del gobernador Vértiz, del auditor de guerra y de los señores doctor don Miguel González de Leiva, don José de Gainza y don Manuel de Basavilbaso, en su calidad de síndico de la ciudad. Las tasaciones arrojaron la suma de 277.902 pesos, que producían una renta de 8.113 pesos anuales, provenientes de los alquileres y arrendamientos de las fincas. El predecesor de Vértiz, Bucarelli, no había encontrado un solo maravedí en las cajas de los jesuítas. Tanto es así, que para enviar a los expulsados a España, tuvo que recurrir, en 1767, a un crédito de 228.768 pesos, que espontáneamente y sin interés hizo el vizcaíno don Francisco Antonio de Llano Sanguínez, que era comisario proveedor de víveres en Buenos Aires.

Con la escasa renta de 8.113 pesos Vértiz hizo

maravillas en lo que se refiere a la instrucción pública, probando que para coadyuvar desde el gobierno a los beneficios de la educación, lo fundamental es tener ideas, antes que dinero. La tarea fué difícil. Pero se alcanzó el éxito.

Los pensamientos generosos del cardenal Cisneros se habían disuelto también en la bancarrota espiritual del siglo XVIII español; los viejos claustros de las Universidades de Salamanca, Alcalá y Valladolid, estaban casi desiertos. Las cátedras de teología, de derecho canónico, de medicina, de anatomía y cirugía, de filosofía moral, de matemáticas y de retórica, eran un desbarajuste. El ejemplo de Nebrija, del Pinciano y de Bartolomé de Castro, se había esfumado en las untuosas voluptuosidades de la época de Felipe V. Salamanca tenía en 1566 siete mil ochocientos alumnos. En aquella a que nos referimos apenas tiene mil quinientos.

Cuenta Bobadilla que un viajero italiano que recorrió España en 1756, escribe que no hay nada más lamentable que la Universidad de Sigüenza. Nadie sabe de Newton, ni de Descartes. Sólo se discute sobre teología. Cierto día asiste á una discusión. El orador vociferaba gesticulando como un orate. ¿De qué se trataba? De «Nuestra Señora de las Raíces, una de tantas vírgenes conocidas. El orador quería demostrar que la Virgen de las Raíces estaba «arraigada» en el corazón de todos los hombres»... Sin embargo, entre nosotros fué relativamente fácil implantar un plan de enseñanza con vistas a un suave liberalismo, porque careciendo de antecedentes educaciona-

les, no tenían los hombres de pensamiento, como Vértiz, que luchar con ciertos prejuicios. Tan exacto es lo que decimos, que don Juan María Gutiérrez observa elocuentemente que cuando los ministros de Carlos III intentaron en la Península la reforma de sus Universidades, los miembros de la de Salamanca se hallaban más atrasados en el conocimiento de las ideas de su siglo, que los canónigos del Cabildo Eclesiástico de la Catedral de Buenos Aires. En la vieja casa del conde-duque de Olivares se consideraban las matemáticas como hechicería. En cambio, aquí se las tenía como indispensables. Así vemos con qué facilidad se crean entre nosotros las clases de geometría, perspectiva y dibujo, por insinuación del secretario del Consulado, y cómo se vinculan Belgrano, Cerviño y Alsina, al cariño eterno de los argentinos por la creación de la Academia Náutica.

En el pueblo de San Cosme y San Damián los jesuítas ya habían establecido un observatorio astronómico. El *Lunario* de Suárez da una idea exacta de los progresos que se alcanzaron en el campo de la astronomía por aquel entonces, en esta parte de América.

El Colegio de San Carlos, a pesar de sus muchos defectos, representó para Buenos Aires el comienzo de una gran era intelectual.

Otro progreso extraordinario que se deriva de la administración de Vértiz, y que está íntimamente ligado al desarrollo espiritual de la colonia, es la fundación de la imprenta llamada de «Los niños expósitos».

Se ha escrito mucho sobre la introducción del admirable invento de Gutenberg en América. Entre nosotros, don Juan María Gutiérrez, Mitre, Zinny, Vicente G. Quesada y el chileno Medina, han realizado trabajos de investigación bibliográfica de verdadero mérito.

El Perú tuvo imprenta en 1568 y Méjico en 1571. Los jesuitas del Paraguay imprimían ediciones clandestinas en 1705. En la Habana hasta 1787 no hubo un taller tipográfico. Más adelante veremos cómo Chile introduce la primera prensa en 1811, gracias a tres yanquis audaces, como todos los hijos de la pátria de Franklin, que también fué impresor.

Al enorme talento de los hermanos de Loyola debemos en el Río de la Plata la introducción de tan poderoso factor de la cultura popular. En 1695 el padre José Serrano tradujo al guaraní dos libros: *De la diferencia entre lo terrenal y eterno*, de Niremberg, y el *Flos Sanctorum*, de Ribadeneyra. El provincial Tirso González, viendo que esas obras facilitarían la conquista espiritual de la grey insistió en que debían publicarse. En el mismo imperio jesuítico los indios, con su prodigiosa facilidad para imitar todos los objetos europeos, lograron, después de pacientes trabajos, fundir los tipos. Esto, que parece sorprendente, lo refiere Medina, glosando, a su vez, un libro de Xarque, impreso en Pamplona en 1687, y en la cual obra se consigna que los indios copiaban maravillosamente los misales. En 1705 inauguraron en las Misiones el primer taller tipográfico, que alcanzó progresos rapidísimos en pocos años, a juzgar por las obras que imprimieron, valiéndose, no tan sólo

de los caracteres de estaño, sino de los de madera para las letras capitales y del grabado para ilustrar el texto. El *Vocabulario de la lengua guaraní*, compuesto por el padre Antonio Ruiz, y editado en 1722, y varias hojas sueltas con novenas e historias de santos, prueban tales progresos.

Años después los jesuítas de Córdoba hicieron venir una imprenta para «que facilitase las tablas y conclusiones para los actos literarios, imprimiéndose al propio tiempo las obras que se ofrecieran de aquellos distritos, que muchas veces no se publican ni dan a luz por falta de esta oficina, con dispendio de la cultura de las repúblicas.»

En 1765 llegó la imprenta a Córdoba, y poco después el virrey de Lima, don Manuel de Amat y Junnient, daba permiso para que funcionase. Se publicaron en 1766 las *Cinco laudatorias*, de Duarte Quirós, y se disponían los padres a realizar grandes trabajos, cuando los sorprendió la pragmática de Carlos III, ejecutada al pie de la letra por Bucarelli.

España se jugó en aquellos momentos sus posesiones de América. Si la expulsión de los jesuítas no se realiza entonces, la Revolución de Mayo quizá tiene lugar cien años después...

La imprenta del Colegio Máximo de Montserrat fué arrumbada en un sótano por los frailes dominicos que sucedieron a los hijos de Loyola en la dirección de ese establecimiento de enseñanza. Era ya virrey Vértiz cuando, en 1779, envió a los dominicos de Córdoba la nota siguiente:

«Estoy informado que en ese colegio convicto-

rio se halla una imprenta de que no se hace uso alguno desde la expulsión de los ex jesuítas; que este mismo abandono por tanto tiempo la ha deteriorado sobremanera, y, consiguientemente, que le es ya inútil, y porque aquí puede aplicarse a cierto objeto, que cede en beneficio público, me dirá V. P. su actual estado; si mediante alguna prolija recomposición podrá ponerse corriente, y en qué precio estima ese colegio, en concepto que no se sirve de ella, y al bien y causa común para que se solicita.»

El rector contestó diciendo «que ha encontrado la imprenta en el sótano del colegio» y que costó — agrega — «dos mil pesos, que constan abonados en la última visita hecha por el padre ex jesuíta Manuel de Vergara.»

El padre Porras buscó una carreta, acondicionó en ella todos los enseres tipográficos y los envió á Buenos Aires bajo la custodia de Félix Juárez. Llegó tan preciosa carga al Río de la Plata en febrero de 1780, cobrando el conductor la suma de 40 pesos por su trabajo. El 16 de marzo de 1780 es una gloriosa fecha para la bibliografía rioplatense, pues desde entonces data la primera hoja impresa en la ciudad de Buenos Aires, por más que De Angelis asegure que hasta 1781 no funcionó la prensa traída de Córdoba.

La imprenta de los Niños Expósitos fué instalada primeramente en un compartimiento del Real Colegio, y luego en la esquina de las calles hoy llamadas de Perú y Moreno. Constaba el establecimiento de una prensa de imprimir, de hierro; una de madera,

que de ordinario andaba descompuesta; una pequeña para apretar papel y dos para cortarlo; un «tórculo» grande; cuatro mesas, dos tinajas, una del Paraguay y otra pampa; una piedra de amolar, tablas para humedecer y secar el papel, seis sillas de vaqueta, un martillo, un compás, siete galeras y quince cajas de tipos diversos.

Fué administrador de la primera imprenta Alfonso Sánchez Sotoca, quien dirigió las tiradas del *Almanaque y calendario general* y de *La guía de forasteros*. El trabajo principal de aquel año de 1781 consistió en la publicación de cartillas y novenas de Nuestra Señora del Rosario y Santa Rosa. Más adelante se imprimen *La economía de la vida humana*, *El Catecismo* y *Los siete sabios de Grecia*. Estos libros fueron dedicados por el portugués Silva y Aguiar, sucesor de Sotoca, la virreina, a los Altolaguirre, a Rodríguez de la Vega, iniciando, con muelle adulación lusitana, la serie de «homenajes» bibliográficos en prosa y en verso a todo el que tenía poder o valimiento.

So pretexto de la publicación de la *Novena de San Martín*, le endilga el susodicho Silva Aguiar la siguiente dedicatoria a la virreina:

«Recibe, pues, benigna y generosa,
El corto donativo que os presento,
Que a mucho más se extiende mi cariño,
Aunque a menos alcanzan mis esfuerzos.»

Y luego esta otra al virrey Loreto:

«Espero que V. E. se dignará admitir la cordial ofrenda de mi fidelidad y amor, y que entre sus vastas ocupaciones no perderá de vista la protección

que necesita esta imprenta, fomentándola, V. E., por todos los medios que sean susceptibles a su penetración, siquiera por consistir en ella el reposo y sustento de los desgraciados niños que abandonó la impiedad paterna.»

A pesar de todo ello, poco engordarían los niños expósitos con las vituallas compradas por Silva Aguiar, pues desde abril de 1783 a principios de 1787 la casa ganó 203 pesos y cuatro reales. En esos cuatro años se imprimieron libros de instrucción primaria, avisos de traficantes y de conductores de caudales a Cádiz y una infinidad de jaculatorias. El melifluo lusitano debió de hacer las cuentas del Gran Capitán, seguramente...

Tenemos que llegar a la época de los virreyes Melo y Avilés, para encontrarnos con una bibliografía científica y literaria discreta, de la que hablaremos en el curso de este trabajo.

CAPÍTULO II

Precursores del movimiento intelectual de fines del siglo XVIII en Buenos Aires. — Juan Baltazar Maziel. — Su vida y sus obras. — El destierro. — Rehabilitación del ilustre canónigo.

Así como el ejercicio insistente de un órgano crea habilidades antes ignoradas, la introducción de la imprenta, que comenzó por despertar a media docena de pobres grafómanos, que obsequiaron con sus inspiraciones manidas y sus prosas caquéxicas a los tranquilos moradores porteños, acabó por contar con una serie de publicistas regularmente estimables durante los virreinatos de Vértiz, Loreto y Arredondo, para tenerlos muy buenos desde el advenimiento de Olaguer Feliú, hasta la caída de Cisneros.

En toda época contó Buenos Aires con oradores sagrados eruditos, teólogos y casuistas admirables. Pero fuera del templo las manifestaciones literarias en el Río de la Plata se reducen, hasta 1781, a la obra del soldado alemán Ulrico Schmidel, quien nos refiere admirablemente los incidentes de mayor relieve de la expedición de Mendoza, con el título de *Historia verdadera de un viaje curioso* y a *La Argentina,* de Barco de Centenera.

La primera de estas obras constituye un documento precioso para la historia del Río de la Plata. En cuanto a la segunda, ¡Apolo perdone en su región inmortal al arcediano extremeño sus pesadas octavas reales en mérito de las buenas intenciones que le inspiraron un poema, cuya lectura apenas puede resistirse fragmentariamente!

Los trabajos del padre Lozano y Ruiz Díaz de Guzmán a propósito de la *Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, deben ser citados como antecedentes de la bibliografía histórica de estas regiones, bibliografía que se enriquece luego con los *Viajes a la América Meridional,* de Azara, y que culmina, años después, con las obras de ese mismo género escritas por Francisco Javier Iturri, Julián Leiva y el deán Funes.

Entre los precursores del gran movimiento intelectual de fines del siglo XVIII en Buenos Aires se singulariza el doctor Juan Baltazar Maziel, a quien Vértiz nombra en 1783 primer cancelario del Colegio de San Carlos, por su «notoria instrucción, aplicación y celo por la buena lectura», según vemos en la magnífica memoria del susodicho virrey a su sucesor el marqués de Loreto.

Se ha escrito mucho sobre Maziel. Funes, en su *Historia Civil de Buenos Aires*, se ocupa en el tomo II largamente de tan esclarecido clérigo. *Los Anales de la Universidad de Chile* dedican varias páginas al «ilustre santafecino, honra y prez del claustro»; en las *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública en Buenos Aires,*

don Juan María Gutiérrez le dedica un largo capítulo; en un folleto impreso en Madrid en 1783 se consignan «los grados y méritos del doctor Juan Baltazar Maziel, presbítero, abogado de las Reales Audiencias de Charcas y Chile, y examinador sinopdal del obispado de Buenos Aires»; el doctor Reynal O'Connor publicó en 1893 varios folletones en *El Nacional* y luego hizo con ellos un pequeño libro, que aumentó con nuevos datos en 1904; Mitre y López nos hablan en sus respectivas historias del sabio sacerdote y maestro de la generación que había de surgir a la inmortalidad en el Cabildo Abierto de 1810.

Maziel nació en Santa Fe el 7 de septiembre de 1727. Hijo de un rico maestre de campo, fácil le fué realizar sus estudios en Córdoba primeramente, donde obtuvo el título de doctor en teología, y luego en Chile, donde se graduó en ambos derechos.

A su inteligencia despierta unía una facilidad de palabra extraordinaria, que le sirvió para hacerse admirar en el púlpito y en el foro, descollando entre una legión de verdaderos oradores. Era alto, rubio, de cabellera ensortijada. Gustaba rodear su vida de placeres y comodidades, que aun dentro de su profesión sacerdotal contrastaba con la de los mismos potentados del virreinato. Poseía una gran biblioteca — la más completa de su época — en cuyos estantes se veían muchos libros franceses, que, a pesar de figurar en el *Index,* constituían su lectura favorita. Por su saber, dice el deán Funes, «fué el oráculo de sus contemporáneos.»

La galanura de su estilo cuando escribía en prosa,

se tornaba gárrula en sus escarceos poéticos. Los triunfos de don Pedro de Ceballos contra los portugueses y su entrada en Buenos Aires como primer virrey le inspiran las primeras composiciones en verso. Son dos sonetos y unas seguidillas, de estro pobre y amanerado. Pueden leerse estas composiciones en los *Papeles del doctor Segurola* y la *Donación Olaguer Feliú*, que existen en la Biblioteca Nacional. En esa misma colección figuran unas canciones, precursoras de las milongas gauchas, llenas de ripios, incapaces de ser disimulados ni aun con acompañamiento de guitarra. Echemos un piadoso olvido sobre estas composiciones, bien enterradas en su propia insignificancia, y limitémonos tan sólo a evocar la personalidad de Maziel en todo lo que ésta tiene de augusta y de noble.

Cuenta la tradición que una tarde del mes de noviembre de 1786, cruzaba el virrey Loreto en su carroza por la calle de las Torres en dirección al Fuerte, y al ver que un sacerdote conducía el Santo Viático a pie, le hizo ocupar su asiento. Los escopeteros del Cabildo y la gente de la plaza Mayor se acercaron al virrey para rendirle pleito homenaje y custodiarlo hasta el Fuerte.

A Maziel se le ocurrió en malhora escribir dos sonetos en conmemoración del «bello gesto» del virrey. Y como había imprenta, alguien que creyó ver en esas composiciones envueltas una ironía y una burla hacia el representante de Su Majestad Católica, editó unas décimas que ponían como no digan dueñas al canónigo Maziel. Demás está decir que las tales

diatribas fueron sugeridas por el virrey Loreto. Desde ese momento se enfriaron gradualmente las relaciones entre el maestrescuela y el mandatario español. Se creó una situación tirante que tuvo su desenlace funesto para el pobre Maziel después de la destitución del arcediano doctor don Miguel José de Riglos, pedida por Loreto a causa de supuestos agravios, que omitimos consignar por no creerlos necesarios en este relato. Maziel fué el defensor de Riglos, y puso tal vehemencia en su alegato, que aquella tarde dejó de ser definitivamente persona grata a Loreto, perdiendo en seguida sus puestos de maestrescuela y cancelario de San Carlos.

Descansaba tranquilamente a la hora de la siesta el ilustre canónigo, después de un horrible ataque de gota, exacerbado por la humedad caliginosa de un verano lluvioso, cuando se presentó en el amplio zaguán de la casa de Maziel el capitán Rasoy, al frente de una partida de soldados. En la puerta esperaba un coche.

—Vengo a prenderle, en nombre del virrey,—gritó el capitán.

Maziel se incorporó, preguntando tranquilamente:

—¿Y a dónde van a conducirme?

—Al Presidio.

Así le llamaban a Montevideo.

El canónigo, con toda parsimonia, hizo su tocado, se dirigió luego a la biblioteca, y apartando sus libros más queridos, fué guardándolos tranquilamente en dos petacas.

—¡Listo!—exclamó, y dando la bendición a sus

fieles esclavos, se dirigió al coche que le aguardaba en la puerta.

La triste noticia del confinamiento de Maziel circuló rápidamente por Buenos Aires. «Al primer rumor de este hecho, dice un documento de aquel entonces, todo el mundo corrió a la playa del río para ver lo que nadie quería creer». Los soldados de Loreto depositaron en un lanchón al desgraciado prisionero. Desplegaron las velas, levaron ancla, y tres días después arribó la embarcación a Montevideo. El 15 de enero de 1787 se incautaba el gobernador, don Joaquín del Pino, de tan ilustre expatriado.

Los largos meses de su destierro los ocupó Maziel en vindicarse ante la opinión pública de su afligente situación. Entretanto, el clero de Buenos Aires dirigió al rey una comunicación protestando de la arbitrariedad cometida por Loreto. Decían los compañeros de Maziel: «Todos los clérigos sacerdotes que abajo firmamos, por un preciso estímulo de la verdad, certificamos en la más bastante forma que la conducta del señor maestrescuela, doctor Juan Baltazar Maziel, ha sido y es irreprensible por cualquier respecto que se considere. Certificamos también, porque nos consta que, no avaro de su exquisita literatura, ha procurado difundir sus singulares conocimientos en el clero, tanto en las materias morales y disciplina eclesiástica, como en la historia de la Iglesia y oratoria cristiana, inclinándolo al buen gusto en tan importantes y útiles objetos. Con este fin le hemos visto cultivar una tertulia de eclesiásticos los más hábiles, en la que con frecuencia se

trataba de todo lo que podía conducir a su esclarecimiento, franqueándoles su abundante, copiosa y muy exquisita librería. Luego que con el gobierno del obispado se le proporcionó ocasión de excitar al clero al estudio de las ciencias propias de su estado, estableció en esta santa Iglesia Catedral las conferencias morales que el mismo maestrescuela presidía, y de las que resultaron muy útiles consecuencias en la práctica e iguales progresos en la instrucción de sus individuos. Asimismo certificamos, porque nos consta, que para los estudios de gramática, filosofía, teología y cánones, que, por la expulsión de los jesuitas, se establecieron en el Colegio Real de San Carlos, se le encargó el respectivo reglamento de estas facultades y latinidad, y que, por ser notoria su inclinación al aprovechamiento de la carrera de las letras, se le nombró también por cancelario, para celar la observancia de los mismos estudios, propender al aprovechamiento de los jóvenes y atender a la económica dirección de ellos, como hasta ahora la ha practicado sin sueldo ni participación alguna, sin que sea de extrañar esta circunstancia, cuando es igualmente constante a todo este vecindario su desinterés y ejemplar desapego de los bienes perecederos, como también el amor y buena acogida que han hallado en su corazón los pobres miserables que han llegado a valerse de su protección, no siendo la prenda menos apreciable en el referido maestrescuela el aprecio, estimación y respeto que profesaba a los jueces y ministros reales, ya en darles el lugar que les corresponde, ya en servirles en las

continuadas consultas que le han hecho, fiando á su sabiduría el acierto de las más arduas resoluciones, y ya desempeñando con el mayor lustre la dirección de sus respectivos juzgados. Todo lo cual certificamos, atestamos y aseguramos, como dicho *motu proprio* y por sólo nuestra libre voluntad, movida únicamente por el estímulo y amor a la verdad.»

Reproducimos ese documento, modelo de tan bellas intenciones como de mala literatura, porque en sus párrafos gerundianos, se exterioriza la figura moral del sabio maestrescuela y se sintetiza el alto prestigio que había sabido inspirar por sus virtudes y talentos al pueblo de Buenos Aires.

El virrey no dió curso al petitorio de la clerecía porteña, pero Maziel se dirigió por su cuenta al rey de España en demanda de justicia. Su extenso memorial luce una prosa admirable y resuma sinceridad y sencillez de espíritu en todas sus páginas.

Esperaba sereno la resolución de la corte de España el antiguo cancelario de San Carlos, cuando le sorprendió la muerte, el 2 de enero de 1788, ignorando que con fecha 1.º de septiembre del año anterior le había dirigido el ministro Antonio Porlier, desde San Ildefonso, la siguiente nota:

«Enterado el rey de cuanto expone usted en su representación de 31 de enero próximo pasado, ha resuelto se comunique real orden, como se ejecuta por esta fecha, al virrey de esas provincias, marqués de Loreto, á fin de que reponga a usted en su silla inmediatamente.»

El portador de la real orden que rehabilitaba a

Maziel, fué el obispo Manuel Azamor y Ramírez, venerable prelado procedente del Colegio Santo Tomás, de Sevilla, y de la Universidad de Osuna, de cuyos claustros había sido rector. Durante su permanencia en Buenos Aires contribuyó mucho a la cultura popular. Falleció Azamor el 2 de octubre de 1796. En su testamento dispuso que la magnífica biblioteca que poseía, sirviera de plantel para otra mayor, donde la juventud estudiosa pudiese instruirse.

Poco después de la muerte de Maziel, su pariente don Nicolás del Campo se presentó ante el juez ordinario demandando a Loreto «por daños y perjuicios que irrogara a los suyos el destierro del maestrescuela de la Catedral.»

En 1791 el ex virrey, causante de las desventuras de Maziel, fué condenado a dos mil pesos de indemnización y a que trasladase a su costa a Buenos Aires las cenizas del ilustre sacerdote, que reposaban en Montevideo.

Las principales obras de este precursor de las letras argentinas pueden consultarse en los ya citados papeles de Segurola, en *La Revista de Buenos Aires* (tomo II) y en *La Biblioteca* (tomo IV), donde, además, el señor Groussac le dedica una amable noticia biográfica.

Sus trabajos en prosa de mayor enjundia, son: *Reflexiones sobre la famosa arenga que se hizo en Lima por un individuo de la Universidad de San Marcos, con ocasión del recibimiento al virrey Jáuregui; Consulta sobre los matrimonios ocultos o de conveniencia; Oración fúnebre á la memoria de don*

Pedro de Ceballos, y una colección de *Pláticas dominicales,* un tanto ingenuas y pueriles estas últimas.

Su prosa es ágil casi siempre; los largos períodos corren fáciles, y aun cuando en algunas ocasiones aparecen sus pensamientos simples, y no muy originales, expresados presuntuosamente o revestidos de una pompa retórica propia de quien se sabía de memoria al padre Martín Sarmiento, que tenía un estilo «más hablado que escrito», Maziel se hace acreedor a nuestra estimación y a nuestro respeto.

Hemos dicho en el curso de este relato que la juventud porteña quería instruirse. Si la creación del Colegio de San Carlos fué un resultado de esos vehementes deseos, Maziel fué uno de los propulsores más eficientes en la forma de encauzar los planes de la enseñanza pública. Ya hemos visto que la instrucción se daba hasta entonces en las iglesias y en los edificios convictorios, donde se refugiaban los espíritus selectos. Allí estaban los religiosos batalladores en pro de la fe, lo mismo que en Córdoba y que en las Misiones del Paraguay. No se enclaustraban definitivamente, y así les vemos en sus admirables excursiones ambulativas por los sitios más apartados y recónditos del país, evitando la herejía y llevando, además de la cruz, la civilización. Pero ese sistema de enseñanza, de resultados proficuos en las reducciones de indígenas, resultaba inferior para Buenos Aires, donde ya había un núcleo intelectual capaz de comprender que en los estudios superiores se debían apartar, profesores y alumnos, «de Aristóteles, y seguir a Descartes y Newton», y aplicarse

«a las observaciones de experiencia en que tan útilmente trabajan las academias modernas.»

En menos de un lustro se había trasegado el espíritu español y por lógica consecuencia el hispanoamericano también. «Influye Descartes poderosamente en la filosofía francesa, dice Martínez Ruiz; influye en la española; viva ansia de conocer se apodera de las inteligencias. Cartesianos, maignanistas, gassendistas, todos batallan por la «filosofía moderna». Las peregrinaciones estudiantiles a Chuquisaca son también consecuencia del ansia de saber algo más de lo que se enseña en Buenos Aires. Y en medio de este vórtice febricitante se sientan en la cátedra profesores como Zavaleta, Camacho, Montero y Fernández... Se inicia un ciclo verdaderamente intelectual. Los libros corren de mano en mano; se escribe sobre filosofía y matemáticas, sobre historia y amena literatura; se hacen versos y hasta se tiene un teatro. Este ciclo, que pudiéramos llamar el de don Manuel José de Labardén, comienza con los ensayos poéticos de Maziel, continúa con el estreno del *Siripo;* se intensifica con la fundación de *El Telégrafo Mercantil*, y concluye con los poetas que cantan el triunfo del pueblo de Buenos Aires sobre los invasores ingleses de 1806 y 1807.

CAPÍTULO III

LA ÉPOCA DE LABARDÉN

Las biografías de este poeta. — Rectificaciones. — La vida accidentada de Labardén. — El teatro en Buenos Aires. — Breve historia sobre las primeras representaciones escénicas en el Río de la Plata. — Martín Poblet. — La Ranchería. — Sus opositores. — El sermón del Padre Acosta. — El *Siripo*. — Su estreno. — El indio en la epopeya y en el drama. — Resumen crítico sobre el *Ollantay*. — El teatro precolombiano. — ¿Existe un libro auténtico de la obra de Labardén? — Algunas investigaciones al respecto. — El drama *Lucía de Miranda*. — Asunto y caracteres.

El cetro de la literatura en la época del coloniaje le corresponde a don Manuel José de Labardén, autor de la oda *Al Paraná* y de la tragedia *Siripo*.

Al iniciar, en 1897, nuestras investigaciones referentes a la figura de Labardén y sintetizar nuestra complicada tarea en dos conferencias del Ateneo y en el folleto *La Casa de Comedias*, leímos el largo estudio que en el *Correo del Domingo* le dedicó don Juan María Gutiérrez el año 1866, y consultamos además los *Apuntes biográficos*, coleccionados por el mismo autor en 1860.

El gran crítico, quizá porque escribía diversas obras a la vez, o porque tropezara con dificultades en los desordenados archivos de aquel entonces, cometió muchos errores, de fechas especialmente. Y así como olvidó o equivocó las partidas de bautismo y de defunción de Vera y Pintado, Iturri, Araujo y Pantaleón García, reunió en una sola las vidas de don Juan Manuel de Labardén y de don Manuel José de Labardén. Gracias al ya citado O'Connor, que encontró en los registros parroquiales de la Catedral, la fe de bautismo del precursor de los dramaturgos argentinos, se ha podido esclarecer un error que en nada, por otra parte, inferioriza la obra crítica del poderoso maestro que siempre ha constituído uno de nuestros más puros cariños literarios. El documento dice así: «En nueve días del mes de julio de 1754, con mi licencia, el doctor don Joseph Ignacio Valladares puso óleo y crisma a Manuel Joseph, de un mes de nacido, a quien dicho doctor previamente bautizó el día 11 de junio próximo pasado, hijo legítimo del licenciado y abogado de la Real Academia de las Charcas, don Juan Manuel de Labardén y doña Josepha Aldao. — *B. Joseph de Andrújar* (Catedral al Norte).»

Don Juan Manuel de Labardén, padre del poeta, fué en Buenos Aires uno de los hombres más respetados de su tiempo; ocupó en distintas épocas, y aun simultáneamente los altos puestos de regidor, procurador y auditor de guerra. No contó en ningún momento con una fortuna siquiera mediana, pero supo ahorrar los dineros necesarios para educar dig-

namente a sus hijos. El primogénito — Manuel José — estudió rudimentos en su propia casa, y latín en la Merced. Allí iba por las mañanas y regresaba a la hora de la siesta. Pagaba el padre una pequeña mesada para que le diesen de almorzar los santos mercedarios al joven estudiante de latinidades. Labardén demostró desde su más tierna infancia un humor excelente que supo conservarlo toda su vida, aun en los meses anteriores a su casamiento, que fueron duros y crueles para él y para su prometida, Celedonia Manuela de la Quintana.

Labardén se singularizó desde niño en las conversaciones íntimas por esa gracia eminentemente porteña que tiene la alegría crepitante de la región andaluza y la suave sátira del *esprit* francés[1] Ha abundado siempre entre nosotros el *espécimen* del hombre chistoso que une a la viveza cazurra del gaucho una elegancia espontánea para injertar chascarrillos y cuentos reideros durante la conversación. Sin embargo, no hemos tenido nuestro escritor eminentemente cómico, ni aun dentro de la poesía campera. La vida de Labardén está llena de incidentes epigramáticos, que supo explotar con mediano éxito en ciertos escritos. El ingenio repentista del futuro satírico de los *Papeles apologéticos* sobresalió mucho más en sus diálogos íntimos, y de ello nos da muestra la anécdota perteneciente a la época de su medio pupilaje en la Merced. Cuentan que estando en el refectorio rodeado de compañeros y de maestros sumisos a la disciplina ceremoniosa propia de aquellos días, comenzó a soplar, como en el hueco de una

trompeta, en la cavidad del hueso de la vaca del puchero, huérfano de garbanzos y de carne. Fué grande la extrañeza que causó aquel descomedimiento, y reconvenido por una acción impropia de caballeros, contestó para disculparse: «que estaba llamando a juicio para ver si se obraba el milagro de que se vistiese de carne aquel hueso mondo que le incomodaba en el plato». Por amor a la abstinencia, seguramente, que no por la carestía de la carne, los buenos mercedarios hacían pasar cruentas carpantas a sus educandos. Concolorcorvo nos cuenta en su *Lazarillo de ciegos caminantes* que la carne estaba por aquel entonces en tanta abundancia que se la llevaba «en cuartos a carretadas a la plaza», y si por accidente, agrega, se resbalaba un cuarto entero, no se bajaba el carretero a recogerlo, aunque se lo advirtieran, y aunque por casualidad pase un mendigo, no la lleva á su casa, porque no le cueste el trabajo de cargarla.»

El estudiante de latín resolvió, de acuerdo con su padre, hacer el obligado viaje a Chuquisaca para graduarse de doctor. Ya había rendido sus primeros amores a las musas en unas letrillas gráciles. El arte lo atraía con fuerza irresistible, y más hubiera querido Labardén dedicarse por entero a la literatura que recluirse en la ciudad de la Plata con el objeto de alcanzar las borlas de un doctorado que en lo futuro no había de servirle para nada. La voluntad paterna primó sobre los propios deseos íntimos, y el joven soñador sufrió mansamente las angustias del viaje a las altiplanicies del bajo Perú.

Un año antes de graduarse de abogado recibió la noticia del fallecimiento de su padre. Apresuró las pruebas finales, y en 1778 regresaba a su hogar tronchado, pobre y triste.

Ya se comenzaba a sentir en Buenos Aires el remecer de las nuevas ideas. Tanto es así, que a los pocos meses de su llegada al suelo nativo pudo decir, desde el sitial de los examinadores, en la cátedra de filosofía del doctor Carlos García Posse, «que veía con el más vivo regocijo de su corazón que las ciencias, que en otro tiempo estaban encarceladas en un rincón del Oriente, viajaban por el mundo en libertad. Ellas llegaron, añade, a este suelo y aquí han encontrado la acogida que merecían.»

Nuestro poeta no tenía en realidad el temperamento de un maestro que se siente feliz en la cátedra del Instituto. Prefería las relativas libertades de la docencia artística. Amaba la poesía y especialmente la poesía dramática.

Las palabras «teatro permanente», pronunciadas por Vértiz, debieron causar horror a las beatíficas familias del virreinato y a sus asesores espirituales, que creían, que una casa donde se «echasen» comedias, tenía que ser un antro de perdición. A pesar de los resquemores de nuestros sacerdotes, ya se habían representado obras dramáticas en Buenos Aires a fines de 1747, bajo el gobierno de don Juan Andonaegui, con motivo de la exaltación de Fernando VI al trono de España.

En un documento oficial de aquellas fiestas vemos que se improvisó en el Fuerte un teatro «vestido de

tafetanes muy vistosos y colgaduras de damasco carmesí, que sirvieron para las entradas y salidas que hicieron con tan natural propiedad, que los lances de ternura acusaban igual compasión al ánimo como alegría al gusto de los que miraban». Un segundo cuerpo de este teatrillo se componía, agrega el documento, «de tres arcos igualmente costosos en su ornamentación. Se veía un hermoso dosel en donde estaban colocados dos retratos de los reyes y señores, y en el centro de la cima las armas reales, adornado todo el ámbito de colgaduras, iluminados ambos cuerpos con muchas luces que recibían con gran franqueza la variedad de arañas de plata, cornucopias de cristal, que en uno y otro se habían fijado y reflejaban en los espejos que adornaban el cuerpo alto. Intermediaban uno y otro tres balcones, en cuyos extremos se hicieron dos montes para que ellos se pudieran representar a lo vivo los pasajes de las comedias. Remataban en la cumbre del teatro una cenefá de prolija compostura adornada de encajería de plata, y en la cumbre una corona vestida con igual conformidad.»

En el programa de aquellas fiestas vemos figurar las comedias *Las armas de la hermosura* y *Efectos de odio y amor*, interpretadas por los militares del presidio. Gustaron tanto esas obras, que se repitieron a las pocas noches, juntamente con una ópera cantada por solos y con coros compuestos de indios guaraníes, pertenecientes a los jesuítas. El documento a que hacemos referencia agrega que al final los indios «sainetearon la ópera con bailes muy agradables y cuyas mudanzas eran de particular primor.»

Al primero que se le ocurrió establecer un «corral de comedias» en Buenos Aires, fué a don Eusebio Maciel, de Corrientes, cuya solicitud no hemos podido encontrar en el Archivo de la Nación, donde seguramente se halla.

Después de aquellas representaciones existió con vida fugaz un corral levantado por doce farandule-ros, como los que pinta Agustín de Rojas en el *Viaje entretenido,* y que representaron *Primero es la honra*, *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea.*

El conde de Schack, Ticknor, el citado Rojas, Martínez de la Rosa, Moratín y especialmente Sepúlveda, en «El corral de la Pacheca», nos han descripto hasta en sus más insignificantes pormenores los improvisados tabladillos, «Patios» y «Corrales», donde el «bululú», el «ñaque», la «gangarilla», la «garnacha», la «farándula» y la «compañía»,

sin más hato que un pellico,
un laúd, una vihuela,
una barba de zamarro,
sin más oro, ni más seda

iban campo traviesa improvisando dramas y comedias en que ya

había galán desdeñado
y otro que querido era;
un viejo que reprendía,
un bobo que los acecha,
un vecino que los casa
y otro que ordena las fiestas...

Los «corrales» eran patios traseros de casas, que

sirvieron en un principio, antes de consagrarse al último objeto, de almacenes de madera. En el fondo estaba el escenario; la mayor parte de los espectadores ocupaban el patio, y los asientos preferentes eran las ventanas del edificio y de las casas inmediatas.

El escenario y el patio carecían de toldos, y por lo tanto, no resguardaban del sol ni de la lluvia, y si el tiempo era malo, se interrumpían las funciones o se mojaban los cómicos y los espectadores.

El «Corral Porteño» parece que se construyó en la calle de Santa Lucía (hoy Sarmiento), a cuatro cuadras de la plaza Mayor. La «farándula» estaba compuesta por una dama y tres niños que hacían papeles de mujer, y ocho actores, procedentes dos de ellos del teatro del Príncipe, de Madrid. La dama se llamaba Rosalía Castro y Retortillo, y los principales actores, esto es, el «barba» y el galán, Eusebio Serrezuela y Mateo Casas. La dama murió aquí, de hidropesía el 5 de julio de 1758. Casas llegó a ser, en el Río de la Plata, uno de los más célebres contrabandistas de su época. De los demás faranduleros no tenemos noticia alguna.

Teatro, propiamente dicho, no hubo hasta que el virrey Vértiz ideó la construcción de la «Ranchería», en el paraje que ocupaba la plazoleta del mercado del Centro, en la esquina de Alsina y Perú, y que hoy atraviesa la Avenida diagonal.

A pesar de las resistencias que tuvo que vencer el virrey, la obra se llevó a cabo rápidamente, gracias al alarife Francisco Velarde, que en la solicitud

con que acompañaba los planos, se «comprometía a levantar un coliseo con todo lo necesario para echar loas, comedias y entremeses, y con las comodidades que por merecimiento de su cultura se hace acreedor el vecindario de la sede virreinal del Río de la Plata.»

Vértiz, en su célebre memoria al virrey Loreto; Wilde, en su libro *Buenos Aires desde setenta años atrás;* don Juan María Gutiérrez, en sus estudios sobre Labardén; y Juan Cruz Varela; Mariano J. Bosch, en sus *Apuntes del teatro y la música en Buenos Aires;* y Manuel Bilbao, en su voluminosa obra *Buenos Aires desde su fundación a nuestros días*, nos hablan brevemente de la primera casa de comedias establecida entre nosotros. Mitre y López rozan incidentalmente el tema al relatar los últimos años de la dominación española en el virreinato.

Los buenos deseos de Vértiz no pudieron culminar al instituir las representaciones teatrales, por la oposición que tenazmente hiciera la gente de iglesia. Ni el letrero *Ridendo corrigo mores*, que figuraba en el bambalinón de la embocadura del escenario; ni los beneficios que aportarían las entradas de la taquilla a la Casa de Niños Expósitos, lograron apaciguar a los adversarios de las representaciones teatrales en Buenos Aires. La campaña oposicionista al liberalismo de Vértiz, comenzada sordamente en el cuchicheo de los confesonarios, tuvo por fin su estallido ruidoso en el púlpito, como veremos más adelante.

Los primeros actores que trabajaron en la Ranchería fueron aficionados. Más tarde se mandó traer

un bululú de Valencia. Pero ninguno de los nuevos intérpretes logró entusiasmar a los espectadores como Martín Poblet, que era una especie de hombre-orquesta, por la abundancia de habilidades escénicas que poseía. Recitaba y cantaba con singular donaire y «en lo cómico como en lo sublime, en lo sainetado como en lo patético, encariñó al público.»

En vano el virrey, el intendente de la ciudad y las personas más caracterizadas del gobierno, con sus respectivas familias, se propusieron que el teatro constituyese una de las diversiones predilectas de la ciudad, que sólo mataba sus ocios en las corridas de toros y en los paseos dominicales por la alameda; en vano se escogió un repertorio selecto y moral que pasaba por el fielato de los hombres que navegaban entre dos aguas, esto es, entre Vértiz y sus adversarios; el teatro languidecía y el virrey, para no echar al barato los nueve mil pesos invertidos en la construcción de la «sala de espectáculos», resolvió instituir los bailes. ¿Fué este acuerdo una simple áncora de salvación administrativa, o envolvió una picante reprimenda a ciertos tartufos que lo rodeaban?

En realidad, ¿el pueblo de Buenos Aires era de una moralidad espartana en todas sus esferas sociales? No. Fuera de los hogares tradicionales, regimentados a la usanza castellana, existían elementos que vivían entregados a los vicios capitales. El contrabando de pellejos de vino, de España y de las Azores, facilitaba el alcoholismo; la promiscuidad del barrio del Pecado traía aparejadas las aventuras de

Cupido. ¿Acaso la creación de la Casa de Niños Expósitos y el aumento pavoroso de sus asilados — 2.017 chicos fueron depositados en el torno desde el año 1779 al 1800 — no nos dicen bien a las claras que el amor clandestino y la paternidad vergonzante reinaban en todo su apogeo?

Un mandatario de largas vistas debe encauzar hasta los desmanes del vicio. Así, pues, Vértiz, mató hábilmente los peringundines y los bailoteos trágicos de los suburbios de la ciudad, localizándolos en la Ranchería, bajo la tutela policial.

Con ese objeto se arrendó el teatro en dos mil pesos, y hasta autorizó que los bailarines fuesen trajeados de disfraz. El tango

«Déjame deseo,
que me bamboleo».

y la canción del *Numustuné*, que decía:

«Más te quisiera
Si la madre que tienes
Tin, tirín, tin, tin,
Moliné, moliné,
Pardium, pardium,
Codornium, codornium,
A la rueda del molino,
Numustuné
No la tuvieras».

enloquecieron de gusto a los danzantes de aquellos días.

Todo marchaba como en el mejor de los mundos, hasta que se le ocurrió, en un rapto de desespera-

ción, a fray José de Acosta subir al púlpito, después de una gran fiesta religiosa, para pronunciar un terrible sermón en contra de los bailes de la Ranchería. Dijo: «Hermanas mías... ¡no, ya no sois mis hermanas! ¡Estáis impuras!... ¡Os advertí cómo, a la sombra del gran Omnipotente, era gran culpa buscar las ocasiones de pecar, y habéis insistido en ir!... ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué endemoniada sierpe se ha apoderado de estos pobres corazones, que sólo á Ti pertenecían? ¡Cómo se han marchitado con la lasciva danza las cándidas flores que te daban a porfía! en ese lugar de liviandad y locura se han perdido las almas... Por eso lo fulminaste tú, Señor, con el fuego, y en él perecerán los pecadores.»

Cuenta la tradición que la vehemencia con que dijo el franciscano Acosta su discurso, produjo pánico en el auditorio. Agrégase que hubo hasta mujeres desmayadas. En una vieja revista, en la que un autor anónimo glosa la tradición histórica con documentos auténticos de la época, leemos que el gran virrey, que era un regalista de la vieja escuela y sabía, como Carlos III, «donde terminaba el derecho del sacerdocio y donde comenzaba el suyo como magistrado político y civil», se dijo a sí mismo: «el púlpito debe ser como la lanza de Aquiles, que tenía la virtud de cicatrizar las heridas que causaba. Si un fraile franciscano ataca mis máscaras queridas, es preciso que otro del mismo hábito las defienda y deje airosos mis mandatos: *similia, simílibus.*»

El virrey ordenó al guardián de San Francisco «que enviase a Catamarca inmediatamente a fray José

Acosta, por sedicioso, y que en el mismo púlpito otro padre de la comunidad destruyese el efecto del sermón anterior.»

El padre Oliver capeó el temporal valiéndose de símiles graciosos, y sin dar mayor importancia a lo que había declarado su severo hermano, probó «que el señor Baile puede contraer matrimonio con la señora Devoción». Más tarde los fiscales de las Indias, que entendían en tan sonado asunto, pidieron penas sin fin para el padre Oliver, que había pintado «un maridaje sacrílego y burlesco, ajeno a la majestuosa gravedad del púlpito».

Todos estos incidentes debieron cortar las alas a Labardén, que había tenido intenciones, según su propia confesión, de dramatizar para el «bululú» de la Ranchería *La muerte de Alejandro* y *La pérdida de Jerusalén,* ciñéndose a la tradición de Tancredo.

Sin embargo, sus entusiasmos de hombre de teatro, falsamente apagados, se exteriorizaron años después, con el *Siripo,* tragedia en tres actos y en verso, inspirada en los fastos de la conquista del Río de la Plata.

La situación financiera del poeta era angustiosa. Su madre tuvo que pedir una pensión al virreinato, y, de acuerdo con los derechos de viudedad, se le acordaron setecientos cincuenta pesos anuales, imputados al montepío de ministros.

Labardén no se había inscripto en Buenos Aires como abogado. ¿Para qué, si los honorarios se cobraban en especies? Hay litigante que paga a su defensor con dos gallinas...

La leyenda de la inopia que sigue a los escritores y artistas españoles de los tiempos pasados como la sombra al cuerpo, también se une a la vida de Labardén. Martínez Ruiz, resumiendo frases que respecto a la propia pobreza han escrito en sus obras los clásicos, trae a colación aquella de Cervantes que dice: «Esto del hambre, tal vez hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa»; Agustín de Rojas cuenta que vivió de limosna, y «faltándome esto, agrega, no sé si quité capas, destruí viñas y asolé las huertas»; a lo que responde don Antonio de Solís: «Estoy en estado de salir en coche, porque tengo muchos acreedores que harán reparo en mí si me ven con zapatos nuevos». Y don Luis de Góngora: «Yo ando que es vergüenza, de vestido, con la misma ropa que el invierno, que diera calor a no estar rota. Estoy para echarme en un pozo, según me fatigan acreedores. Ha sido menester vender un contador de ébano para comer estas dos semanas». De ahí, pues, que no pasme la enorme producción de aquellos ingenios, que si no escribían no comian; de ahí, pues, que Moratín, al hablar de Lope, dijera, que el fénix de los ingenios forjaba una comedia «después de oficiar misa, mientras le calentaban el almuerzo.»

Aquí, Labardén no tuvo un Mecenas, ni pudo ser paje o capellán de un gran señor, ni tan siquiera traficar con los ciegos rezadores «vendiéndoles romances á ocho reales.»

El *Siripo* debió dormir largo tiempo su sueño de gloria en la gaveta destartalada de Labardén. Se sabe

que en las tertulias de Maciel se leyeron las principales escenas de esta última tragedia, que tuvo su aureola de triunfo mucho antes de ser llevada a las tablas.

La pobreza de su autor no dejaba de contribuir grandemente al retraso del estreno en la Ranchería. Hacían falta decoraciones, atrezo, trajes, todo, en fin, el elemento de visualidad *sine qua non*, la tragedia histórica no llega a sacudir el alma colectiva.

Dentro del medio colonial no deja de ser una excepción, muy digna de tenerse en cuenta, el surgimiento de un autor dramático, aun considerado como consecuencia de una raza de aventureros, soldados, navegantes, hombres de acción, en suma, que, como observa Azorín, en *El alma castellana,* llevaron a la literatura la acción que explica el florecimiento del teatro en el siglo de Oro.

Poco teatro conocería Labardén. El exiguo caudal bibliográfico que estudió en Chuquisaca, se componía de dos obras griegas de Esquilo y de Sófocles, que no nombra, de *La Anlularia* y *Los cautivos,* de Plauto; la tragicomedia de *Calixto y Melibea* (que en realidad no puede considerarse como pieza de teatro); *La venganza de Tamar* y *La villana de Vallecas,* de Tirso de Molina; *La vida es sueño* y *La gran Zenobia,* de Calderón; *El Tejedor de Segovia,* de Alarcón, y media docena de autos sacramentales y de loas, cuyos títulos no enumera. Todos estos libros pertenecían al padre Valdés, «descubridor» del *Ollantay,* «drama quichúa de la antigua América». El argumento de esta admirable obra, relatado hábilmen-

te por el mismo Valdés a Labardén, que no conocía el idioma de los Incas, debió producir honda emoción en el espíritu del épico cantor de la tragedia de Lucía Miranda.

Ahora bien; es imposible hablar del *Siripo* sin unir la personalidad del autor al *Ollantay,* monumento extraordinario de arte dramático, atribuído a un exponente anónimo de la civilización del maravilloso imperio que se extendía desde las riberas del Ancasmayu a las de Maulí. Y es imposible, porque esa obra, y no otra, incendió la primera llamarada del genio dramático de Labardén.

¿El *Ollantay, Ollanta* o *Apu-Ollantay,* como le llama don Vicente Fidel López en su *Races Ariennes du Perou,* es realmente una composición literaria anterior a la conquista?

Pí y Margall cree que sí, por lo clásico de su lenguaje, la índole de sus versos, la estructura general de la obra, la naturaleza del asunto y el orden de ideas en que la acción se desenvuelve.

Nosotros nos atreveremos a disentir, modestamente, con el ilustre historiador, después de haber leído y estudiado las traducciones que del *Ollantay* hicieron, en 1865 José Sebastián Barranca, y José Fernández Nodal en 1875. Hemos cotejado, además, estas versiones con las de J. J. Von Tschudi, Gabino Pacheco Zegarra y la que hizo en verso el limeño Constantino Carrasco, en 1876.

Después de pacientes estudios hemos llegado a estas conclusiones: que el *Ollantay* es una magnífica supercheria literaria del padre Valdés.

Evidentemente los Incas tuvieron músicos y trovadores («haravecus»), dentro de su poderosa civilización. El historiador Garcilaso, en sus *Comentarios Reales* (parte primera), al hablar de la literatura quichúa, se expresa en estos términos: «Los «Amauttas», que eran los sabios, no carecían de habilidad en la composición de comedias y tragedias, las cuales se representaban en los días de fiesta y de grandes solemnidades, ante los reyes y señores de la corte. Los actores no eran villanos, sino Incas, nobles hijos de curacas y aun los mismos curacas, capitanes, y, en fin, maestros de campo. Esto era porque la representación se hacía sin disfraces, pues el argumento de las tragedias versaba siempre sobre hazañas militares, sus batallas y victorias, y sobre las proezas y glorias de soberanos y héroes pasados. Las comedias se referían a la agricultura, a las labores del campo, a las cosas del hogar y a la vida de familia. Cuando acababa la representación, los actores volvían a sus puestos, donde estaban sentados, según su jerarquía y sus empleos». Más adelante, agrega: «No se habrían mostrado menos capaces para las ciencias, si se les hubieran enseñado, como lo prueban las comedias que en muchos lugares han representado; así ha sucedido que algunos aficionados, religiosos de las diferentes órdenes, y, sobre todo, de la Compañía de Jesús, han compuesto, con el objeto de predisponer favorablemente a los indios a la concepción de los misterios de nuestra santa religión, comedias destinadas a ser representadas por los mismos indígenas, pues estos religiosos saben, en efec-

to, que esos pueblos solían representarlas en tiempos de sus reyes incas, y han notado que se hallan dotados de habilidad y de talento para todo lo que les quería enseñar. Así es cómo un padre de la Compañía de Jesús compuso una comedia en loor de la Santísima Virgen. En Potosí se hizo representar un diálogo sobre la fe en presencia de más de doce mil indios. En el Cuzco también se representó otro sobre el Niño Jesús, en la ciudad de los Reyes, en presencia de la magistratura, de la nobleza y de una multitud de indios. En las localidades que acabamos de citar, los jóvenes indios representaban sus papeles con tanta gracia y encanto en el lenguaje, con tantos ademanes y acciones tan discretas y decentes, que el público quedaba encantado y lleno de regocijo; su voz en los cantos era tan suave y conmovedora que muchos españoles derramaron lágrimas de júbilo al ver la gracia, la habilidad y las excelentes disposiciones de esos pobres indiecillos, y llegaron a cambiar por completo la opinión respecto a los indios, a quienes hasta entonces habían tenido por ociosos, groseros y estúpidos.»

Vemos, pues, que los Incas exteriorizaron formas de teatro, antes y después de la conquista española. Según Prescott, «la misión de compilar los anales del país no estaba exclusivamente reservada a los amauttas»; este deber también estaba, en parte, impuesto a los «haravecus» o poetas, quienes escogían los acontecimientos más brillantes como tema de los cantos que componían para ser entonados en las grandes fiestas y festines del Inca. Así es cómo

llegó a formarse una colección de poesía tradicional, análoga a la que forman las baladas inglesas y los romances castellanos, y de ese modo los nombres de multitud de jefes bárbaros, en vez de perderse en el olvido por falta de un cronista, eran transmitidos en alas de una melodía rústica a las generaciones posteriores». «Fuera de estas composiciones, agrega el gran historiador a que hacemos referencia, los peruanos mostraban mucha disposición para las representaciones teatrales, las que estaban lejos de ser estériles pantomimas, que divierten sólo la vista, y que servían de pasatiempo a más de una bárbara nación. Hoy carecemos de medios para poder juzgar de la ejecución de esas piezas; era probable, como hay que esperar de una nación aun no enteramente formada, que dicha ejecución fuera un tanto grosera; pero fuese cual fuere, la concepción solamente de un espectáculo de tal naturaleza es ya una prueba de cultura intelectual.»

Hemos traído a colación esas páginas de dos de los más eminentes historiadores de América, que nos hablan en forma indubitable del avanzado desarrollo de la poesía dramática en el imperio de los Incas, y hacemos caso omiso de otras autorizadas opiniones como las de Cantú, en su *Historia Universal,* Anchorena en su *Gramática quichúa,* Lorente en su *Historia Antigua del Perú,* el ya citado López en sus *Races Ariennes,* etc., que nos prueban lo mismo, para evidenciar, nosotros lo fácil que le sería al padre Valdés, nada más que con los antecedentes relatados por el Inca Garcilaso y por la tradición

oral, convencer a sus contemporáneos de la autenticidad del *Ollantay,* autenticidad que desde luego casi nadie puso en duda, en Europa, pero sí en América, especialmente entre nosotros la autorizadísima pluma de Mitre, y en el Perú la de Ricardo Palma.

La tesis de López asentada sobre la amistad de su ilustre padre con Valdés, quien le aseguraba que el drama era muy antiguo; la misma opinión de Mariano Moreno, que también conoció al descubridor de *Ollantay* en Charcas, y sobre todo la más minuciosa de Barranca, que necesitaba hacer el reclamo a su traducción, no nos prueban absolutamente nada. Dice Barranca que no se descubre en el drama la menor alusión al cristianismo; que sus versos encierran voces quichúas que han desaparecido ya; que la sociedad que figura en la obra es enteramente pagana; que la división del argumento no es de manera alguna conforme á las reglas del drama moderno, etc.

Lo que no nos dicen los defensores de la autenticidad incásica del *Ollantay* es que «quipucayamos» (encargados de los «quipus», enjambre de hilos de diversos colores, cada cual con nudos de diferente naturaleza en que consistía la escritura de los Incas), han conservado hasta la época del padre Valdés el drama que nos ocupa. La leyenda del «hurahuicu» que lo sabía de memoria; el encuentro del manuscrito con caracteres latinos en el convento de Santo Domingo del Cuzco, erigido sobre las ruinas del famoso templo del Sol, son cosas que carecen de fundamento serio, a pesar de que consta el nombre

del artista de Munich, que descifró el códice del *Ollantay*.

En la traducción hecha por Fernández Nodal, bajo los auspicios de «La Redentora», institución peruana compuesta de filántropos para mejorar la suerte de los aborígenes, está publicado el drama en quichúa y en castellano. Tiene este rótulo: *Los vínculos de Ollanta y Cusí-Kenyllor, ó el Rigor de un padre y la magnanimidad de un monarca.* Se le atribuye a Antonio Valdés, cura de Sicuani, contemporáneo a la insurrección de Tupac Amaru en 1781.»

El nombre de la obra, traducido al pie de la letra: *Los vínculos de Ollanta y Cusí-Kenyllor, ó el Rigor de un padre y la magnanimidad de un monarca*, está diciendo que su autor ha leído obras dramáticas españolas del siglo XVI y especialmente algún dramón galicado de aquellos de mediados del siglo XVIII que habían de estravasar todo buen gusto, años después, con Comella, frente al arte sereno y a la indignación de Moratín.

No sabemos el quichúa, pero tenemos el suficiente oido para darnos cuenta al leer el *Yaraví*,—esa especie de melancólico idilio que según Palma, refleja el carácter sombrío y soñador de la raza—que los poetas incásicos desconocieron en absoluto la rima regular, a pesar de la riqueza de sus terminaciones y subfijos idénticos. La rima—está perfectamente probado—no entró nunca en la índole de los poetas quichúas que sólo hicieron versos «blancos».

Copiemos, cualquiera de las cuartetas de la escena primera. Dice así:

«¡Ama Inti munachunchu.
Chayñeman churacuhuanman!
Incac ususip camanman
Manam manchacusumquichu?

cuya equivalencia en castellano, según Nodal, es:

¡Que Febo no lo quiera
Hacia allá mi marcha hacer!
¿De la hija de un Inca digno ser
Temor no te da siquiera?

La rima, pues, está cantando que se trata de una obra del siglo XVII ó XVIII, si no abundasen además para apoyar esta tesis, la distribución de los personajes entre los cuales aparecen la inevitable Estrella de las comedias clásicas españolas, Salla o sea «la dueña»; Pieligero, trasunto fiel y acabado del escudero de Lope, de Calderón, de Tirso, y sobre todo del de Fernando de Rojas en *La Celestina ó historia de Calixto y Melibea*, cuya escena primera entre Calixto y su servidor Sempronio, ha sido calcada por el autor de *Ollantay* para la primera escena del drama indio, entre el protagonista y Pieligero. ¿Y acaso la escena entre Ollantay y el Astrólogo, no es otra imitación de la de Calixto con Celestina, la inmortal zurcidora de voluntades?

Agréguese a todo lo enunciado la intervención del Coro en forma exactísima a la usada en la tragedia griega y nos convenceremos fácilmente de que el *Ollantay* es una maravillosa falsificación magnificada del bárbaro teatro incásico, pero nunca un producto genuino de su vida pre-colombina. La leyenda de Ollanta, es auténtica y hasta habría sido dramatizada

antes de la conquista, pero no en la forma admirable de que hace gala el ejemplar del padre Valdés. Agréguese a todo lo expuesto que no se han encontrado quipus ni mucho menos ejemplares con caracteres latinos del *Uscapaucar,* del *Titu Cusi-Yupanqui,* ni tan siquiera de *La muerte de Atahualpa,* que se representaba en la Octava de Corpus, desde 1601 a 1787, y sí el manuscrito de una obra dramática que honraría cualquier gran ciclo literario de los tiempos antiguos y modernos. Tiene, pues, razón el general Mitre cuando dice que en torno de esta composición se ha formado, a manera de vegetación parasitaria, una literatura artificial.

De cualquier manera, el *Ollantay* acusa la existencia misteriosa ó clandestina de un enorme autor dramático, por la grandeza de sus escenas, por la pintura de caracteres, por las pasiones encontradas, por la filosofía rebelde que en forma conturbadora expresan los personajes fundamentales de la fábula, y sobre todo, por su grandioso final.

Era lógico, pues, que el padre Valdés sugestionase al joven poeta argentino relatándole las angustias de Estrella y los amores desgraciados del revolucionario Ollanta, y le despertase sus aficiones dramáticas. Según se colige, por una carta de Labardén al canónigo Maziel, ya en Chuquisaca el autor del *Siripo* hizo un ensayo teatral sobre un episodio de *La Araucana,* de Ercilla, ensayo que olvidó con otros papeles en la ciudad de La Paz, al emprender su regreso a Buenos Aires.

El *Siripo* estuvo listo para ser llevado a las tablas,

en 1787, pero no se estrenó hasta el domingo del Carnaval de 1789. Se volvió a representar muchas veces, en Buenos Aires y en Montevideo, después de la Revolución de Mayo. En los anuncios teatrales que insertan los periódicos de 1812 a 1816 le vemos figurar con grandes subtítulos que encarecen la bondad de su argumento y la inspiración de sus versos.

Poseemos una hoja anunciadora del teatro Argentino, correspondiente a la función de gala del 28 de mayo de 1813, en que se representó *Siripo* como complemento de los festejos populares en conmemoración del tercer aniversario del Cabildo Abierto de 1810.

Sin embargo, esta tragedia ha mantenido una especie de fama inédita para las generaciones posteriores a la creación de la Sociedad del Buen Gusto, que desde el mes de julio de 1817 hasta la presidencia de Rivadavia contribuyó de una manera eficientísima al desarrollo del teatro entre nosotros, como lo veremos más adelante. ¿Existe un ejemplar íntegro del *Siripo?* Menéndez y Pelayo en su *Antología de Poetas Americanos,* al estudiar la personalidad de Labardén, dice que esa obra se ha perdido. Don Juan María Gutiérrez en el *Correo del Domingo,* de 1866, publica con algunos comentarios el segundo acto, afirmando que ese «copione» está corregido de puño y letra de su autor. Don Andrés Lamas asegura en un párrafo incidental de uno de sus escritos, que poseía en su archivo el ejemplar íntegro. Don Vicente López dice que su hijo Lucio lo tenía entre ciertos legajos pertenecientes al año 1820.

Durante mucho tiempo buscamos inútilmente la copia del *Siripo* en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y en la de Montevideo. Hicimos además prolijas investigaciones en los archivos teatrales de los cómicos viejos. Sabíamos que don Juan Orejón había comprado en Concordia un baúl de obras dramáticas manuscritas, que pertenecieron a la copistería del famoso actor Pedro Delgado, quien a su vez, se las había alquilado a otro no menos famoso en el Río de la Plata, llamado Hernán Cortés. Parece que en una de esas excursiones desgraciadas tan comunes en la vida azarosa de los cómicos, Hernán Cortés no pudiendo pagar su cuenta al hotelero de Concordia, le dejó en rehenes parte de su equipaje y de su archivo, asegurándole que después de una temporada en Paraná saldaría religiosamente su deuda.

En 1885 don Juan Orejón llegó a Concordia y al pretender instalarse en el hotel, fué recibido malamente por el dueño que había jurado no tener más en su vida trato con cómicos, como no le pagasen por adelanto. Y agregó: «hace veinte años que estoy esperando a Hernán Cortés». El maestro y director de orquesta don Avelino Aguirre que nos relataba este incidente, preguntó si se refería «al que quemó las naves», respondiéndole el fondero que su Hernán era un histrión trapisondista que le había dejado el equipaje y «unos libracos que para maldito lo que servían». El empresario Orejón no tan sólo le pagó por anticipado el hospedaje de todos sus cómicos, sino que también adquirió los cajones del susodicho Hernán Cortés.

En cierto momento que buscábamos datos referentes a los viejos coliseos porteños posteriores a la tiranía, solicitamos a don Juan Orejón el catálogo de su archivo para reconstruir con los repartos manuscritos de las obras, las temporadas de la Alegría y de la Victoria. Cuan grande no sería nuestra sorpresa, al hallar en la letra S el nombre de *Siripo*, con este agregado: «drama antiguo en tres actos y cinco cuadros». Pedimos incontinenti ese ejemplar que después de una prolija busca nos envió Orejón con la siguiente carta que copiamos de nuestro archivo: «Muy querido amigo: el pobre Cazulo ha revuelto Roma con Santiago para encontrar el libreto de *Siripo*. No podíamos dar con él porque estaba cosido con dos obras más: la tragedia *Molina*, también de un autor argentino y un sainete que no tiene título, pero que debe de haber sido escrito a principios de este siglo. Le mando solamente el *Siripo*, que hacía de emparedado entre esas dos obras. Sé que los libros que se prestan no se devuelven jamás. Por eso prefiero regalárselo y además porque puede serle a usted más útil que a mí. Le advierto que saldría una zarzuela grande, de mucho éxito. Partimos el 15 para Chile. Ordene a su afmo. amigo y s. s. q. b. s. m.—*Juan Orejón*.—Buenos Aires, octubre de 1897».

El ejemplar que poseemos del *Siripo*, tiene 128 páginas de letra española muy menuda. Está fechada la copia en Montevideo, el año 1818. En el reparto figuran en abreviatura, varios nombres de actores; tiene tres sellos, uno dice Morante, otro Del-

gado y un tercero «Archivo lírico-dramático de Juan Orejón».

Leímos los tres actos con verdadero interes. Pero nuestra decepción no tuvo límites, cuando al cotejar los fragmentos que analiza Gutiérrez, con las situaciones dramáticas similares del ejemplar que acabábamos de poseer, no encontramos un solo verso igual. ¿Los fragmentos que publica Gutiérrez eran apócrifos? No nos atreveríamos a aventurarnos en tal suposición. ¿El famoso crítico había sido engañado o él mismo, con el afán de glorificar a Labardén escribió esas escenas y se las atribuyó al ilustre representante de la musa colonial? Afirmar cualquiera de las dos suposiciones era un cargo de conciencia, tratándose del glorioso maestro a quien tanto deben la bibliografía y la historia literaria de América.

Un ejemplar del *Siripo* estaba en nuestra mesa de trabajo, con su papel amarilloso, sus repartos, sus sellos... El nombre de Morante no era desconocido para nosotros. Cómico peruano, había trabajado desde muy joven en Lima, luego en Chile y hasta 1823 en Buenos Aires. Juan Ramón de Rojas lo cita; López lo elogia; José Antonio Wilde lo incluye en la lista de los principales actores que trabajaron después de la Revolución... Agréguese que la tragedia que habíamos leído nos resultaba vigorosa, interesante, y ajustado su argumento a la tradición del Fuerte Sancti Spiritus. Resolvimos seguir investigando.

Años después, encontramos en la Biblioteca Nacional un drama histórico en cinco actos y en verso,

titulado *Lucía de Miranda.* Lo firma Miguel Ortega y tiene el siguiente colofón: «Buenos Aires, imprenta del Porvenir, 1864». En cuanto leímos las primeras escenas, nos dimos cuenta de que se trataba de una reproducción casi *ad litteram* de nuestro supuesto ejemplar auténtico de la tragedia de Labardén.

¿Quién era este señor Ortega? En todos los índices bibliográficos y catálogos de librerías porteñas, que hemos examinado pacientemente, no encontramos su nombre. Una nota crítica de Navarro Viola, anunciando la aparición del drama *Lucía de Miranda* nos dice por fin, que Miguel Ortega había publicado el año 1863 con iniciales, *El Gaucho.* Lo leemos luego y nos resulta tan inferior, que no tenemos empacho en declarar que *Lucía de Miranda* es lisa y llanamente un plagio de la copia que nosotros poseemos. El estro que forjara las estancias prosaicas y ripiosas de *El Gaucho,* no puede haber inflamado el intenso fuego de amor salvaje que corre por las escenas de este drama.

En tales condiciones, pues, resulta difícil vertir un juicio crítico sobre la tragedia de Labardén. Conocemos su argumento, sabemos que su éxito artístico fué grande durante cuarenta años; sabemos que existe un fragmento que reputa auténtico don Juan María Gutiérrez; poseemos una copia íntegra de un *Siripo* autenticado por el sello de Morante; pero todo cálculo y análisis fracasan ante ese ejemplar de Miguel Ortega. Para resolver la cuestión, tendríamos que tildar de supercheria literaria el fragmento hermosísimo que analiza Gutiérrez y declarar luego plagiario de La-

bardén al autor de *Lucía de Miranda*. Renunciamos a la empresa, y por el momento preferimos sintetizar, ajustándonos a la tradición periodística, el argumento de *Siripo* y referir los incidentes de mayor relieve anteriores y posteriores a su estreno.

Labardén considera el asunto de la tragedia que nos ocupa «destituído de recursos, pues no tienen en él cabida los auxilios de la pompa palaciega, ni los rasgos mitológicos». Añade que por ese mismo motivo apuntado, lo adoptó «para hacer prueba de sus facultades inventivas, de manera que ensayando su ingenio pudiese ocuparse con desahogo en empresas más brillantes». La tragedia del Fuerte Sancti Spiritus, relatada brillantemente por el deán Funes, ha sido extractada por el señor Juan José García Velloso en la siguiente forma, que, por otra parte, está en un todo de acuerdo con nuestro ejemplar de 1818: «Tras dos años de formidable lucha, y sintiendo Gabotto, sin duda, el dolor de la nostalgia, volvió la proa de sus bajeles con rumbo á España, dejando el Fuerte Sancti Spiritus bajo la custodia y mando del capitán don Nuño de Lara. Entre aquella falange de valientes existían dos seres cuyas almas latían con la fe de un amor sublime; Lucía Miranda y Sebastián Hurtado, esposos, cuya unión había santificado la iglesia mucho antes de venir a América. Lucía Miranda, la Inés de Castro del Río de la Plata, como le llama Mitre, era una mujer, que, con decir que había nacido en Andulucía, está hecho el elogio de su gracia y arrebatadora hermosura, y era, además, «arca santa», en la cual

se conservan unidas la belleza del cuerpo y la belleza seráfica del alma. Lucía Miranda, ese ejemplo de amor conyugal y de virtud ferviente, sufría con resignada paciencia la amargura de una vida aislada, pero sin entibiarse absolutamente nada el amor a Hurtado, que le pagaba con iguales transportes de entusiasmo y de cariño. Marangoré, el jefe de la tribu vencida, se encontraba presa de la mayor desesperación. Desde el fatal instante de su derrota, y, como en el fondo de los volcanes la lava, bullían en su alma dos pasiones: odio al conquistador, cuya bravura venía á disputarle sus seculares dominios, y amor hacia Lucía, hacia la diosa blanca de sin par belleza, por cuya posesión estaba dispuesto a sacrificarlo todo.

El salvaje, como pago a su amor, sólo llega, después de reiterados empeños, a obtener el convencimiento de que la virtud de Lucía era invencible; y entonces jura vengarse de los desprecios recibidos y vuelve a su campo para concertar el modo de llevar a cabo el exterminio de los que guardan el tesoro que tanto codicia.

Allí, en las soledades de su aduar, pide consejo a su hermano Siripo; cuéntale con caldeada frase las penas que lo devoran, y de común acuerdo conciertan el plan siguiente: apenas asomase la luz del alba, Marangoré se presentaría en el Fuerte acompañado de treinta mancebos del Timbú, los cuales irían cargados de víveres que ofrecerían a los españoles. Aceptada la ofrenda y una vez dentro del Fuerte, Marangoré atacaría repentinamente a sus des-

armados e inermes enemigos, y Siripo, convenientemente apostado en las inmediaciones, protegería con tres mil de los suyos la traición concertada, que tendría seguramente por fin exterminar a los contrarios y robar a Lucía, así como también a las demás mujeres que a los cristianos acompañaban.

El plan no podía ser, ni más oportuno ni de más fácil realización, sobre todo, si se tiene en cuenta que en aquellos momentos los españoles carecían de vituallas y se encontraban con menos tropas de defensa que la ordinaria, pues el gobernador Nuño de Lara había, días antes dispuesto una expedición, que, remontando el río, asegurase la conquista de nuevos territorios, y confiado el mando de las tropas al esposo de Lucía, el capitán Hurtado.

«A una traición, dice el historiador Funes, era a lo único que aquel'os salvajes podían apelar, porque un traidor era lo único que en aquellos tiempos temía un español»; pero es el caso que, desgraciadamente, la traición dió sus frutos; Mangora ó Marangoré se presenta en el baluarte; habla con lealtad fingida; acepta Lara con gratitud sincera los presentes; bríndale con un puesto en su modesta mesa, y falto de la prudencia que el sitio y la ocasión exigían, ofrece además al cacique y a los suyos, por ser llegada la noche, cama donde reposar de las fatigas del viaje.

Lo que había de suceder, sucedió; aquella franca hospitalidad tuvó por recompensa la más negra de las alevosías y la lucha fué tremenda. Los españoles se defendieron con heroicidad; el mismo Marangoré

cayó muerto a un golpe de la tizona de Lara, que poco después sucumbe también; y Siripo, reforzando la mermada hueste de los suyos, concluye por incendiar el castillo y apoderarse de un rico botín, del que formaba parte, con otras mujeres, la desgraciada e infeliz Lucía.

Sigue después en el drama la pintura del regreso de Hurtado, cuyo dolor «fué igual a su sorpresa, cuando, después de encontrar ruinas en vez de la fortaleza, buscaba a su consorte y sólo tropezaba con los despojos de la muerte.» Pero, en vez de acobardarse, y aun sintiendo que el corazón se le moría, lánzase en busca de su esposa, sin desalientos de ninguna clase, no tan ligero como su alma, que desencadenada del cuerpo, desembarazada de la torpeza de los sentidos y con el calor de los últimos besos de la partida, volaba en busca del nido en que le aguardaba, quizá sin el perfume del honor, su dulce compañera.

Al fin, la encuentra, pero esclava del salvaje furibundo y sufriendo los más crueles dolores.

Su situación está pintada, sobria y admirablemente, en este párrafo que copio literalmente del citado historiador argentino:

«Una chispa, dice, escapada de las cenizas de Marangoré prendió en el alma del nuevo cacique Siripo, en el momento mismo que vió a Lucía; él creyó de pronto que aquella cautiva haría el dulce destino de su vida. Se arrojó a sus pies, y con todas las protestas de que es capaz un corazón que hierve, le aseguró que era libre siempre que consintiese en

hacer felices sus días con su cuerpo. Pero Lucía estimaba en poco su libertad y su vida para que quisiese salvarlas a expensas de la fe conyugal prometida a un esposo que adoraba. Con aire severo y desdeñoso rechaza tal proposición y prefiere una esclavitud que le dejaba entero su decoro.

A partir desde el instante que Hurtado se encuentra con Lucía, la tragedia adquiere un interés extraordinario. Despiértanse los celos más desesperados en el alma de Siripo, y decreta inmediatamente la muerte del odiado rival.

Entonces Lucía, por salvar a su esposo, renuncia al tono altivo con que trataba al salvaje; llora, suplica, ruega y consigue la revocación de la terrible sentencia. Pero con una condición: que los esposos han de renunciar para siempre al lazo que los une y que Hurtado ha de tomar mujer nueva entre las que viven en la tribu. ¡Promesas vanas! El cariño se sobrepone a todo, y el aparente despego de Lucía desaparece para dar lugar, durante las ausencias de Siripo, a escenas en que brilla con la misma intensidad de siempre la fidelidad que tenía jurada de por vida al desgraciado capitán. Conocidos los extremos a que llegaba pasión tan inextinguible, por denuncia de la más despechada de sus mujeres, el cacique manda arrojar a Lucía en una hoguera y hace que su esposo sucumba bárbaramente asaeteado.»

A juzgar por los documentos autógrafos de la época del estreno de *Siripo* y por los comentarios que sus representaciones posteriores motivaron entre los hombres más distinguidos y las hojas

impresas de Buenos Aires, la obra de Labardén emocionaba extraordinariamente, tanto por su acción llena de elementos teatrales de primer orden, como por sus tiradas de versos inspirados, armoniosos y simples.

Al estreno de Labardén concurrió en pleno lo más granado de la sociedad porteña, con sus autoridades a la cabeza.

El virrey Arredondo no asistía de a diario, como Vértiz, al teatro, pero, sin embargo, hizo cuanto pudo para que progresasen las representaciones dramáticas, y al efecto encargó a Madrid y a Valencia, que por aquel entonces eran las plazas preferidas de los cómicos españoles, un centenar de obras de Lope, Calderón, Tirso, Moreto, Rojas Zorrilla y Alarcón, las que, manuscritas o impresas, llegaron a Buenos Aires a bordo del bergantín *Gloria,* a principios de 1789, consignadas al oidor, marqués de la Plata.

Siripo se representó precedido de una loa en verso, escrita expresamente por el mismo Labardén para exaltar los beneficios a que se hacen acreedores «los pobrecitos niños expósitos, cuya suerte está ligada, no tan sólo a nuestra imprenta, sino también al teatro». Los borradores de esta loa fueron remitidos al oidor susodicho, quien, ni corto ni perezoso, contestó al pie del manuscrito diciendo que sus páginas tenían «mucho de la impiedad y libertinaje de los filósofos de esta era, entregada a su capricho y corrupción. Se ve derramado, además, el espíritu de «Rusó», sin que se ataquen las máximas

de Acracia (personaje de la *Loa),* con todo el nervio correspondiente, para extinguir y aniquilar el veneno que difunden». El tufillo a Juan Jacobo, que exhalaba la loa, perturbó grandemente al buen oidor, que sólo era revolucionario en materia ortográfica, apareciendo como un cultivador del fonetismo al suprimirle a Rousseau cuatro letras del apellido...

En la loa, que se llama *La Inclusa,* se ve efectivamente la influencia del *Emilio.* En una carta de Labardén a don Manuel Basavilbaso, curándose el poeta en salud, le dice: «Sírvase usted insinuar al censor que de todo corazón pongo sobre mi cabeza el bollo de su censura, que aprecio con coscorrones y todo, y que me haga la merced de pasar su mano muy urbana por *La Inclusa,* que no dudo le agradará por la circunstancia de que, a pesar de mis pocos años, trato más de ser útil que dulce, pues bien se ve que yo no tengo que ir a forjar *a posteriori,* como Ariosto, alegorías morales para disculpar el desperdicio del tiempo de cantar locuras.»

Tanto la loa, como el *Siripo,* entusiasmaron aquella noche al enorme público que se había congregado en la Ranchería.

Después de tan gallardo triunfo Labardén fué el hombre de moda en el virreinato. Ya contaba con grandes simpatías populares desde 1786, en que escribiera la *Sátira,* que figura en la *Colección de varios papeles apologéticos en prosa y verso, que, en ocasión de haber encontrado al Santo Viático, y seguídole el acompañamiento del real estandarte, ha corrido en Buenos Aires este mes de noviembre.*

Tales versos satíricos tienen gracia y a veces una cierta punzante ironía, cuando dice el poeta, refiriéndose al motivo de sus estrofas:

«Sabe la causa, sabe que tu ofensa
Se mezcla de mi patria con la injuria,
Por alguno que apoca tu despensa,
Y que entre la carnívora centuria,
Que evita de su gula los desmayos,
Disfrazaba en obsequio la penuria;
Al reclamo hospital de tus lacayos,
No sólo buitres, como yo creía,
Sino también acuden papagayos.

Tú no ignoras, señor, que el otro día,
Entre sabios y necios comensales,
Que corteja y tolera tu hidalguía,
Algunos de Helicón, seudofiscales,
A par de los relieves de tu mesa,
Parto prematuro que abortó la priesa
De quien, por otra parte, no se olvida
Que no es la de un soneto poca empresa,
etcétera, etcétera.

La arremetida en contra del «perulero», autor de las diatribas en verso, a propósito de los ya citados sonetos de Maziel, que exasperaron a Loreto, le granjeó muchos admiradores entre el elemento porteño, que no podía permitir que «un emigrado de Lima insultase a un paisano predilecto de este suelo.»

A pesar del éxito de *Siripo*, el autor no afianzó sus condiciones de dramaturgo con otra obra. Se limitó a cultivar las musas en breves renglones, destinados casi siempre a poner de relieve ante la dueña de sus pensamientos las desventuras del «amor sin esperanza», que persiguen en cierto momento

como una obsesión de cursilería a todos los poetas que se han prendado de una prima.

Por el parentesco consanguíneo que existía entre Labardén y su novia Celedonia Manuela de la Quintana, tuvieron que presentarse los futuros contrayentes, el 27 de febrero de 1792, al Cabildo Eclesiástico, solicitando dispensa. El 14 de agosto de aquel mismo año se expidió, por fin, el Cabildo, pero aun faltaba la licencia, que hasta el 11 de abril de 1793 no les fué concedida, y eso con esta retahila de penitencias: «Cada uno de los contrayentes deberá, durante diez y seis días rezar el rosario a María Santísima y ayunar los viernes; no pudiendo esto último, harán las oraciones de rodillas; que Celedonia vaya ocho días consecutivos al hospital de San Miguel, para servir la comida a los enfermos pobres, haciendo cada vez una cama; que Manuel vaya ocho veces al hospital de los Betlemitas, a lo mismo, además de sus correspondientes camas.»

Una vez que se casa, Labardén cambia de manera de pensar. Su idealismo juvenil truécasele en un materialismo exagerado, al darse cuenta de que en lo futuro no satisfará el hambre de la prole con décimas y sonetos. En una carta que escribe a Florencio de Anaya, en contestación a la pregunta de que si debía mandar su hijo a que terminara sus estudios en Chile, le aconseja lo aplique a asignaturas que tengan atingencia con el comercio, «pues llegan días muy duros para los filósofos y literatos». Más tarde agrega: «La teneduría de libros fija, naturalmente, las ideas, enseña a discurrir con precisión y a comparar ganancias y pérdidas.»

Por aquel entonces ya se había extinguido definitivamente el teatro de Vértiz, pues el 16 de agosto de 1792 se incendió a causa de un cohete disparado en el atrio de la iglesia de San Juan, que yendo a caer sobre la techumbre de paja seca, la hizo arder en breves instantes, arrasando además todos los compartimientos de la Ranchería, con su archivo de obras, su utilería y depósito de telones. No tenía, pues, Labardén perspectivas de otros triunfos escénicos; su profesión de abogado no significaba nada dentro de las necesidades económicas, acrecentadas con la constitución de su nuevo hogar; conseguir un puesto público que estuviese en consonancia con su renombre, era un tanto difícil. Resolvió marcharse de Buenos Aires á la Colonia del Sacramento, a desempeñar, lejos de su círculo y de sus cariños, el puesto de mayordomo ecónomo de la iglesia que allí se estaba construyendo. Bien mirado, el puesto, aunque aparentemente subalterno, le resultó una «canongía», porque a los pocos meses ya era propietario de una casa, que compró en seiscientos pesos faertes a don José Nevares. ¡La mayordomía eclesiástica, en cuanto a utilidades materiales, le había sido más propicia que las musas!

CAPÍTULO IV

Fundación del *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiógrafo del Río de la Plata.* — Bibliografía de la Imprenta de los Niños Expósitos, hasta ese acontecimiento. — El coronel Cabello y Mesa. — La oda *Al Paraná.* — Prego de Oliver. — Muerte trágica de Labardén.

Desde su traslación a la Colonia no encontramos noticias de las aficiones literarias de Labardén, hasta la fundación del *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico é Historiógrafo del Río de la Plata.*

Este acontecimiento, realmente importante en la vida del periodismo argentino, tuvo efecto el 1.º de abril de 1801.

Hasta entonces la imprenta de los Niños Expósitos sólo había seguido publicando trabajos de muy relativo mérito artístico.

En la serie de libros religiosos y letrillas de santos hay ligeras excepciones, como el bello sermón de *Nuestra Señora de Guadalupe,* del reverendo padre Laureano, y la *Memoria*, que leyó el licenciado don Manuel Belgrano, abogado de los Reales Consejos y secretario del Real Consulado de esta capital, en la sesión que celebró la Junta de Gobierno el 14

de junio de 1798. Por lo regular la bibliografía de esos tiempos se reduce a versos compuestos por «hijos de María Santísima de la Merced» o de «Santa Rita», de cuyo ingenio poético dará muestra la estrofa siguiente:

Bizcocho cocido al fuego
De tu amor en tus entrañas,
Con dulce, que al que te gusta
Nunca ofendes ni empalagas;
Y amasando pan con leche,
De una Virgen Soberana,
Famoso vino que engendras
Sólo vírgenes y castas; etc.

O barbaridades de igual jaez, como esta otra:

Ven a mi pecho, vida de mi alma...
Blanco manjar, que de leche
Virgen, de harina floreada,
Con carne de Ave María
Se hizo tan gustosa masa, etc.

O esta «a la abogada de los imposibles»:

El día que os bautizaron,
De vuestra boca advirtieron,
Que abejas blancas salieron
Donde un enjambre formaron;
Y en él se miró cifrada
La dulzura que atesora
«Sednos nuestra interesada»
Rita bien aventurada.

A la exigua lista de las ya citadas buenas obras impresas en Buenos Aires en los últimos años del siglo XVIII, debemos agregar, la oración que pro-

nunciara el deán Funes con motivo de las exequias de Carlos III; una *Aritmética Práctica* y las primeras guías de forasteros, pacientemente escritas por Araujo, y reimpresas años después con nuevos datos, que hoy son de una utilidad preciosa para quien quiera estudiar ciertas fases de los últimos años de la dominación española en el Río de la Plata.

Si la bibliografía casera se resiente de pobreza mental después de la beneficiosa del virreinato de Vértiz, en cambio llegan a Buenos Aires en todos los correos, libros importantísimos que han de contribuir a despertar a las inteligencias y a las conciencias argentinas que pisan los umbrales del siglo XIX con el vago convencimiento de otro destino. Y esa progresión de las ideas, adquiridas en los libros, fué, según Monteagudo, en razón del impulso que habían recibido del espíritu humano, y que puesto en movimiento en todos los ámbitos del territorio, demostraría que las resistencias y las dificultades no hacen sino doblar las energías.

Todo hombre joven o viejo de alguna representación social en el virreinato coleccionaba libros. Rápidamente se multiplicaron las bibliotecas caseras, en una ciudad donde las de Azamor, Maziel o Claudio Rapigliosi, constituyeron verdaderas excepciones. Contribuyó mucho al constante recibimiento del «terrible papel impreso», que tanto perturbaba a ciertos mandatarios aferrados al prejuicio, el establecimiento de correos trimestrales desde el puerto de la Coruña a Buenos Aires.

Hasta entonces el correo había sido monopolio de

los Galíndez de Carbajal, quienes, por cédula del 14 de mayo de 1514, obtuvieron el oficio de correo mayor de Indias y tierra firme. Dos siglos después, el rey Carlos III, previo un arreglo con los Galíndez, cuyas generaciones habían seguido explotando la conducción de correspondencia entre América y España, decretó, el 1.º de julio de 1769, la restitución del correo a la Corona, dejando de ser «una fuente de recursos, explotada por particulares en detrimento del servicio público», y ordenando al mismo tiempo que se cobrase la mitad de la tarifa que regía hasta entonces.

El primer teniente de correo mayor de Buenos Aires fué don Mateo Ramón de Álzaga, y el primer administrador don Domingo Basavilbaso.

La real cédula de Carlos III disponía que la correspondencia era inviolable, pero, sin embargo, los paquetes de libros pasaron en América por un fielato minucioso, hasta 1798.

Cuéntase que José Antonio Rojas tuvo que tramar una curiosa conspiración contra la aduana inquisitorial de Chile, para introducir un centenar de libros. Les hizo mudar los rótulos substituyéndolos por nombres de obras anodinas, o que no estuvieran en el Índice romano. Gracias a esta estratagema entraron en Chile las obras de los enciclopedistas, que ya habían llegado por el Norte a la biblioteca del canónigo Terrazas, en Chuquisaca, y que aquí yacían selladas por los golillas en los cajones pertenecientes a la sucesión Maziel, cuya testamentaría aun no se había resuelto.

La aparición del *Telégrafo* levantaba una nueva plataforma para los hombres estudiosos de Buenos Aires. Su fundador y director fué el coronel don Francisco Antonio Cabello y Mesa, natural de Extremadura, y no del Perú, como creen algunos historiadores. En Lima había podido apreciar el éxito de *El Mercurio Peruano,* y se proponía de todas veras con más buena voluntad que talento, reproducirlo en el virreinato del Río de la Plata.

Presentó el proyecto de la «primera publicación periódica y de la primera sociedad literaria» al virrey Avilés, en un petitorio que es imposible leerlo sin reirse a pesar de las excelentes intenciones que acusan sus párrafos de enrevesada sintaxis y calamitosa ortografía. El marqués de Avilés pasó al Real Consulado, con fecha 27 de noviembre de 1800, ese documento acompañándolo de la siguiente nota: «El coronel don Francisco Cabello se ha propuesto establecer en esta capital una sociedad Patriótica, Literaria y Económica; e ínterin pueda verificarse bajo reglas y seguridades necesarias con vistas del plan y constituciones de ella, que ha ofrecido formar y presentar, le he concedido licencia para hacer y publicar un *Telégrafo Mercantil, Rural, Político é Historiógrafo del Río de la Plata*, de cuyo objeto se impondrá V. S. por los adjuntos ejemplares de su análisis y papel, que á este efecto ha puesto en mis manos. Y siendo constante el infatigable celo con que S. M. procura el mayor adelantamiento en las ciencias y artes, recomiendo a V. S. esta empresa, como tan propia para lograrlo, y tan conforme a los

objetos de su instituto, a fin que franquee al autor todas cuantas noticias y auxilios necesite y sean del resorte de ese tribunal para asegurar así los útiles efectos a que se dirigen sus tareas. Dios guarde, etc., etc.» Este documento pasó a informe del síndico don Ventura Marcó del Pont, quien el 16 de febrero de 1801, aconseja la protección y ayuda a ambas ideas, proponiendo además que se le asigne una cantidad anual a la Sociedad Literaria y que se subscribiesen diez y nueve ejemplares para los miembros del Real Consulado y su archivo. La Junta de esta institución se adhirió entusiastamente al informe del síndico y en una breve y conceptuosa minuta redactada por el secretario Manuel Belgrano, puso a disposición del director del *Telégrafo* todos los papeles de su biblioteca.

Buenos Aires empezaba a recibir los beneficios morales de la siembra espiritual de Vértiz. La generación que había desfilado por las aulas del Colegio de San Carlos contaba ya para el perfeccionamiento de su cultura con escuelas de Bellas Artes y Academia de Ciencias, desconocidas hasta entonces. Fácil, pues, le fué conjugar en la primera publicación periódica, discretos colaboradores pertenecientes todos ellos a la Sociedad Literaria y entre los que se singularizaron don Manuel de Labardén, Domingo de Azcuénaga, José Joaquín de Araujo, Pedro Antonio Cerviño, Julián de Leiva, Julián Perdriel, Manuel Medrano, etc. Entre los colaboradores del exterior merecen consignarse el naturalista Haenke, de Cochabamba y el oidor Cañete, de Potosí; Prego Oliver, de

Montevideo; y Pedro de Tuella, de la villa del Rosario.

En el primer número del *Telégrafo*, vemos la célebre *Oda al Paraná* de don Manuel José de Labardén. Barco de Centenera en su ya citada *Argentina* le dedica al romántico río las octavas 15 y 16 que son de las más interesantes del aburrido poema.

A pesar de algunos pequeños defectos, propios de la época en que fué escrita la *Oda al Paraná,* es lo más noble que brotara de la pluma de Labardén y el documento poético por excelencia de la musa colonial. Hay siempre en una obra literaria algo de actual y contingente, de efectista y pasajero que como dice muy bien Martínez Ruiz, se le escapa a toda otra generación para quien fué escrita. Sin embargo, esta composición será leída por las futuras generaciones argentinas, si no con el entusiasmo detonante que lo fué por los cultivadores de la escuela lírica que comienza con López y Lafinur y concluye con Juan Cruz Varela, por lo menos con ese respeto a que se hacen acreedoras las primeras expresiones literarias de un pueblo.

Labardén comienza en su oda por exteriorizar la «inevitable» invocación al *Primogénito del Océano.* El Dios ha dejado en su gruta de perlas y topacios su corona de retorcidos juncos y sus bandas de silvestres camalotes. Dice así:

Augusto Paraná, sagrado río,
Primogénito ilustre del Océano
Que en el carro de nácar refulgente
Tirado de caimanes recamados

De verde y oro, vas de clima en clima,
De región en región, vertiendo franco
Suave frescor y pródiga abundancia,
Tan grato al Portugués como al Hispano.
Si el aspecto sañudo de Mavorte,
Si de Albión los insultos temerarios,
Asombrado tu cándido carácter,
Retroceder te hicieron asustado
A la gruta distante que decoran
Perlas nevadas, ígneos topacios,
Donde tienes volcada la urna de oro
De ondas de plata siempre rebosando:
Si las sencillas ninfas argentinas
Contigo temerosas profugaron,
Y el peine de carey allí escondieron,
Con que pulsan y sacan sones blandos
De liras de cristal, las cuerdas de oro,
Envidiaran las Deas del Parnaso;
Desciendes ya dejando la corona
De juncos retorcidos, y dejando
La banda de silvestre camalote,
Porque ya el ardimento provocado
Del heroico Español, cambiando el oro
Por el bronce marcial te allana el paso,
Y para la ardua intrépida campaña
Carlos presta el valor, Jove los rayos.
Cerquen tu augusta frente alegres lirios,
Y coronen la popa de tu carro:
Las ninfas te acompañen adornadas
De guirnaldas floridas entonando
Altos, alegres cánticos, que avisen
Tu venida a los Dioses tributarios.
El Paraguay, el Uruguay lo sepan,
Y se apresuren próvidos y urbanos
A salirte al camino y a porfía
Te apresten a distancia los caballos
Que del mar patagónico trajeron;
Los que, ya zambullendo, ya nadando,
Ostenten su vigor, que mientras vienen
Lindos céfiros tengan enfrenados.
Baja con majestad reconociendo
De tu imperio los bosques empinados,

Extiéndete anchuroso, y tus vertientes,
Dando placer a los sedientos campos,
Den idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que a tu regia mano
Deudor no se confiese. Tú las sales
Derrites, y tú elevas los extractos
De fecundos aceites: tú introduces
El humor nutritivo y ablandando
El terreno tenaz, haces que admita
De calor y humedad fermentos caros.
Ceres de confesar no se desdeña
Que a tu grandeza debe sus ornatos.
Harás, pues, de manera, augusto Padre,
Que la fertilidad venga anunciando
Tú llegada feliz. Aquí tus hijos,
Hijos en que te gozas y que a cargo
Pusiste de unos genios tutelares,
Que por divisa la bondad tomaron,
Céfiros halagüeños para honrarte
Bullen y te preparan afanados
Magníficos altares en que brilla
La industria popular; triunfales arcos,
Prodigios de las artes liberales,
Y un enjambre de barcos trabajados
De incorruptibles leños, dones tuyos,
Con banderolas de colores varios
Observándote están: Tú con la pala
De plata las arenas apartando
Su curso facilitas. La gran corte
En grande gala espera. Ya los sabios
De tu feliz arribo se prometen
Otros conocimientos más exactos
De la admirable historia de tus reinos,
Y los laureados jóvenes con cantos
Dulcísimos de pura poesía,
Que tus sencillas ninfas enseñaron,
Aspiran a grabar tu excelso nombre
Para siempre del Pindo en los peñascos,
Donde de hoy más se canten tus virtudes
Y no las iras del furioso Janto.
Ven, sacro Paraná, darás impulso
Al inspirado ardor: bajo tu amparo
Corran, como tus aguas, nuestros versos.

Vemos que los cuadros que evoca no carecen de magnificencia y que en ciertos instantes el poeta hace gala de atrevimientos léxicos, vinculando a sus endecasílabos, palabras como «camalote», por ejemplo, que luego ha sido usada por infinidad de poetas argentinos y que ya figura en el Diccionario Castellano, con la acepción criolla que le corresponde.

Esta composición de Labardén fué impresa tres veces antes de 1866, en que pasó al dominio de las antologías escolares: la primera, ya hemos visto que en el *Telégrafo;* la segunda, en *Doña María Retazos,* célebre periódico del fraile Castañeda; y la tercera, que tuvo su consagración definitiva, en el tomo de poesías que con el título de *La Lira Argentina,* se publicó en París el año 1824.

Produjo tan grande impresión la *Oda,* que en el mismo *Telégrafo Mercantil,* Prego de Oliver, el Herrera del Río de la Plata, como le llamaban sus contemporáneos (¡pobre Herrera!), cantó también al Paraná, en versos de muy insignificante linaje.

Este Prego Oliver, constante colaborador de la primera hoja periódica de Buenos Aires, era administrador de la Aduana de Montevideo.

No debió ocuparle muchas horas el puesto, a juzgar por la enormidad de composiciones que produjo, muy especialmente después de las invasiones inglesas que le incitaron a requintar la trompa épica en un furor realmente digno de menores ripios. Cuando escribía epigramas o letrillas, no carecía de gracia fácil. En varios números del *Diario del Comercio,* posteriores a 1810, publicó algunas de bastante mé-

rito, como aquella que se refiere a un marido pequeñín, y que comienza:

Me decía mi mujer,
Dime por Dios ¿dónde estás,
Que por la casa te busco
Y no te puedo encontrar?
Le respondía, y al eco
Dirigía su visual;
Mas en vano, porque nunca
Me alcanzaba a columbrar.

Escribió sátiras muy acerbas a propósito de los «americanismos» en el mismo *Diario del Comercio*. Pero dejemos a Prego Oliver y concluyamos con la vida de Labardén, para estudiar en seguida a los colaboradores del *Telégrafo* y a los poetas de las invasiones inglesas.

El autor del *Siripo* regresó a Buenos Aires a principios de 1801 y aquí le volvemos a ver actuar hasta después de la Reconquista. Desde 1807, se instala en la estancia del Sauce, a inmediaciones del pueblecito del Colla, en la Banda Oriental. Se dedica por entero a la agricultura y a la ganadería. Combina inteligentemente las cruzas lanares, equinas y bovinas, logrando éxitos financieros tan enormes, que se resolvió a arrendar una fragata para traer de España carneros merinos. En 1809, después de heredar, por muerte de su madre, vende la casa paterna, arregla otros pequeños asuntos económicos en Buenos Aires y el 5 de octubre transfiere su posesión de la Colonia al señor de la Canal. Estaba rico merced a las empresas agropecuarias, y en el deseo de

dar mayor impulso a su cabaña, se dirigió a Cádiz para adquirir reproductores de raza fina.

Volvía a América con su preciosa carga, cuando a pocas millas de las Islas Canarias un toro enfurecido, de los embretados a bordo, le asestó una feroz cornada. Sucumbió después de una horrible agonía, envenenado por la gangrena, cerca del sitio donde pocos meses después se extinguió para siempre el alma gloriosamente atormentada de Mariano Moreno.

El nombre de Manuel José de Labardén será inmortal en nuestros fastos literarios, más que todo, por hallarse vinculado a las primeras manifestaciones del arte dramático argentino.

Fué un talento noble, pero fragmentario. En un medio propicio hubiera producido obras muy estimables.

CAPÍTULO V

Los colaboradores del *Telégrafo*.—Espíritu editorial de Cabello y Mesa.—«Fellobio Cantón».— Sus letrillas festivas. —Desaparición del periódico colonial.— *El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*. — Domingo Azcuénaga. — Sus fábulas. — Joaquín Araujo. — La *Guía del Forastero*. — *El lazarillo de ciegos caminantes*. — Juan José Castelli, Pedro Perdriel, Manuel Medrano, Carlos José Montero, Julián Leiva, Pedro Antonio Cerviño, Tadeo C. Haenke, Manuel Belgrano, Chorroarín y otros colaboradores del *Semanario* — Fusilamiento de Cabello y Mesa.

Analicemos rápidamente a los colaboradores del *Telégrafo*.

Don Juan María Gutiérrez se nos antoja injusto con el coronel Cabello y Mesa. Si bien es verdad que sus obras denotan un caso de grafomanía galopante, no podemos negarle el mérito de haber inaugurado la serie de publicaciones periódicas en el Río de la Plata. Tuvo además condiciones de verdadero editor, como podemos verlo en la forma habilísima que consigue colaboradores y subscriptores para el *Telégrafo*. Era cursi y presuntuoso escribiendo, como se colige de todos sus artículos satíricos y lucubraciones poéticas. Véase la muestra:

La virtud, el vicio u Ciencia
Del que manda una ciudad,
Tiene sin dificultad,
Sobre el súbdito influencia.
Díganoslo la Regencia
Del venturoso Moisés,
Quando postrado a sus pies
El pueblo, la luz recibe;
Y dígalo quien percibe
Las virtudes de Avilés.

Cuentan que sus pujos satíricos lo llevaron a andar patizambo y a usar quevedos. Era en realidad lo único que había podido copiarle al magnífico autor de los *Sueños*. Entonces anhelaba duelos y pendencias, y para acentuar más sus arremetidas en contra de «sus holgazanes paisanos», hacía pareados como los siguientes:

Quien vive sin sistema de vivir
Con créditos de necio ha de morir.

Aprende bien a gobernar tu casa
Y en la ajena no inquieras lo que pasa.

Si un secreto a tu mozo has confiado
Él será pronto el amo y tú el criado.

Mujer discreta con marido tonto
Al despecho está expuesta muy de pronto.

En medio de estas cojeras poéticas, el administrador del *Telégrafo* sabía manejar el tinglado maravillosamente. La publicación le rendía 500 pesos fuertes, y le permitía pagar 50 pesos, al que presentase trabajos sobre comercio, agricultura, policía, etc. Instituyó premios a los colaboradores con una habilidad

propia de un dueño de periódico yanqui de hoy; en suma, fué el perfecto editor que sólo perdía los estribos ante su propia obra. Labardén ó Azcuénaga, de directores del *Telégrafo*, hubieran fracasado a pesar de su talento y de su buen gusto.

A Cabello y Mesa lo perdió Fellobio Cantón, es decir, el salterio satírico que resonaba en su alma y cuyas notas estridentes llegaron a irritar a los tranquilos vecinos de Buenos Aires, y con especialidad a los subscriptores de la hoja periódica.

Fellobio Cantón escribió una letrilla festiva, en la que ponía como hoja de perejil a todo el mundo. Decía, entre otras cosas:

Que Cloris esté en la iglesia,
Su marido a trabajar,
Los muchachos en la cama
Y la olla sin espumar:
¡Lindo ejemplar!

Que Lucrecia gaste bata,
Mucha pompa y vanidad,
Y que en cada pelo su hijo
De liendres tenga un millar:
¡Lindo ejemplar!

Que una madre riña a su hija,
Porque se quiere casar,
Y en casa la deje sola
A su anchura y libertad:
¡Lindo ejemplar!

Que una niña de diez años
Ni el credo sepa rezar,
Y baile el «afandangado»,
Sin olvidar un compás:
¡Lindo ejemplar!

Finalmente, que en el Río
(Cual si fuese un lupanar)
Hombres, mujeres y niños
Se echen juntos a nadar:
¡Lindo ejemplar!

Que en esta tierra muy pocos
Se quieran matrimoniar
Y en la «cuna» diariamente
Vengan niños a botar:
¡Lindo ejemplar!

La letrilla festiva continúa zahiriendo en una forma hasta escandalosa a los mismos favorecedores del *Telégrafo,* que, a todo esto, contaba ya más de un año de vida próspera. Las gentes comenzaron a conspirar en contra de Cabello y Mesa.

Los principales colaboradores se llamaron a silencio, el virrey mismo vió un peligro en la musa retozona de Fellobio Cantón y resolvió matar la hoja periódica al primer nuevo descomedimiento del terrible plumífero. Araujo, que tenía la privanza de los hombres de gobierno, escribía a Funes el 26 de julio de 1802: «Es necesario apresurar la aparición del nuevo semanario en proyecto y fomentarlo luego en una forma digna, para que no le suceda lo que al *Telégrafo* que ya se halla con todos los sacramentos, esperando por horas su fallecimiento.»

«El filósofo indiferente» ó Fellobio Cantón—que de las dos maneras solía firmar sus escritos Cabello y Mesa,—advertido sin duda de que iban a victimarlo, quiso despedirse con una grata nota. Murió el *Telégrafo,* pero, como el cisne, cantando. Fué su diatriba postrera un diabólico artículo en que exalta-

ba la haraganería de los porteños, la impudicia de sus mujeres, la poligamia inmoral de los españoles que venían a América; la cifra insignificante de matrimonios legales... En fin, proponía que a todo español soltero que no contrajese enlace en plazo breve y perentorio, se le mandase en castigo a la Patagonia.

Si la «letrilla festiva» fué el toque de ánimas del *Telégrafo,* el artículo a que hacemos referencia, apresuró los funerales de la «primera hoja periódica» del Río de la Plata, a la que substituyó *El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* fundado por don Manuel Belgrano y dirigido por don Hipólito Vieytes.

Después de Labardén, el puesto de honor entre los versificadores de la publicación de Cabello y Mesa corresponde a don Domingo Azcuénaga, a quien desde los primeros números del *Telégrafo* lo vemos colaborar asiduamente. Su especialidad eran las «fábulas», a la manera de Esopo y Lafontaine. Gustábale también cultivar el epigrama Algunas de estas composiciones son muy intencionadas y envuelven una sutil ironía que contrasta con la salmuera que Fellobio Cantón echara en la *Historia en verso del doctor Bañuelos escrita en francés por Mr. Boudin y traducida al castellano por don Sancho Rabiolis.*

Las fabulas de Azcuénaga son espontáneamente chistosas, y en cierto modo no exentas de una amarga filosofía. Entre todas ellas nos placen sobremanera las tituladas *El mono enfermo, El comerciante y la costurera, Los sátiros,* y *Los papagayos y la lechuza.*

Es una lástima que no se hallen coleccionadas las composiciones festivas y satíricas de este ingenioso poeta, muy superior a varios contemporáneos suyos cuya glorificación pretérita hoy nos resulta en cierto modo ridícula.

Otro de los más consecuentes colaboradores de la primera época del *Telégrafo*, es don Joaquín Araujo, citado ya incidentalmente varias veces en estos capítulos.

Casi todos sus trabajos aparecieron con el seudónimo de *El patricio de Buenos Aires*. Son páginas que ya no tienen ningún interés para nosotros, pues relatan asuntos de una actualidad en cierto modo periodística y están hechos «cálamo currente». No sintetizan un concepto, ni menos plantean cualquiera de los problemas de filosofía barata que más tarde abordó anónimamente el mismo Araujo, en publicaciones posteriores a la Revolución de Mayo.

Su principal obra es la *Guía de Forasteros*, que acaba de editar de nuevo la Sociedad Numismática de Buenos Aires, juntamente con el divertido libro de Concolorcorvo, titulado *El lazarillo de ciegos caminantes*. Ambos trabajos están precedidos en la edición de 1908 por un interesante prólogo del doctor Martiniano Leguizamón, quien, en lo referente a los datos biográficos de Araujo, se limita a glosar a don Juan María Gutiérrez, poniendo en claro, merced a una prolija investigación realizada en el archivo de los tribunales, la fecha del fallecimiento del autor que nos ocupa. Hasta que Leguizamón leyó en el legajo 124 del Índice general del archivo el expe-

diente testamentario de Araujo, las opiniones de los biógrafos eran contradictorias a este respecto.

Don José Joaquín Araujo nació en Buenos Aires el 7 de enero de 1762. Frecuentó desde muy joven los estudios públicos, concluyendo el curso de Filosofía, bajo la dirección del maestro Juanzáraz. Una injusticia cometida con él por el cancelario de San Carlos, y cuyos orígenes y consecuencias refirió años después minuciosamente en una carta al deán Funes, le indujo a abandonar las aulas y a entregarse a una vida disipada que le ocasionó una penosa enfermedad. Durante ella, dice, «abrió los ojos a la luz de la razón y conoció sus desvaríos y recordó que Plinio había dicho que el estudio era la mejor diversión, el consuelo más eficaz y la ocupación que hacía llevaderos los males de la existencia con menos amarguras.»

Tales reflexiones, agrega, «hiciéronle renacer su antigua aplicación a las letras, a las que consagró respetuoso culto.»

Su *Guía de Forasteros*, en medio de la exigüidad del dato numérico, es uno de los más preciosos documentos de los últimos días de la colonia. Hemos leído sus páginas arcaicas, en el ejemplar que perteneció al general Mitre, con la misma avidez que si se tratara de una obra bellamente artística. Aquella serie de guarismos y de referencias breves nos reproducen minuto por minuto el estado social, económico y político, del virreinato del Río de la Plata.

Las primeras *guías* aparecieron en 1783, como afirma Gutiérrez, corrigiéndole la plana a Zinny.

También en la biblioteca de Mitre hemos pasado revista a esos libros, adorablemente ingenuos; pero ninguno de ellos posee los méritos que el de don José Joaquín Araujo, que supo abrazar un plan más vasto y presentar en cuadros reducidos, pero exactos y bien hechos, la historia general del país, la biografía de sus gobernantes en lo político y eclesiástico, y los orígenes de las instituciones, establecimientos públicos, etc., creados y existentes en toda la extensión del virreinato.

Muchos años después (en 1832), publicó otra *Guía de Forasteros,* con nuevos datos, y se disponía a escribir el prólogo para la tercera edición en 1835, cuando le sorprendió la muerte. Gutiérrez dice que falleció en 1834; don Martiniano Leguizamón acepta la fecha de 1835—que ya anotó don Vicente G. Quesada—porque la ha copiado del legajo testamentario a que hicimos referencia.

Araujo firmó sus trabajos periodísticos, antes y después de la Revolución, con los seudónimos de *Un Patriota* o *El Patricio de Buenos Aires,* según ya lo hemos dicho. Fué, además, un notable numismático y un hábil y erudito anticuario. Entre sus papeles se encontraron documentos preciosos que había reunido para escribir una monografía histórica sobre las invasiones inglesas.

Juan José Castelli, aquel excelso cuanto atrabiliario tribuno, «que murió por donde más pecado había», según la frase de un historiador español—es decir, de cáncer a la lengua—alternó también en las páginas del *Telégrafo* con Julián Perdriel, espíritu dado

a lo transcendental; Manuel Medrano, versificador amanerado; Carlos José Montero, que hasta las cosas más triviales las decía en griego... para mayor claridad, como el don Hermógenes de Moratín; y con los ya citados Leiva, Cerviño, Belgrano, Funes, Tuella, Haenke y Chorroarín, que merecen una ligera mención por separado.

El doctor Julián Leiva, «abogado de mucho crédito en el foro argentino, en una época en que faltaban talentos que lo ilustrasen», según se expresa De Angelis en el prólogo de los *Documentos históricos,* es, agrega Gutiérrez, «una de las entidades literarias del país, cuyo nombre y producción deben sacarse del olvido.»

Fué el doctor Leiva uno de los hombres del virreinato más versados en el estudio de la historia de la conquista. Hizo su carrera de doctor en Jurisprudencia en Chile, trasladándose a fines del siglo XVIII a Buenos Aires, donde ocupó un puesto culminante, merced a sus dotes oratorias y a su bien cortada pluma.

En los días de la Revolución desempeñaba el doctor Leiva el cargo de síndico procurador, y como tal, era de su incumbencia hacer la convocatoria al pueblo para los cabildos abiertos. Es autor de una importante obra sobre el *Descubrimiento del Río de la Plata* y de unos *Apuntes históricos,* que el deán Funes encontró entre los papeles y códices pacientemente coleccionados por Leiva. Preparó, con muchos datos y comentarios, una edición de *La Argentina,* que no llegó a darse a la estampa, pero cuyos apuntes sirvieron a Gutiérrez para su importantísimo tra-

bajo crítico de la obra de Centenera. Hizo un examen muy atinado de la parte histórica del libro de Azara, y varios trabajos anecdóticos a propósito de varias fundaciones de pueblos anteriores al virreinato. Falleció en 1818, a la edad de 75 años, en su residencia de San Isidro. Don Tomás Guido, y Posadas, en sus *Memorias,* hablan del doctor Leiva, y sobre todo, el ex director supremo, que le cita a menudo.

Otro de los verdaderamente admirables colaboradores de esta hoja fué, sin duda alguna, el sabio bohemio Tadeo C. Haenke, a quien dedica un prolijo estudio en el tomo I de los *Anales de la Biblioteca de Buenos Aires* el señor Paul Groussac.

Los trabajos que desde Cochabamba envió al *Telégrafo* Tadeo C. Haenke, son, quizá, lo más importante que apareció en esa publicación.

Don Pedro Antonio Cerviño también se hace acreedor a nuestro respeto por su labor eficiente en pro de la cultura general de aquellos tiempos.

Vino a Buenos Aires en calidad de ingeniero de la comisión demarcadora de límites con Portugal, y acompañó a Azara en el complicado viaje de estudio para establecer la línea divisoria de la provincia del Paraguay. Fué director de la Escuela Náutica en las postrimerías de la dominación española y jefe de la Academia de Matemáticas el año 1812. A él se debe el primer plano topográfico de Buenos Aires, impreso en Londres en 1817.

Manuel Belgrano, el augusto prócer, íntegramente evocado por Mitre, también colaboró en el *Telégrafo*. No hemos de intentar, pues, tan siquiera el ensa-

yo de una síntesis de la vida multiforme é intensa del glorioso creador de la bandera argentina. Su actuación literaria, si tal puede llamarse a la serie de discursos y memorias que produjo en el desempeño de su cargo de secretario en el Consulado, fueron simplemente un anticipo de las predicaciones patrióticas con que supo inflamar el alma de los nativos en las barrancas del Paraná, en Tucumán y en Salta.

A su regreso a Buenos Aires, después de haber estudiado en España, escribió y tradujo diversas obras, con más talento que corrección. En prosa crespa, de complicado hipérbaton, difundió nobles ideas, propias y ajenas, pero pasadas por un tamiz netamente criollo. Entre los trabajos de Belgrano merecen anotarse las *Máximas generales del gobierno de un reino agricultor*, que tradujo del francés en 1794 y editó en España. Por cierto que tuvimos el honor de entregar un ejemplar de esta obra, en nombre del señor Carlos Vega Belgrano, al general Mitre, cuando el venerable patricio puso a nuestra disposición las cartas autógrafas del general Belgrano, para que las coleccionásemos en un volumen que no llegó a imprimirse nunca.

Dichas *Memorias* son del famoso economista M. de Quesnay, colaborador de la *Enciclopedia,* y uno de los fundadores de la ciencia económica moderna, aunque padeció el error de considerar la tierra como única fuente de la verdadera riqueza. Puede arrogarse el título de padre de la ciencia fisiocrática. La edición de las *Máximas,* traducidas por Belgrano, es su-

mamente rara. Vimos en la Biblioteca de Madrid, durante nuestro viaje por España, el año 1900, un ejemplar, y otro en Valladolid. En uno de los boletines bibliográficos de Casavalle leímos hace tiempo el curioso aviso de la oferta de un volumen de las *Máximas,* por la suma de cincuenta pesos, con este agregado: «Se halla picado por la polilla».

Según el general Mitre, debe de haberse reimpreso el libro aludido en Buenos Aires, aumentado con una introducción hecha por el traductor.

Cuando don Manuel Belgrano publicó esta obra en Madrid contaba 24 años de edad, y dice en la dedicatoria al Excelentísimo señor don Diego de Noronha, etc., etc., refiriéndose a esta circunstancia y a la pequeñez de la ofrenda: «Mayor instrucción en más oportunidad y proporciones, tal vez prestará margen a objetos más dignos de la atención del público y del nombre de usted». El traductor tuvo presente la edición hecha en Versalles en 1758.

Tenemos que recordar también con cariñoso respeto, al hablar de Belgrano, los *Principios de ciencia económica,* que editó en la imprenta de Niños Expósitos el año 1796. Es una obra tomada del conde C. y del morgrave reinante de Baden, según lo dice el mismo traductor. (Véase la *Bibliografía de la Imprenta,* por don Juan María Gutiérrez, página 104.)

Don Pedro Tuella, administrador de Tabacos de la villa del Rosario, publicó en 1802 una *Memoria* muy importante de aquel antiguo departamento de Buenos Aires, donde años después izaría Belgrano la bandera argentina por primera vez.

A Tuella, sus contemporáneos le llamaban la *Calandria* del Paraná. Fué una calandria afónica y con las alas rotas, a juzgar por las *trovas* que susurró en las poéticas barrancas.

Del deán Funes, colaborador también del *Telégrafo,* nos ocuparemos más adelante.

Como vemos, las páginas del primer periódico aparecido en Buenos Aires contaron con trabajos literarios y científicos afianzados por el nombre de distinguidos y aun notables escritores, que, en ese tiempo o años después, llenaron con los ecos de su pensamiento y de su acción el escenario de la epopeya emancipadora.

El iniciador del conglomerado de la Sociedad Literaria, el «terrible» humorista y poeta satírico de la colonia, marchó lleno de amargas decepciones a España en 1809, después de haber abierto el surco al periodismo rioplatense, que tan gallarda actuación ha tenido en las luchas por la libertad y por la cultura.

Tres años después del embarco de Cabello y Mesa para la península llegaron a Buenos Aires los ecos de su fusilamiento en Andalucía. El tiro de gracia, disparado a quemarropa por un afrancesado sobre el «filósofo indiferente», puso su nota trágica en la historia del ex periodista.

CAPÍTULO VI

El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio y el Consulado. — Belgrano y Vieytes. — Las ideas de Jovellanos. — El amor a la tierra. — Las invasiones inglesas. — Los cantares del triunfo sobre el britano. — Bibliografía. — Pantaleón Rivarola. — Su *Romance Heroico de la Reconquista.*

El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio, es la segunda publicación periódica que apareció en Buenos Aires. Traían sus fundadores la experiencia de los disgustos proporcionados por Cabello y Mesa y por eso seguramente, encararon de una manera distinta su propaganda. Se dedicaron a esbozar problemas agropecuarios, económicos e industriales, dejando para mejor oportunidad las justas literarias a la manera del *Telégrafo.*

El inspirador de esta hoja y de su concepto fué, como ya lo hemos dicho, el secretario del Consulado, don Manuel Belgrano, y su redactor-jefe don Juan Hipólito Vieytes.

El prospecto del *Semanario* resulta una continuación, o mejor expresado, una concreción de las ideas adquiridas por Manuel Belgrano durante su permanencia en Salamanca, primeramente, y luego en Madrid. En su *Autobiografía* escribe don Manuel Belgrano lo siguiente:

«Como en la época de 1789 me hallaba en España, y la Revolución de Francia hiciese también la variación de ideales, y particularmente en los hombres de letras con quienes trataba, se apoderaron de mí las ideas de libertad, igualdad, fraternidad, y sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, no disfrutase de unos derechos que Dios y la Naturaleza le habían concedido, y aun las mismas sociedades habían acordado en su establecimiento, directa o indirectamente. Al concluir mi carrera, por los años de 1793, las ideas de economía política cundían en España con furor, y creo que a esto debí que me colocaran en la secretaría del Consulado de Buenos Aires, erigido en tiempo del ministro Gardoqui, sin que hubiese hecho la más pequeña gestión para ello; y el oficial de secretaría que manejaba esos asuntos me pidió que le indicase individuos que tuviesen estos conocimientos para emplearlos en las demás corporaciones de esa clase que se erigían en diferentes plazas de comercio de América.

Cuando supe que tales cuerpos, en sus juntas, no tenían otro objeto que suplir a las sociedades económicas, tratando de agricultura, industria y comercio, se abrió un vasto campo a mi imaginación, como que ignoraban el manejo de la España respecto a sus colonias, y sólo había oído un rumor sordo a los americanos, de quejas y disgustos, que atribuía yo a no haber conseguido sus pretensiones, y nunca a las intenciones perversas de los metropolitanos, que por sistema conservaban desde el tiempo de la conquista.»

Las ideas de Jovellanos atravesaban los mares juntamente con el espíritu de Manuel Belgrano. Y aquí fructificaron extraordinariamente en el talento de Vieytes, para luego conmover la conciencia americana con la «Representación de los Hacendados», de Mariano Moreno.

Estamos, pues, en el segundo momento de la pequeña evolución progresiva anterior a las invasiones inglesas. El fenómeno colectivo, o por lo menos de los espíritus criollos dirigentes, es exactamente igual al que vimos operar en el carácter de Labardén.

El poeta trocó sus dulces especulaciones espirituales en fuertes faenas materiales; el alma contemplativa del cantor al *Paraná* entrega sus actividades a la Naturaleza; el espectador quiere ser actor. Y aquel pequeño hervidero de ideas prácticas, hijas del nuevo siglo, tiene su exteriorización más elocuente en el *Semanario,* cuyos párrafos principales del ya mencionado prospecto redactado por Vieytes, dicen:

«Desde que el espíritu de dominación y de conquista dejó de ser la principal pasión con que se alumbraba el corazón del hombre, y desde que dejó la espada de ocupar el brazo que hoy se ejercita en el arado, ya no vemos con horror aquellos campos en que, en lugar de espigas, parecía brotaban hombres destructores, destinados sólo a aniquilar su propia especie; a la sangre del guerrero ha sucedido el sudor del labrador, y al espantoso sonido de la trompeta militar, la flauta pastoril. ¡Felices tiempos los en que el hombre, todo entregado a la mas recomendable ocupación, consagra a Ceres los preciosos sacrificios con que antes agradaba a Marte!»

Muy recónditos, sin embargo, existían en la sociedad criolla los prodromos de la Revolución de Mayo. El triunfo sobre el británico habría de engendrarlos cinco años después. Empezaban a amar el suelo, a cultivar con amor a la madre tierra. Y el mismo Vieytes afianzaba estos amores al escribir que «la agricultura es la primera, la más noble y la más indispensable ocupación del hombre».

Con tales ideas se empezó a publicar cada ocho días el *Semanario,* para combatir, en un pliego de diez y seis páginas, la pereza criolla y los abusos de sus gobernantes.

Vieytes es una de las más altas inteligencias de aquellos momentos. Este patriota, abogado, periodista y agrónomo, nació en Buenos Aires. Su extraordinario culto a la «tierra», que quería ver y sentir prolífica y feliz, le empuja a convertir su casa de la calle Venezuela en centro de los revolucionarios; vinculado después del 25 de Mayo al ejército del general Ocampo, le vemos atravesar aquellas enormes zonas de tierra virgen, que él presiente gloriosamente fecundas, porque, antes que el arado, va a pasar por sobre ellas la libertad... No pudo ver la obra común terminada, pues murió el 27 de Septiembre de 1815. Su amigo Gervasio Antonio Posadas, en sus *Memorias,* dedica el siguiente recuerdo a Vieytes:

«Fué como un espartano; fué candoroso y consecuente amigo. Despuntaba en la economía política. Es uno de los autores de nuestra grande obra. Obtuvo comisiones y empleos de importancia y categoría,

y, entre ellos, el de intendente de alta policía. Le dió un incremento y la puso en un punto de vista que le hizo mucho honor, y que no se ha vuelto a ver con el sacudimiento volcánico del 15 de abril de 1815; fué preso é invadida su casa, embargadas sus propiedades; se le violó el más sagrado de todos sus depósitos: sus papeles, en que estaban consignados sus escritos y el fruto de sus estudios y trabajos. Terminó su existencia en una casa de campo, antes de salir a reinos extranjeros, proscripto en virtud de un proceso nulo, y de una sentencia más nula, pronunciada por otra comisión civil de justicia, la más injusta que hayan visto los siglos»...

Tiene razón el autor de los *Apuntes Biográficos* cuando dice, al hablar de Vieytes, que llegará día en que los agricultores de Buenos Aires levantarán una estatua al primero de nuestros escritores, que por medio de la prensa trató de ennoblecer y de adelantar el arte de cultivar la tierra.

Ese amor a la tierra, por un lado, y ese deseo vehementísimo hacia la mayor cultura científica y filosófica, por otro, fueron de súbito sorprendidos en su gestación por las invasiones inglesas de 1806 y 1807.

Dice bien el sabio crítico Marcelino Menéndez y Pelayo, cuando escribe que aquella espléndida reconquista no solamente inmortalizó con el nombre de Liniers el del pueblo de Buenos Aires, y dió a los argentinos la conciencia de su fuerza, al verse vencedores de los primeros soldados del mundo, sino que también provocó entre nosotros una explosión

poética comparable con la que dos años antes había estallado en España después de Trafalgar.

Para darse cuenta de aquella explosión poética, derivada del propio entusiasmo triunfador, bastará extractar de la bibliografía copiosísima de las principales composiciones que Medina ha reunido en su obra sobre la *Imprenta en Buenos Aires.*

Se escribieron: *A la reconquista de la capital de Buenos Aires por las tropas de mar y tierra a las órdenes del capitán de navío don Santiago de Liniers, el día 12 de agosto de 1806.* (De Prego de Oliver), imprenta de los Niños Expósitos.

—*A la gloriosa memoria del teniente de fragata don Agustín Abreu, muerto de resultas de las heridas que recibió en la acción del campo de Maldonado, con los ingleses, el día 7 de noviembre de 1806.* Por su amigo Prego de Oliver.

—*Oda en elogio de la que Joseph Prego de Oliver dedicó a la buena memoria de su amigo don Agustín Abreu.* (De autor anónimo).

—*A Montevideo, tomada por asalto por los ingleses en Febrero de 1807, siendo gobernador de dicha plaza el brigadier de la real armada don Pascual Ruiz Huidobro.* Por Prego de Oliver.

—*Al señor don Santiago de Liniers, brigadier de la real armada y capitán general de las Provincias del Río de la Plata, por la defensa de la capital de Buenos Aires, atacada por diez mil ingleses el 5 de julio de 1807.* Oda, por Prego de Oliver.

—*Romance histórico en que se hace relación circunstanciada de la gloriosa reconquista de la ciu-*

dad de Buenos Aires, capital del virreinato del Río de la Plata, verificada el día 12 de agosto de 1806. Por un fiel vasallo de Su Majestad y amante de la patria. Por Pantaleón Rivarola.

—*Adiciones y correcciones a la dedicatoria que el autor del Romance heroico sobre la reconquista de Buenos Aires, hizo al M. I. Cabildo.* (Se atribuye a don José Joaquín de Araujo).

—*La gloriosa defensa de la ciudad de Buenos Aires, capital del virreinato del Río de la Plata, verificada del 2 al 5 de julio de 1807. Brevemente delineada en verso suelto, con notas, por un fiel vasallo de Su Majestad y amante de la patria, quien la dedica, con notas, al señor don Santiago de Liniers y Bremón.* Por el doctor Pantaleón Rivarola.

—*Poema-panegírico de las gloriosas proezas del Excelentísimo señor don Santiago de Liniers y Bremón, dirigido en obsequio de Su Excelencia y demás personas que han contribuído a la defensa de nuestro patrio suelo, en dos ataques contra la nación británica.* Por el doctor don Joseph Gabriel Ocampo, cura y vicario de las doctrinas de San Juan Bautista de Tinogasta, partido de Catamarca, provincia de Córdoba del Tucumán.

—*Breve recuerdo del formidable ataque del ejército inglés a la ciudad de Buenos Aires y su gloriosa defensa por las legiones patrióticas el día 5 de julio de 1807.* Se atribuye al ya citado doctor Rivarola.

—*Poema que un amante de la patria consagra al solemne sorteo celebrado en la plaza Mayor de Bue-*

nos Aires por la libertad de los esclavos que pelearon en la defensa. Por fray Cayetano Rodríguez.

—*Sucinta memoria sobre la segunda invasión de Buenos Aires*. Octavas reales con largos comentarios en prosa.

—*El Triunfo Argentino. Poema heroico en memoria de la gloriosa defensa de Buenos Aires contra el ejército de 12.000 hombres que la atacaron los días 2 y 6 de julio de 1807*. Por don Vicente López y Planes, capitán de la *legión de Patricios* de la misma capital.

—*Rasgo poético a los habitantes de Buenos Aires, en obsequio del valor y lealtad con que expelieron a los ingleses de la América Meridional el 5 de julio de 1807*. Romance de don Miguel Belgrano.

Como se ve por esa lista, que podríamos aumentarla con quince nombres más, de otros versificadores de aquí, de Méjico y de España, Marte fué, como siempre, extraordinariamente propicio a las musas... Pero pocas veces éstas resultaron tan ripiosas, aburridoras y hasta despreciables desde el punto de vista de la belleza poética.

Si se exceptúa *El Triunfo Argentino*, de López y Planes, que según una injusta apreciación de Menéndez y Pelayo, es «un interminable y prosaico ramazón endecasílabo», todo lo demás, incluso la oda de fray Cayetano Rodríguez, se nos antoja mediocre e insignificante. Descartando, pues, el poema heroico de López, que estudiaremos al hablar del autor del *Himno Argentino*, no tenemos empacho en afirmar con el gran crítico español, que «ante el recuerdo

de la magnífica oda de don Juan Nicasio Gallego, *A la defensa de Buenos Aires,* quedan las demás reducidas a mera curiosidad bibliográfica.»

Hemos tenido la paciencia de leer todas las composiciones que acabamos de citar, con el deseo de encontrar alguna que, por su discreción o mérito relativo, pudiera acercarse a *El Triunfo Argentino.* Los cantos de Prego Oliver no pasan de ser unos cronicones en verso indigestos, y los de Pantaleón Rivarola unas pobres milongas de mal payador suburbano.

Pantaleón Rivarola, impropiamente llamado «el poeta de las invasiones inglesas» por algunos escritores argentinos, que creen hacer obra patriótica inventando glorias literarias que no resisten al más bondadoso análisis, nació en Buenos Aires el 27 de julio de 1754. Terminó, como muchos de sus contemporáneos, los estudios superiores en la Universidad de San Felipe, de Chile, ocupando en 1779 la cátedra de Filosofía del Colegio de San Carlos, de Buenos Aires, en reemplazo del doctor García Posse. Alternó sus tareas docentes con la dignidad de sacerdote y tuvo alguna influencia intelectual en la época de Maziel. En 1790 editó su primera obra, en la imprenta de Niños Expósitos. Consiste en una serie de *Oraciones* destinadas al pueblo. Su prosa no es despreciable. Hay en ella, además, una sincera unción religiosa. Su especialidad dicen que eran las antífonas. Sólo conocemos algunas de las que figuran en ese libro de *Oraciones.* Las que escribió posteriormente deben de hallarse entre los manuscritos de la biblioteca de

San Francisco, pero nuestras gestiones para encontrarlas han sido inútiles.

El *Romance heroico de la Reconquista,* lo compuso, como el mismo autor lo dice, «en verso corrido, porque esta clase de metro se acomoda mejor al canto usado en nuestros comunes instrumentos, y, por consiguiente, es el más a propósito para que toda clase de gentes lo decoren y canten: los labradores en su trabajo, los artesanos en sus talleres, los señores en sus estrados y la gente común por las calles y plazas.»

Ese «común instrumento» debe ser la guitarra. ¿Se imagina el lector cantando a un artesano en su taller, a un «señor» en su estrado, lo siguiente?:

«Ea escuchadme, señores»,
Que la relación comienza...
La muy noble y leal ciudad
De Buenos Aires (¡qué pena!),
Por un imprevisto acaso
O por una suerte adversa,
Del arrogante britano
Se lloraba prisionera,
Sin que pudiese romper
Las fuertes duras cadenas
Que hacían toda la gloria
«De las lúgubres banderas.»

¿O esto otro?

¿Dónde, amable España, están
Los héroes de vuestra esfera?
¿Dónde están los Cides y Albas,
Dónde los Atriscos, Leivas,
Los Montemares, los Gages,
Los Ceballos y Villenas,
.....
.....

¿No hay alguno que valiente
A nuestros ecos se mueva,
Y de nuestro cautiverio
Rompa las duras cadenas?
.....
.....

Así lloraban las ninfas,
Así expresaban su pena,
Corriendo por sus mejillas,
En vez de lágrimas, perlas.
.....
.....

Entonces nuestro gran Dios
Cuya omnipotencia diestra
A los soberbios humilla
Y a los humildes eleva,...
.....
.....

Entonces compadecido
A nuestras súplicas tiernas,
Suscita un nuevo Vandoma,
Un de Villars, un Turena,
Que émulo del mismo Marte,
Sea más que Marte en la guerra.
Es Don Santiago Liniers
Y Bremont...

Después de describir machaconamente minuto por minuto a Liniers, los preliminares de la Defensa, el combate de Perdriel, la retirada de los *Blandengues,* el valor de Pueyrredón, la tempestad que sufrieron las tropas de Liniers en San Isidro, la llegada a la Chacarita, el avance de los soldados que

Hieren, matan, acuchillan
Y en breves momentos queda
Por nuestro Parque y su plaza,
Con las calles que le cercan.
.....

A golpe tan impensado,
Se asusta el inglés, se altera,
Y con cuatrocientos hombres
Y tren volante que lleva,
Hacia el «Retiro» se avanza
Con ardor y ligereza.
.....

Pero el valiente Agustini
Con frescura los espera,
Y con su obús a metralla
Con tal primor tirotea
Que los ingleses huyendo
Corren a carrera abierta,
Quedandó muertos algunos
Aun en la misma carrera.
.....

Si a este tiempo el general
El último avance ordena,
El Fuerte, plaza y ciudad
Toman ya sin resistencia,
Porque el inglés fugitivo
Sólo en escaparse piensa...
.....

Describe luego la llegada de las tropas de la Defensa a la ciudad, y dice:

Por otras calles entraron
Con invicta fortaleza
El generoso Mordell
Con su marina francesa.
Los fuertes Balvin y Ellauri
Y el valiente Chopitea,
Los insignes partidarios
Núñez, Vivas y Valencia,
Los Alvarez de Bragaña,
Los Pueyrredones y Arenas,
Buferull, Grau, Salvañac,
Méndez, Ferré, Somellera,

Fantin, Irigoyen, Pasos,
Viamonte, Zamudio y Correa,
Miranda, Cos e Iglesia,
Córdoba, Toledo, Ruiz,
Con otros varios sujetos
De tanto valor y fuerza,
Que a su vista desaparecen
Lo que las historias cuentan
De los Héctores de Troya,
De los Aquiles de Grecia.

¡Esto es, sencillamente, poner en verso la *Guía de Forasteros*.

Pantaleón Rivarola, por lo demás, fué un patriota y un hombre de bien que no hizo mal a sabiendas, ni a la poesía. Le vemos figurar en el Cabildo Abierto de 1810. Falleció el 24 de septiembre de 1821. Sus restos se hallan depositados en la iglesia de San Ignacio.

CAPÍTULO VII

MARIANO MORENO

Situación de Buenos Aires después de las invasiones inglesas. — Napoleón en España. — Los hombres de la Revolución. — Mariano Moreno. — Su educación. - La «Escuela del Rey». — En el Colegio de San Carlos. — Los maestros del prócer. — Fray Cayetano Rodríguez. — Viaje a Chuquisaca. — La salud de Moreno. — En casa del canónigo Terrazas. — La biblioteca de este ilustre personaje. — Vehemencia del futuro secretario de la Junta. — Casamiento de Moreno. — Su regreso a Buenos Aires. — Los dos partidos preponderantes. — Liniers y Cisneros. — La asonada del 1.° de Enero. — El *Comercio de Buenos Aires*. — La *Representación de los Hacendados*. — La Revolución de Mayo. — Actitud de Mariano Moreno después del Cabildo Abierto.

El triunfo del pueblo de Buenos Aires sobre las tropas británicas acentúa en una forma que ya no admite disimulos, el divorcio espiritual entre los nativos y peninsulares. Los acontecimientos posteriores, ocurridos en España con motivo de la invasión napoleónica, contribuyeron a cavar el abismo entre godos y criollos.

Groussac en su libro *Santiago de Liniers* sintetiza intensamente el «momento histórico» anterior al grito de Mayo, en estos párrafos: «Presentíase el

anuncio de un vago porvenir, todavía obscuro y no delineado. Pero, si muy pocos sabían lo que querían, todos ellos Moreno, Vieytes, Belgrano, Castelli, Rivadavia, Pueyrredón, sabían lo que no querían más. Y mientras se agitaba en el vacío el embrión del ser futuro, llegaba de allá lejos, intermitente y debilitada por la distancia, la repercusión de los tronos derrumbados, de las instituciones feudales arrebatadas al viento de un huracán terrible y fecundador, cuyos efectos se dejarían sentir en la más ignorada colonia española del Atlántico.»

Y es entonces cuando surge como el símbolo de un ideal purísimo la figura más culminante de la exposición y del nudo de la tragedia revolucionaria, encarnada en Mariano Moreno.

¿Quién era este poderoso paladín, que más que un hombre representaba una idea de libertad en marcha? ¿Quién era, de dónde surgía aquel revolucionario que, según José Manuel Estrada, superó a sus contemporáneos por la visión del porvenir y por la subyugante savia que inoculó en el espíritu de los hombres de Mayo, con un entusiasmo, con un ímpetu y un arrojo, como si Dantón hubiera resucitado en la colonia?

Sinteticemos los orígenes de su vida y evoquemos su ejemplar desenvolvimiento, hasta el glorioso instante que en la historia de América debe apellidarse «el instante de Mariano Moreno.»

Retrocedamos a los beatíficos días de la colonia, para encontrarnos luego con el futuro secretario de la Primera Junta.

Nació en Buenos Aires, en el hogar de don Manuel Moreno Argumosa, montañés santanderino, de carácter rudo y de espíritu simple, como todos los hijos de esa raza magnífica que ha pintado la pluma castiza de Pereda. Un buen día don Manuel Moreno sintió ansias de buscar una tranquilidad económica que no vislumbraba en sus montañas, ni en sus campos áridos, y dando un adiós a los árboles corpulentos y vetustos del caserío donde naciera, se embarcó en un bergantín, y mar adelante, llegó a Cuba y se estableció en la Habana, al servicio de un viejo general amigo suyo. Poco tiempo después fallecía este militar sin que don Manuel Moreno hubiera cambiado de fortuna. Volvió, pues, a la Península, tan pobre como saliera, pero hecho ya a las penurias de la navegación de aquellos tiempos, se estableció en Cádiz, a la espera del primer barco que filase su proa rumbo al Río de la Plata.

Llegó a Buenos Aires a fines del año 1766.

Matemático experto y eximio pendolista, fácil le fué encontrar rápidamente empleo bajo los auspicios de un naviero que traficaba entre Buenos Aires y los puertos del Pacífico. Se embarcó en la goleta *San Pedro* el año 1767. El navío naufragó trágicamente en el Cabo de Hornos, junto a la Isla del Fuego. Los sobrevivientes, después de crueles padecimientos rehicieron la embarcación y regresaron a Montevideo. «Desde entonces, dice don Manuel Moreno, mi padre abjuró todo viaje por mar e hizo diligencias para conseguir un establecimiento fijo en tierra.» Tuvo entrada, después de no pocos sinsabo-

res, en un empleo subalterno de la tesorería de las Cajas Reales. Sin ánimo ya para correr mundo y resuelto a vivir indefinidamente en Buenos Aires, contrajo enlace con doña Ana María Valle, porteña de nacimiento e hija de don Antonio Valle, que antes había fallecido ejerciendo el cargo de tesorero de las susodichas Cajas Reales. El primero de los catorce hijos de este matrimonio se llamó Mariano. Nació el 23 de septiembre de 1778. Su hermano Manuel nos describe en párrafos ingenuos, los primeros años del futuro revolucionario de Mayo. Desde su más tierna infancia, Mariano Moreno fué dueño y víctima a la vez de un temperamento activo y fogoso; por su enorme talento, por la vivacidad y la gracia de sus «salidas» infantiles, que acusaban una precocidad extraordinaria, resultó «el favorito de la casa». Una memoria felicísima le permitía recitar largas piezas oratorias y fragmentos de escenas dramáticas y cantos líricos. «Tan independiente en su infancia—dice su hermano Manuel—como lo fué después de la edad provecta, su espíritu jamás se conformó con la humillación o la violencia: todo se podía obtener de él por medios decorosos, pero ninguna cosa por la fuerza».

Mariano Moreno se matriculó en la «Escuela del Rey», sabiendo leer y escribir. Se perfeccionaba en los cursos de matemáticas elementales cuando fué atacado ferozmente por la viruela, que tantas víctimas ocasionaba en estos países desde la primera fundación de Buenos Aires hasta que el notable médico catalán, don Cosme Argerich y sus auxiliares

Agustín Fabre y Juan Molina llegaron a nuestras playas enviados expresamente por el rey Carlos III para propagar el descubrimiento de Eduardo Jénner. A pesar de haberse difundido en casi todo el virreinato la vacuna, Buenos Aires continuó por algún tiempo sufriendo el azote de la viruela, hasta que durante el gobierno del general Rodríguez, don Bernardino Rivadavia puso en práctica severas medidas de profilaxis que hicieron disminuir en poco tiempo el terrible flagelo. Mariano Moreno se salvó milagrosamente en momentos en que la viruela hacía estragos entre los niños de su edad. Es de imaginar el profundo desconsuelo que se apoderaría de su alma ingenua al verse la cara transformada por las señales de la variolosis; y a pesar de que su hermano Manuel dice que éstas no afeaban sus facciones, hemos de tener ocasión de comprobar más adelante cuánto sufrió el futuro prócer, en Chuquisaca, a causa de las huellas indelebles que marcaban su faz.

La salud de Mariano Moreno quedó desde esta enfermedad tan sumamente resentida, que, hasta que cumplió los doce años, sus padres prohibieron que se entregase al estudio. Tenía trece cuando ingresó en el Colegio de San Carlos. Fué en aquel curso el asombro de sus maestros. A los diez y ocho meses de su internado en este establecimiento de enseñanza, hablaba latín con tanta facilidad como su propia lengua. Más tarde, en las clases superiores, se acentuó tanto la personalidad del «adolescente prodigioso» como le llama fray Cayetano Rodríguez, que sus condiscípulos le eligieron para sostener el honor de

la escuela en un acto de conclusiones de filosofía, primeramente, y luego en otro de teología.

A los progresos intelectuales y morales de Mariano Moreno contribuyó en gran parte el régimen exageradamente severo de un hogar sin mancha en donde el padre y la madre trasuntaban el símbolo de la augusta dulzura y de la severidad más absoluta.

Mariano Moreno no jugó ni se distrajo con los jóvenes de su edad. Ocurre muy a menudo en los colegios y en las universidades, que alumnos de un curso inferior alternen con los mayores y sean admitidos en sus discusiones. No solamente alternó con muchos de sus compañeros que casi le doblaban los años, sino que también obtuvo la privanza de sus profesores y de los hombres más representativos de la ciudad colonial. La pasión por el libro, se hizo carne en el espíritu del futuro secretario de la Primera Junta de Mayo. Fray Cayetano Rodríguez, notable religioso de la orden de San Francisco, y de quien hablaremos en el curso de este trabajo, le abrió las puertas de la biblioteca del convento. La asiduidad de Moreno a la santa casa franciscana hizo creer a los suyos y al mismo fray Cayetano Rodríguez, que el «adolescente prodigioso» se convertiría en prelado, con el andar del tiempo. Tenía entonces veinte años. Don Manuel Moreno Argumosa, con sus escasos emolumentos, apenas podía sobrellevar las obligaciones del hogar, así es que resultaba un problema proporcionar carrera al joven estudiante. Todo se conjuraba para que abrazase el estado eclesiástico que no está reñido con la pobreza. Los padres de

Moreno deseaban vivamente ofrecer su primogénito a los altares. El mismo Moreno se encargaba de acentuar entre los suyos, sin darse cuenta, la idea de que muy pronto lo verían tonsurado. ¿Pensó sinceramente alguna vez vestir los hábitos? ¿Por qué no? Su paso por el Colegio de San Carlos, las excesivas prácticas religiosas de sus padres, los diálogos peripatéticos con fray Cayetano Rodríguez, a través de la Alameda, las tardes transcurridas en la biblioteca conventual de San Francisco, habrían llenado de catolicismo ergotista su cabeza. Al levantar del libro «sus dulces ojos de mirar cansados», a la hora en que el esquilón de la vecina torre anunciaba la próxima entrada del sol, el joven imberbe cruzaría el largo claustro y asomándose a la ventana, dominaría la ciudad apacible y silenciosa, envuelta en la suave penumbra del crepúsculo; a su derecha, el río se extendería rumoroso reflejando una puesta solar que en lontananza pintaba celajes de «múrice y naranja»; y al bajar por la calle San Francisco, para ir hasta la de los Mendocinos, las torres de Santo Domingo y San Ignacio, la arquitectura plateresca, chata y ancha, las hornacinas con sus vírgenes y sus santos alumbrados por el tejuelo de aceite, el silencio melancólico, el ambiente patriarcal, le impregnarían el espíritu de un suave misticismo.

Esa tarde habría leído a Fray Luis, a Santa Teresa o a Vives; saldría ahito de Carvajal ó de Huarte, se despediría del convento, convencido de que su alma era simplemente «una potencia espiritual apartada de los órganos del cuerpo»; pero, al llegar a

su casa, un íntimo conflicto de conciencia aceleraría el ritmo de su corazón diciéndole en su tic-tac, que la sangre circulaba; y con la imagen pecaminosa de Servet, entraría en el comedor paterno, y conturbado y vacilante, se acercaría reverente al sillón donde reposaba don Manuel Moreno Argumosa, tieso en su casaquín de a diario, incómodo entre sus chorreras almidonadas, para que le diese con la diestra la bendición, mientras con la izquierda sostenía la *Guía de Pecadores* que se sabía de coro la prole de aquel hogar...

Ya hemos tenido ocasión de describir el régimen interno de la familia colonial. Moreno, hijo amantísimo y respetuoso, asintió en tomar órdenes sagradas. Pero para ello hacían falta recursos pecuniarios de que carecía su padre, como ya sabemos. Reduciendo los gastos a la más ínfima expresión, debían invertir mil pesos entre el viaje a Chuquisaca y su permanencia en aquella ciudad. Afortunadamente llegó a la sazón a Buenos Aires un cura rico, procedente del arzobispado de la Plata, con comisión para activar un pleito contra las provincias de su real audiencia. El asunto tenía que verse en apelación en el Consejo de Indias de Madrid. Por causas ajenas a este relato, el tal cura tuvo que detenerse largo tiempo en Buenos Aires, donde se hizo con grandes vinculaciones sociales. Había conocido a Mariano Moreno en el Colegio de San Carlos y simpatizado extraordinariamente con el admirable estudiante. Sabedor de la situación precaria de Moreno, le ofreció cuanto necesitase para termi-

nar su carrera. Inmediatamente se dispuso a emprender el tremendo viaje de Buenos Aires a Chuquisaca. Iba a separarse por primera vez de los suyos y de su ciudad natal. Todos sus parientes y amigos gozábanse en la seguridad de que volvería de sacerdote a su querida Buenos Aires. El 5 de noviembre de 1799 después de oir misa y comulgar en San Francisco, emprendió su viaje a la lejana ciudad de la Plata, aceptando estoicamente de antemano la odisea de la horrible travesía que mediaba entre Luján y el bajo Perú.

La salud de Mariano Moreno, débil en extremo siempre, se vió doblemente resentida con las penalidades de tal peregrinación a través de Córdoba, Santiago del Estero y Tucumán. En esta última ciudad, cayó gravemente enfermo de «reumatismo», según nos cuenta su hermano Manuel, aunque nosotros poseemos un documento que nos merece entera fe, del cual deducimos que fué víctima de un violento ataque de «chucho» que lo tuvo postrado en cama durante quince días. Solo, sin médicos ni medicinas, pasó aquella quincena mortal en medio de la más cruel desesperación, al ver su viaje interrumpido quizá para siempre. Una tarde, dice su hermano Manuel, estaba más agravado que nunca, empeoraba su situación; una insaciable sed lo devoraba, y las personas que lo asistían, eran tan descuidadas, que no acudieron por mucho tiempo a su llamada. Cansado de esperar y habiendo echado la vista a una gran vasija de agua que estaba a poca distancia y al nivel de su propia cama, formada sobre el mismo piso del

cuarto, hizo un esfuerzo para alcanzarla, lo que consiguió con mucho trabajo, y como no pudiese sentarse, le fué preciso inclinar la vasija sobre su cuerpo, para beber; pero ejecutado esto y después de haber tomado una gran cantidad de agua conforme al grado de sed que lo afligía, le faltaron los brazos con que sostenía el tiesto y toda el agua le cayó sobre el cuerpo. Yo no sabré explicar físicamente este fenómeno, o acaso no estoy muy seguro de atribuir a este baño la súbita curación del mal; pero el hecho es que, aunque el doliente sufrió por de pronto una conmoción extraña en su máquina, antes de catorce horas estuvo en pleno ejercicio de las funciones de sus miembros.»

El documento a que hemos hecho referencia, y que nos prueba que Mariano Moreno no estuvo enfermo de reumatismo y sí de «chucho», es una carta del canónigo doctor Matías Terrazas a su amigo fray Cayetano Rodríguez, con motivo de la llegada de su recomendado a la Plata, y en la cual epístola le refiere por menudo la enfermedad que aquejaba a Mariano Moreno. En uno de los párrafos habla de la famosa vasija, ó mejor dicho, tinaja, «en la que los moradores de la casa depositaban una fuerte infusión de quina y de coca para curar las tercianas. Vemos, pues, que lo que allí obró poderosamente en el ánimo del viajero enfermo, fué la quina, que desde tiempo inmemorial usaban los quichúas para curar las fiebres palúdicas.

Repuesto Moreno de su enfermedad, reanudó el viaje en condiciones de todo punto deplorables. Tar-

dó sesenta y ocho días en llegar á la ciudad de la Plata. Instalóse desde el primer momento en la casa del canónigo Terrazas, hombre de fortuna fabulosa. El espíritu de Mariano Moreno volvió a encerrarse en una ciudad más triste, más monástica que Buenos Aires.

La vasta llanura pampeana de que venían llenos sus ojos, trocábase, como por arte de encantamiento, en un amontonamiento ciclópeo de cerros pizarrosos, estériles, lúgubres. Tenía razón Moreno al decir que «todo aquello parecía la expresión de un gran dolor»...

La casa del canónigo Terrazas era de una suntuosidad extraordinaria. El oro y la plata de las minas circunvecinas había afluído a aquella vivienda en forma inusitada... En medio de tan vacua frivolidad había en la mansión un refugio adorable: la gran biblioteca llena de libros «pecadores» que el despotismo inquisitorial había proscripto de Buenos Aires. La biblioteca del canónigo Terrazas contaba con obras de Rousseau, Montesquieu, D'Agueseau, Raynal, Voltaire... El futuro director de *La Gaceta* encontró en aquellos anaqueles la poderosa simiente que había de fecundar en su cerebro frutos tan opimos como la *Representación de los Hacendados* y tan acres como la *Orden del día* del 6 de diciembre de 1810.

Allí también el frío de la castidad, innecesaria y perniciosa, le estremeció de pronto al leer *Dafnis y Cloe*. No perturbaron su ensueño los ojos morenos de sus paisanas porteñas; no sintió la sacudida afro-

disíaca de los bosques tucumanos, ni su alma de místico vibró de amor romántico en la pubertad. Necesitó encontrarse a sí mismo en las soledades suntuosas y misteriosas del palacio donde moraba, para confesarse que no era la tonsura el final y la finalidad de su largo viaje a través de la ciencia... El exceso de estudio y de cavilaciones sobre su propia vida, que ya tenía inmensas alas, se exacerbaron extraordinariamente en su sistema nervioso. Él mismo nos cuenta sus alucinaciones y los amotinamientos de sus nervios que lindan con la epilepsia. El amor había llamado a las puertas de su corazón, pero esa puerilidad, tan común en los grandes espíritus totalmente inútiles para la conquista del ser querido, haciale vacilar, entristeciale, tornábale misántropo y... ridículo, ¿por qué no decirlo? El canónigo Terrazas le sorprende una mañana mirándose en el amplio espejo del salón.

—¿Ensaya usted gestos oratorios, como Cicerón?

—Me miro los hoyos de la viruela — responde simplemente.

Ya estaba preparado por aquel entonces para los actos públicos que han de valerle el grado de doctor en Teología, grado que recibió graciosamente por recomendación que el virrey expidió a su favor, con el fin de que ahorrase los seiscientos pesos que costaba la ceremonia. Inmediatamente se incorporó a la Academia de Derecho.

La noticia de haber entrado Moreno a estudiar leyes causó un profundo desconsuelo a sus padres,

que lo creían ya en camino de ordenarse de sacerdote. Los disgustos con su familia, por esta causa, su pasión amorosa, ya en pleno entusiasmo, fueron de nuevo a exacerbarle en su lecho de enfermo. Consumíase «a fuego lento», según su propia expresión. Una tisis que había de llevarlo a la tumba, en la forma trágica que luego hemos de ver, lo postró en cama durante más de dos meses. Tenían que suministrarle los alimentos; el canónigo Terrazas desplegó una actitud exquisita para consolar a su querido enfermo. Sufría de insomnios desesperantes. Uno de los criados que le leía las obras que Moreno designaba, solíale preparar un cocimiento de vino de Cinty y canela, con el buen deseo de que su amo conciliara el sueño.

De ahí nace la leyenda de los enemigos de Moreno, que lo tildaron en cierto momento de beodo.

Cuando pasó su convalecencia, emprendió la práctica de la legislación con un abogado respetable de la misma ciudad. Al concluir los dos años que empleó en estas tareas contaba con regulares recursos pecuniarios. Su noviazgo se formalizó con la hija de una viuda distinguidísima, viendo a los pocos meses logradas sus ansias de amor. El matrimonio se verificó en secreto, por no causar disgustos a sus padres. Abrió en seguida estudio de abogado con un éxito extraordinario.

«No podía haberse imaginado, escribe su hermano Manuel, un individuo más a propósito que el doctor Moreno para la carrera que había escogido. Su espíritu elevado y su odio nativo a todo acto de opresión

e injusticia le hacían defender con vehemencia los derechos de sus protegidos, y era tanto el interés que tomaba en los agravios de sus clientes, que fácilmente se conocía que, no por oficio, sino por un ardiente celo de lo justo, emprendía siempre la protección de la inocencia. Él mismo conocía que una conducta semejante ante unos jueces corrompidos no podía menos de ser muy peligrosa para su fortuna individual; pero, a pesar de los propósitos de corregirse, que hacía tranquilamente en su casa, trasladado al foro, no se podía impedir de ser arrebatado por ese santo entusiasmo, y muchas veces los ministros de la arbitrariedad y la injusticia oyeron verdades de su boca, bien amargas por cierto, pero que no podían contradecir.»

Dada su ardiente sed de justicia, azuzada por una vehemencia que lo acompañó en todos los actos de su vida, tenía que chocar violentamente con el medio. Fué, por fin, víctima de su alto celo por la verdad. Una defensa vigorosa de un infeliz, a quien uno de los jueces había atropellado, hubo de costarle carísimo. El doctor Moreno resolvió regresar a su país, después de cinco años de ausencia; pero antes quiso visitar las fuentes naturales de la riqueza del bajo Perú. Llegó hasta Potosí. Quizá en la dantesca boca de la mina sintió las primeras acometividades de su gloriosa rebeldía. El espectáculo desolante de tres a cuatro mil indios hundiéndose en aquellas galerías para disputar a las entrañas de la tierra el oro y la plata; el hacinamiento monstruoso de la gleba, que en el antro potosino despreciaba la vida en pro-

vecho ajeno; la existencia miserable, sin aire, sin sol, sin alimentos, sin ropas, de los doce mil seres que cada semestre actuaban en tan lóbrego escenario, donde flotaba la eterna tragedia con que finalizan las luchas que no tienen otro objetivo que el logro del rico botín; todos esos dolores, todas esas inconsciencias y todos esos vasallajes, debieron marcar un *frisson* imborrable y conturbador en el espíritu de Mariano Moreno.

Sí, el germen de su rebeldía se lo ofreció principalmente la vida misma, con mayor justeza que los libros revolucionarios de la biblioteca de Terrazas. Y es así cómo, cuando a fines de 1805 llegó a Buenos Aires, el doctor Moreno traía en lo más recóndito de su corazón y de su cerebro, aun cuando no se lo dijera ni a sí mismo, el sentimiento racionalista y romántico del dogma de Mayo.

Pocas transformaciones había sufrido Buenos Aires durante su ausencia. En el ejido central se veía alguna que otra casa nueva o en cimientos, el «teatro Argentino», frente a la Merced, y principalmente el Coliseo, en obra lenta, a causa del proyecto vasto y costoso a que habían ceñido sus planos; todo lo demás estaba exactamente igual que cuando marchó para Chuquisaca; en la plaza Mayor, enfrentando con el río, la imponente mole del Fuerte ostentaba su blasón y su estandarte; en la esquina de la calle de las Torres, haciendo cruz con la Catedral, el andamiaje de una casa de dos pisos próxima a ser techada; la mansión de los Azcuénaga lucía tejado nuevo; pero nada más sorprendió al recién llegado. Las

mismas «bandolas» desparramadas por la plaza y sus inmediaciones; los mismos relinchos de las mulas y la bullanga del trajín en la calle de los Mendocinos, contrastando siempre con la apacible calma de la «manzana de las luces», donde San Carlos ponía su nota grave...

El doctor Moreno se alojó en la casa paterna, con su esposa y un hijito. Una inmensa pena por las ilusiones fallidas y una jubilosa alegría se entremezclaron al propio tiempo en el alma de don Manuel Moreno y Argumosa, al ver entrar a su primogénito con el fruto de su desobediencia y el entusiasmo de sus amores. Don Manuel, a pesar de ser cristiano de una sola veta, aceptó aquello como un dictado de la fatalidad. Una honda melancolía lo consumió rápidamente, y el 20 de noviembre entregaba su alma a Dios, en el preciso instante que el joven abogado tenía que presentarse en la Audiencia a defender a un litigante...

Después de la primera invasión inglesa escribió Moreno unas memorias de aquel glorioso hecho de armas, y en uno de sus párrafos decía: «El Río de la Plata es el punto más interesante de estas Américas. Su situación lo recomienda tanto como sus relaciones mercantiles, y su pérdida debe ser tan funesta a la nación, como al mismo gobierno. Él es la primera puerta del reino del Perú, y Buenos Aires el centro que reune y comunica las diversas relaciones de estas vastas provincias. El comerciante europeo depende precisamente de los factores que en esta capital reciben y dirigen sus negociaciones; el

de las provincias interiores debe remitir aquí los capitales de su giro, y de este modo Buenos Aires reune las esperanzas de cuantos viven dedicados al comercio de estas poderosas regiones». Y más adelante agrega, refiriéndose al rechazo de los asaltos que sufrió Buenos Aires en diversas ocasiones, de parte del corsario inglés Fontano, del pirata Cavendish y de las repetidas tomas de la Colonia del Sacramento por los portugueses: «Si Buenos Aires, en un estado débil y con un pequeño vecindario, obró con tanto heroísmo, ¿qué deberíamos esperar de este mismo pueblo, cuando ha llegado a componerse de sesenta mil habitantes?» La soberbia reconquista de Buenos Aires puso de manifiesto a los criollos su fuerza colectiva. Moreno se hallaba colocado entre los dos partidos en que se dividió la opinión pública después de la exaltación del héroe de la defensa y de la reconquista, don Santiago de Liniers, al cargo de virrey. La asonada del 1.º de enero en contra de este mandatario trajo como consecuencia varias proscripciones, confiscaciones y algunos destierros, y poco después el nombramiento de Hidalgo de Cisneros para substituir al sire de Bremont.

Después de la llegada del nuevo mandatario, Moreno fué, en cierto modo, su hombre de confianza.

Cisneros manifiesta deseos de abrir las puertas al comercio inglés y se traba entonces una lucha feroz entre los que querían vivir aferrados al prejuicio y los que anhelaban reformas comerciales a base de una digna liberalidad. El virrey sugiere a Belgrano la idea de fundar un periódico con el título del *Comercio de Buenos Aires*.

El secretario del Consulado, que, según López, era uno de esos espíritus noblemente inspirados que aceptan con una santa credulidad las sugestiones abstractas de lo bello y de lo bueno, sin comprender las condiciones materiales y prácticas de su oportunidad, fundó, efectivamente, esa publicación, que no respondía a las exigencias del momento. Entretanto, Moreno leía a Adam Smith, Quesnay, Payne, Colbert, Smiller, y sobre todo, a Jovellanos, y el 30 de septiembre de 1809 escribe su *Representación de los Hacendados,* documento extraordinario que pone de manifiesto «una inteligencia tan clara como opositora, tan ardiente como explosiva». Aquella *Representación,* elocuente e irrefutable, dice el gran historiador don Vicente Fidel López, «estalló como un estruendo y fué un golpe de luz en medio de los grandes y vivaces intereses que de tiempo atrás venían conmoviendo a la opinión pública.»

En los primeros días de 1810 el pueblo de Buenos Aires ignoraba lo que ocurría en la península; pero al llegar la noticia de la caída de la Junta de Sevilla, la inercia o la vacilación transformóse en actividades y energías admirables.

Moreno, sin embargo, que había inyectado su espíritu a las nuevas ideas, no figuró desde los primeros momentos en la rebelión. «Distante, como estaba, de aspirar a elevación alguna—escribe su hermano Manuel—nunca sospechó que el pueblo lo sacaría de su retiro, para honrarlo con su confianza. Muchas horas hacía que estaba nombrado secretario de la nueva Junta, y aun estaba totalmente ignorante de

ello, entretenido en casa de un amigo en conversaciones indiferentes. Al cabo de mucho tiempo, en que yo mismo lo había buscado para avisarle lo ocurrido, le vi entrar en su casa, envuelto en meditaciones sobre si debía o no aceptar el nombramiento. Conozco—me decía—los peligros que tendrá que vencer un magistrado para gobernar los negocios en tiempos tan expuestos. La variación presente no debe limitarse a suplantar los funcionarios públicos e imitar su corrupción y su indolencia. Es necesario destruir los abusos de la administración; desplegar una actividad que hasta ahora no se ha conocido; promover el remedio de los males que afligen al estado; excitar y dirigir el espíritu público; educar al pueblo; destruir sus enemigos y dar una nueva vida a las provincias». Y con una visión profética agregó: «Es preciso, pues, emprender un nuevo camino, en que, lejos de hallarse alguna senda, será necesario practicarla por entre los obstáculos que el despotismo, la venalidad y las preocupaciones, han amontonado, después de siglos, ante los progresos de la felicidad de este continente. Después que la nueva autoridad haya vencido los ataques a que se verá expuesta, por sólo la cualidad de ser nueva, tendrá que sufrir los de las pasiones, intereses e inconstancia de los mismos que ahora fomentan la reforma. Un hombre justo que esté al frente del gobierno, será tal vez la víctima de la ignorancia y de la emulación. El sosiego que he disfrutado hasta aquí, en medio de mi familia y de mis libros, será interrumpido. Pero nada de eso es capaz de embarazar-

me un punto, si es cierto que la voluntad general me llama a tomar una parte en la dirección de su causa. Si mi persona es necesaria, yo no puedo negar a mi patria el sacrificio de mi tranquilidad individual, de mis tareas, de mi fortuna y aun de mi vida.»

Tiene razón Groussac cuando dice que si Moreno vaciló antes «fué para no tener que vacilar después. Desde entonces, agrega, siguió adelante sin desviarse un punto de su rumbo inicial, abriendo esa senda inflexible que fué la traza del camino de la Revolución, derribando a su paso cualesquiera obstáculos, hombres, o cosas, con una lógica imperturbable y terrible.»

Y esa lógica terrible e imperturbable le lleva a pronunciar palabras definitivas cuando sabe la Junta que los conspiradores de Córdoba, á cuyo frente se hallaban Liniers, Concha, Rodríguez, Allende y Moreno no habían aún sido arcabuceados. El fallo que había arrancado lágrimas de dolor a los mismos que lo firmaron no se cumplía por vacilaciones... Entonces Moreno irguiéndose como un poseso y dirigiendo sus ojos a la imagen de la patria que alboreaba, le dijo a Castelli: «Vaya usted y espero que no incurrirá en la misma debilidad que nuestro general; si todavía no se cumpliese la determinación tomada, irá el vocal Larrea, a quien pienso no faltará resolución; y por último, iré yo mismo si fuese necesario.»

CAPÍTULO VIII

La Gaceta de Buenos Aires. — Ideas e ideales del pueblo de Mayo. — La obra educativa de la Revolución. — Partida de Moreno para Inglaterra. — Su muerte.

Una de las primeras resoluciones importantes de la Junta y que tiene íntima vinculación con nuestro trabajo, es la fundación de *La Gaceta de Buenos Aires* el 7 de junio de 1810. Durante el virreinato de Cisneros se había publicado un periódico que se titulaba también *Gaceta* — gazzeta, moneda veneciana que costaba el primer periódico impreso en Venecia — pero con el agregado *del gobierno de Buenos Aires.* La colección consta de cincuenta números. Empezó el 14 de octubre y cesó de aparecer el 9 de enero de 1810. Insertaba solamente aburridos documentos oficiales. No hemos podido ver sino algunos números de esta colección, que se halla completa en el archivo de Lamas, adquirido últimamente por el gobierno del Uruguay.

La Gaceta de Buenos Aires representa el paso más importante que en el campo del pensamiento libre dió la Primera Junta revolucionaria. Jamás se habían estampado en letras de molde, en Buenos

Aires, ideas e ideales de mayor transcendencia. En sus páginas brilla con luz inextinguible el genio de su primer director o «editor», como se decía entonces. Moreno puso a *La Gaceta,* bajo la égida de aquella frase de Tácito: *Rara temporum felicitate, ubi sentire quæ velis, et quæ sentias, dicere licet.* Aparecía dos veces por semana, y en algunas ocasiones tres o más veces, conforme a las exigencias de los acuerdos tomados por la Junta. Se tiraba al principio en la imprenta de Niños Expósitos, y luego en la de «Gandarillas y socios». Hasta el 31 de octubre apareció en 4.º y después del 5 de noviembre, hasta su conclusión, en folio.

La lengua castellana adquiere en la colonia emancipada, como observa Gutiérrez, una valentía desconocida, una elegancia franca y enérgica, sobre todo cuando inspiraba a la pluma de Moreno el genio de la libertad. El mismo secretario de la Junta y director de la *Gaceta* dice en la orden del 7 de junio: «El pueblo tiene derecho a saber la conducta de sus representantes, y el honor de éstos se interesa en que todos conozcan la execración con que miran aquellas reservas y misterios inventados por el poder para cubrir los delitos. ¿Por qué se han de ocultar a las provincias sus medidas relativas a solidar su unión bajo el nuevo sistema? ¿Por qué se les ha de tener ignorantes de las noticias prósperas o adversas que manifiesten el sucesivo estado de la Península? ¿Por qué se ha de envolver la administración de la Junta en un caos impenetrable a todos los que no tuvieron parte en su formación? Cuando el Con-

greso general necesite un conocimiento del plan del gobierno que la Junta Provisional ha guardado, no huirán sus vocales de darlo, y su franqueza desterrará toda sospecha de que se hacen necesarias o temen ser conocidas, pero es más digno de su representación fiar a la opinión pública la defensa de sus procedimientos y que cuando todos van a tener parte en la decisión de su suerte nadie ignore aquellos principios políticos que deben reglar su resolución.

Para el logro de tan justos deseos ha resuelto la Junta que salga a luz un nuevo periódico semanal, con el título de *Gaceta de Buenos Aires,* el cual sin tocar los objetos que tan dignamente se desempeñan en el *Semanario del Comercio*, anuncie al público las noticias exteriores e interiores que deban mirarse con algún interés.

En él se manifestarán igualmente las discusiones oficiales de la Junta con los demás jefes y gobiernos, el estado de la Real Hacienda y medidas económicas, para su mejora; y una franca comunicación de los motivos que influyan en sus principales providencias que desee dar cualquiera que pueda contribuir con sus luces a la seguridad del acierto.

«La utilidad de los discursos de hombres ilustrados que sostengan y dirijan el patriotismo y fidelidad, que tan heroicamente se ha desplegado, nunca es mayor que cuando el choque de las opiniones pudiera envolver en tinieblas aquellos principios, que los grandes talentos pueden únicamente reducir a su primitiva claridad; y la Junta, a más de incitar ahora

generalmente a los sabios de estas provincias, para que escriban sobre tan importantes objetos, los estimulará por otros medios que les descubran la confianza que ponen en sus luces y en su celo.

«Todos los escritos relativos a este recomendable fin se dirigirán al señor vocal doctor don Manuel Alberti, quien cuidará privativamente de este ramo, agregándose por la secretaría las noticias oficiales, cuya publicación interese. El pueblo recibirá esta medida con una demostración sincera del aprecio que hace la Junta de su confianza; y de que no anima otro espíritu sus providencias que el deseo de asegurar la felicidad de estas provincias.»

La Gaceta nos habla hoja por hoja de todas las grandes iniciativas, hijas de la sublime inspiración de Moreno, en beneficio de la cultura colectiva. Así vemos que por la orden del 12 de septiembre se crea la «Biblioteca Pública de Buenos Aires», que estará abierta dos veces a la semana para el público, y diariamente a los literatos, sin estipendio alguno.»

Mariano Moreno explica así la resolución de la Junta: «Los pueblos compran a precio muy subido la gloria de las armas; y la sangre de los ciudadanos no es el único sacrificio que acompaña los triunfos; asustadas las Musas, con el horror de los combates, huyen a regiones más tranquilas, e insensibles a los hombres, a todo lo que no sea desolación y estrépito, descuidan aquellos establecimientos que en tiempos felices se fundaron para cultivo de las ciencias y de las artes. Si el magistrado no empeña su poder y su celo en precaver el funesto término a

que progresivamente conduce tan peligroso estado, a la dulzura de las costumbres sucede la ferocidad de un pueblo bárbaro, y la rusticidad de los hijos deshonra la memoria de las grandes acciones de sus padres.

«Buenos Aires se halla amenazada de tan terrible suerte; y cuatro años de glorias han minado sordamente la ilustración y las virtudes que las produjeron. La necesidad hizo destinar provisionalmente el Colegio de San Carlos para cuartel de tropas; los jóvenes empezaron a gustar una libertad tanto más peligrosa, cuanto más agradable; y atraídos por el brillo de las armas, que habían producido nuestras glorias, quisieron ser militares antes de prepararse a ser hombres. Todos han visto con dolor destruirse aquellos establecimientos de que únicamente podía esperarse la educación de nuestros jóvenes, y los buenos patriotas lamentaban en secreto el abandono del Gobierno, o más bien su política destructora, que miraba como un mal de peligrosas consecuencias la ilustración de este pueblo.

«La Junta se ve reducida a la triste necesidad de crearlo todo; y aunque las graves atenciones que la agobian no le dejan todo el tiempo que deseara consagrar a tan importante objeto, llamará en su socorro a los hombres sabios y patriotas, que reglando un nuevo establecimiento de estudios, adecuado a nuestras circunstancias, formen el plantel que produzca algún día hombres que sean el honor y gloria de su patria.

«Entretanto que se organiza esta obra, cuyo pro-

greso se irá publicando sucesivamente, ha resuelto la Junta formar una biblioteca pública, en que se facilite a los amantes de las letras un recurso seguro para aumentar sus conocimientos. Las utilidades consiguientes a una biblioteca pública son tan notorias, que sería excusado detenernos en indicarlas. Toda casa de libros atrae a los literatos con una fuerza irresistible, la curiosidad incita a los que no han nacido con positiva resistencia a las letras, y la concurrencia de los sabios con los que desean serlo produce una manifestación recíproca de luces y conocimientos, que se aumentan con la discusión, y se afirman con el registro de los libros, que está a mano para dirimir las disputas.»

Después de historiar rápidamente los beneficios de las bibliotecas en todas las naciones civilizadas de la antigüedad y de la moderna Europa, concluye diciendo: «Por fortuna tenemos libros bastantes para dar principio a una obra que crecerá en proporción del sucesivo engrandecimiento de este pueblo.

«La Junta ha resuelto fomentar este establecimiento, y esperando que los buenos patriotas propenderán a que se realice un pensamiento de tanta utilidad, abre una subscripción patriótica para los gastos de estantes y demás costos inevitables, la cual se recibirá en la Secretaría de Gobierno; nombrando desde ahora por bibliotecarios al doctor don Saturnino Segurola y al reverendo Padre fray Cayetano Rodríguez, que se han prestado gustosos a dar esta nueva prueba de su patriotismo y amor al bien público; y nombra igualmente por protector de dicha

Biblioteca al Secretario de Gobierno doctor don Mariano Moreno, confiriéndole todas las facultades para presidir dicho establecimiento, y entender en todos los incidentes que ofreciese.»

Produjo tal entusiasmo la creación de la Biblioteca que en muy pocos días se reunió la suma de diez mil pesos, que permitió habilitar una casa y aun sobró algún dinero para adquirir libros.

La base bibliográfica del nuevo establecimiento de cultura contó desde un principio con tres mil volúmenes provenientes de las librerías particulares, y sobre todo de los ejemplares desperdigados de las colecciones de Maziel y Rospiglioso, que años antes habían sido tasadas en 4.162 pesos la del primero y en 1.400 la del segundo. En uno de los números del *Telégrafo* se lee el siguiente aviso con fecha de julio de 1802: «La librería que quedó por muerte del doctor Claudio Rospigliosi se vende y está tasada en 1.400 pesos fuertes. Quien la quisiera comprar véase con su viuda, doña Isabel Gazcón». La familia de Azcuénaga adquirió esos libros que pasaron luego a la Biblioteca Pública.

Se recordará que incidentalmente hemos hablado del obispo Azamor y Ramírez con motivo de haber legado su librería para que usufructuasen sus beneficios los hombres estudiosos. Moreno pasó al Obispado la siguiente nota: «Habiendo dispuesto esta Junta la formación de una Biblioteca Pública, espera de V. S. I., de acuerdo con el Vle. Deán y Cabildo, franqueará los libros que aun se conservan del finado ilustrísimo señor don Manuel Azamor y Ramírez,

pues, habiendo sido éstos destinados por dicho ilustrísimo señor para una biblioteca pública, se guarda el fin principal de su disposición y se provee al beneficio colectivo que debe resultar de este establecimiento.»

Pocos días después de la creación de la Biblioteca Mariano Moreno rompe definitivamente las vallas que se oponían a la libertad de escribir y de pensar, y en *La Gaceta* del 21 de junio publica un vibrante artículo que termina así:

«Desengañémonos al fin que los pueblos yacerán en el embrutecimiento más vergonzoso, si no se da una absoluta franquicia y libertad para hablar en todo asunto que no se oponga en modo alguno a las verdades santas de nuestra augusta religión, y a las determinaciones del gobierno, siempre dignas de nuestro mayor respeto. Los pueblos correrán de error en error, y de preocupación en preocupación, y harán la desdicha de su existencia presente y sucesiva. No se adelantarán las artes, ni los conocimientos útiles, porque no teniendo libertad el pensamiento, se seguirán respetando los absurdos que han consagrado nuestros padres, y han autorizado el tiempo y las costumbres.

«Seamos, una vez, menos partidarios de nuestras envejecidas opiniones; tengamos menos amor propio, dese acceso a la verdad y a la introducción de las luces y de la ilustración; no se reprima la inocente libertad de pensar en asuntos del interés universal; no creamos que con ella se atacará jamás impunemente al mérito y la virtud, porque hablando por sí

mismos en su favor y teniendo siempre por árbitro imparcial al pueblo, se reducirán a polvo los escritos de los que indignamente osasen atacarlos. La verdad, como la virtud, tienen en sí mismas su más incontestable apología; a fuerza de discutirlas y ventilarlas aparecen en todo su esplendor y brillo: si se oponen restricciones al discurso, vegetará el espíritu como la materia; y el error, la mentira, la preocupación, el fanatismo y embrutecimiento, harán la divisa de los pueblos, y causarán para siempre su abatimiento, su ruina y su miseria.»

Moreno, después de lograr la fundación de un centro social, instituye, el 23 de agosto la «Escuela de Matemáticas», porque «el habitante de Buenos Aires debe distinguirse en todo, y el oficial de nuestro ejército, después de asombrar al enemigo por su valor, debe ganar a los pueblos por el irresistible atractivo de su instrucción, de su moderación y virtudes sociales que deben adornarlo. El que se encuentre desnudo de estas cualidades redoble sus esfuerzos para adquirirlas, y no se avergüence de una dócil resignación a la enseñanza que se le ofrece, pues en un pueblo naciente todos somos principiantes, y no hay otra diferencia que la de nuestros buenos deseos: el que no sienta los estímulos de una noble ambición de saber y distinguirse en su carrera, abandónela con tiempo, y no se exponga al seguro bochorno de ser arrojado con ignominia; búsque para su habitación un pueblo de bárbaros ó de esclavos, y huya de la gran Buenos Aires, que no quiere entre sus hijos hombres extranjeros a las virtudes.

«La Junta ordena que todos los cadetes de los regimientos sean alumnos permanentes de esta escuela, sin que se les distraiga con servicio alguno de la guarnición; aunque todas las tardes harán ejercicio de armas en el lugar que el sargento mayor de plaza designare, siendo igualmente infalible su asistencia a las academias de ordenanza en sus respectivos cuarteles, sobre lo que velará la Junta, y con particularidad el señor vocal don Miguel de Azcuénaga, comisionado de la Junta para el efecto.»

¡Asombran extraordinariamente tantas actividades desplegadas en poquísimos meses! Si cuando el virrey Cisneros acordó permiso «para que en un congreso público expresase su voluntad el pueblo» concluyó el régimen colonial, desde que Mariano Moreno asumió el cargo de secretario de la Junta, el pueblo argentino echó los cimientos de su gloriosa grandeza.

Pero no le deparó el destino a quien fué el verbo y la acción de la primera hora, contemplar nada más que los albores de la obra comenzada. El célebre decreto sobre «supresión de los honores al Presidente de la Junta» provocó la crisis que sordamente venían preparando las disparidades de opiniones y conceptos entre los «morenistas» y los adeptos a Saavedra. Estalló la lucha, cuyo desenlace trajo por consecuencia la caída de Moreno. Los incidentes de la fiesta en el cuartel de *Patricios* donde se celebraba el triunfo de Suipacha, la adulación lacayuna de Atanasio Duarte, que en el momento de los brindis le dijo a Saavedra que «la América esperaba

ansiosa que tomase el cetro y la corona», lo cual motivó el decreto del 6 de diciembre, en que se condena a destierro al citado oficial, «porque ningún habitante de Buenos Aires ni ebrio, ni dormido, debe tener impresiones contra la libertad de su país»; las agitaciones producidas por la incorporación de los diputados provinciales a la Junta, fueron las causas ocasionales de la renuncia de Mariano Moreno, quien aceptó una comisión diplomática ante el gobierno de Inglaterra «revestido de todas las facultades necesarias para establecer las relaciones políticas que las circunstancias del día exigen imperiosamente entre estas provincias y la Gran Bretaña.»

Moreno da de nuevo su adiós a la ciudad natal, pero esta vez para siempre. Los asuntos políticos, difíciles y transcendentales a que se había dedicado por entero; las amargas decepciones que sufrió en los últimos días de 1810; su exquisita sensibilidad nerviosa azuzada por la ingratitud, la calumnia y la felonía, concluyeron por minar considerablemente un organismo de suyo endeble y enfermizo y que sólo se mantenía erguido por aquella fuerza espiritual enorme, tan gallardamente desplegada, tan virilmente mantenida hasta el último momento en que se derrumbó de golpe con la instantaneidad de un estallido.

El 24 de enero de 1811 se embarcó el doctor Moreno en el cúter inglés *Misletoe,* rumbo a la Ensenada. Allí transbordó a la fragata *La Fama,* inglesa también, que debía conducirlo a Londres. En este barco le esperaban su hermano Manuel y un secre-

tario. La navegación fué mala desde los primeros días, pues tuvieron que capear terribles temporales y luchar con vientos contrarios. Debilitado el doctor Moreno más que por el mareo por su lesión pulmonar, se vió condenado a no poder salir de su camarote. «No sé qué causa funesta se me anuncia en este viaje», dijo una tarde a su hermano Manuel y al capitán de la embarcación. Consumíalo la fiebre, con aquella feroz intensidad que no había vuelto a torturarlo desde su estancia en Chuquisaca. La desesperación de los tripulantes era mayor al no poderle propinar medicinas ni lenitivos de ninguna especie. Su último accidente fué precipitado por la administración de una fuerte dosis de sal de Inglaterra, que el capitán de la embarcación le dió a beber imprudentemente y sin advertírselo a su hermano Manuel, que relata la muerte del prócer en los siguientes párrafos que transcribimos al pie de la letra:

«A esto siguió una terrible convulsión, que apenas le dió tiempo para despedirse de su patria, de su familia y de sus amigos. Aunque quisimos estorbarlo, desamparó su cama, ya en este estado, y con visos de mucha agitación, acostado sobre el piso sólo de la cámara, se esforzó en hacernos una exhortación admirable de nuestros deberes en el país en que íbamos a entrar, y nos dió instrucciones del modo que debíamos cumplir los encargos de la comisión, en su falta. Pidió perdón a sus amigos y enemigos de todos sus errores; llamó al capitán y le recomendó nuestras personas; a mí, en particular, me recomendó, con el más vivo encarecimiento, el

cuidado de su esposa inocente — con este dictado la llamó muchas veces. — El último concepto que pudo producir, fueron las siguientes palabras: «¡Viva mi patria, aunque yo perezca!» Ya no pudo articular más.

«Tres días estuvo en esta situación lamentable; murió el 4 de marzo de 1811, al amanecer, a los veintiocho grados y siete minutos sur de la línea, en los 32 años, 6 meses y un día de su edad. Su cuerpo fué puesto en el mar, a las cinco de aquella misma tarde, después de haberle tributado las demostraciones compatibles con nuestra situación.

La bandera inglesa, a media asta, y las descargas de fusilería anunciaron a las otras fragatas del convoy la desgracia sucedida en la nuestra, y el cadáver estuvo expuesto todo aquel día sobre la cubierta, envuelto también en la bandera inglesa.»

Los escritos de Mariano Moreno fueron fragmentariamente coleccionados por el doctor Manuel Moreno en 1836, en una edición impresa en Londres.

La Junta Directiva del extinguido Ateneo de Buenos Aires, en la sesión del 3 de julio de 1893, resolvió «emprender la publicación, en ediciones críticas, de las obras nacionales inéditas o cuyas ediciones estuvieran agotadas o fueran notoriamente defectuosas». El 10 del mismo mes resolvió la Junta inaugurar la serie de esas publicaciones con los escritos de Mariano Moreno, encargándole la preparación del libro y de su prólogo al distinguido jurisconsulto Norberto Piñero.

Célebre en nuestra moderna historia literaria es la polémica que motivó la recia acometida de Groussac en contra de la colección de escritos del prócer de Mayo prologados por Piñero. A pesar de los defectos que sin duda alguna tiene este libro, es innegable la inteligente labor del prologuista. Gracias a la selección de escritos, «más o menos auténticos», del director de la *Gaceta,* se ha facilitado la difusión de gran parte de la obra de Moreno. Antes de la aparición del libro editado por el Ateneo teníamos que remitir nuestra curiosidad o nuestras ansias de estudio a la fuente originaria, es decir, a la *Gaceta,* cuyos números se hallan en la Biblioteca Nacional o en la del general Mitre. Respetando, como nadie, el talento y la buena fe de Groussac, creemos que en aquella emergencia el erudito crítico fué excesivo en sus apreciaciones...

De cualquier manera, los escritos de Mariano Moreno deben ser reunidos en una edición definitiva, antes que la polilla acabe de consumir las colecciones de la *Gaceta.*

Ahora mismo, mientras escribimos estos apuntes y volvemos despaciosamente las hojas amarillentas de ese periódico, por una extraña coincidencia, tenemos a nuestro lado al doctor Piñero, que estudia viejos infolios de la Biblioteca Nacional.

Y al hacer sinceramente un voto porque el recuerdo de aquel famoso artículo de Groussac no sea ataharre, sino espolique, para el futuro coleccionador de los escritos de Moreno, el busto de mármol, del augusto revolucionario, parece poner una nota de

austeridad y de entusiasmo en el solemne recinto donde nos hallamos. A pocos pasos de nosotros emerge la alba figura, «con la frente despejada, que fué molde de una razón luminosa; la curva en arco tendido de los labios persuasivos, que no se abrieron sino para palabras dignas de ser oídas; la resaltada barba napoleónica, indicio de energía y voluntad!»... Una extraña emoción nos domina frente a ese busto y ante el recuerdo de las palabras del maestro. Efectivamente, «parece, por instantes, que un rayo de ultratumba, filtrando por la hueca pupila, se esparce en la cabeza del numen tutelar, ya revestida con la nobleza serena y la belleza exangüe de la inmortalidad.»

CAPÍTULO IX

LA EPOPEYA EMANCIPADORA

Los poetas de la Revolución.— La *Lira Argentina.* — Expresiones poéticas anónimas. — La musa popular. — Los cantos del vivac. — Vicente Fidel López y Planes. — El *Triunfo Argentino* y el *Himno Nacional.* — La primera canción patria.— Esteban de Luca.— La tertulia de María Sánchez de Thompson y el himno.— Blas Parera. — Noble actitud de fray Cayetano Rodriguez. — Síntesis sobre la vida y las obras de López.

Hemos llegado ya a la «epopeya emancipadora» y vamos, por lo tanto, a encontrarnos con los poetas y publicistas que en toscos o inspirados versos, en ingenuas o sublimes estancias, exteriorizan el gran drama de la Revolución, que ellos mismos escriben y representan. Nuestros poetas, dice Gutiérrez, «han sido los sacerdotes de la creencia de Mayo y los que han mantenido siempre vivo en el altar de la patria el fuego de sus primeras centellas.»

«Los poetas de la Revolución» no son solamente aquellos que figuran en las malas antologías escolares hechas entre nosotros, desde la famosa *Lira Argentina,* o los trozos escogidos de cualquier editor

que sabe muy bien colocar sus libros en los consejos escolares, pero que ignora en absoluto dónde están las fuent s originarias de la verdadera poesía argentina y cuáles son sus expresiones más vigorosas.

Al imprimir esos «florilegios» no han salido los antologistas ó libreros, de media docena de nombres admirablemente gloriosos, sin duda alguna, varios de ellos, pero engrandecidos casi todos, más que por sus obras, por el momento histórico en que las escribieron.

En cambio, hemos dejado en el más profundo olvido las expresiones poéticas anónimas que magnificaron aquel momento. Y es en la musa popular, ingenua, bella, o bárbara, donde la poesía netamente argentina acuñó monedas con su busto; es en esa musa desordenada, atrabiliaria, ripiosa, incongruente, pero hondísimamente sentida y expresada, donde se hallan las entonaciones más conmovedoras de la epopeya emancipadora. ¿Quién forja aquellos romances y cuartetas, aquellas décimas y octavillas, que cantan al son de la guitarra los soldados libertadores en derredor del fogón, cerca del vivac, mientras el cimarrón pasa de mano en mano y los danzarines florean un «cielito»? Ese sublime poeta es el pueblo, el alma del pueblo de Mayo.

Dice Joaquín Costa que al pueblo distinguen las mismas cualidades que a los niños. El pueblo «inconsciente, voluble, caprichoso, pero ingenuo, hoy derriba los ídolos que levantó ayer; pero jamás oculta la verdad ni desfigura a sabiendas lo que pensó o hizo,

o lo que vió hacer u oyó que había sido hecho». Y esa verdad y esos pensamientos y hechos del ejército libertador viven y palpitan en las expresiones de su musa popular, hasta el punto de que podemos reconstruir, instante por instante, la historia guerrera de aquel entonces. Tales romances no nos engañan cuando nos pintan el ambiente espartano del campamento del Plumerillo, en las vísperas de Chacabuco, o la desenfrenada orgía que ofreciera en el Norte a sus legiones, el genio perturbador y magnífico de Castelli.

¡Lástima grande que muchas de esas composiciones anónimas hayan sido desvirtuadas por la tradición oral y otras injustamente substituídas en la memoria de este pueblo por odas y poemas que pretenden disfrazar su insignificancia espiritual con pompas retóricas, que lindan entre lo sublime y lo ridículo! Esos poetas amanerados y presuntuosos son, en cierto modo, desleales a «su momento» porque creen hacer la obra imperecedera cobijándose bajo Píndaro y volviéndole la espalda a Santos Vega.

El ya citado Joaquín Costa nos dice con rara elocuencia, que el poeta que se pone fuera de las leyes de la estética nacional sufre, al fin y a la postre, la merecida pena; no habrá creado seres, sino remedos y falsificaciones de ser, flores de papel, frutos de cera, por donde no circula la savia de la vida; su obra será nonata, ó bien, nacerá muerta, en medio de la indiferencia pública, y flotará como momificado cadáver en el naufragio donde van a perecer todas las soberbias humanas»...

¿Qué queda de aquel enorme fárrago de odas y cantos académicos, hechos en frío, desde antes de la Asamblea del año 1813 a la presidencia de Rivadavia? Poco o casi nada. Es papel impreso o manuscrito que sólo catalogará el investigador bibliográfico, pero que no producirá la más pequeña emoción de Patria o de Belleza a las generaciones argentinas.

Ha llegado la hora de que hagamos revivir los cantos del vivac y que enterremos definitivamente, sin contemplaciones ni falsos respetos, aquellos versos de metáforas hinchadas, vacíos y sonoros como tambores, de los poetas que no sabían hablarnos de los Andes, de Maipo, de Chacabuco o de Cancha Rayada, sin traernos a colación, antes de «entrar en materia», a todos los dioses mitológicos de Grecia.

Entre un canto pensado y trabajado bajo la advocación machacona de Marte, Orfeo o Apolo, y aquellos «cielitos» a la *Victoria de Maypú,* que dicen lisa y llanamente,

Ya que encerré la tropilla
Y que recogí el rodeo,
Voy a templar la guitarra
Para explicar mi deseo.
Cielito, cielito que sí,
Mi asunto es un poco largo,
Para algunos será alegre
Y para otros será amargo.

la elección no es dudosa, para nosotros al menos.

¡Cuánta simplicidad admirable, cuánta unción patriótica, cuánta emoción hay en esos «cielitos de Maypú», que, por fortuna, se hallan incluídos ínte-

gramente en *La Lira Argentina,* de 1821! El poeta anónimo que cantó al son de la guitarra

> Mejor es andar «delgado»,
> Andar «águila» y sin pena,
> Que no llorar para siempre
> Entre pesadas cadenas,

nos conmueve hoy muchísimo más, que aquellos bardos que no podían ofrendar sus versos a la patria sin pulsar la lira de Tirteo.

En el curso del presente trabajo estudiaremos nuestra poesía popular como un anticipo del género gauchesco que comienza con Godoy, se intensifica con Hidalgo y Ascasubi, y constituye luego un glorioso exponente de filosofía, gracia y belleza con Estanislao del Campo y José Hernández.

Entre los poetas de la epopeya emancipadora vamos a encontrarnos con algunos representantes de primer orden. Desde luego, uno de los más esclarecidos y dignos de estudio es don Vicente López y Planes, autor del ya citado *Triunfo Argentino* y del *Himno Nacional.*

Este vate inmortal nació en Buenos Aires el 3 de mayo de 1785. Fueron sus padres don Domingo López, natural de Asturias, y la porteña doña Catalina Planes. Desde muy joven tuvo inclinaciones a las bellas letras y a la filosofía, sobresaliendo por su talento claro y la vivacidad de su palabra en los cursos del Colegio de San Carlos. Bernardino Rivadavia, Valentín Gómez y López, fueron por aquel entonces el orgullo de sus profesores y el estímulo de sus condiscípulos.

En las legiones que defendieron a Buenos Aires del asalto de los ingleses, López figura como capitán de *Patricios*.

Las viriles hazañas del pueblo porteño en 1806 y 1807 le inspiraron el *Triunfo Argentino*, que une a su valor histórico un mérito artístico bastante considerable. Hay en muchos trozos de esta composición vigor y movimiento, interés y hasta cierto dejo épico de subidos quilates. Es sensible que su mucha extensión amengüe bellezas que se pierden en las frondosidades del romance y de ciertos pasajes traducidos casi de la *Eneida*. Puede considerarse esta composición como el primer ensayo de la poesía patriótica argentina.

Don Vicente López hizo también el «inevitable» viaje a Chuquisaca. Después del 25 de Mayo de 1810 le vemos vinculado al ejército del interior, con el cargo de secretario del general Ocampo. En la Asamblea del año 13 representa al pueblo de Buenos Aires. Disuelto este Congreso, después de la revolución de abril de 1815, asume interinamente el cargo de director supremo Antonio G. Balcarce, quien nombra a López su secretario. Más tarde Pueyrredón le ofrece la cartera de Gobierno, que desempeña brillantemente hasta que los acontecimientos políticos lo llevan nuevamente al Congreso.

Instituyó los estudios clásicos en la Universidad y fundó el Departamento Estadístico de Buenos Aires. En 1822 dictaba el curso de Economía Política ante una pléyade de jóvenes que años más tarde continuaron gallardamente, en la expatriación, consagran-

do un generoso culto al esclarecido maestro. Cuando renunció Rivadavia la presidencia constitucional, López fué designado para reemplazar provisionalmente al gran estadista. Ministro de Dorrego, o gobernador interino el 4 de febrero de 1852, después de la caída de Rozas, su paso por los altos puestos afianzó ante el concepto de propios y extraños las bellas dotes morales y la noble y vibrante inteligencia del autor de la canción nacional. Falleció el 10 de octubre de 1856.

He aquí como refiere la ceremonia del sepelio *El Orden,* que era el más importante periódico de aquel entonces en Buenos Aires:

«El domingo, a las once de la mañana, fueron llevados al cementerio del Norte los restos mortales del doctor don Vicente López. Seguía al ataúd una larga fila de carruajes conduciendo lo más distinguido de esta sociedad, que espontáneamente acudía a rendir el último tributo de respeto o de amistad al ilustre finado. Terminadas las preces religiosas, el doctor don Juan María Gutiérrez pronunció sobre la tumba el bello y sentido discurso que insertamos en seguida. El señor don Mariano Varela dijo en seguida algunas palabras muy oportunas, y otro caballero tomó también la palabra para hacer el elogio del varón justo, que, después de tantos servicios a la patria, ha ido a descansar en el seno de su creador.»

Hemos transcripto ese breve suelto como un recuerdo del signo de los tiempos aquellos, tan distintos a los de hoy, en que cualquier zampatortas que fallece, es glorificado en uno de esos largos artícu-

los, con grabados inclusive, de que tan pródigamente llena sus columnas el periodismo moderno. Pero así como al día siguiente ya no se acuerda nadie del «ilustre muerto enterrado ayer», el pueblo argentino ha sabido levantar altares perennes a sus próceres, aun cuando las modestas prensas de aquel entonces no esparcieran a los cuatro vientos los hiperbólicos ditirambos.

Y en uno de esos altares perennes vivirá inextinguiblemente la augusta figura del poeta de la canción patria, cuyos broncíneos versos han de seguir rimando bajo esa bandera blanca y celeste, «discernida según el voto del genio de Sarmiento, entre el polvo de los pueblos en marcha, acaudillando cien millones de argentinos hijos de nuestros hijos hasta la última generación.»

No fué el himno de López y Planes la primera canción poética escrita en Buenos Aires para exaltar el espíritu del dogma de Mayo. En la *Gaceta* del 15 de noviembre de 1810 apareció una «marcha patriótica compuesta por un ciudadano de Buenos Aires, para cantar con la música que otro ciudadano está arreglando». Esta composición insertada anónimamente, la escribió Esteban de Luca, de quien se hallarán noticias completas más adelante.

La *Marcha patriótica,* de Luca, comienza así:

La América toda
Se conmueve al fin
Y a sus caros hijos
Convoca a la lid;

A la lid tremenda
Que va a destruir
A cuantos tiranos
La osan oprimir.

También cantó el pueblo de Buenos Aires hasta 1811 otra composición patriótica del mismo Luca, pero ninguna de las dos sobrevivieron después que la Asamblea declaró, el 11 de mayo de 1813, «única canción de las Provincias Unidas» la canción de López y Planes.

Cuenta la tradición que luego de convocar la Asamblea a un concurso a los poetas de aquel entonces, sólo se presentaron el doctor López y fray Cayetano Rodríguez. Una noche, el poeta Luca, que era un eximio declamador, leyó en la tertulia de la señora María Sánchez de Thompson, el himno de López, que aun no había sido aprobado por aquellos asambleístas, que tanto contribuyeron con sus determinaciones al logro definitivo de la Independencia americana. Entre los contertulios se hallaba el músico catalán Blas Parera, quien, entusiasmado a la vez que por los versos, por la emoción que vibraba en el salón, se sentó al piano e improvisó el acompañamiento musical. El entusiasmo no tuvo límites, entonces. A la media hora todos los invitados de la señora Sánchez de Thomson cantaban a coro delirantemente

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir;
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.

Fray Cayetano Rodríguez, presente en la reunión,

rompió las cuartillas donde había escrito su *Himno* y se echó en los brazos de López, conmovido hasta las lágrimas.

La primera edición de la Canción Nacional se hizo el 14 de mayo de 1813, en el papel y tamaño de la *Gaceta Ministerial del Gobierno de Buenos Aires.* Desde entonces, podría aplicársele a la composición de López y Planes lo que don Joaquín Costa aplica a ciertas expresiones de la musa heroico-popular, en el *Anti-panmonarquismo:* «su lengua no ha cesado de hablar. Al par del santo nombre de Dios es invocado el himno en los días de gloria o de abatimiento». Sus versos, podemos decir parafraseando al intenso autor de la *Poesía popular española,* son aliento y enardecimiento de los desmayados ánimos; a su voz renació algún día el genio expirante, casi extinto de la nacionalidad caída en las garras de la mazorca; sus estancias viriles han sido «el baluarte de la libertad y el propugnáculo de la patria»; en los mismos días terribles de prueba, anteriores a la organización nacional, ha congregado el «Oid mortales el grito sagrado» hasta a los caudillos bárbaros que enrojecían dos veces la bandera azul y blanca y avanzaban blandiendo sus lanzas a la cabeza de la abigarrada soldadesca que entenebrecía la patria; y lo mismo en las batallas de la Independencia que en las de la libertad, jamás dejó de ser el verbo inflamante de las multitudes argentinas aquel

«Oid el ruido de rotas cadenas»

que en la paz como en la guerra han cantado las

legiones ebrias de triunfo y de patriotismo, desde la plaza de la Victoria a la última carga de Junín.

Con tales antecedentes, no intentaremos, pues, la crítica serena a propósito de los méritos y defectos de las estrofas del *Himno*. Preferimos entregarnos a ellas apasionadamente.

Tan noble sugestión desaparece en presencia de otras composiciones del mismo autor, como ser la titulada *En la victoria de Maipo,* que se nos antoja llena de versos prosaicos, y plagada de hiatos y de cacofonías.

En *El Correo del Comercio* publicó el doctor López la oda *Delicias de la vida del labrador*, que es una mediocre imitación del «ripioso y claudicante fray Luis.»

La más completa de todas las composiciones poéticas de este autor es el poema *Armonía de los cielos y la moral* en el que «su mirada indagadora sigue tras las huellas de Newton el curso de los astros, para ensimismarse luego en los misterios revelados por el sentimiento de lo infinito.»

Don Juan María Gutiérrez dijo en la tumba del doctor Vicente López y Planes, entre muchos otros bellos párrafos, los siguientes: «La muerte no ha completado su triunfo sobre el hombre que aquí yace. La tierra ha caído sobre sus restos, pero no el olvido. Las generaciones argentinas, al sucederse unas a otras, transmitirán a la más remota posteridad el nombre, las virtudes, el patriotismo y el claro talento del doctor López y Planes, que fué uno de esos seres privilegiados que recibieron de la Provi-

dencia las dotes necesarias para emprender la obra de la regeneración de América. Pertenece a esa generación denodada que en los campos de batalla, en las asambleas, en los consejos del gobierno, por medio de la acción y de la palabra, estaba destinada por Dios para transformar una colonia en una nación independiente.»

Antes de seguir en el curso de nuestro trabajo nos parece oportuno consignar un hecho que habla muy en favor de la confraternidad hispanoargentina, que ha ido intensificándose día por día después de la cruenta lucha que ensangrentó el suelo americano. Nos referimos al decreto que el gobierno del teniente general Julio A. Roca dictó en 1900 con motivo de la Canción Nacional. He aquí algunos considerandos del documento a que aludimos: «Que, sin producir alteraciones en el texto del Himno Nacional, hay en él estrofas que responden perfectamente al concepto que universalmente tienen las naciones respecto de sus himnos en tiempo de paz y que se armonizan con la tranquilidad y la dignidad de millares de españoles que comparten nuestra existencia, las que pueden y deben preferirse para ser cantadas en las festividades oficiales, por cuanto respetan las tradiciones y la ley sin ofensa para nadie, el presidente de la República, en acuerdo general de ministros, decreta: Artículo 1.º En las fiestas oficiales o públicas, así como en los colegios y escuelas del Estado, sólo se cantarán la primera y la última cuarteta y coro de la canción nacional sancionada por la Asamblea general del 11 de marzo de 1813.

Artículo 2.º Comuníquese y dése al Registro Nacional.—JULIO A. ROCA, *Felipe Yofre, Luis M. Campos, José María Rosa, Martín Rivadavia, E. García Mérou, Emilio Civit.*

El doctor Osvaldo Magnasco, que era a la sazón ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, no firmó ese decreto.

CAPÍTULO X

Albores de la guerra civil. — Los hombres de Mayo y los egoísmos partidistas. — Los ejércitos libertadores y la anarquía. — Alegría y optimismo. — El alma española. — Complemento de la obra de la Revolución. — Instituciones de cultura. — La Academia de Matemáticas. — El libro y la tribuna sagrada. — Sociedades literarias y artísticas. — El teatro — El deán Funes. — Continuación de la *Gaceta*. — Vida del ilustre sacerdote. — Los incidentes del Triunvirato. — Ensayo de la *Historia Civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay*. — Muerte del deán.

Desde que al verbo de la Revolución de Mayo le hizo el destino un mausoleo eterno y digno de su memoria augusta «con las ondas saladas y las nubes encendidas», los hombres de Mayo empezaron a cavar entre ellos un abismo que sólo había de cegarse con sangre fratricida.

A pesar de todo, las energías del país supieron desdoblarse colosalmente, para seguir y ayudar a los ejércitos libertadores y para destruir la hidra de la anarquía, o destruirse en las arremetidas intermitentes de la guerra civil.

Tales circunstancias parece que harían poco propicio el ambiente para que las artes, las ciencias, las letras y hasta las fuentes económicas, progresaran entre nosotros. Pues sucedía todo lo contrario. En el interior o en el exterior guerreaban los ejércitos

bisoños por la libertad del Continente; en Buenos Aires y Córdoba se seguía luchando en la cátedra y en la prensa a favor de la cultura, con un optimismo, con una alegría tan radiosa, que no abandonó a nuestro pueblo ni en la horrible noche del año 20. Bien es verdad que aquellos héroes hubieran dejado de ser originarios de España, si su característica espiritual se hubiera exteriorizado en contrario. En los campos de pelea el acero y la metralla fueron abriendo brechas al prejuicio y derrumbando instituciones; desde el Paraná hasta el otro lado de los Andes los pueblos fueron renovando o creando ideales sobre la gloria de los primeros triunfos; pero la sangre hispana, la brava sangre de los Cides y Guzmanes, continuaba circulando por las venas de los triunfadores; el espíritu de Iberia seguía como una sombra benéfica a las legiones de Mayo. El vendaval pompeano sacudía impetuosamente la selva secular arrebatándole hojas y ramas, pero por los troncos continuaba circulando la proficua savia originaria, engendradora de nuevas y potentes brotaciones.

La España conquistadora se iba; pero su almamáter quedaba aquí, en el cerebro de sus estudiosos, en la sangre brillante y trágica de sus campeones, en las virtudes del hogar, en los vicios de la calle, en la pasión mística de sus sacerdotes, en la superstición de su pueblo, en la «interinidad» de sus odios y de sus entusiasmos, en la pupila ardiente de nuestras mujeres, en los vientres gloriosamente fecundos de nuestras madres, en la hidalguía caballerosa de nuestros hombres de paz o de guerra, y

quedaba en el idioma, en el verbo sublime de Castilla, que a pesar del vórtice de las pasiones y de las contaminaciones de las corrientes inmigratorias, continúa cantando la gloria argentina en todos los ámbitos del territorio.

Aquellos hombres de la Independencia no creyeron completar su obra de redención armando el brazo del soldado solamente. Por eso les vemos en todo momento propender a la creación de instituciones de las que ha de derivar la cultura de las nuevas generaciones. Y mientras los precursores están en el campamento, sus descendientes concurren a las aulas.

Todos ellos saben que la ignorancia es enemiga de la libertad y la combaten hasta en los mismos sitios de reconcentraciones militares, como en Tucumán, por ejemplo, donde el general Belgrano funda la Academia de Matemáticas para los cadetes de su ejército, «con el objeto de que la juventud sorprenda a la Naturaleza en sus misterios y sepa fecundar desde temprano el germen de la gloria.»

En todas partes se conjugan las obligaciones de guerrear y las ansias de saber. Los generales como Belgrano llevan en una mano el acero redentor que ha de ensanchar la patria, y en la otra el libro que ha de abrir nuevos horizontes al espíritu. Los sacerdotes como Funes, Alberti y Gorriti, en el púlpito o en la tribuna, han de afianzar el concepto expresado por Moreno en la *Gaceta,* al fundar la biblioteca; en la prensa periódica, Agrelo, Lozano, Monteagudo y Pazos Silva, han de ser dignos continuadores

del genio tutelar de la Primera Junta. Y si allá lejos las bayonetas reverberan frente al sol de Mayo, en Buenos Aires el puntero del maestro pasa sobre el silabario; la pluma del estadista exterioriza ideas, las prensas difunden conceptos de patria, y hasta el mismo tabladillo modesto del teatro de la Merced se transfigura en una plataforma donde la libertad asienta sus reales con sus más cálidos entusiasmos.

De ahí, pues, que en menos de un decenio Buenos Aires pueda llegar a sostener gallardamente instituciones patrióticas y literarias, periódicos y representaciones teatrales, que le permitirán llegar a la época de Rivadavia con una cultura capaz de comprender la transcendencia espiritual de la «Sociedad del buen gusto.»

¿Quiénes contribuyen fundamentalmente a ello? En primer término Monteagudo y en cierto modo el deán Funes, desde las páginas de la *Gaceta*.

El substituto de Moreno en la dirección de este periódico fué don Gregorio Funes, quien en el mes de octubre de 1810 vino a Buenos Aires como representante de Córdoba al primer Congreso de la Revolución. No era un desconocido para los porteños este distinguido provinciano que acababa de tener una actuación muy significativa en los sucesos que terminaron con la tragedia que hizo célebre el lugar de la Cabeza de Tigre. Había nacido en Córdoba el 25 de mayo de 1749, donde obtuvo en 1764 una beca en el histórico Colegio de Montserrat. Sus estudios fueron interrumpidos por la expulsión de los jesuítas, pero breves meses después los reanudó bajo la di-

rección de los dominicos, que, como ya lo hemos dicho anteriormente, substituyeron a aquéllos en el manejo de los destinos de tan importante establecimiento de enseñanza. Deseando Funes ensanchar la esfera de sus conocimientos, se dirigió a España en 1775, matriculándose en la Universidad de Alcalá de Henares. En el paraninfo de tan antiguo instituto recibió el grado de bachiller en Derecho Civil, tres años más tarde. Pasó entonces a Madrid, donde el rey Carlos III le concedió (ad referéndum) la canongía en la Catedral de Córdoba, para lo cual tuvo que recibirse de abogado en los Reales Consejos. Regresó a América en compañía de fray José Antonio, obispo electo, también de la Catedral de Córdoba.

En su ciudad natal obtuvo los más altos empleos y dignidades de su carrera Por aquel entonces pronunció e imprimió su célebre oración *A la memoria de Carlos III,* que ya deja ver entre líneas, al futuro revolucionario.

En 1809 hace un viaje a Buenos Aires y le vemos frecuentar asiduamente las tertulias de Belgrano, Castelli y Vieytes. Se marchó a Córdoba, íntimamente convencido de que Buenos Aires, en plazo más o menos breve, presenciaría un sacudimiento político cuyas consecuencias no sabía precisar, pero que las vislumbraba en forma caótica. Funes fué el primero que conoció en Córdoba los detalles del grito de Mayo; pero, a pesar de su patriotismo sincero, hizo, meses después, todo lo humanamente posible para que no se consumase con sangre el sacrificio de Liniers y sus compañeros.

Por la ecuanimidad de su espíritu, y por dar quizá una acentuada nota de contraste, los hombres dirigentes de la Revolución le encomiendan la *Gaceta*. La pluma nerviosa y vibrante de Moreno fué substituída por la ingenua del deán, desde el viaje del secretario de la Junta a Londres, hasta el mes de marzo de 1811, en que ocupó dicho importante cargo don Mariano Lozano.

Las luchas políticas posteriores a esta fecha y los incidentes del Triunvirato obligaron al deán Funes a encerrarse en su casa, con un poco de decepción y de amargura, que supo acallar su acendrado patriotismo. Fué aquella una reclusión beneficiosa para la bibliografía histórica argentina, pues durante su largo eclipse escribió el deán el tan conocido *Ensayo histórico*.

Gregorio Funes produjo además, muchos sermones, discursos y folletos. Desde luego, su trabajo más respetable es el susodicho *Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay*, que consta de tres volúmenes de preciosos datos. Se dice que la obra fundamental del deán se la llevó el editor Gandarillas — emigrado chileno en 1816 en Buenos Aires — al regresar a su patria. Su *Plan de estudios para la Universidad de Córdoba* (1813), consta de algunas páginas notables.

El *Examen crítico de una constitución religiosa* (1825) no carece de mérito, aun cuando en muchos capítulos la originalidad brille por su ausencia. Quizá fué más que un creador un difundidor de buenas y bellas ideas. En ciertos hechos gusta más

de ceñirse a lo legendario y fabuloso que a la verdad histórica. Hizo una complicada novela del fuerte Sancti Spiritus y tradujo sin ningún escrúpulo la tan popular página de la leona de Maldonado, del trabajo del padre Charlevoix. En sus ratos perdidos, continuó cultivando el periodismo hasta que el injustificado olvido de sus contemporáneos le hizo vagar como un espectro torturado, por la huerta de su casa y por los jardines de aquel entonces.

Amaba extraordinariamente las flores y era raro el atardecer que no regresaba a su casa con un mazo de rosas que deshojaba a los pies de un Cristo arcaico que había adquirido en Madrid y que aun hoy puede verse en la iglesia de San Ignacio. Por cierto que el destino le deparó morir repentinamente en un jardin, entre árboles y flores. En 1821 se abrió en Buenos Aires el primer paseo público a la usanza europea, gracias a la sociedad que con ese objeto constituyeron varios caballeros ingleses sobre un capital de 100.000 pesos.

José Antonio Wilde dice al respecto:

«Los jardines estaban perfectamente arreglados y cuidados; se importaron muchas plantas y semillas extranjeras, por entonces muy raras aquí. Es preciso confesar que el país, aunque muy adelantado, no estaba aún preparado para esta clase de paseos, en que «se mira y no se toca»; así es que, a pesar de la vigilancia empleada, los concurrentes, o mejor dicho, «las» concurrentes, arrancaban a hurtadillas plantas, que sacaban las sirvientas debajo de sus pañuelos o rebozos, creyendo, sin duda, que éste

era un pecadillo perdonable, no contentándose con los hermosos ramos de flores que se les permitía llevar, hechos por el jardinero encargado.

El jardín se denominó «Parque Argentino», y por los ingleses «Vaux hall». Ocupaba la manzana comprendida entre las calles Temple (hoy Viamonte), Córdoba, Uruguay y Paraná. Había en el establecimiento un buen hotel francés, tenido por Porch y Bernard; magníficos salones de baile, circo, con comodidad para mil quinientas personas y trabajaron allí las compañías ecuestres de Smith, Chiarini y otras. Había también un pequeño teatro en el que, durante el verano dieron varias funciones, por la tarde, los actores del teatro Argentino, entre ellos el célebre Casacuberta. Hubo además una compañía francesa de aficionados.

Por las tardes tocaba diariamente una buena banda de música, exhibiéndose varios animales, entre ellos, un hermoso tigre, un tapir o anta, etc.

Los edificios eran vastos y ofrecían toda comodidad. Cuando se formó la sociedad, la propiedad pertenecía a don Santiago Wilde, quien, comprando más tarde todas las acciones, volvió a ser único dueño de lo que fué por muchos años su residencia particular.

El señor Mulhall en su obra, al hablar del «Vaux hall», dice: «Cuando la ascensión de Luis Felipe (año 30), los residentes franceses dieron allí un banquete, y los jardines estuvieron iluminados con lámparas chinescas.»

En el siguiente párrafo comete un error que, aun-

que de poca monta, en cuanto a detalles, queremos rectificar; dice: «Al venerable deán Funes, el historiador, un día se le halló muerto en el banco en que acostumbraba sentarse.»

El fallecimiento del deán, según lo refiere el mismo José Antonio Wilde, acaeció en las circunstancias siguientes: «Este sacerdote frecuentaba de tiempo en tiempo a don Santiago Wilde, con quien tenía, desde muchos años, amistad; una tarde que fué de visita, pasaron de la casa particular de éste al parque, y de pie ambos, en conversación, frente al proscenio del pequeño teatro, repentinamente cayó muerto el deán. Su fallecimiento ocurrió el 1.º de enero de 1829.

El que esto escribe se encontraba en casa de su padre a donde fué conducido el cadáver mientras se daba aviso a la familia del finado. Aunque muy joven, recordamos perfectamente los detalles.»

La vida y la obra del deán Funes merecen presentarse como uno de los ejemplos más interesantes de aquellos varones ilustres, que se entregaron íntegramente a la patria, sin desmayar en las vicisitudes, ni irritarse ante los acontecimientos, que en lucha con la contradicción, echaron a Moreno de la Junta, llevaron al destierro a Rivadavia y dejaron morir en medio del más profundo olvido al vencedor de Salta y Tucumán.

CAPÍTULO XI

Las grandes figuras de la Revolución. — Bernardo de Monteagudo. — Contradicciones históricas respecto a sus orígenes. — La «patria» de Monteagudo. — Aparición del prócer en Buenos Aires. — *El origen de la Sociedad y sus medios de mantenimiento.* — La Sociedad literaria. — Odio de Monteagudo a los tiranos. — Vehemencia de este escritor y orador. — Los demócratas y la *Gaceta.* — Sus principales artículos. — El ejército de San Martín. — Monteagudo en San Luis. — Transfiguración del espíritu democrático. — Monteagudo en Lima — La entrevista de Guayaquil. — Asesinato de Monteagudo.. — Sus obras.

Una de las figuras verdaderamente extraordinarias de aquel entonces y que más tarde irradió su pensamiento y su acción por todo el continente de la América española, es don Bernardo de Monteagudo.

«El de gran corazón e ingenio agudo,
Del porvenir apóstol elocuente,
Que entre las pompas de marcial estruendo,
Fué desde el Plata hasta el Rimac, vertiendo
La fe viva y la lumbre de su mente»,

según canta Echeverría en el poema *Avellaneda.*

Sucesor del deán y de Agrelo en la dirección de la *Gaceta,* supo hacer revivir en sus páginas el pensamiento virilmente democrático de Mariano Moreno.

Se ignora a ciencia cierta el sitio de su nacimien-

to. El doctor Gorostiaga asegura en un artículo que publicó en *El Cóndor,* de Tucumán, y que en 1878 reprodujeron algunos diarios de Buenos Aires, que vió la luz en el «Campo de Carreras», que luego hizo célebre Belgrano con su batalla en contra del ejército de Tristán.

Todos los historiadores están de acuerdo en que su origen fué humildísimo. Stévenson afirma que su madre fué una negra africana, cantinera o poco menos, de la soldadesca de aquellas regiones. Lo probable es que naciese en Jujúy, donde hizo sus primeros estudios y de donde pasó a Chuquisaca en la época en que allí se hallaban Moreno y Agrelo. El mismo Monteagudo se encarga de no dar importancia a los timbres de su cuna cuando escribe: «Yo no hago alarde de contar entre mis mayores títulos de nobleza adquiridos por la intriga ó acaso por el crimen.»

Cuando surgió Monteagudo en Buenos Aires venía ya de haber tomado parte en la insurrección de Charcas el año 1809. Aquellos sucesos, que luego resultaron el prólogo de la odisea revolucionaria que había de comenzarse un año después, le obligaron a huir del Alto Perú y refugiarse en el Río de la Plata.

En Chuquisaca lo señaló la maledicencia como a hijo sacrílego, a causa de la ternura con que lo protegía un canónigo. Casi adolescente alcanzó el título de doctor y leía ante el asombro de los profesores y compañeros su tesis *El origen de la sociedad y sus medios de mantenimiento.* Fué un revolucionario

tan vehemente y decidido, que cinco veces lo condenaron a muerte antes de 1812. «Yo no temo hablar en este lenguaje — decía el 30 de junio, al inaugurar en Buenos Aires la Sociedad Literaria — aunque se irriten contra mí las furias del averno, porque ¿qué podrá sucederme? ¿Perder la vida? Cinco veces la he salvado del conflicto de la muerte, y yo no deseo existir, mientras mi patria esté envuelta en el oprobio.

Si fuéramos a estudiar a Monteagudo ajustándonos al cartabón de la moderna psiquiatria, nos enontraríamos a cada instante con un «caso» estupendo de megalomanía y de delirio de persecuciones, y de epilepsia, atormentada por amotinamientos sensuales con vistas al sadismo. Es, sin duda alguna, Monteagudo una de las expresiones más impresionantes y desconcertadoras de la Revolución americana. Fué genial siempre, hasta en sus contradicciones políticas, y hubiera sido un genio — quizá el genio de la epopeya — a no haberle impulsado sus delirios a ambular por todo el continente en vez de asentarse definitivamente en una sola parte.

Nunca mejor aplicada que en este caso, la frase aquella de «bala perdida». Una «bala perdida» disparada por fusil anónimo, se nos antoja Monteagudo. Sentía un odio implacable en contra de los tiranos y hubiera querido subdividirse, multiplicarse, hallarse en todas partes donde existiese un enemigo de la Revolución. Es un gran personaje de tragedia que está esperando la pluma que lo evoque en su feroz magnificencia. Jamás los hombres de la epopeya

emancipadora dijeron o escribieron palabras más terribles que las suyas. «Yo los he visto expiar sus crímenes — exclama — y me he acercado con placer a los patíbulos de Sanz, Nieto y Córdoba, para observar los efectos de la ira de la patria y bendecirla por su triunfo... Por encima de sus cadáveres pasaron nuestras legiones, y con la palma en una mano y el fusil en otra corrieron a buscar la victoria...»

El pueblo de Buenos Aires, y especialmente las mujeres, se sienten sugestionados por aquel hombre moreno, de mediana estatura, nariz afilada y boca sensual en la que relampaguean, con reflejos calizos, unos dientes de lobezno que en los momentos de arrebato muerden sus propios labios hasta arrancarles sangre. Perturban sus ojos, cuyas pupilas de brasa suelen pasar instantáneamente de la ira a la dulzura; perturba su frente anchísima; atrae su ademán amplio y nervioso, su porte lleno de majestad; preocupa a todo el mundo el cuidado minucioso de su toaleta que exhala del surtú y del corbatín perfumes embriagadores; asustan aquellas manos pálidas, de uñas afiladas y cuidadas como las de una dama de corte y de dedos aprisionados por anillos episcopales; asustan aquellas manos que saben acariciar y matar... La pluma en su diestra es como un acero vengador. «¡Tiemblen, tiemblen, los enemigos de la causa — escribe en la *Gaceta* — que ya se acerca el momento en que por todas partes resuene el eco de la libertad, y diga la América a la faz del mundo: «¡Viva la república y triunfe la patria!»

Por su temperamento ardiente, enemigo de con-

temporizaciones simuladas, tiene a cada instante conflictos en Buenos Aires. Su paso por la dirección de la *Gaceta* mantenia en vilo aun a los más decididos demócratas de la Revolución, porque hasta el 21 de febrero de 1812, escribía: «Sólo el santo dogma de la igualdad puede indemnizar a los hombres de la diferencia que ha puesto entre ellos la naturaleza, la fortuna ó una convención antisocial. La tierra está poblada de habitantes más o menos fuertes, más o menos felices, más o menos corrompidos; y de estas accidentadas modificaciones nace una desigualdad de recursos que los espíritus dominantes han querido confundir con una desigualdad quimérica de derechos que sólo existen en la legislación de los tíranos.»

Sueña con una igualdad y una fraternidad absolutas; y su pluma parece rasgar el papel como con la punta de un estileto, cuando escribe: «Todos los hombres son iguales en presencia de la ley: el cetro y el arado, la púrpura y el humilde ropaje del mendigo, no añaden ni quitan una línea a la tabla sagrada de los derechos del hombre.»

No conocemos nada más noblemente brutal que aquel artículo que escribiera Monteagudo el 27 de diciembre de 1812, con el título de *Crimen de lenidad*. Allí está el Monteagudo de ese entonces de cuerpo entero; y decimos de ese entonces, porque años después, su pluma vengadora habría de transformarse en una evolución contradictoria que pasa sucesivamente del federalismo a las convicciones unitarias y del democratismo rojo a la monarquía secular, para bajar luego de un salto mortal a la

república... Atraviesa por Buenos Aires como un meteoro.

Brilla en la *Gaceta,* en la Sociedad Patriótica que él funda para sostener la independencia del país «o borrar su nombre hasta del mapa que describe su posición geográfica»; brilla en la asamblea, donde su voz tonante parece hablar desde un Sinaí quimérico. El Triunvirato cierra la *Gaceta* y todos los periódicos que sostenía. Entonces Monteagudo funda *El mártir o libre,* que es, después del periódico escrito por Moreno, la publicación más importante que esparce el dogma de Mayo. Condenado por los sucesos que provoca Alvear, lo recluye el gobierno en un buque, pero antes de dictarse la sentencia logra escaparse al Brasil, de donde pasa a Burdeos, para volver nuevamente a su patria dos años después y desempeñar en las gloriosas campañas de Chile, el cargo de auditor de guerra del ejército de los Andes.

Sigue a San Martín en toda la campaña, hasta el desastre de Cancha Rayada, en que se separa del vencedor de Maipú, para pasar a Mendoza, donde se pronuncia «por la necesidad de cumplir una sentencia justificada por la indudable naturaleza del delito de que eran acusados los hermanos Carrera». Más tarde lo encontramos en San Luis, pronunciándose también como fiscal y juez en la causa de los prisioneros de Maipú y Chacabuco que se sublevaron en contra del gobernador Dupuy. La suave silueta de Margarita Pringles pasa como una Ofelia mancillada ante el cadáver de Ordóñez; la recia figura de Facundo asoma en el horizonte y toda aquella saña

exterminadora parece un trasunto de tragedia shakespearina, encarnada en el hado fatal de Monteagudo.

El año 1821 San Martín se declara «protector» del Perú y en el primer ministerio que formó, el doctor Monteagudo ocupa el departamento de Guerra y Marina. Por esta época el demócrata que sólo había tenido la presunción de su persona, sueña con fastuosidades palaciegas. Instálase en una mansión principesca; dedícase a los más impúdicos deportes del sensualismo; y se «entrena», según propia confesión, con las lecturas de Aretino... Ya no sumerge su cuerpo en los boquetes que le abren sus asistentes en la nieve andina. Tiene bañeras de alabastro como Petronio. El sibarita Marcó le ha enseñado en San Luis a hacer alquimia con los perfumes. Parece un personaje del *Satiricón*. Los dedos de su diestra han perdido la agilidad nerviosa para manejar la péñola, a causa del enorme florecimiento de nuevas sortijas y de nuevas gemas... Al fundador de la «Orden del Sol» le llamaríamos hoy *rastá*, si todos sus nuevos gustos no fueran un derivativo de su origen africano...

En Lima su personalidad llega al pináculo de la influencia. Inspira la admiración y el odio. Funda la Sociedad Patriótica con el objeto de «discutir todas las cuestiones que tengan un influjo directo o indirecto sobre el bien público, sea en materias políticas, económicas o científicas, sin otra restricción que no atacar las leyes fundamentales del país o el honor de algún ciudadano». En los considerandos de este decreto, Monteagudo, que era a la sazón ministro

de Estado y de Relaciones Exteriores, asienta que «la instrucción pública es la primera necesidad de las sociedades, y que el gobierno que no la fomente comete un crimen que la más distante posteridad tiene derecho a vengar maldiciendo su memoria.»

Después de la entrevista de Guayaquil entre San Martín y Bolívar se marcha Monteagudo a Panamá; vuelve luego al Ecuador; allí recibe la noticia de que el Congreso peruano lo proscribe; se refugia en Quito y entonces escribe sus *Memorias*. «Vivo suelto de inquietudes y de penas, dice; vivo libre de rivales, porque no aspiro a nada.»

El triunfo de Ayacucho le hace soñar con una federación general entre los estados hispanoamericanos y sin consultar con nadie se presenta en Lima ante la estupefacción de los peruanos. Tenía entonces 39 años; estaba en el apogeo de sus facultades intelectuales; gozaba de la privanza admirativa del Libertador... pero continuaba siendo un personaje de tragedia que iba a representar el último acto.

Se dirigía la noche del 28 de enero de 1825 a una tertulia, cuando, al enfrentar la fuente del convento de San Juan de Dios, un embozado le mandó hacer alto, al propio tiempo que le erraba un pistoletazo. Al abalanzarse Monteagudo sobre el agresor, éste le hundió un puñal en el pecho. El asesino se escurrió por los vericuetos de aquellos contornos, dejando a su víctima revolviéndose en los estertores de la agonía. Los frailes del convento, avisados por un transeunte, recogieron el cadáver de Monteagudo. Esa misma noche corrió por Lima la noticia como

un incendio en un algodonal. Bolívar se propuso descubrir al asesino y después de una hábil estratagema, convocó a los barberos de la ciudad, para saber quien de ellos habla afilado el acero que atravesó el corazón de la ilustre víctima. Como uno de los barberos dijera que un negro había solicitado sus servicios de batihoja, Bolívar dispuso que todos los esclavos pasasen por la comandancia a recoger su boleta de identidad y que aquel que no la tuviese dentro de las veinticuatro horas de haberlo gritado el «pregón», sería pasado por las armas. Entre los negros que solicitaron su boleta, se presentó el asesino, que fué inmediatamente reconocido por el batihoja. Bolívar, creyendo que detrás de aquel bárbaro existía una conspiración que podía perjudicar á las instituciones, le prometió salvarle la vida si cantaba de plano. El negro habló y el Libertador cumplió su palabra, embarcando bajo seguro al asesino. Eso dice la letra impresa. ¿Pero, acaso, a pesar de tan eficaz diligencia, que permitió a las autoridades esclarecer el crimen a las 37 horas de haber sido realizado, no surge la negra duda de que Monteagudo fuese muerto por inspiraciones del mismo Libertador? Hay privanzas admirativas que matan... Y después de todo, Bolívar creyó siempre «que el fin justifica los medios». Y si no, quel o diga el espíritu invisible que asistió a la conferencia de Guayaquil.

Los escritos del doctor Monteagudo son muy conocidos en toda la América, especialmente en Chile y en el Perú, donde se han coleccionado varias veces.

No dejó una obra orgánica, porque estaba imposibilitado para ello a causa de su temperamento nervioso de improvisador. Se esparció en artículos y arengas de sublime inspiración. Su discurso inaugural en la apertura de la Sociedad Patriótica, de 1812 y todos sus trabajos de la *Gaceta*, del *Mártir o libre* y del *Redactor de la asamblea,* bastan para inmortalizar su nombre como escritor.

CAPÍTULO XII

Fray Cayetano Rodríguez. — El poeta y el patriota. — El girondismo y la reforma eclesiástica de Rivadavia. — *El oficial de día.* — Obras de fray Cayetano. — *Himno a la patria.*

Retrotraigamos nuestro estudio a la Buenos Aires del primer decenio de la Revolución; para encontrarnos con la austera y simpática figura de fray Cayetano Rodríguez, citado ya tantas veces en este trabajo. Nació el año 1761 en el Rincón de San Pedro, provincia de Buenos Aires, donde poseían una gran estancia de campo sus padres, Antonio Rodríguez, natural de Andalucía, y doña Rafaela Suárez, nacida en Zárate. Apenas contaba diez y seis años, cuando tomó los hábitos en el convento de San Francisco, pasando luego, en misión a Córdoba hasta 1791, que regresó a Buenos Aires, como profesor de Física. Fruto de sus conferencias es la obra que escribió con el título de *Fecunda Phiciæ Pass sea Phisica Particularis quæ in rerum naturalium contemplatione versatur seu juxta recintiorum placita,* que no llegó a imprimirse nunca y cuyos manuscritos se hallan en el archivo del convento de San Francisco.

Durante los últimos años de la colonia, vivió entregado a la instrucción pública, y a las prácticas de

su sagrado ministerio religioso. Fué director espiritual de las monjas de Santa Clara y Santa Catalina, y tuvo bajo su celosa vigilancia la Casa de Ejercicios. Estas pesadas tareas no le impidieron educar a los principales jóvenes de fines del siglo XVIII, a quienes vaticinó su noble destino. «Este destino, dice Gutiérrez, lo previó con la sagacidad de su genio, desde un tiempo en que debía ser una insensatez, si no un delito, el imaginarlo». Y así, aquellos futuros próceres, entre los que se encontraba Mariano Moreno, pudieron oirle en el aula frases como éstas: «Los americanos nos agobiamos bajo el yugo, cuando tiempo ha se nos viene a las manos el sacudirlo. Pero, es urgente trabajar e ilustrarnos; no sé qué presagios advierto de libertad y es necesario «formar hombres». Y para preparar las almas y los cerebros de esos hombres que él anhelaba, abrió de par en par la biblioteca de San Francisco.

Ya hemos visto a fray Cayetano pulsar la lira después de las invasiones inglesas, con motivo del sorteo celebrado en la plaza Mayor de Buenos Aires por la libertad de los esclavos que pelearon en la defensa de 1807. Este dignísimo varón, dice el ya mencionado Gutiérrez, «no se sintió inspirado por la victoria que costaba sangre, sino por la magnanimidad, que desataba cadenas al pie del hombre esclavo». Pero, si es verdad que la aurora de la Revolución baña ya con su luz azulada las estrofas del franciscano, el arte tiene poquísimo que agradecerle...

Producidos los acontecimientos de Mayo, el secre-

tario de la Primera Junta le designa, con el doctor Segurola, para que dirija la Biblioteca Pública. El pueblo de Buenos Aires le elige luego para que lo represente en la Asamblea del año trece.

Como muy bien dice Mitre, en su *Historia de Belgrano,* el tierno y elegante poeta, en quien la virtud se hermanaba a la inteligencia, «abandonó la soledad del claustro, donde había dado las lecciones a Moreno, para ir al recinto de los constituyentes, a continuar la tarea del discípulo muerto.»

El Congreso de Tucumán, instalado el 24 de marzo de 1816, lo contó también en su seno. Y como delegado de Buenos Aires firmó el acta famosa del 9 de julio de aquel mismo año.

La reforma eclesiástica, llevada tan tenazmente a cabo por Rivadavia en 1822, lo vincula al periodismo. *El Ambigú, El Espíritu* y *El Centinela,* defendían briosamente al gobierno. Fray Cayetano fundó *El oficial del día,* para defender la legitimidad de los derechos del clero, las propiedades de la Iglesia, sin caer en excesos dogmáticos, ni contestar a las feroces groserías de la prensa oficialista. Falleció en plena lucha, el 19 de enero de 1823, siendo depositados sus restos en el cementerio de la Recoleta, que acababa de inaugurarse. La losa que cubría su sepulcro fué utilizada años después como descansillo en una de las escalinatas del Asilo de Mendigos, contiguo a este campo santo, hasta hace muy poco tiempo. Los restos de fray Cayetano han desaparecido, pero el cariño y la admiración de sus compatriotas, rindiéronle cumplido y solemne homenaje al

perpetuar su figura en una estatua de bronce erigida sobre la barranca del pueblo de San Pedro, frente a las islas floridas del río Paraná, que tanto él amó.

La obra poética de este esforzado patriota hay que juzgarla con un criterio muy benévolo. La belleza de sus versos no está en la forma, sino en el nobilísimo espíritu que vaga por ellos, ora tiernamente, ora con ímpetus de rebeldía.

Fray Cayetano produjo más de doscientas composiciones que abarcan diversos temas del orden real y del orden ideal. Leyendo muchos de sus versos duros y de sus estrofas pleonásticas, pero que, sin embargo, nos dan una cálida sensación de patria y de entusiasmo por la libertad, piensa uno en Bacón, cuando dice que la poesía es más estimable que por el placer que puede causar, por la grandeza de alma y pureza de costumbres que puede producir al lector.

La parte que llamaríamos etérea, y que tiene algo de divino, aun en muchos octosílabos cojitrancos de fray Cayetano, eleva el alma del lector americano y patriota a regiones purísimas.

El ilustre sacerdote, más que un hombre que versifica, es la expresión directa del espíritu de la Revolución de Mayo. Y no hay idea o realidad emergente de las resoluciones de los hombres directores del movimiento que él no cantase.

Quizá aquello que Platón llama «el orden del movimiento» brilla por su ausencia en los cantos de este franciscano, que casi siempre ocultó el nombre

al publicarlos, como si los sentimientos que exteriorizaba, no fueran más que los del pueblo que se estaba emancipando. Un crítico meticuloso que juzgue «en frío» la obra poética de Rodríguez, dirá, a buen seguro, que resulta absurdo sujetar la palabra a medida fija y hacer coincidir los consonantes y formar estrofas, cuando todo aquello hubiera sido más fácil decirlo en prosa. En verdad, constituirían tales estrofas un juego pueril de palabras, si el lenguaje del entusiasmo no envolviese un sentimiento magnífico, que al rezumar por los octosílabos y endecasílabos, muestra en toda su intensidad el alma revolucionaria de 1810 y convierte la materialidad de la palabra, en espíritu que hace latir nuestro corazón y evita todo examen.

Fray Cayetano escribió sonetos, décimas, octavas, octavillas, cuartetas, etc. Sus más populares composiciones son dos sonetos: *Al 25 de Mayo,* que no carecen de cierto vigor, aun cuando el endecasílabo final correspondiente a cada terceto resulta pobrísimo. A título de curiosidad reproducimos el segundo de estos sonetos:

Veinticinco feliz, hoy tu victoria
Derrocó la soberbia de un tirano,
Y levantó con triunfo soberano
A nuestra Patria al colmo de su gloria.

La época empezaste de una historia
En que pudo el humilde americano
Desatar la cadena de su mano,
Llenando de grandezas su memoria.

¡Oh, día grande, heroico y memorable!
¡Oh, día de virtud! ¡Qué regocijo
Al oir tan sólo tu nombre amable!

¡De la América siente ínclito el hijo!
Tú mereces loores, cuanto es dable,
Pues que el Dios de la Patria te bendijo.

En 1811 compuso un himno que se cantó mucho hasta la resolución de la Asamblea del año 13 que sancionó el de López y Planes, en la forma que ya lo hemos expresado. Este himno, que entonaba virilmente la juventud en el café Mallea y en la plaza Victoria, comienza así:

Aplaudid la aurora
Del día glorioso
Que al pueblo animoso
Dichas anunció.

Del celestial orbe
Bajó la victoria.
Su nube de gloria
Las armas cubrió;
Sembró de laureles
Nuevos y triunfales
Las sendas marciales
De nuestro valor.

También compuso otro *Himno a la Patria,* que fué muy popular hasta 1823, especialmente en Córdoba y en Tucumán, donde niños, mujeres, hombres y ancianos, cantaron todos los 25 de Mayo y 9 de Julio:

Salve, patria dichosa,
¡Oh, dulce patria, salve!
Y por siglos eternos
Se cuenten tus edades.

Libre e independiente
De tiranos rivales,
Al templo de la gloria
Te diriges constante.
¡Qué bellos son tus pasos!
Te los envidia Marte.

Con motivo del primer aniversario de la muerte de Moreno compuso un canto que musicó en seguida el organista Blas Parera, a quien más tarde la suerte había de deparar a su nombre la inmortalidad, gracias a la partitura del Himno Argentino.

Sus obras más notables — siempre dentro de la relatividad que hemos expresado — son: *El sueño de Eulalia contado a Flora,* sátira ingeniosa, en la que ridiculiza a los enemigos de la Revolución de Mayo, y *El paso de los Andes y victoria de Chacabuco,* que improvisó cuando llegó a Buenos Aires el parte de San Martín, dando cuenta del triunfo de su ejército.

Fray Pantaleón García sintetizó en este epitafio el concepto que mereció la noble figura de Rodríguez a sus compatriotas: «Aquí está sepultado el que con sus virtudes patrias cuidó de su nación y alcanzó gloria dando a su pueblo lecciones de un buen ciudadano.»

La obra de fray Cayetano está dispersada por los periódicos de principio y mediados del siglo pasado. Pueden consultarse sus principales composiciones en la *Lira Argentina,* en *El oficial del día* y en la biblioteca de San Francisco, donde fray Pacífico Otero, su último panegirista, las ha catalogado muy prolijamente.

CAPÍTULO XIII

El tomo de *Poesías Patrióticas*, de 1822. — Antologías y florilegios. — Las tertulias literarias. — El salón de doña Joaquina Izquierdo. — Luca, La finur y Rojas. — La «Sociedad del Buen Gusto». — El doctor Camilo Henríquez — El arte del teatro y Rojas. — Inauguración de la «Sociedad del Buen Gusto». — *Cornelia Berorquia*, *La jornada de Maratón*, *Camila*, *La Quincallería*, y otras obras escénicas. — Entretelones de la vida teatral porteña.

Es indudable la influencia eficacísima que tuvieron los versos, malos ó buenos, en las multitudes argentinas de aquel entonces. De ahí, pues, que Aristarco desaparezca como por arte de encantamiento, en presencia de la avalancha ripiosa y amanerada del tomo de *Poesías patrióticas,* que por decreto del gobierno se mandó imprimir en 1822. Esta especie de antología que no se ajusta a ningún plan, ni mucho menos a ninguna selección, fué escondida misteriosamente al público, pero han llegado hasta nosotros varios ejemplares. Casi todas las composiciones que se insertan en ese volumen, que no tiene ni índice, habían visto la luz pública en *El Centinela,* en *La Abeja*, en *El Argos* y otros periódicos similares, ó habían sido recitadas por sus mismos autores en las tertulias de doña Joaquina Izquierdo,

que, según la tradición, era una eximia recitadora y una dama de alto espíritu y gustos exquisitos.

Raro es el poeta de aquellos días que no le haya dedicado un «madrigal» o una «anacreóntica». A juzgar por los entusiasmos platónicos de sus contertulios, doña Joaquina Izquierdo era dueña de una peregrina hermosura, que se transfiguraba en símbolo de la patria, del amor y de la belleza, cuando en medio de su salón declamaba los versos de Luca, Lafinur, López y Rojas, con su divina boca que no derrama

«Más que dulzor y miel.»

López, que era también un gran lector, le cantó en un rapto de cursilería explicable:

«Dime, te lo suplica,
Graciosa Joaquinita,
Los versos que ayer tarde
Sublime actriz decías.»

Y Rojas, el poeta-soldado, confesando que su verso «no merecía levantarse del polvo», está seguro de que

«Al salir de su boca
Va a tener nueva vida.»

En ese entonces fué cuando el gobernador-intendente de la provincia estimuló a los literatos de la tertulia de doña Joaquina Izquierdo, para que fundasen la «Sociedad del Buen Gusto».

Veintiocho miembros compusieron esta institución en pro de la cultura literaria, y especialmente teatral.

En la nómina de socios figuraron don Vicente López y Planes, Esteban de Luca, el doctor Camilo Henríquez, el coronel Juan Ramón Rojas y don Bernardo Vélez, como dirigentes.

La primera sesión se efectuó el 27 de julio de 1817 y en ella dijo el intendente que: «Mientras el genio de la guerra coronaba de laureles a la República, y el de la legislación y la política preparaban su prosperidad pacífica, estábale reservado a esta asociación de ciudadanos cultos el fundar la gloria intelectual de la patria.»

No entraremos a discutir eso de la «gloria intelectual», que los pueblos no fundan con asociaciones, sino con obras y expresiones de arte, que si pueden ser encauzadas luego por una institución, jamás han nacido de la improvisación de un conglomerado. No se hacen Shakespeares, Dantes, Cervantes o Molières, por decreto de un gobierno por más culto que sea. Pero, dejando de lado disquisiciones de esta índole, anotemos con orgullo que la «Sociedad del Buen Gusto» trajo a Buenos Aires una racha ateniense.

Creyeron los fundadores, muy cuerdamente por cierto, que ninguna expresión de arte contaría con mayores entusiastas que el teatro. Imprimir libros era empresa costosa y lenta; el dar conferencias traía aparejada la falta de costumbre del público de Buenos Aires para tales tenidas literarias. Además, bastaba y sobraba con las pláticas y sermones dominicales del púlpito...

El teatro resultaba el camino más corto. Los por-

teños eran «teatreros» por excelencia. La sala del Argentino, llamado también de La Merced, por estar cercano a esa iglesia, se veía de continuo llena de concurrentes. El espectáculo dramático atraía. Había, simple y llanamente, que organizar un repertorio culto, artístico y patriótico. Juan Ramón Rojas interpretó bien el sentimiento que animaba a los fundadores de la «Sociedad del Buen Gusto», cuando en el proemio del reglamento de la flamante institución, dijo: «Entregado nuestro teatro al exclusivo cuidado de la policía, y habiendo pasado Buenos Aires por una época crítica llena de inquietudes y riesgos, durante la cual no pudieron tener sus hijos otro conato que afianzar la causa política que había de traerles su prosperidad ó su ignominia, no era de extrañar que los espectáculos dramáticos se arrastrasen por los senderos de la rutina y careciesen de la perfección de que eran susceptibles.»

Don Juan María Gutiérrez, en su estudio sobre Juan Cruz Varela, dice al hablar del entusiasmo de Rojas, que éste veía ya salir obras de teatro «capaces de rivalizar en mérito con las mejores producciones del talento europeo». El poeta-soldado creía aún mucho más en su optimismo, cuando agregaba que «el teatro Argentino sería el muro donde vendrían a estrellarse, el fanatismo, la anarquía, la corrupción y el despotismo.»

Nuestra vida literaria está llena de «momentos iniciales» a favor de las bellas letras y del arte en general. Los escritores argentinos se han pasado la vida fundando sociedades, academias y ateneos, que

han vivido lo que los lirios... En los primeros años de la Revolución, Buenos Aires contó con el Club de 1810, la Sociedad Literaria de 1812, La Patriótica de 1816, la del Buen Gusto, que estamos estudiando, la Sociedad Literaria de 1822, la de Música y Canto, también de 1822, y así sucesivamente, con pequeñas variantes en los rótulos de los reglamentos, se acercan nuestros literatos á la época de Rozas, tejiendo y destejiendo en los tejares artísticos. Después de Caseros siguen las fundaciones y las inmediatas disoluciones, hasta que llegamos al Ateneo de 1893 y a la Sociedad de Escritores de 1906, que ya tampoco existen.

En una ciudad como la nuestra, en la que el espíritu de asociación se intensifica día por día y donde hasta los cocheros tienen su local, los escritores argentinos no han podido nunca ponerse de acuerdo.

Pero no adelantemos los acontecimientos y reanudemos el hilo de nuestro relato.

¿Quién era este poeta y soldado que de una manera tan entusiasta se disponía a romper lanzas a favor de los progresos de nuestro teatro? Había nacido en Buenos Aires a fines del siglo XVIII, y como todos los hombres de su generación, concurrió a las aulas de San Carlos, donde selló una amistad fraternal con López y Rivadavia. Iba a cantar misa cuando las invasiones inglesas despoblaron el colegio. La trompa bélica lo atrajo con su agudo sonar y se entremezcló con las bravas legiones que pusieron a raya al britano. Hasta entonces no había pensado en ser poeta, sino cura. Un cuadernillo de

epigramas picantes que hizo a escondidas de sus dómines, quedó olvidado entre los libros de teología en un desván del San Carlos. Pero la *Feroz metralla, El hierro insano, La saña vengadora, Marte que se yergue* y otra porción de lunares comunes, con su correspondiente tributo a la inevitable mitología, le arrancaron sus primeros alaridos épicos.

Después de su primer triunfo poético — muy sonado por cierto — no fué avaro de su estro varonil, y escribió unos versos *A la bendición de las banderas de la Reconquista,* con sus correspondientes estrofas mitológicas.

Las musas no lo enceguecieron, y tuvo la visión neta y clara de la futura Revolución cuando en una epístola en verso que dirige a López y Planes, vaticina glorias a los pueblos del suelo americano que en días venideros serían poderosos, porque sus hijos levantarán el edificio augusto de la Libertad. Y agrega con una previsión realmente maravillosa, cuando faltaban dos años para el 25 de Mayo de 1810, que antes que Febo haya dado un giro completo en su carrera, ya los ejércitos valientes «de mi pueblo predilecto» se mostrarán sobre los Andes. Este pueblo, continúa diciéndole a López, ayudado por varones probos, elegirá gobiernos sabios y justos y enemigos de toda tiranía...

En 1811, con visión realmente profética y digna de mejores versos, pero no de más bello espíritu, dice: «El comercio de estos pueblos será activo; sus bahías y puertos, frecuentados, y con los frutos de su agricultura harán que de él dependan hasta los reinos

más lejanos. Los hijos de América se multiplicarán sin número, ricos y felices». Aquellos que quieran conocer íntegra esta composición pueden buscarla en la *Lira Argentina*.

El poeta-soldado formó parte del batallón de *Patricios* en las invasiones inglesas y siguió su suerte en 1808, en la Banda Oriental, bajo las insignias del regimiento de Murguiondo. Su permanencia en la vecina orilla le arranca una canción *Al heroico sitio de Montevideo* (1811). Puede leerse en la *Gaceta* del 1.º de agosto de ese mismo año, de donde la reprodujo luego Monteagudo, en *El grito del Sur*. En la ya citada *Lira Argentina,* consta también esta producción de Rojas, un tanto desfigurada por la paciente lima que al prestarle corrección, le quitó en cambio, espontaneidad.

En sus estrofas «reta al déspota, que tiembla en sus murallas», y agrega:

> Del argentino heroico y de su fuego
> Ellos derramarán por todas partes,
> La abundancia y la vida...

Los versos asonantados de la primera edición corren flúidos y ágiles.

Fué un «morenista» acérrimo. Conservó el culto por el «numen tutelar de Mayo» durante toda su vida. Y así, cuando Monteagudo llama ingratos a los americanos que se han olvidado del secretario de la Primera Junta, Rojas le escribe: «La horrenda nota de «ingratos» con que usted parece sobrecargar sin excepción alguna a los americanos todos, acerca del

malogrado Moreno, mortifica mi amor propio y el de los hombres libres en cuyo corazón está grabado profundamente su respetable memoria. Los amigos de la patria le han levantado ya un altar en sus sencillos pechos, monumento sagrado que ni el tiempo, ni la distancia, ni la muerte, conseguirán echar por tierra.»

Este escrito apareció en la *Gaceta* de 1812.

Vinculado al ejército que fué al Alto Perú, sufrió estoicamente todos los sinsabores de aquella campaña desastrosa. Después de Sipe-Sipe llega a Buenos Aires, dispuesto a colgar su gloriosa espada y dedicarse definitivamente a la poesía y al periodismo. Los triunfos de San Martín en Chile inspíranle *La heroica victoria de los Andes en la cuesta de Chacabuco,* en cuyas estrofas, que no carecen de mérito, el poeta Rojas reparte mandobles épicos, ya que el coronel Rojas no pudo esgrimir su corvo en la sangrienta cuesta donde los Talavera se rindieron. Escribe luego en *El Censor* y dedica al propio tiempo todos sus entusiasmos a los éxitos teatrales de la «Sociedad del Buen Gusto».

Para la inauguración, que se efectuó el 30 de agosto de 1817, preparó Rojas un espectáculo extraordinario, compuesto por una alocución en verso alusiva al acto, que recitó el actor Morante, y del drama trágico *Cornelia Berorquia,* obra «maestra», según los cartelones «original de uno de nuestros compatriotas». En esta pieza, que según las crónicas de la época, «tenía un terrible sublime», se presentaba en «pleno» el tribunal de la Inquisición. La víctima era

una doncella inocente que caía en las garras del Santo Oficio. Fácil es concebir, dice Gutiérrez, cuán grande debió ser en Buenos Aires el escándalo que produjo esta representación, así que fué conocido su argumento por aquella gente que no asiste al teatro, por las beatas y por los frailes, numerosos é influyentes. Una dama que asistía a la función, interrogada sobre el efecto moral que le producía *Cornelia Berorquia,* dió la siguiente contestación: «En esta noche no puede quedarnos duda de que San Martín ha pasado los Andes y ha triunfado de los españoles en Chile.»

Desde 1817 a 1821 se estrenaron algunas obras bastante estimables. Entre éstas merece citarse *La jornada de Maratón,* vertida del francés al castellano por don Bernardo Vélez Gutiérrez, redactor de la *Gaceta Oficial* y de la *Abeja Argentina* y célebre contrincante del padre Castañeda, uno de los talentos más originales y desvergonzados de este país y de quien nos ocuparemos en su oportunidad. El doctor Vélez, era chileno, como el padre Henríquez, autor de varias piezas musicales que se ejecutaron en las representaciones melodramáticas del teatro Argentino y de la obra dramática *Camila ó la patriota de Sud América.* También se estrenó *La Quincallería,* comedia que tradujo del inglés, don Santiago Wilde, contador de cálculo de la Contaduría General, miembro de la Comisión de Hacienda, fundador de la primera Caja de Ahorros que hubo en Buenos Aires y redactor de una revista destinada a la ilustración popular. Publicó una serie de almanaques llenos de

noticias curiosas y anécdotas humorísticas de marcado «humor» sajón. Tradujo además, para el teatro, *The whell of fortune* («La viuda de la fortuna») de Cúmberland, y *The jew* («El judío»).

Esteban de Luca tradujo el *Felipe Segundo,* de Alfieri, en versos admirables; y sucesivamente se estrenaron, *Mahoma, María Estuardo, Los Araucanos* y varias tragedias y dramas arreglados por el actor Morante. Para algunas de estas obras compuso números de música el poeta Lafinur. Tales trabajos fueron un anticipo de las puras y bellas emociones que poco tiempo después habían de sacudir al público de Buenos Aires a impulsos de la inspiración de *Dido y Argia,* de Juan Cruz Varela.

El coronel Rojas trató de proscribir a todo trance los dramas españoles. En su delirio patriótico llamaba «absurdos góticos (!) a las obras de Calderón y de Lope de Vega. La «Sociedad del Buen Gusto» tuvo su ocaso y desapareció también, como sus antecesoras... El director de aquella institución necesitaba mirar por sus negocios particulares, venidos a menos por culpa de Talía y de Melpómene... El poeta-soldado volvió, pues, la cara a la tragedia y a la comedia y se dedicó a comerciante. Contaba sólo con la modesta pensión que le acordara el gobierno de Martín Rodríguez con motivo de la reforma militar. El lírico de la «Sociedad del Buen Gusto» dejó el proscenio, las bambalinas y los bastidores del teatro Argentino y se convirtió en un burgués traficante en cereales y otros frutos del país. Va a Montevideo todas las semanas, a bordo del paquete *Mosca.* En

una de estas travesías naufragó el barco, y Rojas encontró la muerte. *El Argos* del 25 de septiembre de 1824 relata así aquella catástrofe: «La noticia dada por el capitán del paquete *Pepa* pone fuera de toda duda el terrible accidente del *Mosca* en el banco Ortiz y la pérdida de la numerosa tripulación que conducía a Montevideo.

«Acompañamos en el sentimiento a todas las personas comprendidas en esta desgracia; pero la amistad nos obliga a singularizarnos, lamentando muy particularmente la pérdida de uno de nuestros más distinguidos compatriotas, el coronel don Juan Ramón Rojas.»

CAPÍTULO XIV

Síntesis sobre el coliseo Argentino y el teatro en Buenos Aires. — Entretelones de la vida escénica. — Repertorios y listas de compañías. — La Casa de Comedias y Trinidad Guevara, Matilde Díez, Ana Campomanes, Antonia Castañera, etc. — Casacuberta. — El cómico soldado. — Vida accidentada de este actor. — Muerte trágica de Casacuberta. — Juicio de Sarmiento sobre esta muerte.

¿Representó hasta entonces y después, una faz de la cultura de aquellos años el coliseo Argentino? Si juzgamos en conjunto sus diversas temporadas, a través de los programas que publicaron los periódicos, desde su fundación hasta que se edificó el teatro de la Victoria, nos encontramos con la serie abigarrada de títulos de comedias, dramas, tragedias, sainetes, zarzuelas y hasta óperas, en una mescolanza interesantísima, de la que no están excluídos ni los prestidigitadores ni los saltabancos.

Pero ¿acaso, si reconstruimos la historia de cualquiera de los grandes teatros de Buenos Aires y de Europa, valiéndonos de la simple información periodística, que es la más interesante, no nos encontraríamos con el mismo conjunto abigarrado? ¿Qué plan artístico, sin desviaciones hacia lo subalterno han cumplido nuestros grandes coliseos? Es corrien-

te en la historia teatral porteña ver el escenario de la Ristori, la Duse, Sarah, Calvo, Zaccone, ó la Guerrero invadido después de una temporada de estos artistas, por la ola zarzuelera, ó por la desnudez coreográfica. ¿Acaso, a raíz de admirar a Rossi y a Coquelin, no hemos visto en el mismo proscenio desgonzarse a un clown, dar volteretas a un tony y decir sandeces a un cocoliche?

Tenemos, pues, que juzgar los espectáculos del teatro Argentino por ciertas expresiones de arte ajenas al bloque de sus multiformes temporadas.

José Antonio Wilde nos cuenta los orígenes de la Casa de Comedias, que así llamaba, generalmente, el público al teatro Argentino. Tenía, según las crónicas, un proscenio bastante desahogado y una sala con doscientas cincuenta plateas, dos galerías de palcos y una amplia cazuela. Es de imaginar cómo serían las decoraciones de aquel entonces; pero, a juzgar por lo que reflejan algunas noticias periodísticas, el maquinista del teatro, don Mariano Pizarro, pintó varias de extraordinario efecto. El alumbrado se hacía con velones de baño, repartidos por la sala y algunas cornucopias colocadas en los lados laterales de la embocadura del telón, en cuyo frente se leía:

«Es la comedia el espejo de la vida.»

La maquinaria no estaba muy adelantada, según Wilde, quien dice que, para subir y bajar el telón, se colocaban uno o dos hombres de cada lado, en la parte más alta de la embocadura del proscenio, entre los bambalinones de primero y segundo término, y allí permanecían hasta que el consueta daba

la señal para alzar la tela. Entonces los maquinistas, que en aquel entonces eran casi siempre cuatro negros, que por ver la función realizaban tan expuesta tarea, abandonaban el asiento del «peine» y bien asidos descendían al suelo por su peso, «haciendo hasta cierto punto, el oficio de poleas». «El telón subía en proporción a lo que ellos bajaban; aseguraban luego las gruesas cuerdas en unos postes destinados al efecto, y cuando querían que el telón bajase, soltaban el esparto, como quien suelta hilo a una pandorga, o como se va soltando con precipitación el balde al aljibe.»

La entrada general valía diez centavos y las lunetas quince, haciéndose una considerable rebaja al que tomaba abono. «En nuestra juventud, dice Wilde, tuvimos, por mucho tiempo, luneta por temporada, y citamos este incidente trivial, sólo para recordar que a nuestro lado había un señor algo excéntrico (y no era inglés), que tenía, no una, sino dos lunetas: una para sí y la otra para su «capote», su sombrero, sus gemelos y bastón. Este señor era alemán, y por lo que se ve, muy amigo de su comodidad.

Las familias que ocupaban indistintamente los palcos, pertenecían, más o menos, a una misma clase de la sociedad, pero parece que eran preferidos los bajos, cuando se quería aparecer con trajes más sencillos.

Las señoras de los palcos combinaban en su traje la elegancia y la sencillez. El cuello y el seno ligeramente descubiertos, como para excitar la admiración sin ofender la modestia. A lo más, en cuanto a

adornos, llevaban una cadena de oro al cuello; allá por el año 24 o 25, manga corta. Mientras no invadieron las peinetas monstruosas de Maculino, con las que este señor se enriqueció, las damas llevaban el pelo ligeramente arreglado con una pequeña peineta y unas cuantas flores naturales o artificiales completaban el tocado.»

En la colección del señor Olaguer Feliú, que fué el constructor de la Casa de Comedias, se ven varios «libretos» de las obras que se representaron hasta 1805. Algunos han sido catalogados y anotados por el señor Mariano G. Bosch. Los más discretos de estos trabajos se titulan: *El albañil ofendido, El examen de sainetes* y *El amor de la estancia.* El señor Groussac describe, en la *Historia de Liniers,* una representación de *El sí de las niñas,* de Moratín. En las diversas é intermitentes temporadas se pusieron en escena *El Cid Campeador,* de Corneille; *El Cid,* de Guillén de Castro; *El divorcio por amor, Los hijos de Edipo, La corona de laurel, El médico á palos, La misantropía* (¿*El Misántropo*, de Molière?); *El viejo y la niña, Siripo,* y muchas otras más cuyos títulos no hemos encontrado en ninguna de las galerías teatrales españolas y argentinas del pasado siglo. Seguramente los cómicos se encargaban de inventar nuevos nombres a obras del viejo repertorio de Calderón, Tirso, Lope, Moreto, Corneille, Racine, etc.

Love, al hablar del teatro Argentino, escribía en 1825 que el *Otelo* «suele darse de tiempo en tiempo. No es el de Shakespeare, sino una traducción del francés, cuyos absurdos no pueden soportarse por un inglés.»

Manuel Bilbao dice que las primeras actrices que trabajaron en este teatro fueron la Salinas, la Navarro y la Morales, y que el 24 de mayo de 1813 se oyó la primera orquesta con motivo de cantarse el Himno Nacional. En la misma fecha se cambiaron las cenefas rojas de los palcos, por los colores de la bandera argentina. En la época de Rozas, volvió a trocarse el azul y blanco de las cenefas por el «colorado» federal.

Entre las actrices más descollantes de la Casa de Comedias se singularizaron Trinidad Guevara, Matilde Díez, Ana Campomanes, la Ugier y Antonia Castañera.

Trinidad Guevara fué una artista interesante, de voz acariciadora y gesto noble. Apasionaba a los hombres y a las mujeres; durante varias temporadas la consideró el público como a su predilecta. Refiere Wilde que «habiendo el padre Castañeda atacado por la prensa a Trinidad, por usar en las tablas, según él, un medallón al cuello con el retrato de un hombre casado, esta señora se retiró del teatro; pero a instancias de sus admiradores desistió de su propósito, y en su reaparición fué saludada con calurosos aplausos, dando a entender, sin duda, que el público nada tenía que ver con la vida privada.»

Los actores más aplaudidos de aquellos años fueron Velarde, el ya citado Morante, Quijano, David, Viera y Díez.

Los estrechos límites en que necesariamente hemos de encerrar las ligeras informaciones de este capítulo, nos impiden dedicar a la figura de Felipe

David el espacio que merece. En todos los «papeles impresos» y documentos de la época que se refieren al desenvolvimiento del arte teatral en Buenos Aires, aparece el nombre de David acoplado a los más extraordinarios ditirambos. Era porteño de nacimiento, y quizá por eso el público lo ovacionaba con exceso y le permitía ciertas «salidas de tono» linderas con el mal gusto. Su figura, extremadamente magra y raquítica, le ayudaba en los papeles «genéricos». Durante las largas temporadas que actuó en el Argentino alternaron con David varios «graciosos» notables, pertenecientes a compañías españolas, pero afirma Wilde que no obtuvieron el favor del público. El «gracioso» de David, dice el mismo cronista, «era especial», nativo, y tan «nuestro», que el público difícilmente podía acostumbrarse a otro, aunque le fuese superior. En los sainetes Felipe David era el héroe, y a fe que en algunos no dejaba que desear. Por ejemplo, entre otros varios, el público no se cansaba (a pesar de repetirse con mucha frecuencia), de oirle en *Los tres novios imperfectos,* en el que desempeñaba el papel de tartamudo y cantaba tartamudeando, acompañándose en el arpa, una canción de serenata a su novia, que principiaba así:

En el tiempo de Mari-Castaña.
Una vieja solía cantar;
A unos pollos chucurrutitos
Que corrían por su corral.

Luego concluía cantando como gallo, después de darse una palmada en el muslo, imitando el ruido que hace este animal con el ala cuando canta.

Los muchachos de la contraseña y cierta clase de concurrencia festejaban el chiste con estrepitosas carcajadas, no dejando al fin de asociarse la parte más seria.

Felipe estaba muy bien en ciertas comedias en que representaba el «payo», el «criado», un «escribano» o un «alcalde» de la antigua España, en cuyos personajes su objetivo era el ridículo; pero, si alguna vez (como tenía que suceder, donde el personal era limitado), se le encomendaba un papel serio, era imposible que guardase por mucho tiempo la circunspección debida, y a poco andar se le deslizaba alguna chuscada, las más de las veces de su propia invención, estimulado por la predisposición del público a festejarla.

El ejemplo de David continúa repitiéndose hoy entre nosotros. En materia de audacias en el escenario y de concesiones del público a sus histriones predilectos, estamos en pleno año veinte...

Pero el artista realmente admirable, en aquellos tiempos, fué José Casacuberta, a quien ha inmortalizado Sarmiento en uno de sus más bellos artículos. Es una figura legendaria por sus orígenes, por su actuación romántica en los ejércitos de la Independencia y de la libertad; por sus complicadas temporadas artísticas, y sobre todo por su trágica muerte,

Casacuberta nació en Buenos Aires, el año 1799. pero pasó los de su niñez en Montevideo, donde se había establecido su padre, que murió a manos de los ingleses en 1806.

La madre de Casacuberta contrajo enlace en se-

gundas nupcias con un atrecista y sastre de teatro. Con tal motivo vivía José la mayor parte del día entre cómicos, apasionándose en tal forma del arte dramático, que constantemente suplicaba a su padrastro, que lo relevase de las obligaciones de bordador, en la sastrería, e influyese para que lo tomasen de racionista en San Felipe. A la famosa bailarina Paca, que sacó de sus casillas a dos generaciones de galanes y de viejos verdes, de Buenos Aires y Montevideo, con su empaque de maja, digno de ser sorprendido por el pincel de Goya, debió Casacuberta su entrada en el teatro. Hasta 1829 no hizo más papeles de importancia que el «bolero» de la Paca, en algunos sainetes de Ramón de la Cruz y el Gorito de *Las castañeras picadas* del mismo autor.

Se adiestró tanto en las habilidades del baile y en el manejo del pandero y de las castañuelas, que llegó, en cierto modo, a significar para algunas mujeres del público, lo que la Paca significaba para todos sus admiradores. Y era rara la tarde o la noche que había función, que en cuanto «Josesiyo» cantaba entre cajas aquello de

Las mujeres en la Pascua
Ya no piden aguinaldo,
Porque tienen la costumbre
De pedirlo todo el año.

no se revolucionara la «cazuela» y hasta de algún palco no volase un ramo de flores...

Pero en 1819 dejó la montera y las castañuelas para calzar el coturno. Vinculóse a la compañía de don Antonio Alejo González, y actuó, sucesivamente,

en Montevideo, Buenos Aires y Córdoba. Esta última ciudad debe a Casacuberta la fundación del primer teatro. Luego alterna su profesión de actor con sus pasiones por las aventuras guerreras. Cuenta la tradición que en todos los fogones y ruedas de oficiales Casacuberta simbolizaba la alegría, ya improvisando pasos de comedia con los soldados de La Madrid, ya organizando bailes, que muchas veces fueron interrumpidos por las lanzas de las avanzadas enemigas; y es histórico que en más de una ocasión, después del «entrevero gaucho» se reavivaron los fogones, se echó agua en las pavas, circularon los cimarrones y volvió a resonar el jolgorio...

Vencido La Madrid, a cuyas órdenes servía Casacuberta, tuvo que tomar el camino del destierro, atravesando a pie y descalzo la cordillera. Llegó casi ciego a Chile. En Santiago, para poder vivir, formó una compañía de teatro. Por aquel entonces se hallaba asilado del otro lado de los Andes toda una pléyade de argentinos ilustres, que combatían con su pluma a Rozas.

He aquí cómo describe Sarmiento la presentación del compatriota actor ante el público chileno:

«Casacuberta fué anunciado en Santiago como el hijo predilecto del arte argentino. Todavía recuerdan sus compatriotas los conflictos en que su alma altanera lo puso. Tanto bueno dijimos de él, que la incredulidad, los celos, la indiscreción, o la maledicencia, produjeron en la prensa un artículo que hería sin motivo a Casacuberta antes de presentarse en las tablas. Dos días más tarde el actor mimado por

otro público, volvía ofensa por ofensa; pero la suya era más punzante, porque recaía sobre Chile, que le reprochaba no tener reputaciones artísticas.

«Las susceptibilidades nacionales se despertaron irritadas.

«Casacuberta iba a presentarse en las tablas para ser juzgado por los agraviados. Comprábanse aquel día pitos, y se alistaban doscientos jóvenes a castigar su audacia. Mil setecientos espectadores habían reunido la venganza no satisfecha, la curiosidad ansiosa de ver el desenlace de aquel duelo entre un hombre y una ciudad. Los pitos se ensayaban cautelosamente antes que el telón se levantara; ráfagas de silencio venían de cuando en cuando a dar solemnidad alarmante a aquellas pasiones que se estaban encorvando y recogiendo para lanzarse sobre su presa.

«Estábamos nosotros tristes y amilanados, porque en aquella época los emigrados éramos solidarios todos en el mal de uno.

De repente se levanta el telón, y allí, en el fondo del teatro, descúbrese la talla majestuosa de un anciano de sesenta años que habla con alguno de adentro. Vuélvese al proscenio, avanza con paso de rey el Dux de Venecia; su voz grave, sus maneras cultas, su mirar tranquilo, su barba larga aliñada con arte exquisito, todo en fin, tenía sobrecogidos los espíritus, clavados los ojos, embargadas las lenguas; los pitos estaban allí, en las manos de todos, indóciles ahora para acercarse a los labios. Casacuberta se sentó en una silla con la distinción de un noble

italiano. Este movimiento solamente hizo estallar el sentimiento de lo bello, de lo artístico, que estaba oprimido en el corazón de todos por causas rencorosas; y Casacuberta agradeció aquellos aplausos arrancados a fuerza de arte, de genio, como el hombre honrado que recibe lo que legítimamente se le debe, sin descortesía y sin servilismo.»

Casacuberta desde aquella noche fué el ídolo de los públicos de Chile y aun del Perú, á donde hacía excursiones artísticas dos veces por año. En Tacna contrajo enlace con una mujer riquísima, pero a pesar de la soberbia situación económica que aquella boda le creaba, no quiso abandonar las tablas.

Casacuberta murió al final de la representación de *Los seis escalones del crimen,* que era la pieza favorita de su repertorio y con la que celebraba casi siempre su beneficio. En el cartel anunciador del espectáculo de aquella noche decía: «Grato me es, por demás, en la tercera vez que he vuelto a Chile, rendirle en una función que lleve mi nombre, el homenaje de mis simpatías. Hay incidentes en la vida del hombre más vulgar que se graban eternamente en el corazón. Cuando la suerte me encaminó a este país la vez primera, había abandonado hasta las ilusiones del artista; proscripto, errante, escapado milagrosamente de debajo de las nieves en la Cordillera, no soñaba más que con el porvenir de mi patria... Casi ciego, en esa peregrinación, hallé hospitalidad y manos benefactoras. Me reconcilié, pues, con el arte, y a Chile debo más de un recuerdo imperecedero, el de la gratitud. Estos acontecimien-

tos no se olvidan jamás». A renglón seguido, pero con letras grandes, anuncia: *Los seis grados del crimen y escalones del cadalso, ó sea una lección terrible a la juventud.* Luego añade: «Han sido tantas y tan reiteradas las instancias que he recibido para que pusiese esta obra en escena, que al fin me he resuelto a hacerlo «por última vez», venciendo las resistencias que siempre he opuesto, por la descomposición física que he sufrido cuando la he dado, en la situación horrible del protagonista en el último cuadro, cuando, escapado del cuadro fatal, trata de substraerse al cadalso.»

Ese «última vez» que, con letra negrita figura en el programa, parece ahora una adivinación del gran artista, a propósito de su próximo fin.

Casacuberta falleció en escena, «de verdad», el 11 de septiembre de 1849. Sarmiento, al comentar, intensamente conmovido, esta muerte, dice: «Ha desaparecido el artista cediendo a las nobles inspiraciones del genio. Ha dejado incrustado en la historia del arte dramático de Chile, asido a su nombre, el suceso de este género más lamentable y ruidoso que haya ocurrido en América.

Para nosotros, sus compañeros de proscripción, desaparece con Casacuberta uno de los más bellos recuerdos de la patria ausente y hoy sometida a todas las barbaries.

«¡Oh! que nunca la gratitud hacia el país que nos acoge nos impida soñar con el porvenir de la patria... A su pasado pertenece ahora Casacuberta; los que le sobreviven, los que sigan su ejemplo y su

consejo, pertenecerán siempre a su porvenir, al porvenir de la América.»

El teatro Argentino concentró los entusiasmos del público porteño desde 1801 a la época de Rozas y si sus espectáculos no educaron siempre, distrajeron, por lo menos, a varias generaciones.

CAPÍTULO XV

Triunfos líricos de Esteban de Luca.— Juan Crisóstomo Lafinur. — Vida de este poeta. — De Luca y la *Abeja Argentina*. — Naufragio de De Luca. — *El arpa perdida*.

Juntamente con los progresos del teatro corren parejas los triunfos líricos de Esteban de Luca, Juan Crisóstomo Lafinur y Juan Cruz Varela, y toman además un incremento considerable varias publicaciones periódicas, a las que luego pasaremos revista.

Antes de llegar a la personalidad de Juan Cruz Varela estudiemos rápidamente a Juan Crisóstomo Lafinur, a Esteban de Luca y a otros autores dignos de figurar en primera línea entre los bardos y publicistas de la Revolución.

Juan Crisóstomo Lafinur nació en Cerro Rico, provincia de San Luis, el 27 de enero de 1797. Se educó en Córdoba y estaba para terminar sus estudios cuando pasó por la histórica ciudad el ejército del general Belgrano. Trocó entonces el manteo del estudiante de ciencias morales por el uniforme militar y se entremezcló al sacro entusiasmo de los vencedores de Tucumán y Salta. Años después se hizo muy notable en Buenos Aires como poeta elegante y pe-

riodista mordaz. Realizó una campaña enérgica en la tribuna y en la prensa, para que se introdujesen reformas fundamentales en la enseñanza de la Filosofía. Habíase convertido el estudiante de cánones en un furibundo materialista. Buenos Aires leyó con verdadera expectación la polémica que Lafinur y el sacerdote Torres sostuvieron durante largo tiempo en el *Argos*. La palabra «materialismo» sonaba atrozmente en una ciudad sincera o falsamente religiosa, y que hacía del templo su preocupación diaria. El ideal filosófico de Lafinur tenía que chocar con el medio. Y así, en poco tiempo, al poeta y elegante músico se le cerraron los principales salones de Buenos Aires. Resolvió marcharse a Mendoza, donde estableció una escuela cuyos planes se ajustaban en un todo a ese laicismo que le había obligado a emigrar de Buenos Aires. Sin embargo, su nombre seguía pronunciándose con cariño y hasta con una admiración que estaba muy por encima de sus méritos literarios reales. Bien es verdad que Lafinur había sido, en cierto modo, el músico y el poeta de cámara de las damas linajudas de su tiempo. No había *pianoforte* que no tuviese en su atril alguna composición musical de Lafinur, y hasta en los mismos devocionarios femeninos hicieron muchas veces de señalador epístolas en verso, anacreónticas y suaves madrigales, hijos de la empecatada lira del poeta masón... De esas anacreónticas y de esos madrigales pueden verse algunos en *El Curioso*, periódico que redactó con Camilo Henríquez.

En Mendoza, al propio tiempo que hacía campaña

liberal en la modesta escuela que acababa de instalar, fundó un periódico francamente anticlerical, con el título de *El verdadero amigo del país*. Su campaña lo llevó a excesos que sentaron como rejalgar al caballo mendocino, que le desterró. Transpuso entonces la Cordillera y se estableció en Santiago, donde le fué sumamente fácil labrarse una posición entre la gente de alcurnia. Bajó desde luego, para ello, el diapasón de su materialismo y se limitó tan sólo a lucir por los salones aristocráticos su hermosa figura y su cabellera romántica, que caía en bucles sobre su frente pálida.

Era muy verboso, pero no se hacía cansador, porque alternaba sus solos poéticos y literarios con números de música propia ó ajena, pero que ejecutaba con sumo gusto y finura al piano. Poseía además una bella voz de barítono, que había adiestrado en la época en que fué sochantre de la Catedral de Córdoba.

Joven, gallardo, poeta y cantor, fácil le fué iniciar su pequeña novela sentimental en Chile, con tanta o mayor suerte que en Buenos Aires. Contrajo enlace a fines de 1822, pero poco duró su idilio, pues una pulmonía fulminante lo llevó a la tumba el 13 de agosto de 1823.

La obra poética de Juan Crisóstomo Lafinur, ni sube ni baja del nivel intelectual que marcan las de sus contemporáneos. Entre las composiciones más interesantes de este autor, podemos anotar el *Canto elegíaco* a la muerte de Belgrano, cuya desaparición le produjo un dolor intensísimo que supo exteriorizar

en algunas discretas estrofas, sobre todo en aquella que comienza diciendo:

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas losas de repente
Al pálido brillar de las antorchas,
Los justos y la tierra se conmueven?

En la *América Poética,* publicada en Valparaíso y en la ya citada *Lira Argentina* pueden leerse otras composiciones de Lafinur.

Más poeta fué, sin duda alguna, Esteban de Luca y Patrón, a quien dedicara Andrade una de sus verdaderamente inspiradas composiciones, con el título de *El arpa perdida.* Ya hemos tenido ocasión de nombrar varias veces a este vate que supo cantar antes que López «la lid tremenda contra los tiranos que osaban oprimir la América». Nació en Buenos Aires el 2 de agosto de 1786, y como sus contemporáneos, formó parte de las legiones de la libertad. Escribió versos sobre los primeros acontecimientos revolucionarios del año 1810. Todos sus cantos y odas fueron muy populares en aquellos días, pero ninguna obra suya alcanzó la difusión que la dedicada a los triunfos guerreros de San Martín, con el extraño título de *La Martiniana.*

El *Canto lírico a la libertad de Lima* que escribiera en la época de Rivadavia, fué premiado por el gobierno con una valiosa colección de libros.

Esteban de Luca vistió el uniforme de sargento mayor de artillería hasta 1822. Después de los angustiosos días del año 20 se dedicó a la regeneración política y social del país, escribiendo muy se-

sudos artículos en la *Abeja Argentina*, donde además publicó su composición *Al pueblo de Buenos Aires*, que es para nosotros el trabajo por excelencia de su inspiración. En esta obra dice a los contemporáneos que abandonen la molicie de las ciudades y el lujo corruptor; que no duerman imprudentes en ocio muelle de una paz engañosa y que corran hacia los campos desiertos a arrancar la riqueza en esa llanura pampeana que, como el mar, no tiene horizontes. Mejorad allí, les dice, la raza del caballo generoso; esquilad el vellón que defiende al hombre de las injurias del invierno, y acreced el número del útil animal que suele romper el seno de la tierra con el corvo filo del arado. Entonces, agrega, los campos que ahora están llenos de espinosos cardos, se cubrirán de rubias espigas. Ceres presidirá la fundación de nuevos pueblos en tanto número como las estrellas. Crecerán a la par de los hijos argentinos, los árboles cargados de frutos y bajo la copa benéfica del boscaje el amor preparará la gran fecundación. Entonces la Fama argentina resonará en los países remotos y los pueblos desgraciados del Volga y del Danubio vendrán a buscar asilo en estas tierras de promisión...

Luca merece ser recordado no sólo como poeta. Fué un eximio matemático y un experto representante de la diplomacia rioplatense. Si compuso himnos para entusiasmar al pueblo en el albor revolucionario, también supo, como nos lo cuenta Gutiérrez, fundir cañones y templar las hojas de las espadas de los primeros ejércitos que se improvisaron. Por sus habilidades en esta materia sucedió a Angel Monas-

terio en la dirección de la fábrica de cañones y fusiles establecida entre nosotros en 1812.

Toda la obra inédita de Esteban de Luca se perdió en el naufragio del bergantín *La Agenoria,* en los bajíos del banco Inglés. Dicha catástrofe sugerió a Olegario Andrade la ya citada composición *El arpa perdida*. El gran poeta entrerriano refiere, a guisa de exordio en breves palabras, el origen de su canto. «Esta fantasía, dice el autor de *El nido de cóndores*, tiene por base un episodio histórico. En el mes de marzo de 1824 naufragó en el Banco Inglés del Río de la Plata el bergantín *La Agenoria,* que conducía al doctor don Valentín Gómez, ministro argentino en la corte de Janeiro, y su secretario, el poeta don Esteban de Luca y Patrón. La mayor parte de los pasajeros se salvaron, permaneciendo a bordo hasta que fueron socorridos por un buque mandado desde Buenos Aires. Sólo el poeta Luca se embarcó en una débil jangada formada de tablas, y pereció en el río, sin que se llegase a hallar su cadáver. Luca había cantado en magníficos versos *La victoria de Chacabuco, Los triunfos de Cochrane en el Pacífico* y la *Libertad de Lima,* en aquella oda inmortal que comienza así:

«No es dado a los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio.»

Andrade revive la angustiosa escena del naufragio frente a la furia desordenada de las olas y del huracán,

«... pirata del abismo
Que con la voz del trueno
Lanza a los cielos insultante grito
Y celoso de Dios, que le perdona,
Pretende en su locura
Ahogar su mano impura
La centelleante luz de su corona.

En tan solemne instante el bardo se aventura a desafiar la tempestad en una balsa que las olas hunden en su abismo, y es cuando

Los náufragos oyeron
Largo rato en la sombra que crecía,
Sobre la voz del huracán y el trueno,
Murmullos de celeste melodía
Notas truncas de música divina,
Como si alguien cantara en lontananza
El himno de las santas alegrías,
El poema inmortal de la esperanza!

Desde entonces el viajero
Oye en la noche plácida y serena,
O entre el rumor de la tormenta brava,
Como el eco de dulce cantilena
Que de lejos lo llama;
Es el arpa perdida,
El arpa del poeta peregrino
Casi olvidado de la patria ingrata,
Que duerme entre los juncos de la orilla
Del turbulento y caudaloso Plata!

Luca, como Moreno, como Labardén y Rojas, halló su tumba entre las olas encrespadas. Tenía 38 años, de los cuales 25, habían sido dedicados a la patria.

CAPÍTULO XVI

Publicistas olvidados o desconocidos. — El padre Iturri. — Su *Historia del Río de la Plata.* — Opinión del Deán Funes sobre esta obra. — Miralla. — Su vida multiforme. — El célebre Boqui. — Aventuras de Miralla en Lima. — El político y el artista. — Cartas de «Jacob Ortis». — La elegía de Tomás Gray. — Muerte de Miralla. — Vera y Pintado. — Originalidades de este poeta. — El primer periódico chileno. — Composiciones patrióticas de Vera y Pintado.

Hay una serie de escritores argentinos totalmente olvidados o desconocidos en su patria. Los unos, porque partieron del país para no volver nunca más, como Miralla, o Iturri; los otros, porque no imprimieron sus obras y cuyos manuscritos esperan al paciente estudioso que haya de sacarlos de los archivos y darlos a la estampa con atinados comentarios. Los literatos argentinos se han dedicado casi siempre a hacer obras *pro domo sua,* olvidando lo que escribieron los demás; y por esa idiosincrasia americana, y especialmente «porteña», que suele considerar subalterno o insignificante a todo lo de casa, hemos condenado al olvido a una porción de hombres y de obras que en día más o menos breve serán nuestro orgullo. Lo que ocurre en lo literario acontece también en lo político y científico. Nadie entierra la obra que queda, como no sea su propia

insignificancia. Las pasiones banderizas, una vez desaparecidas, hacen surgir figuras que un momento histórico determinado condenó a la ingratitud de sus contemporáneos. Y así como las olas arrojan a la playa los restos del naufragio, a las riberas de la historia suelen llegar pedazos de la vida, a cobrar haberes que la conciencia colectiva paga en buena moneda de inmortalidad. Por incuria — ya que en cuestiones de arte las pasiones no suelen ser tan feroces — nuestros hombres de letras no han salido del comentario entusiástico de media docena de nombres de antología. Saben casi todos los literatos argentinos la vida y milagros de poetas, novelistas y filósofos, que han influído directa o indirectamente en el pensamiento de la humanidad; gustan los *snobs* de autores que nada, absolutamente nada, tienen que ver con la evolución progresiva del pensamiento de nuestra raza y por consiguiente del pensamiento argentino; relatan anécdotas, con una minuciosidad asombrosa, de la vida de Shakespeare o Quevedo; saben al dedillo los líos amorosos de Musset o las angustias de Paul Verlaine; no ignoran un minuto de la vida de Taine, de Renán, de Zola o de Daudet; recitan como bajo la sugestión de un nirvana sensitivo a D'Annunzio en italiano o a Heine... mal traducido. Pero no saben cuándo nació Sarmiento. Y si nombran al enorme polígrafo, es para decir que escribió el *Facundo,* que las más de las veces han leído fragmentariamente en la escuela. Esa ignorancia por todo lo de casa los lleva fatalmente a improvisar juicios injustamente despectivos.

Podrían contarse las bibliotecas argentinas que tienen en sus estantes las obras de Echeverría, Sarmiento, Mitre o Alberdi. En cambio, todas ellas están abarrotadas de obras francesas, inglesas, rusas y alemanas. La falta de amor hacia los escritores argentinos, buenos o malos, pero que reflejaron en cierto momento histórico el pensamiento y las ansias de su pueblo, nos ha llevado hasta permitir que una colección admirable de manuscritos se vendiesen al «peso» como pasta a una fábrica de papel...

¿Cuándo coleccionaremos la *Historia natural y política de Cuyo,* escrita por el mendocino Manuel Morales, ó la *Historia del Río de la Plata,* del padre Iturri, sin ir más lejos?

En el curso de estos capítulos hemos demostrado palmariamente que no nos ciega la pasión que lleva a «inventar» glorias literarias y artísticas. Si no fuera por don Juan María Gutiérrez, que en el colmo de su altruismo llegó hasta corregir los versos ajenos que analizaba, hoy nos sería imposible reconstruir el pasado literario argentino.

El abate Francisco Javier Iturri, por ejemplo, es un historiador totalmente desconocido de los argentinos. El secretario del cardenal Vives, encontró en Pisa, los manuscritos de la *Historia del Río de la Plata,* que Gutiérrez suponía se hallasen en algún convento de Bolonia o de Roma, donde, como se sabe, residieron los jesuítas expulsados de América por la pragmática de Carlos III.

De esta obra del padre Iturri, dice Funes en el prólogo de su *Ensayo* lo siguiente: «Tenía ya muy

adelantado mi trabajo cuando leí en Hervás y Panduro que el venerable abate don Francisco Javier Iturri había concluído su historia de esta parte de América.»

Iturri nació en Santa Fe, donde residió hasta 1767, en que se dirigió a Italia con los demás expulsados por Buccarelli. Llevó consigo un copioso archivo referente a varias fundaciones de pueblos, figurando además, entre sus carpetas, estudios sobre las rutas que siguieron los conquistadores después del descubrimiento del Río de la Plata. En Buenos Aires sólo se conocen del padre Iturri varios pequeños volúmenes de cartas sobre crítica histórica americana, que se imprimieron en 1797 en Madrid, y luego en Buenos Aires en 1818, gracias al señor Soloaga, que costeó la edición. Habría llegado, nos parece, el momento de obtener una copia de la obra que tantos elogios merece a Hervás, quien fué íntimo amigo de Iturri, en Italia, y que por esta circunstancia pudo leerla y estudiar el archivo que el venerable abate se llevara de Santa Fe a Italia.

De estos desconocidos forasteros en su patria, según Gutiérrez, merece ocupar nuestra atención don José Antonio Miralla, que, a juzgar por su actuación llena de audacia en el Perú, en España y en Cuba, hubiera sido en Buenos Aires uno de los más esforzados paladines del Cabildo abierto de 1810 y de las campañas guerreras sucesivas. No se sabe a ciencia cierta el lugar de su nacimiento, pero no debió de ser muy lejano de Buenos Aires, pues desde 1804 aparece su nombre en el libro de alumnos

del Colegio de San Carlos. El 9 de noviembre de 1805, acababa de cumplir quince años, según dice Chorroarín, al comentar la prueba oral de lógica, que dió en la nave de San Ignacio, en presencia de sus profesores y condiscípulos. Había, pues, nacido en 1790. Un año después de las invasiones inglesas, ya no figura en los libros de matrícula. De los sesenta y tres compañeros de Miralla sólo concluyen sus estudios catorce; los demás se dedicaron a la milicia.

Su espíritu aventurero no encuentra vallas en su camino, desde que llega a Buenos Aires el célebre Boqui, mezcla de bandido y de santo, personaje cómico y trágico que sacó de quicio a las devotas porteñas y puso sobre ascuas a los hombres más caracterizados del virreinato. Era un maravilloso artífice digno del Renacimiento. Fabricaba alhajas raras y pulía piedras preciosas; era mosaiquista y grabador, mago y herbolario... Había labrado una preciosa custodia de gran valor artístico que expuso en el templo de Santo Domingo. Miralla cantó en unos versos la impresión que el tabernáculo había producido en Buenos Aires. Boqui, con su olfato perdiguero adivinó en seguida que aquel imberbe podía ser su más admirable aliado. La custodia era simplemente un anzuelo para pescar incautos. Boqui quería descubrir minas de oro y de plata. Y después de dejar una impresión desconcertante entre sus admiradores de Buenos Aires, se dirigió al Perú, acompañado de Miralla, de su custodia que curaba los males del alma y de sus hierbas que curaban los

daños de la carne... Fué aquella una peregrinación penosa y lenta a través de media América. Boqui llevaba su Cipango ideal en la cabeza y en su codicia.

El 20 de julio de 1810 entraron misteriosamente en Lima. El virrey Abascal, que no se andaba en chiquitas, asustado en cierto modo por aquel extraño personaje, dió órdenes rajantes para que pusieran presos a Boqui y a su lazarillo... El mago poseedor de la custodia salió a los pocos meses de Lima por estampía, no así Miralla, que gracias a su corta edad, se salvó de las iras del virrey. Se matriculó entonces en la Universidad de San Marcos y meses después, en la de San Fernando, para estudiar medicina. Boqui lo había encariñado con la ciencia hipocrática.

La audacia de Miralla, llena de acometividades simpáticas, lo acercó nada menos que a la privanza de don José Baquijano y Carrillo, conde de Vista Florida y enemigo del virrey Abascal.

Con motivo de la traslación del vizconde de Vista Florida al Supremo Consejo de Estado, en Madrid, Miralla resumió en un cuaderno la crónica de las fiestas que en honor de tan esclarecido personaje se celebraron en la ciudad de los Reyes en 1812.

Don José Baquijano se marchó a España por vía Panamá, llevando a su protegido Miralla, por quien sentía un extraordinario afecto. El marqués de Vista Florida era un hombre que gustaba de la vida turbulenta. Miralla estaba como en la gloria, tomando parte en aquellos saraos matritenses, públicos o privados, y siendo un personaje de aventuras galantes y de amoríos complicados y peligrosos.

Un «amor sin esperanza», según escribe a Chorroarin, en una carta en la que no se sabe cuando habla en serio o en broma, lo lleva a la Habana, en 1819. Y allí, por arte de encantamiento, es dueño a los pocos meses de grandes cañaverales y de plantaciones de tabaco que le producían ingentes sumas de dinero. En 1812 funda en la Habana el *Argos,* para defender la Independencia americana. Desde ese momento la libertad del Continente le preocupa en una forma avasalladora. Iturbe acababa de dar en Méjico el grito de independencia. Pasa, meses después, a California y luego a los Estados Unidos para abogar por la emancipación de Cuba. Por esa época lo volvemos a ver pobre, lo que hace suponer que aquellos ingenios de azúcar y aquellas vegas fueron enajenados para pagar los gastos de la rebelión mejicana. Se instala en Bogotá, siempre como propagandista de las nuevas ideas libertarias, y para sufragar sus necesidades, da clases de idiomas. Poseía ocho lenguas europeas a la perfección y conocía el quichúa. Era, además, un hebreísta perfecto. En Bogotá contrajo enlace con Elvira Zuleta. A los pocos meses partió en misión política para Méjico. Su joven esposa acababa de dar a luz una niña, y por esta circunstancia se vió precisado a permanecer veinte días en Jalapa.

Allí le dió la fiebre amarilla, pero enfermo y todo, continuó su viaje hasta Puebla de los Angeles, donde falleció en brazos de su compañera, diciendo que su principal e inalterable anhelo habría sido sucumbir en Buenos Aires «entre el círculo de sus amigos

y paisanos y al grato calor de sus hogares». En iguales términos le escribió, en 1822, desde la Habana, varias cartas a su antiguo maestro Chorroarín y muy especialmente en la carta con que enviaba a Buenos Aires treinta y siete volúmenes de las ediciones infolio del Bodoni y que apareció íntegra en el *Argos* de Buenos Aires, el 27 de julio de 1822. Miralla, no solamente envió los libros para la biblioteca pública, sino que giró una cantidad de dinero para que fuesen encuadernados, «porque en la Habana no había un artesano capaz de ello». Don Juan María Gutiérrez, al comentar este rasgo, dice, que «aquí tampoco existía un encuadernador; pero no faltó un atrevido que envolviese en badana verde aquellos preciosos volúmenes, y sobre todo, que hiciera la herejía de recortarles los márgenes.»

El mismo *Argos* al anunciar la entrega de la donación a la biblioteca, publicó el siguiente suelto: «Don José Miralla, hijo de esta ciudad, que se halla en el día en la Habana, ejerciendo el comercio, es un gran argentino muy recomendable por sus talentos y por el número considerable de idiomas que posee. Cuantos porteños han visitado aquel puerto, hacen elogios de la cordialidad con que los ha tratado.»

Las obras originales de Miralla se han perdido en su mayor parte y otras andan desperdigadas en las colecciones de los periódicos de la Habana, Méjico y el Perú. La hija de este interesantísimo personaje trató de coleccionar todas las obras de su padre, y con ese objeto escribió a don Juan María Gutiérrez una carta en la que solicitaba se le buscase un edi-

tor o se le proporcionaran los subscriptores necesarios a fin de que pudiera costearse la tirada. Ambas gestiones, llevadas a cabo por Gutiérrez, fracasaron.

La popularidad de Miralla, en el Norte de la América española, reside, después de sus trabajos políticos en pro de la libertad de Cuba y de Méjico, en las hermosas traducciones de las *Cartas de Jacob Ortis,* de Hugo Fóscolo y la de una elegía de Tomás Gray.

La primera versión de Fóscolo se publicó en la Habana en 1822 y fué reimpresa en Buenos Aires en el año 1835 por don Patricio Basavilbaso. Menéndez y Pelayo, al hablar de estas traducciones de Miralla, dice que los pasajes de Dante y Alfieri que Fóscolo cita «están puestos en verso castellano con notable propiedad y acierto; y la literalísima versión, casi improvisada, de la elegía de Tomás Gray, *En el cementerio de una aldea,* hecha verso por verso, a pesar de la gran diferencia de concisión entre ambas lenguas», es admirable. «Los demás intérpretes castellanos, agrega el sagaz crítico, de esta elegía, entre los cuales se aventaja don Enrique de Vedia, han tenido que acudir a la paráfrasis, empleando una tercera parte más de versos que el original, con lo cual la expresión poética pierde mucho de su fuerza; pero Miralla acometió la lucha cuerpo a cuerpo; y si no puede decirse que saliese siempre victorioso porque era empresa casi imposible, a lo menos superó enormes dificultades, y en algunas estrofas acertó a no perder nada del texto y a calcarlo en una expresión sobria y castiza, sin afectación ni violencia.»

En el *Correo del Domingo* reprodujo íntegra esta traducción el señor Cantilo.

Algunas de las principales estrofas merecen consignarse:

«Son aquellos tilos y olmos sombreados,
Do el suelo en varios cúmulos ondea,
Para siempre en sus nichos colocados
Duermen los rudos padres de la aldea.
. . . . . .

¡Cómo las mieses a su hoz cedían,
Y los rudos terrones a su arado!
¡Cuán alegres sus yuntas dirigían!
¡Cuántos bosques sus golpes han doblado!
Boato de blasón, mando envidiable,
Y cuanto existe de opulento y pulcro,
Lo mismo tiene su hora inevitable:
La senda de la gloria va al sepulcro.
No los culpéis soberbios, si en la tumba
La memoria trofeos no atesora,
Do en larga nave y bóveda retumba
Del alto honor la antífona sonora.
¿Volverá la urna inscripta, el busto airoso
El fugitivo aliento al pecho inerte?
¿Mueve el honor al polvo silencioso?
¿Cede a la adulación la sorda muerte?
Tal vez en este sitio abandonado
Hay pecho donde ardió celeste pira;
Manos capaces de regir estados
O de extasiar con la animada lira.
. . . . . .

¡Cuánta brillante asaz piedra preciosa
Encierra el hondo mar en negra estancia!
¡Cuánta flor, sin ser vista, ruborosa
En un desierto exhala su fragancia!
Tal vez un Hámpden rústico allí yace
Que al tiranuelo del solar valiente
Resistió; un Milton que sin gloria calla
De sangre patria un Cromwell inocente.

Oir su aplauso en el senado atento,
Ruina y penas echar de su memoria,
La tierra henchir de frutos y contento
Y en los ojos de un pueblo leer su historia,
Su suerte les vedó; mas en su encono
Crímenes y virtudes dejó yertas,
Vedóles ir por la matanza a un trono
Y a toda compasión cerrar las puertas,
Callar de la conciencia el fiel murmullo,
Apagar de pudor la ingenua llama,
O el ara henchir del lujo y del orgullo
Con el incienso que la musa inflama.
Lejos del vil furor, del lujo insano,
Nunca en deseos vanos se encendieron
Y por el valle de un vivir lejano
Su fresca senda sin rumor siguieron.»

Miralla murió el mismo año que Lafinur. Todos los periódicos americanos de aquel entonces dedicaron a su memoria sentidas páginas necrológicas. Es muy conocido el canto elegíaco del poeta bogotano, José M. Salazar, con el que deploró el temprano fallecimiento de Miralla y que comienza:

«Cuando más esperanza prometía,
Lo sorprendió la muerte en su camino:
Bajó la noche en la mitad del día.»

No solamente se difundieron los argentinos militarmente por todo el escenario de la América española, sino que también llevaron, a la par de sus desinteresadas bayonetas y de sus espadas altruístas, que tantísimo dieron en la guerra sin pedir luego nada después de la victoria, una legión de hombres de pensamiento que en la tribuna o en la prensa combatieron en contra del error y del prejuicio. La

bandera azul y blanca, como buena madre de la libertad, no ocultó nunca bajo sus pliegues móviles bastardos y si «nunca fué atada al carro de ningún vencedor de la tierra», nunca tampoco exigió por los triunfos que hizo alcanzar a otros, ni aun las líricas satisfacciones del agradecimiento. En las horas de prueba ha sabido aceptar hasta la ingratitud de aquellos a quienes dió la vida... Las madres perdonan siempre...

Entre la legión de argentinos privilegiados que hallaron su tribuna fuera de la patria, figura también el doctor don Bernardo Vera y Pintado, santafecino como Iturri. Nació en 1780, pero desde la edad de diez y nueve años abandonó la tierra nativa para completar sus estudios en la Universidad de Chile. Uno de sus biógrafos dice que el primer suceso que atrajo la atención pública sobre su persona al abrirse la era que comienza en 1810, «fué un acto despótico del presidente Carrasco». Ungido éste, agrega el citado biógrafo, por los conflictos que lo rodeaban al reanudarse la revolución, «tomó una medida que vino á mostrar toda la popularidad del doctor Vera», a quien aquel mandatario puso preso por conspirar contra España. El doctor Gutiérrez refiere cómo cayó Vera y Pintado, el 25 de Mayo, en poder de la fuerza armada; cómo fué trasladado a un cuartel y luego transportado a Valparaíso, donde le aguardaba la fragata *Astrea*. Los más caracterizados hombres de Chile solicitaron de Carrasco que pusiese en libertad al doctor Vera. El 18 de septiembre se realizó el primer acto de la revolución de Chile en la forma

viril que Moreno refiere en *La Gaceta* de Buenos Aires, en sus dos admirables artículos del mes de octubre. Vera y Pintado entraba entonces en Santiago «con innumerable acompañamiento de los personajes de la ciudad que en carruajes y a caballo lo recibieron en triunfo, celebrando y admirando a este sujeto como a una de las primeras columnas que debían erigir y sostener el plan de la Revolución», según lo refiere el historiador Martínez.

Vera y Pintado fué el primer secretario del Congreso chileno y el fundador, juntamente con Henríquez, del primer periódico que apareció en Santiago con el título de *La Aurora*. Esta publicación se tiraba en la imprenta que había llegado por aquel entonces de Nueva York, según ya hemos tenido ocasión de decirlo anteriormente. Hasta entonces los chilenos imprimían todo en Buenos Aires; pero a mediados de 1810 se presentó en Santiago un personaje en cierto modo misterioso, natural de Suecia, y a quien se señalaba como vinculado al nihilismo escandinavo, que produjo el asesinato de Gustavo III. Venía de los Estados Unidos, por vía Buenos Aires, y se llamaba Mateo Arnaldo Hoevel. A los pocos días logró acercarse a los hombres del gobierno revolucionario, para ofrecerles una batería de cañones y una imprenta. Aceptada la propuesta, mediante el anticipo de 6.000 pesos, escribió a su socio Juan Roberto Livingston, residente en Nueva York, para que condujese el armamento, los tipos y la prensa, a la mayor brevedad posible, a Chile. A fines de 1811 la fragata norteamericana *Gallowey,* arribaba con tan

preciosa carga a Valparaíso. A los veinte días justos el taller de *La Aurora* estaba perfectamente instalado.

Vera reflejó en este periódico los mismos ideales que Mariano Moreno en *La Gaceta* y que el doctor Rozas, la figura más culminante de la revolución chilena.

Firmaba sus artículos con el anagrama de *Parra* y *Bedernoton*. El gobierno de Buenos Aires le encargó entonces que lo representase en todo el litoral del Pacífico en la uniformación del plan revolucionario. El doctor Vera ofreció a Chile, no solamente su talento y su actividad, sino también su fortuna. Y así vemos que la Junta contesta a tan gallardo desprendimiento con estas palabras:

«Nos cubrimos del mayor gozo al ver a usted desprenderse de todos esos bienes por amor a la causa común. La Junta contará siempre con su fidelidad, le distinguirá entre los mejores patriotas, y le será de la mayor satisfacción tener oportunidad de acreditar su reconocimiento. Así lo entenderá usted en respuesta a su presentación fecha del día 7 de febrero de 1811». Un año después Bernardino Rivadavia lo llamó para que ocupase un destino importante en Buenos Aires. Con fecha 24 de septiembre el doctor Vera contesta al ofrecimiento del gran estadista con la presente carta: «Me hace más honor que el que merezco, porque no me conoce. Permítame que le hable con toda la franqueza que me caracteriza. Yo no soy a propósito para comisión alguna militar: abomino esta carrera. Tampoco tengo aquella luz de

alta política que en las circunstancias exige la gran extensión del gobierno superior de un estado naciente. Mis talentos no pasan la raya de comunes, tal cual expedición en la pluma, y el deseo de formarme por principios de pura reflexión y estudio sobre el hombre, acaso los hago aparecer más de lo que son. Carezco de erudición, porque ni he sido muy aplicado a la historia, ni me ha sobrado tiempo para dedicarme a ella: ahora empiezo. Casado cinco años hace en Chile, con una joven indotada y con dos hijos, el foro ha hecho toda mi subsistencia. Los desamparé desde que acepté la diputación de Buenos Aires. Su corta renta es la que sufraga las urgencias diarias, porque nada he guardado ni he podido guardar de los honorarios de la abogacía, que siempre han seguido la naturaleza de mi genio desprendido de intereses. Diré más: soy honrado; amo la justicia, y mi corazón sólo deja de ser benigno cuando se le ataca. Los derechos de los pueblos y la libertad bien reglada son mi manía...»

A fines de octubre de 1812 atravesó la Cordillera y llegó a Buenos Aires, donde permaneció poco tiempo, pasando en seguida al campamento del Plumerillo, a ponerse a las órdenes de San Martín, de quien fué secretario. Vinculado después de Chacabuco a O'Higgins, fué también su secretario y autor de los principales escritos de este general. Todos sabemos que San Martín cedió los diez mil pesos que le votó el Cabildo, para fomentar la biblioteca pública de Santiago. En aquellas circunstancias fué designado Vera para que indicase qué libros debían

adquirirse con tal suma. En aquella época ya eran muy populares en Santiago y en Valparaíso algunas composiciones poéticas de Vera y Pintado. Bien es verdad que el mismo autor, con una adorable ingenuidad se encargaba de encender la llama del entusiasmo patriótico y libertario, entonando sus propias composiciones en los banquetes y manifestaciones callejeras. Se cubría casi siempre en estos actos, con el simbólico gorro frigio; su voz adquiría entonces acentos cautivantes del alma colectiva, y eran una clarinada de guerra estrofas como éstas, que *El cancionero popular,* compilado por la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, atribuye a un poeta chileno, con la equivocación de colocarle al pie la firma de Bernardo Vera, santafecino como el doctor Zeballos, director de dicha publicación:

El augusto día
Empezó a brillar
En que los esclavos
Pueden respirar.
El hombre recobra
La gran majestad
Que Naturaleza
Le quiso donar...

O estas otras en las que se unen las ideas de libertad y su amor a las ciencias:

No hay libertad sin luces;
Al pueblo obscurecido
De sus grillos el ruido
Jamás le despertó;
La gran filosofía
Del error ha triunfado
Y alegre ha levantado
Su augusto pabellón.

La patria generosa
Hoy sus luces nos brinda;
¿Habrá quien no se rinda
A su tierna moción?
¡Oh! ¡Libertad! ¡Oh! ¡Patria!
¡Oh! padre de los hombres,
La juventud virtuosa
Os llama a su favor.
¡Oh! padre de los hombres,
¡Qué libres les formaste,
El bien que les donaste
No lo usurpe el error!
Que de una vez acabe
Al último tirano
Esa divina mano
Que a Chile protegió...

Esas composiciones eran casi siempre improvisadas por el doctor Vera; circulaban luego en hojas impresas y el pueblo las aprendía de memoria para repetirlas a su vez en coro. Su autor sabía perfectamente que aquellas estrofas eran de «circunstancias» y que por lo tanto perderían su valor espiritual pasado el «momento histórico», porque la forma «no corría parejas con el sentimiento que la hacía surgir del alma». ¿A qué insistir, pues, en un juicio sobre su mérito artístico, cuando su mismo autor nos lo ofrece con una sinceridad extraordinaria? Sin embargo, el notable publicista chileno, don Manuel Antonio Tocornal, dice, a propósito de estos himnos, «que se repetirán siempre en Chile con entusiasmo.» Y añade luego que Vera y Pintado «fué uno de los genios que honran la naciente literatura americana».

Los principales escritos de Vera son los artículos y monografías que publicó en la prensa del Pacífico

desde la fundación de *La Aurora* hasta el año 1827. Una prolija selección de todos ellos, formaría un par de tomos de prosa noble e inspirada en los más puros ideales de la democracia.

El doctor Vera y Pintado fué uno de los propulsores más eficaces y certeros de la cultura chilena hasta el 27 de agosto de 1827 en que falleció. «El sentimiento público, escribía Gutiérrez en 1860, rodeó su féretro; los artículos necrológicos que se publicaron en su obsequio se reimprimieron en grandes telas de seda a costa de sus numerosos amigos, y uno de sus discípulos pronunció un elogio fúnebre en la capilla del instituto.»

CAPÍTULO XVII

JUAN CRUZ VARELA

El estudiante de Córdoba.—Primeras expresiones artísticas de Varela.—*Elvira.*—Asunto de esta obra juvenil.—El poeta en Buenos Aires.—Su ascendiente social.—La revolución mal encaminada.—Las angustias de 1820.—Resurgimiento político.—Gobierno de Martín Rodríguez.—Muerte de Belgrano.—El genio gubernativo de Rivadavia.—Varela y el teatro.—*Dido* y *Argía.*—Análisis de estas dos tragedias clásicas.

La personalidad de Juan Cruz Varela es sin disputa alguna desde el punto de vista de su producción literaria de subidos quilates, la más admirable y respetable de todas entre los poetas argentinos anteriores a Echeverría. Por su vasta e intensa cultura clásica, por su elegancia e inspiración, por la maestría con que supo forjar sus rotundos versos, resulta una de las expresiones artísticas de verdadero relieve, no tan sólo en lo que se refiere a las letras americanas, sino también a las castellanas del siglo XIX.

En las producciones de Juan Cruz Varela, se unen las bellezas de forma y de fondo en tan alta y noble conjunción, que todo el pasado poético argentino de la epopeya de Mayo aparece disminuido ante la crítica pura que no se deja llevar por las sugestiones del

patriotismo o juzga sin tener en cuenta el momento histórico y el medio en que se produjeron las obras.

A Juan Cruz Varela puede analizársele sin echar mano de conceptos relativos. Su obra da de sí con largueza para que el escalpelo tajee sin contemplaciones de ninguna especie. La mayoría de sus precursores vieron en la poesía un medio para llegar al corazón de sus conciudadanos; ellos empujaron en sus cantos, bárbaros o ingenuos, pero tonantes de patriotismo, a las huestes libertadoras; fueron el asta de la bandera de la rebelión; convocaron «a la lid tremenda»; Juan Cruz cantó las victorias, y su musa recogió luego, en cierto modo, los frutos de la paz... Aquéllos exhalaron sus gritos de gloria al pie de los cañones; fueron vastos como un mortero, estrepitosos como una descarga de fusilería, desordenados como un entrevero a lanza; fueron informes como los picachos que atravesaron, y a veces simples como las pampas donde instalaron sus campamentos; abigarrados como el paisaje, que recorrían jadeantes al son del piafar del potro y el tintineo de las espuelas nazarenas que marcaron el ritmo a los salvajes endecasílabos del *Cancionero;* les faltó el calor de hembra que tanto diviniza a la producción artística, pero les sobró el fuego de la patria, que soñaban grande y pujante después de la epopeya...

Juan Cruz, en cambio, parece hablar desde el estrado de un pórtico ateniense, en dísticos sonoros, que salen de la boca del poeta suavemente; su gesto grave y armonioso no hace estremecer la pura línea de la túnica, perfumada de terebinto y azucenas; con

sus estrofas vienen auras de Pindo que no se entremezclan con la racha del pampero; es más literario, desde luego, todo aquello, pero es también menos propio que lo otro. El «cielito» de Maipo huele a «chifle» de soldado; «Elvira» quiere oler a Falerno...

Juan Cruz Varela es un espíritu que se goza admirando a los poetas griegos y latinos. A Anacreonte, a Virgilio, a Horacio y a Ovidio, parece beberles el aliento. Su cultura clásica deriva de los claustros de la Universidad de Córdoba.

Había nacido en Buenos Aires en 1794, y el año 1810 se matriculó en la casa histórica de Trejo y Sanabria, donde se graduó de doctor el 17 de noviembre de 1816.

Sus primeros versos los escribió Juan Cruz en un cuaderno de estudiante. En aquella colección plagada de defectos propios de un talento en sus albores, se singularizan unas anacreónticas a «Delia» y a «Laura» y el poema imitado del «Lutrin», de Boileau, sobre una asonada universitaria que hubo en Córdoba y en la que los alumnos se atrincheraron con mesas y bancos para resistir a la justicia.

Describe Juan Cruz todos los incidentes del motín. Parece que el que primero logró abrir la brecha de los insurgentes, fué un escribano que traía remembranzas de algún personaje cómico de las «novelas ejemplares». El joven estudiante lo describió así:

«Entró una nariz primero,
Luego un ala del sombrero,
Después dos cejas pasaron,
Y de tantos como entraron
Don Diego Olmos fué el postrero.»

Varela, que alternaba la lectura de los maestros griegos y latinos con las de Cienfuegos, Meléndez y Arriaza, hizo también por aquel entonces varias composiciones hábilmente imitadas de las principales de los autores citados, y una traducción de la elegía tercera del libro I de los *Tristes*, de Ovidio.

Pero la primera obra importante que realizó después de su doctorado es el poema *Elvira*, escrito en octavas reales. Antójasenos la autobiografía de los primeros amores del poeta. Consta de una acción interesante y de incidentes dramáticos—«teatrales», íbamos a decir—que sólo se interrumpen de vez en cuando, por culpa de la insistencia machacona de los pareados finales de cada octava. Esta combinación métrica no puede tolerarse en grandes dosis. De ahí que la misma *Araucana*, de Ercilla, se resiste solamente haciendo intervalos en su lectura.

El poema de Varela es un drama romántico fracasado y el tributo que rinde todo autor primerizo a su primera pasión amorosa. Conmueve en ciertos pasajes, si nos trasladamos en alas de la imaginación, a la época de las ingenuidades sentimentales. Ninguno de los dos protagonistas están estudiados psicológicamente. Son dos personajes falsos, pero interesantes. Tampoco brilla por su originalidad el asunto. De vez en cuando las octavas, simplemente descriptivas o hábilmente conductoras de la acción, encierran algunos conceptos que aun trillados ya en otras obras de esta índole, impresionan favorablemente como acontece con la siguiente, por ejemplo:

Tiemble la hermosa, cuando sola, al lado
De su querido el corazón le lata:
Que contra el ruego de un amante amado
Es imposible que el rubor combata:
El primer beso a la modestia hurtado,
El primer nudo del poder desata,
Y arrancada a la flor la primer hoja,
Un hálito del aire la deshoja.

El autor nos cuenta luego que sedujo a Elvira, porque «la ley de amor es ley de unirse». Longo ya se lo ha dicho en sus pastorales: «Para amor no hay ensalmo ni hechizos...» Y más afortunado que Dafnis, porque tiene conciencia de su pasión, consigue encontrarse con su adorada en las calladas horas de una siesta. Hay sin duda alguna temblor de sensualismo en este fragmento:

Alza su frente y fija en mi semblante
Su mirar celestial, todo animado
Con su mirar quedó. No fuera bella
Entonces una diosa al lado de ella.
Entreabierto su labio y encendido
En la nieve del rostro, así lucía
Como el botón de rosa más subido
Entre blanca azucena luciría.
Toda su alma a su boca había salido,
Cual si saliera por buscar la mía,
Y toda su alma que en su labio erraba
Al beso, al primer beso convidaba...

La acción del poema nos presenta luego diversas situaciones encontradas hábilmente por el poeta, para que el interés no se amengüe después de la «caída». Entre estas situaciones tienen un marcado relieve la escena en que un innoble rival del galán afortunado persuade a Elvira de que su amante la ha perdido

ante la opinión pública, divulgando el secreto de su pasión impura. Pero Elvira es más práctica que Melibea, a pesar del soplo romántico que la ha dominado. Se propone olvidar al seductor y lo consigue, mientras el inocente amador no puede sacarse el dardo fatal que le ha penetrado hasta lo hondo. Entonces exclama:

¡Oh días de mi gloria! ¡Oh dulces horas
Las que testigos de mi amor, volaban!
¿Quien os creyera nunca precursoras
De los días de horror que me esperaban!
¿Pero cuando las penas roedoras
Con la quietud del corazón no acaban?
¿Cuál barquilla, que incauta se ha engolfado
En el mar del amor, no ha zozobrado?

La pasión amorosa en este poema deja de ser inspirada por el Cupidillo cursi y platónico que solían evocar los versificadores aquellos de las veladas de Joaquinita Izquierdo. Varela es el primer poeta que canta al amor sin caer en las ridiculeces de los madrigales de Lafinur, por ejemplo.

A pesar de ser la *Elvira* obra casi de un adolescente, su autor le tuvo un cariño entrañable y hasta la antepuso a otras composiciones suyas. En la edición de poesías que imprimió en 1831, figura en sitio preferente, muy corregida en algunos pasajes y excesivamente limada en varias octavas que, según Menéndez y Pelayo, recuerdan las mejores de la *Silvia,* de Arriaza, a quien indudablemente había tomado por modelo.

Desde que se instaló Varela en Buenos Aires, a

su regreso de Córdoba, fué considerado como una futura gloria de las letras argentinas.

Los salones más linajudos de la época gozábanse en contarlo entre sus contertulios predilectos. No era un hombre perturbador como Monteagudo, ni almibarado como Lafinur, ni imponente como Rojas. Su físico no estaba en consonancia con la exquisita finura de su espíritu. Pero, sin embargo, cuando decía versos de amor, la mimosa languidez de su voz aterciopelada impresionaba extraordinariamente a las mujeres. La lira de Varela no había expresado hasta entonces tonos heroicos. Era, pues, una excepción su musa, en un medio donde Marte monopolizaba las inspiraciones de los poetas. El parte de la victoria de Maipú, la llegada del héroe a Buenos Aires «para informar al gobierno de las vastas concepciones cuya realización debía consumar en el Perú», inspiraron a Varela su primer canto guerrero. Aquel año las fiestas mayas alcanzaron un brillo inusitado.

El pueblo porteño se entregó a toda clase de manifestaciones patrióticas; la presencia de San Martín en la plaza de la Victoria, el desfile de las tropas bajo los arcos de triunfo, la iluminación de las calles, la voz entusiasta de los sacerdotes en los templos, la vibración intensa de la emoción colectiva, los versos de Luca y de López arrancaron al joven poeta una de sus más bellas composiciones, que el gobierno imprimió en hoja suelta con este título: «Los oficiales de la secretaría de estado en el departamento de Guerra y Marina, a los valientes defensores de la libertad en las llanuras de Maipo, el 5

de abril de 1818». Más tarde fué incluída en la *Colección de poesías patrióticas* con algunas modificaciones, en las estrofas referentes a Guido y á Pueyrredón, y en *La Lira Argentina*, donde puede consultarse en la página 174.

Pero, después de tanto júbilo, llegaron horas muy crueles para la nación. Aquellos días, como dice Gutiérrez, fueron entristecidos por los amagos de la guerra intestina, que como enfermedad crónica de nuestra revolución mal encaminada, aparecía de cuando en cuando. En esta ocasión vino como una tempestad, preparándose poco a poco y tomando cuerpo hasta estallar con extraordinaria violencia. En el año de 1820, habiendo llegado el desorden social a su grado mayor de intensidad, se devoró a sí mismo como un incendio, dejando a la República sembrada de escombros y cenizas que hasta cierto punto sirvieron para fertilizarla durante el período brillante de la administración de don Martín Rodríguez. Aquella situación no podía ser más lúgubre. Buenos Aires se estremecía humillada al ruido del tropel de jinetes indisciplinados que llegaban hasta sus suburbios. Las facciones duraban unas cuantas horas en el gobierno de que se apoderaban con violencia, y la autoridad no aparecía en ninguna parte, desterrada por la anarquía. En el fondo de este cuadro, y como para caracterizarlo, descubríase entre las crueldades de un fin prematuro al ilustre y virtuoso general Belgrano que bajaba a la tumba lamentando, desconsolado, la situación de la patria, a cuya felicidad había sacrificado la suya. Sólo con motivo de tan doloroso suceso

pudo resonar nuevamente la lira, muda por casi tres años... Los «himnos a Maipo» se convirtieron en «fúnebres elegías.»

Juan Cruz Varela consagró a la memoria del vencedor de Salta una, en cuyas estrofas pinta el momento histórico, diciendo:

Faltas, Belgrano, faltas: y a la tierra
Que difundió tu espada
Todo lo que en tu túmulo se encierra,
¿Quién podrá ya volver? Abandonada
La patria al desconsuelo
La copa apura del furor del cielo.

....

..... Dejadme
Que en lugar de mi canto
Sobre mi triste Patria vierta llanto.
¿Y cómo he de cantar? Desde la orilla
Del argentino río hasta las cumbres
De los montes que a Salta predominan,
¿No veis? ¿no veis que la mortal semilla
De destrucción cundió? ¡Qué pesadumbres!
¡Qué lágrimas! ¡Qué duelo! se amotinan
Funestas las pasiones en un año;
¡Oh, año veinte del siglo! Tú acabaste,
Y contigo tu horror; empero el daño
Que en pos de ti dejaste,
Pesarlo es imposible
Y enmendarlo, tal vez, ¡porque es terrible!

Los hombres como Varela eran los encargados de secundar la fecunda obra gubernativa de Rodríguez y Rivadavia y de encarar virilmente, el problema del espíritu urbano ante las arremetidas gauchas que habían de ensangrentar la patria. Paz y La Madrid frente a Facundo, la Pampa contra las ciudades, el

Chacho y el fraile Aldao; el chiripá contra la levita; la española Córdoba contra la francesa Buenos Aires...

Varela no tuvo que solicitar posiciones y consideraciones; se las brindó ampliamente Rivadavia, llamándolo a la Casa de Gobierno «para honrar con las promesas de su talento un puesto bien recompensado en la administración, comenzando así la serie de servicios que había de prestar al progreso del país con la incansable valentía de su pluma, al abrigo de una posición que le aseguraba la subsistencia.»

Acababan de abrirse las puertas de la ciudad de los Reyes, el 10 de julio de 1821. La obra comenzada en el campamento de Plumerillo había sido terminada por el sable de los granaderos de San Martín. Las aspiraciones del 25 de Mayo de 1810 quedaban consumadas. Llegó a Buenos Aires la noticia de la toma de Lima el 2 de septiembre, y aquel mismo día la publicaba el *Argos*, a raíz de haber sentado Rivadavia el principio de «que ni los talentos, la experiencia, ni el genio mismo, tienen derecho para gobernar a los hombres a su fantasía, sino el sistema representativo bajo las formas más democráticas.»

Don Bernardino Rivadavia llevó a la Sala de Representantes, surgida del pueblo, la fausta noticia y el pliego del proyecto de la ley de olvido que había de tranquilizar y consolar los ánimos, avivar la fe en la libertad civil ahogada en la grita de los partidos apasionados, y a conquistar entre las parcialidades en que el país se encuentra dividido, las capacidades y las influencias que pudieran concurrir a la

reforma general que se disponía a emprender la administración.»

Y esa administración reconoce los servicios prestados a la patria; concluye la guerra con España; en la lucha con el imperio del Brasil llama a Necochea, Lavalle, Alvarado, Paz, Brandzen, Suárez, Pringles y otros bravos paladines que habían hecho flamear la insignia argentina en la homérica campaña de los Andes; funda la libertad de imprenta sobre un concepto más amplio que el de Moreno, puesto que toleró hasta los improperios más soeces de la letra de molde contra el gobierno; creó las leyes de jubilación; fundó el Registro Estadístico; instituyó el Museo, el Departamento Topográfico; protegió la inmigración, abrió los cementerios públicos que hasta entonces estaban en los templos; dictó medidas higiénicas; fundó el establecimiento de vacuna, del cual ya hemos hecho referencia; realizó la reforma eclesiástica, reformó el ejército; abrió las escuelas en la ciudad y en la campaña; la Sociedad de Beneficencia, la Universidad, reglamentando sus estudios y trayendo del Viejo Mundo eminentes profesores; becó a jóvenes inteligentes para que fuesen a Europa, inauguró el Colegio de Ciencias Morales y la Facultad de Medicina; acabó con las prohibiciones aduaneras, bajó los impuestos; reconoció y pagó toda la deuda interior de la Nación, creó las Cajas de Ahorro y el Banco. Predicó la absoluta moralidad, porque, según Vélez, «para Rivadavia el hombre moral era el verdadero instrumento de la riqueza pública, y no el hombre y los instrumentos materiales de

la Naturaleza». Abogó por la inteligencia de sus conciudadanos, porque la nación más culta, más civilizada, más inteligente, «será siempre la nación más rica y poderosa.»

Varela tuvo el alto orgullo de coadyuvar desde la prensa en aquella magna obra de reconstrucción social y política, después de haber cantado desde Córdoba a *La libertad de Lima*. Y por su mesa de periodista o por su bufete de miembro del gobierno pasan sentencias de estadista como las siguientes: «El gobierno quiere constituirse en protector de todas las seguridades y en conservador de todas las garantías». «No hay instituciones que contribuyan tanto a la civilización de un pueblo como las que inducen entre los individuos respeto recíproco en maneras y en expresiones.»

Todo el cuerpo de doctrina social que Rivadavia nos legó fué comentado en los periódicos de Varela con una prodigiosa clarividencia y sin separarse un momento del concepto admirable del gran estadista de aquellos momentos, que quería ser obedecido «más que por la fuerza del mandato, por la del convencimiento obrado por el raciocinio que precedía a sus disposiciones.»

De aquel estadista — que tuvo la ingenuidad de traducir del francés, en Cadiz, durante su expatriación *Los viajes de Azara,* que ya estaban en castellano — son las máximas que a continuación insertamos:

«La publicidad es la mejor garantía de la buena fe de los actos, mayormente de aquellos cuya decisión está sujeta a una arbitrariedad necesaria.»

«No hay medio ni secreto para dar permanencia a todas las relaciones políticas y sociales como el de ilustrar y perfeccionar tanto a los hombres como a las mujeres, a los individuos como a los pueblos.»

«La ilustración pública es la base de todo sistema social bien reglado, y cuando la ignorancia cubre a los habitantes de un país, ni las autoridades pueden con éxito promover su prosperidad, ni ellos mismos proporcionarse las ventajas reales que esparce el imperio de las leyes.»

«Todo premio adjudicado al verdadero mérito, si no es un tributo de vigorosa justicia, es seguramente un resorte de los que más ventajosamente promueven la perfección moral.»

«Es cierto que la opinión pública, especialmente en países inexpertos, se extravía de suyo, es a veces sorprendida y frecuentemente resiste a la acción del poder; pero en todos esos casos, sosteniéndose ésta sobre la masa de los intereses u obrando al frente de la corriente por medio de la instrucción, de la libertad y de la publicidad, el triunfo es tanto más cierto y glorioso, cuanto más se reviste el imperio del bien.»

Los entusiasmos de la Sociedad del Buen Gusto habían desaparecido casi en el vórtice del año 20. Rivadavia quiso dar un nuevo impulso a las corrientes literarias despistadas en dos años por una prensa procaz y por escritores sin cultura de ninguna especie. Varela aportó a *El Centinela* su gallardo talento y las distinciones nativas de su espíritu caballeresco

que sólo descendió de su altura, ante las diatribas deliciosas del padre Castañeda al iniciarse la célebre polémica sobre la reforma religiosa llevada a cabo contra viento y marea. En las columnas de este periódico publicó Varela su oda *A la libertad de imprenta,* que es para Menéndez y Pelayo una de las más brillantes composiciones del poeta que nos ocupa. «Quintana mismo, dice el ilustre autor de las *Ideas estéticas,* a quien Varela va siguiendo paso a paso, y a quien ensalza dignamente al principio de su canto, no hubiera desdeñado algunos versos de esta composición.»

Véase la muestra:

«De Gutenberg nació. Quintana solo
Supo cantar su nombre;
Quintana, el hijo del querer de Apolo;
Quintana, el inventor del nuevo canto
A quien sólo se diera
Que de su lira al pasmador encanto,
Digno de Gutenberg su verso fuera.
. . . . . .
Él inventó la imprenta, y de la muerte
Hizo triunfar con su invención al hombre,
Y ató todos los tiempos al presente.
. . . . . .
Así la ilustración, como la llama
Del sol inapagable,
Que enseñorea inmóvil la natura,
De un día en otro, sin cesar revive,
De un siglo en otro permanente dura.
. . . . . .
Así llegó de la fecunda tierra
Al seno engendrador su mano osada,
Y el metal que se encierra
En las hondas entrañas
De las erguidas ásperas montañas,

Arrebató con sudoroso anhelo
A la caverna obscura
Do plugo sepultarla a la natura.
El campo, alborozado,
Vió transformar el no pulido hierro
En surcador arado,
Y una mies abundosa prometía.
Pero pronto sonó, de guerra impía,
La maldecida trompa;
.....
Y la sangre humeante discurriera
Por entre el surco del arado abierto.»

Varela contribuyó también a los progresos del teatro argentino con sus dos tragedias *Dido y Argía,* que sobrepasaron todos los éxitos anteriores a 1823.

En una noche de julio, de dicho año, leyó Juan Cruz los tres actos de *Dido* en casa de Rivadavia. Precisamente hemos trabajado durante muchos meses en el salón de recepciones de don Bernardino Rivadavia, convertido en 1894 en redacción de *El Tiempo*. ¡Cuántas veces, después de la tarea, solíamos los compañeros de don Carlos Vega Belgrano evocar las tenidas literarias que el gran ministro de Rodríguez organizara allí mismo en 1823! Sin duda alguna, aquellas reuniones de Rivadavia marcaron uno de los mayores progresos intelectuales del país. A la invitación para la lectura de *Dido* concurrieron todos los ministros de Rodríguez, el plenipotenciario del Perú, Blanco Encalada, vicealmirante de Chile, varias damas de la mejor sociedad porteña y distinguidas personalidades de la época. Don Juan María Gutiérrez dice al respecto: «Aquel espectáculo era

nuevo en el país. Un poeta llamando la atención de los gobernantes; ministros de estado que ocupaban las horas de la malilla y del tresillo en escuchar los versos de una tragedia, dieron materia a los chistosos de la escuela satírica de Castañeda; pero cierta porción de la sociedad que comprende en todas las épocas y situaciones lo que es bueno, noble y culto, se sintió dignificada así que supo y conoció las distinciones con que tan elevados personajes habían honrado el talento, ya bastante notorio, del señor Varela. La prensa periódica, no sólo vió en este proceder del gran ministro un acto de justicia, sino uno de los más felices pasos que hasta entonces había dado en el camino abierto por la Revolución, considerándolo como enmienda palpable del desdén mal intencionado con que algunos representantes de las autoridades miraron el adelanto intelectual de los ingeniosos hijos de este suelo». El periódico que redactaban en aquellos dias los miembros de la Sociedad Literaria, impresionado con la novedad de lo ocurrido y con los bellos versos de la tragedia de moda, expresa su entusiasmo del modo siguiente: «La bella literatura que bajo el sistema antiguo fué rechazada en nuestro país, como todo lo que podía despertar el talento, ha sido lo que primero se ha presentado a acreditar la aptitud con que cuenta el país para sus empresas ulteriores. Hemos visto en nuestra patria un cuadro que no puede menos que excitar fuertemente la emulación y el deseo de obtener en cualquier género la admiración y el aprecio que se tributan al mérito.»

Varela, según lo declara, se ciñó en *Dido* a la misma acción de Virgilio en el libro IV de la *Eneida,* que está consagrado al amor de la reina de Cartago hacia el huésped escapado de Troya, para fundar Roma. «Azotada por las tempestades, la armada de Eneas vióse forzada a arribar a las orillas del Africa, en donde acoge liberalmente la reina al famoso caudillo, quien le refiere con elocuencia sin igual el origen de las guerras entre troyanos y griegos, los ardides de Sinón, el desastre de Priamo y sus dolores personales como padre, como esposo y como rey de un pueblo desgraciado. La infeliz Dido concibe una pasión ardiente por el héroe, y luchando entre la naciente inclinación y la fe jurada a su difunto esposo Siqueo, se dispone, aconsejada por su hermana, a buscar su salud y la grandeza de Cartago en su unión con Eneas. Una vez que la comitiva del huésped y la servidumbre de Dido salen de caza, sobreviene una tempestad, y la pareja real encuentra ocasión para hallarse a solas en la obscuridad de una gruta que oculta a los ojos de todos los misterios de una pasión correspondida. Pero Eneas, piadoso por demás y sometido a la fuerza de su misión, impuesta por los dioses, obedece al mandato de Júpiter y huye furtivamente de Cartago, dejando desesperada y entregada en brazos de la muerte a la mujer hospitalaria que le había consagrado el corazón y la vida.»

La tarea de analizar las bellezas de *Dido* nos llevaría a ocupar un espacio enorme por las muchas transcripciones que tendríamos que hacer para ilus-

trar al lector. Aquellos que tengan interés en conocerla íntegra pueden buscar el ejemplar que se puso a la venta en agosto de 1823, que es el más cuidado, ó en las obras completas de Juan Cruz Varela, donde aparece con algunas modificaciones que no nos placen. También don Juan María Gutiérrez transcribe los más bellos fragmentos de esta tragedia en el *Correo del Domingo* de 1864 y en el tomo I de la *Revista del Río de la Plata,* correspondiente á 1871.

Según los diarios de la época, *Dido* era interpretada por Trinidad Guevara de un «modo encantador», especialmente en la notable escena que comienza así:

«Me miró, me incendió, y el labio suyo
Trémulo hablando del infausto fuego
Que devoró su patria, más volcanes
Prendió con sus palabras aquí adentro
Que en el silencio de traidora noche
Allá en su Troya los rencores griegos.
Amor y elevación eran sus ojos;
Elevación y amor era su acento.
Y al mirar y al hablarme, yo bebía,
Sedienta de agradarle, este veneno
En que ya está mi sangre convertida
Y hará mi gloria y mi infortunio eterno.
Testigo ha sido de mi unión el cielo:
En el fuego del rayo que cruzaba
Prendió su antorcha el plácido Himeneo;
Fué nuestro altar un álamo del bosque,
Y la selva frondosa nuestro templo».

El público del Argentino la ovacionaba largo rato después de esta escena en que Dido, próximo a morir, dice a Eneas:

«La ambición es tu Dios: te llama; vuela
Donde ella te arrebata, mientras Dido
Morirá de dolor, sí, ¡pero tiembla!
Tiembla, cuando en el mar el rayo, el viento,
Y los escollos que mi costa cercan,
Y amotinadas las bramantes olas
En venganza de Dido se conmuevan.
Me llamarás entonces; pero entonces
Morirás desoído. Cuando muera
Tu amante desolada, entre los brazos
De tierna hermana expirará siquiera,
Y sus reliquias posarán tranquilas
Y bañadas de llanto en tumba regia;
Pero tú morirás, y tu cadáver,
Al volver de las ondas, será presa
De los marinos monstruos, é insepulto,
Ni en las mansiones de la muerte horrenda
Descansarán tus manes. Parte, ingrato;
No esperes en Italia recompensas
Hallar de tu traición: parte; que Dido
Entonces al menos estará contenta,
Cuando allá á las regiones de las almas
De tu espantable fin llegue la nueva.»

Un año después del estreno de *Dido* Varela escribió *Argía*. En esta nueva tragedia se remonta a los tiempos anteriores a la guerra troyana y al fratricida antagonismo de Eteocles y de Polinicio, ya tratado por Alfieri en la *Antígona*.

Nos parece menos eficaz, desde el punto de vista del teatro, *Argía* que *Dido*.

El diálogo está lleno de largas tiradas; el asunto también resulta poco interesante para quien no sepa encontrar puntos de contacto entre las situaciones que creó Alfieri y el momento político porque atravesaba la República y que inspiró a Varela ésta casi adaptación escénica.

También tradujo, para el teatro, la *Virginia,* del mismo Alfieri, pero ese ejemplar no ha llegado a nuestras manos.

En *Dido* y *Argía* se hallan las mejores muestras de la inspiración de este poeta. Corren los versos como pura linfa. Hay en ellos calor y color, emoción y grandeza. Estamos seguros de que ambas producciones, sobre todo la primera, obtendrían un éxito de teatro, si una gran compañía nos ofreciera con suntuosidad tales evocaciones clásicas.

Varela fué en Buenos Aires hasta el momento de su expatriación, el comentador poético de la época de Rivadavia. En todos los diarios que redactaba o en que colaboraba, su estro entonó odas y cantos *A la creación de la Universidad, Al establecimiento de la Sociedad Filarmónica* y hasta *A los trabajos hidráulicos ordenados por el Gobierno.*

La más hermosa de sus obras líricas es sin duda alguna el *Triunfo de Ituzaingó.*

En el *Repertorio Americano* don Andrés Bello, el inspirado cantor de *La agricultura de la zona tórrida* dice, a propósito de esta composición de Varela, que «entre la multitud de obras que se han publicabo en América, se distingue mucho la presente por la armonía de los versos y por la belleza y la energía de no pocos pasajes.»

Si el poeta hubiera condensado su asunto, el canto a *Ituzaingó* sería perfecto en su género.

Ya hemos dicho que Varela tenía pasión por las traducciones clásicas. De ello da muestra acabada en una hermosa carta que desde el Hervidero escribió,

el 29 de abril de 1836, a don Bernardino Rivadavia que por aquel entonces se hallaba desterrado en la Colonia. Puede leerse tan interesantísima epístola, que contiene además algunas intimidades dolorosas del poeta, en la página 403 del tomo III de la *Revista del Río de la Plata*. Traduciendo la *Eneida* entretuvo Varela sus ocios de desterrado en Montevideo. Publicó algunas versiones de Horacio en *El Patriota*, de dicha ciudad. Pueden consultarse en el número 51 de este periódico, que se halla en el archivo Mitre, dos romances y una endecha; las restantes *(Mecaenas atavis* y *Parcus Deorum cultor et infrequens)* también fueron insertadas en el citado periódico, cuya colección se halla en la biblioteca de Montevideo. Tradujo además varias poesías de Lafontaine y algunos fragmentos del *Cid*, de Corneille, que no han sido incluídos en la edición de 1836.

La vida de Varela en la expatriación fué accidentada y llena de penurias.

De Montevideo tuvo que huir al Brasil en 1838 con motivo de la caída de Rivera y la ascensión del macabro Oribe. Regresó al poco tiempo a la gloriosa tierra de Lavalleja, enfermo y pobre. Se albergaba en casa de su hermano Florencio, que siempre lo consideró como a un padre espiritual. Falleció el 23 de enero de 1839, a las diez de la noche, en brazos de los suyos y pensando en la suerte de su patria ensangrentada por la mazorca. Alberdi comenzó su artículo necrológico de *El Nacional* diciendo: «El poeta de la libertad acaba de morir». Echeverría exclamaba:

«¡Oh Dios, cuánta amargura a su agonía lenta.
Porque no podrá ver su patria libre!»

Y Rivera Indarte:

«Cayó sin vida el que con arpa de oro,
Valor, virtud, belleza celebrando
Ante el Orbe, glorioso fué mostrando
Su patria que hoy derrama sangre y lloro.»

CAPÍTULO XVIII

Florencio Balcarce.— Juicio de Florencio Varela sobre este poeta adolescente.— Una carta de Ventura de la Vega.

Cuatro meses después, fallecía en Buenos Aires un joven poeta a quien los hermanos Juan Cruz y Florencio Varela habían vaticinado «glorioso porvenir». Nos referimos a Florencio Balcarce, autor de unas cuantas composiciones que han bastado para que la posteridad lo juzgue y le admire, más que por lo que dejó, por lo que se llevó a la tumba tan rico y noble espíritu. Como Chassaing y como Adolfo Mitre se extinguió mucho antes de llegar «a la mitad del camino de la vida»... Hijo del vencedor de Suipacha, emparentado y vinculado a las familias patricias de Buenos Aires, llegó a la adolescencia conducido por la dicha. Desde niño demostró inclinaciones a los estudios literarios y al cultivo de la poesía. En 1833 publicó sus primeros versos que merecieron un juicio entusiasta de Florencio Varela en *El Iniciador*. Decía el futuro redactor del *Comercio del Plata*: «Don Florencio Balcarce aparece ahora en la escena literaria para ocupar después un lugar muy distinguido entre los poetas argentinos. Cuenta apenas veinte años y sería una injusticia no recono-

cerlo ya acreedor a aquel título tan difícil de merecer. En las dos únicas composiciones suyas que hemos tenido la fortuna de ver *(La Partida* y *La canción a las hijas del Plata),* se descubren ya todas las dotes del verdadero poeta: corazón muy sensible, imaginación ardiente, inspiraciones elevadas, abundancia y propiedad de imágenes, colores naturales, animados, vivísimos, gala de dicción, pureza de lenguaje y un estilo lleno de lozanía y de soltura capaz de prestarse a todas las entonaciones.»

Florencio Balcarce estaba ya herido de muerte por la tuberculosis. Los suyos, en el deseo de encontrar alivio a sus males, propusiéronle un viaje a Europa. Fué entonces cuando escribió las melancólicas estrofas de *La Partida*, más conmovedoras si se piensa que el poeta tenía el convencimiento de su próximo fin, al decir con lágrimas el adiós a Buenos Aires que era también el adiós a la existencia:

«Tal seca mi vida de muerte el aliento;
Mi paso vacila, se arruga mi faz
Y ya desprenderme del árbol me siento
Y entre hojas, ¡ay! secas al suelo bajar.
. . . . . .
¡Oh patria! si nada tu gloria me debe,
Jamás su destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota del agua que llueve
Perdida en la noche que el polvo bebió.
. . . . . .
Adiós, dulce sombra del techo paterno,
Adiós, compañeros de infancia feliz,
Amigos queridos, mi adiós es eterno...
Adiós, Buenos Aires, mil veces y mil...

Esta composición íntegra, tan popular entre nos-

otros, tiene sin duda alguna muchos defectos de métrica, pero está tan hondamente sentida, que es imposible leerla sin conmoverse.

Balcarce partió para Francia en 1837, donde hizo estudios de filosofía y de literatura. Fueron sus profesores Sainte-Hilaire y Joufroy. Vivió en el Barrio Latino en una época en que aun las cofias de las Mimís eran un símbolo de amor y las cabelleras de los Rodolfos y Marcelos evidenciaban talento... para morirse dulcemente de hambre. Pero «del otro lado del Sena», no se puede vivir sin buenos pulmones en invierno, y al pobre Balcarce se le iban escapando a pedazos. Resolvió volver al suelo nativo. Llegó a Buenos Aires, para morir a los pocos días en el seno de los suyos.

En 1869 don Manuel José Guerrico encargó a don Juan María Gutiérrez que coleccionase todas las composiciones del poeta adolescente, y con especialidad aquellas que había escrito en Granbourg, al lado del general San Martín.

Ese tomito, prolijamente corregido y anotado por el inteligente compilador, es muy escaso.

Entre los versos que compuso Balcarce deben mencionarse con elogio: *El lechero,* preciosa canción popular; *La fantasma, El picaflor, La epístola a Víctor Silva, Florinda, Los asesinos de Esteban Badlam,* joven amigo y condiscípulo del poeta, villanamente victimado por la primera partida precursora de la mazorca, y sobre todo, el más original de todos ellos que se titula *El cigarro.*

El año 1864 escribía desde Madrid el poeta Ven-

tura de la Vega a su compatriota don Mariano Balcarce una interesante carta a proposito de su hermano Florencio. El admirable autor de *El hombre de mundo* decía lo siguiente: «He leído y releído las tres composiciones de Florencio, que son bellísimas las tres, sin que me atreva a decidirme en la preferencia por ninguna, en razón de que son de distinto género.

El lechero es una especie de canción popular en el género de Beranger; está escrita con la gracia, la soltura y el desenfado propios de esa clase de poesía, y tiene la originalidad de las costumbres del país y de los individuos que pinta.

Para mí está llena de encanto, porque estoy viendo en mi imaginación aquellas bandadas de muchachos que venían a la ciudad al amanecer, en sus caballos, con sus botijas de leche, y que después de despacharla se venían para volver al campo y salían por aquel camino de San José de Flores, al galope tendido y haciendo mil diabluras sobre los caballos. ¡Cuántas veces me los he encontrado viniendo yo de allá a Buenos Aires en mi petizo, acompañado de un negro! ¡Recuerdos son estos que me halagan y me entristecen a un tiempo!

Y con este estado de melancolía en que queda mi alma al leer *El lechero,* cuadra bien la composición que sigue, el *Adiós a Buenos Aires.* ¡Cuánta amargura hay en ella! ¡Qué triste presentimiento se deja ver! Y cuánta fuerza y energía en la forma poética.»

Como es muy difícil conseguir el tomito de los versos de Balcarce, según ya lo hemos dicho, vamos

a reproducir íntegras dos de las páginas más características del ingenio de este autor. Una de ellas es *El lechero,* tan elogiada por el ilustre Ventura de la Vega, y la otra es *El cigarro.*

EL LECHERO

I

Por capricho
Soy soltero,
Que el lechero
Gozar debe libertad;
Y no tengo
Más vestido
Que un bonete
Carcomido,
Y un raído chiripá.
Pero el mundo
Todo es mío;
Yo en un río
Sé nadar;
Yo en el campo soy un viento,
Y en el pueblo me presento
Sin deseos
Más constantes,
Que tener buenos marchantes
Que me vengan a comprar.

II

Cuando apenas
Canta el gallo,
Mi caballo
Me levanto a ensillar:
Ningún otro
Va conmigo,
Ni conozco más amigo
Que me sepa acompañar,

Y al oirme
De mañana,
La ventana
Va a entornar
La que se había dormido
Sobre su lecho mullido,
Y con hambre
Se despierta,
Y me busca
Mal cubierta
Para tener qué almorzar

III

Si una bella
Por ventura,
Con dulzura,
En la calle me miró,
De la leche
Ya me olvido,
Y enamorado perdido
De amor sólo entiendo yo.
Mas si alguna
Desdeñosa,
Mostrarme osa
Desamor,
La digo claro que es fea,
Y me crea o no me crea
Yo me marcho
Dando gritos:
Buena leche;
Marchantitos,
Buena leche vendo yo.

IV

En invierno
Y en verano
Siempre gano
Para jugar y comer,

Y si acaso
Pierdo un día,
Espero en Dios y en María
Que otro día me irá bien:
Pues no todo
Sale bueno,
Se oye el trueno
Alguna vez:
Y si hoy mi caballo rueda,
Llegará un día en que pueda
Del alcalde
Y el teniente,
Hacer burla
Frente á frente
Cuando esté firme de pie.

V

Así paso
La semana
Y en mañana
No se me ocurre pensar,
Si es domingo
Voy a misa,
Y no me mudo camisa
Si no la puedo encontrar.
Soy en guerra
Montonero,
Soy lechero
Cuando hay paz.
Sólo necesito y quiero
Tener pronto un parejero,
En que pueda
Bien seguro,
Si se ofrece
Algún apuro,
No correr sino volar.

EL CIGARRO

En la cresta de una loma
Se alza un ombú corpulento
Que alumbra el sol cuando asoma
Y bate, si sopla, el viento.
Bajo sus ramas se esconde
Un rancho de paja y barro
Mansión pacífica, en donde
Fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira,
Y con labios casi yertos,
«¡Feliz, dice, quien respira
El aire de los desiertos!

«Pueda, en fin, aunque en la fuente
Aplaque mi sed sin jarro
Entre mi prole inocente
Fumar en paz un cigarro.

«Que os mire crecer contentos
El ombú de vuestro abuelo,
Tan libres como los vientos
Y sin más Dios que el del cielo.

«Tocar vuestra mano tersa
Del rico el dorado carro,
A quien lo toca, hijos, quema
Cual fuego de mi cigarro,

«No siempre movió en mi frente
El pampero fría cana;
El mirar mío fué ardiente,
Mi tez rugosa, lozana.

«La fama en tierras ajenas
Me aclamó noble y bizarro;
Pero ¿ya que soy? Apenas
La ceniza de un cigarro.

«Por la patria fuí soldado
Y seguí nuestras banderas
Hasta el campo ensangrentado
De las altas cordilleras.

«Aun mi huella está grabada
En la tumba de Pizarro,
Pero ¿qué es la gloria? nada;
Es el humo de un cigarro.

«¿Qué me dejan de sus huellas
La grandeza y los honores?
Por la paz hondas querellas,
Los abrojos por las flores.

«La patria al que ha perecido
Desprecia como un guijarro...
Como yo arrojo y olvido
El pucho de mi cigarro.

«Las horas vivid sencillas
Sin correr tras la tormenta:
No dobléis vuestras rodillas
Sino al Dios que nos alienta.

«No habita la paz más casa
Que el rancho de paja y barro;
Gozadlo, que todo pasa,
Y el hombre como un cigarro.»

El viejo que habla tan patriarcalmente es sin duda alguna el glorioso capitán de los Andes, recluído en Boulogne-sur-Mer.

El compilador de las poesías de Balcarce, presiente en el prólogo, que en día no lejano algún pintor argentino ha de inspirarse en estas cuartetas, sobre todo en las dos primeras, para trazar en el lienzo el delicioso cuadro que evocó el escritor con la pluma.

Este ingenio, malogrado en flor, tradujo también varias obras del francés al castellano, entre las que deben mencionarse, más que por sus méritos, por la intención que las informa, el curso de *Filosofía,* de Laromiguière y el drama del viejo Dumas, *Catalina Howard.*

Balcarce, a pesar de ser poeta tuberculoso, no sintió el fuego del amor. En dos o tres madrigales suyos quiere insinuarse la fiebre sentimental, pero como es falsa y puramente literaria, no pasa de un simple paludismo... Balcarce vivió apasionado de su misma vida, no porque fuese un egoísta, sino porque veía que ella se le marchaba. Y en materia de amores casi siempre se quiere a quien nos deja.

CAPÍTULO XIX

Los místicos.— Oradores sagrados.— Influencia del púlpito en los destinos de la Revolución.— Gorriti, García, Del Corro, Sáenz, Gómez, Molina, etc.— El padre Castañeda.— Sus sátiras terribles. — El educador y el polemista.— Periódicos que redactó.— Su obra.

Antes de pasar al estudio del ciclo romántico que comienza con Echeverría y de analizar a los publicistas argentinos que emigraron del país durante el gobierno de don Juan Manuel de Rozas, vamos a hacer una ligera síntesis de los escritores místicos y oradores sagrados argentinos y de otros que sin ser místicos ni sagrados, a pesar de vestir hábitos religiosos, merecen ocupar nuestra atención en este trabajo.

Ya hemos estudiado a fray Cayetano Rodríguez y al deán Funes, pero nos falta esbozar las personalidades de Juan Ignacio Gorriti, Pantaleón García, Miguel Calixto del Corro Sáenz, José Valentín Gómez, José Agustín Molina y sobre todo la más original y regocijante de todas: la del padre Castañeda, ese 0,50 de Rabelais de nuestra literatura satírica y... pantagruélica.

Los más preclaros representantes de la Iglesia argentina se vincularon a la Revolución de Mayo.

El púlpito ha tenido extraordinarios prestigios siempre, especialmente en los pueblos de origen latino. Entre nosotros el poder de la Iglesia no fué amenguado en las luchas de la Independencia. El mismo Mariano Moreno — que era un creyente fervoroso y un cristiano convencido, — no solamente eliminó de la traducción que hizo del *Contrato Social* el capítulo y los principales pasajes dedicados a la Iglesia, sino que también al publicar en la *Gaceta* su famoso artículo sobre la «Libertad de escribir», hacía notar categóricamente que esa libertad se detenía ante la religión. Don Norberto Piñero, en el citado prólogo a las obras de Mariano Moreno, observa que en esto procedía lógicamente el secretario de la Primera Junta, aun cuando revelase la intensidad y la intransigencia de sus convicciones religiosas, «llevadas hasta el desconocimiento de un derecho». Sin embargo, la negación de la libertad de escribir sobre asuntos opuestos a la religión, agrega, «aunque grave desde el punto de vista doctrinario, en la práctica no podía ser transcendental ni producir consecuencia alguna. En efecto, el pueblo argentino era entonces casi unánimemente católico; las dudas, las disidencias en materias de fe, de dogmas o respecto a problemas filosóficos fundamentales, no existían o no se manifestaban; todos los habitantes del país se hallaban preocupados y absorbidos por la magna empresa social y política; las disensiones religiosas eran inconcebibles, y nadie experimentaba la necesidad, ni tenía la idea siquiera, de ejercer el derecho de escribir sobre cuestiones de esta índole.»

Ya hemos visto que en los claustros de San Francisco fray Cayetano Rodríguez advertía presagios de libertad y por eso quería «formar hombres». Pero este sacerdote no constituía una excepción. Don Andrés Lamas, al hablarnos en uno de sus interesantísimos artículos de la introducción en la América española de una moneda cuyo lema era «Libertad Americana», copia los documentos de aquel entonces, subscriptos por el virrey Arredondo, respecto a las disposiciones tomadas para que las aduanas y resguardos secuestrasen tal medalla acuñada en Inglaterra.

Sin embargo, los frailes franciscanos y mercedarios hicieron circular desde 1789 las monedas que tantísimo alarmaron al gobierno español. Y así vemos que en la noche del 19 de junio de ese mismo año el gobernador de Montevideo, acompañado del asesor, del escribano, del ayudante de plaza y tropa, entró en la habitación de don Luis Ramón Vidal, clérigo-presbítero de esa diócesis, y «después de interrogarle acerca de sus relaciones y correspondencias con el ex jesuíta don Cosme Antonio de la Cueva, mandó proceder y se procedió al registro y examen detenido de todo cuanto existía en la dicha habitación, sin encontrarse nada de lo que se buscaba». Muy avisado anduvo el clérigo, dice don José Raimundo Guerra, «porque según después fué sabido, cuando ya no podía perjudicarle, había tenido la precaución de reservar en lugar seguro la correspondencia del jesuíta y «las medallas de la libertad americana» y no dieron con esas cosas, que tanto podían comprometerlo.»

¿Cuál era el origen de esa medalla?, se pregunta Lamas. Cree que procedía de los autores de los planes que tuvieron en permanente zozobra a la corte de España y en los que andaba mezclado el jesuíta Arizmendi, que había pertenecido a la provincia del Paraguay, y como promotor de movimientos subversivos en el virreinato de Buenos Aires.

Los jesuítas, que habrían sido la fuerza más formidable en contra de la Independencia, a no mediar la Pragmática terrible de Carlos III, se convirtieron en colaboradores eficaces del movimiento revolucionario. Con un entusiasmo imponente predicaron la rebelión en los templos y en los campamentos. Y en más de una ocasión, el Cristo de sus rosarios no excluyó la espada redentora del soldado.

Entre esos clérigos propagandistas de la emancipación americana tenemos a Juan Ignacio Gorriti, nacido en Jujúy, pero educado desde su infancia en Córdoba. Después del 25 de Mayo lo vemos en Buenos Aires votando como representante de Jujúy a favor de la incorporación de los diputados provinciales a la Junta provisional gubernativa. En 1813 le nombran canónigo de la Catedral de Salta, y desde entonces su rara elocuencia enardece el espíritu popular y complementa la obra de Güemes. Sigue luego las penurias del ejército del Perú, para volver años después a ser el ídolo de los salteños, que lo eligen diputado al Congreso Nacional de 1824.

En el recinto de aquella asamblea, la personalidad de Gorriti marca uno de los más altos momentos de la oratoria parlamentaria argentina. Fué partidario de

la Constitución unitaria y sintetizó su juicio a este respecto con las siguientes palabras que finalizan uno de sus magníficos discursos: «Ese código reune todas las ventajas del sistema federal con las del de unidad, evitando los inconvenientes de ambos». En 1829 lo elige gobernador el pueblo de Salta, puesto que desempeñó hasta el año 1831, en que se marcha a Bolivia, donde falleció. El doctor Gorriti es autor de un libro titulado *Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones interiores de los nuevos estados americanos* y de una memoria a propósito del *Congreso de 1825*. El primero de estos trabajos se editó en Chile; el segundo permanece inédito, así como también la colección de sus sermones y arengas patrióticas.

El más grande de los oradores sagrados anteriores y posteriores a la Revolución es, sin duda alguna, el franciscano Pantaleón García. Los seis tomos de sus sermones, impresos en Madrid, constituyen un verdadero monumento de la literatura religiosa argentina. Ninguno de sus contemporáneos en el púlpito logró forjar una prosa tan artística, tan rítmica y sobre todo tan llena de conceptos puestos al servicio de la moral. El talento de fray Pantaleón García es un derivativo de la España tradicional y heroica fusionada al alma americana; su elocuencia parece llegar en ciertos momentos a la de Bossuet. Hasta que surgió en el púlpito la dulce figura de fray Mamerto Esquiú, no resonó bajo las cúpulas de nuestros templos una palabra más poderosa y fecundadora de ideales que la suya. Su prosa noble, amplia y rotun-

da, no fué superada en majestad y hermosura por ninguno de sus contemporáneos y hermanos en la fe de Jesús. Entre los sermones de fray Pantaleón García merece citarse la oración fúnebre que pronunció con motivo del fallecimiento de fray Cayetano Rodríguez.

Otro sacerdote ilustre, de aquellos tiempos, fué don Antonio Sáenz, que honró los claustros de San Carlos, como alumno primeramente, y luego como profesor substituto del doctor Matías Camacho en la cátedra de Teología.

Sáenz nació en Buenos Aires el 6 de junio de 1780. Permaneció en esta ciudad hasta el año 1801, que partió para Chuquisaca, donde se graduó en cánones y obtuvo la borla de doctor. Después de matricularse entre los abogados de la Real Audiencia de aquella ciudad y de defender brillantemente a varios litigantes que encomendaron sus pleitos al jurisconsulto novel, validos de los grandes prestigios con que había abandonado los claustros de la Universidad, resolvió regresar a Buenos Aires. Inmediatamente de reintegrarse al seno de los suyos, ocupó la citada suplencia en San Carlos y los cargos de secretario capitular y notario de la Iglesia. Desempeñaba el puesto de defensor general de la Catedral y del Cabildo Eclesiástico, cuando en la madrugada de 1808 fué derribada la puerta de su casa por una patrulla de soldados. Don Juan María Gutiérrez, al referir este vandálico acto, que no se había repetido desde la confinación de Maziel, dice que «el promotor fiscal en lo eclesiástico, apoyado en aquellos soldados,

tenía orden de apoderarse de la persona del doctor Sáenz. El delito de que se le hacía reo era haber redactado una presentación al rey quejándose de algunos malos procederes del obispo, y se le acusaba de haber cohechado y engañado a varios sacerdotes que firmaban el recurso al trono. Fué una causa sumamente ruidosa en aquel tiempo, hasta el punto de intervenir en ella el virrey y el Cabildo de una manera pública». Entonces escribió el doctor Sáenz una de sus más brillantes páginas. Nos referimos al «Recurso a la Audiencia, pidiendo declaración de fuerza de los procedimientos de la curia al formar y dirigir el proceso que se le seguía». Es un documento admirable y que merece ser consultado por los que se interesen por los procedimientos judiciales de aquella época, del estado del clero y sobre todo del estado social anterior a la Revolución de Mayo. Don Vicente G. Quesada, que ha enriquecido nuestra literatura con tantas reconstrucciones históricas y evocaciones de la época colonial, hace grandes elogios de este trabajo. El doctor Sáenz asistió al Cabildo Abierto de 1810 y allí dijo con vehemencia al emitir su voto: «Que el pueblo reasuma su originaria autoridad y derechos.»

Desde ese instante se consideró al doctor Sáenz como a uno de los porteños más influyentes en el desenvolvimiento de los sucesos de la emancipación americana. En 1815 lo designó la Junta de observación para que redactase el Estatuto.

Rivadavia, nada menos, le nombró su asesor áulico en la fundación de la Universidad de Buenos

Aires. A su peregrino talento se debe el primer plan de estudios universitarios instituídos por el gobierno de Rodríguez. Fué profesor de «Derecho Natural y de Gentes», y fruto de sus desvelos en la cátedra es un magnífico libro sobre esta asignatura. El doctor Sáenz colaboró mucho en la *Abeja*. Sus artículos revelan un estilista elegante y un espíritu amplio que no escolla en su marcha hacia la verdad, ni aun con sus hábitos sacerdotales. Este distinguido escritor falleció relativamente joven, pues apenas había cumplido 44 años, cuando bajó a la tumba el 23 de julio de 1825.

También merece un recuerdo don Miguel Calixto del Corro, nacido en Tucumán el 14 de octubre de 1775. Del Corro fué uno de los más activos propagandistas de la democracia argentina. Tenía temperamento de revolucionario y ya en 1809 imprimió e hizo circular anónimamente un panfleto terrible a favor de la Independencia americana. Fácil es suponer con cuánto entusiasmo detonante celebraría el primer aniversario de la Revolución. Entonces pronunció en la Catedral de Córdoba un discurso lleno de unción patriótica y de vehemencias de rebelde, que su autor imprimió y dedicó el año 1813 a la Asamblea. Del carácter de la oratoria de del Corro dan idea los siguientes párrafos: «Es ya un dogma político que la autoridad de los reyes emana originariamente de la voluntad de los pueblos. Sea cual fuere el origen de las sociedades, lo cierto es que a ninguno, a excepción de los reyes de Israel, ha conferido Dios inmediatamente la autoridad y el derecho

de reinar. Cuando San Pablo, escribiendo a los romanos, asegura que toda potestad viene de Dios: *non est potestas nisi a Deo,* no quiso decir con esto que era Dios el que inmediatamente la concedía; éste sería un absurdo que contrasta enormemente con el origen e historia de todos los reinos e imperios. Aunque las obligaciones que resultan del pacto de las promesas y convenciones, se fundan en aquella ley eterna que manda a todos ser fieles a ella, ¿habremos de decir por eso que la acción o derecho que de ellas hace venga inmediatamente de Dios? A la verdad, si buscamos el origen primordial de todas las obligaciones, hallamos no ser otro que Dios y su justicia. Pero distingamos los derechos y por ellos conoceremos más bien el origen inmediato de toda autoridad.»

Los sermones del doctor del Corro fueron impresos el año 1849 en Filadelfia. Ocupan tres volúmenes. Por cierto que esta selección la hizo su sobrina doña Patricia Bustamante, pues el doctor Calixto del Corro se quedó ciego al regreso de la misión que en 1816 le fué confiada ante Artigas, para que afianzase la paz interior y especialmente para que las provincias de Santa Fe, la Oriental y el Paraguay enviasen sus diputados al Congreso de la Nación. Por esta misma causa no figura su firma al pie de la declaración de la Independencia, el 9 de julio de aquel año.

Uno de los más fecundos escritores argentinos, en prosa y en verso, fué el obispo de Camaco, don José Agustín Molina, también tucumano de naci-

miento. Espanta la enormidad de composiciones poéticas que produjo desde 1795 hasta 1838. Demás está decir que la cantidad no corresponde a la calidad. Pertenece el venerable obispo a los publicistas de facilidad «acuosa», según la gráfica expresión que usa Menéndez y Pelayo al hablar de ciertas expresiones artísticas de Echeverría. Se tenían pocas noticias biográficas y bibliográficas de tan interesante grafómano, hasta que el doctor Garro publicó un largo estudio en la *Revista de Derecho, Historia y Letras,* y hasta que su director, don Estanislao S. Zeballos, insertó en varios números todas las poesías del obispo de Camaco, conservadas por doña Rosa Justiniana Uriarte, parienta del ilustre prelado.

Don José Agustín Molina y Villafañe nació en 1773; a los doce años se matriculó en Córdoba, en la casa de estudios de Duarte y Quirós, y luego en la de Trejo y Sanabria, donde se hizo gran amigo de su condiscípulo Valentín Gómez, célebre más tarde por su actuación diplomática, y la de fray Cayetano Rodríguez. Tuvo la honra de ordenar de sacerdote a fray Mamerto Esquiú, a quien precedió en las prácticas de la humildad.

El obispo de Camaco abordó como poeta todos los metros y todos los estilos, sin despuntar en ninguno. Cantó a *Saavedra,* a *Los caudillos de Mayo,* a las victorias del ejército libertador; hizo madrigales, odas, poemas; no dejó pasar un solo acontecimiento sin endilgarle su correspondiente composición llena de prosaísmos, de versos cojos y de ripios. Lo mejor de toda su obra son sus *Canciones piadosas*

y sus cartas a fray Cayetano. En prosa discurría bien; era elegante, conceptuoso y hasta entretenido. Todo lo contrario que en verso.

La *Jornada de Maipo,* que es de lo menos malo que produjo su lira destemplada, no resistiría al más ligero análisis. Algunas estrofas de ese canto darán noticia al lector de la manera poética del obispo de Camaco. Dicen así:

Las armas de mi Patria, alegre canto,
Sus combates, sus triunfos, sus victorias,
Sus esfuerzos, su celo ardiente y santo,
Por romper las cadenas vejatorias,
Que le han ajado y oprimido tanto.
¡Oh! ¡quién para cantar sus bellas glorias,
Todo el estro tuviera, que el Parnaso,
En Virgilio encendió, sopló en el Tasso!

Corría felizmente el año octavo,
En que el Sud en América aspiraba
De la afrenta salir de humilde esclavo,
Un congreso en su seno se elevaba,
La gente de armas a su faz miraba:
Chile por uno de ellos libertado,
Se erige en nuevo, independiente Estado.

Un miserable resto de vencidos,
Escapados por suerte en su derrota
De Chacabuco, existen guarecidos
En un punto que el mar de un lado azota,
Y muros cercan de otro endurecidos
Incierto su temor mil veces flota,
Cuando se ven en su última trinchera,
Por la gente forzados más guerrera.

Manda socorro Lima... su tirano
Aquel que aborrecido internamente,
Sin virtud, sin talento, inhumano,
Imbécil, nulo, débil, impotente.
Esclavizar de nuevo piensa ufano,
Todo un inmenso, heroico continente:
¡Pensamiento insensato! Vil Pezuela,
¿Quién detendrá a la América, que vuela?

Este prelado fué un gran patriota. Sus cálidos entusiasmos por la causa de la Independencia, lo salvan del olvido, y por sobre el fárrago de sus composiciones en verso emergerá siempre su serena figura entre la de los próceres del Congreso de 1816, reunido en la ciudad donde naciera y donde entregó su alma a Dios el 1.º de octubre de 1838.

En cambio, el padre Castañeda nos inspira un interés tan grande y una admiración tan risueña, que nos consideramos completamente imposibilitados para verter un juicio sereno respecto a su obra desordenada y multiforme, «llena de espontaneidad mordaz y de incorregible brío de panfletista», según dice Groussac incidentalmente, al hablarnos del «padre Granizo» en los capítulos que prolongan el catálogo de la Biblioteca de Buenos Aires.

Castañeda esgrimió el arma terrible de sus diatribas en momentos propicios para la sátira. Buenos Aires atravesaba un período de transición; los ideales de Mayo se desvanecían y se desacreditaban en las luchas de un partidismo sin brújula ni timón, que había de traernos silenciosamente la tragedia de la dictadura después del luminoso gobierno de Rodríguez. Precisamente en ese segundo momento evolutivo posterior al año veinte se manifiesta la contraposición entre la realidad y los espíritus anhelantes de progresos; entre las nuevas ideas, que al decir de Revilla, se anuncian como fórmulas de un porvenir mejor «y los antiguos y ya desacreditados principios que determinan los hechos.»

Tales intereses espirituales y materiales, creados,

trajeron por consecuencia en una forma feroz la «sátira» a nuestros periódicos y panfletos, que defendían o atacaban la reforma religiosa llevada a cabo por Rivadavia. Si examinamos todo el papel impreso de aquellos días, vemos que las plumas de uno y otro bando se pusieron al servicio de la pasión y del interés y tergiversaron el gran concepto del gobierno, a impulsos de la perniciosa y antipática sátira personal. Tiene razón la retórica cuando afirma que el ridículo es el arma más temible que el hombre puede usar, pues lo que resiste a la censura seria, a la objeción fundada, a la indignación y a la cólera, difícilmente resiste a sus ataques». La sátira de *El Americano*, *El Centinela, El Torito Colorado* o *Doña María Retazos,* que empezó a ponerse al servicio de un propósito fundamental y moralizador desde el punto de vista de cada uno de los sectarios, trocóse en seguida en arma de la pasión subalterna. En tales circunstancias, si ese propósito moralizador de la sátira brilló por su ausencia, en cambio sus efectos fueron feroces, aun cuando al final de cuentas no aparecieran por ninguna parte la verdad y la belleza. Ni el mismo Juan Cruz Varela, contrincante del padre Castañeda y poeta áulico del gobierno, pudo decir como el inmortal Cervantes:

«Nunca voló la humilde pluma mía
Por la región satírica, bajeza
Que a infames premios y desgracias guía.»

Si la belleza de la sátira no es, ni puede ser otra que la hermosura moral del poeta que satiriza, ano-

tamos con tristeza que el gran cantor de *Ituzaingó* se contradijo espiritualmente a sí mismo, al hacer sólo alarde de ingenio mordaz y punzante sin ninguna finalidad ética ni estética, en contra de la reforma.

De todo aquel vórtice de locura satírica dan cuenta cabal y exacta los periódicos sostenidos por el gobierno y los editados por la oposición. Pero ni las páginas de Varela, de Cavia o de Lafinur, ni las de fray Cayetano Rodríguez, de Grela o de Henríquez, pueden competir en agresividad y gracia con las del Padre Castañeda, trasunto criollo del Tersistes helénico de *La Ilíada*. Sus acometividades llevan un soplo de insolencia sin precedentes en América. El director de *Doña María Retazos* podía haber dicho, parodiando a Quintiliano, *Satira tota nostra est.*

Castañeda es una mezcla de hombre sublime y ridículo, de cuerdo perfecto y de loco, que está pidiendo a grito pelado un chaleco de fuerza. A veces le acompañan la sensatez y el buen sentido; pero de repente tórnase incoherente; entonces su pluma parece la de un enajenado que está dando motivos para que le apliquen una ducha. A este fraile, que defiende su causa con armas luciferinas, hay que admirarle o despreciarle. No caben términos medios. O todo cielo o todo infierno. Hoy, un temperamento literario como el suyo, se explayaría maravillosamente en un manicomio a donde lo confinarían los psiquiatras modernos.

En presencia de los escritos del Padre Castañeda nos sería imposible señalar dónde está el hombre de genio y dónde el loco. En cualquiera de los dos

aspectos nos resulta delicioso y hasta admirable. La iniciación intelectual de Castañeda es la de un cerebro extraordinariamente normal, un tanto dado a la metafísica que digerió mal en los claustros de San Francisco. Hijo de padre español y de madre criolla, vió la luz en Buenos Aires en 1776. Sus orígenes son bastante turbios, aunque no tanto como los de Monteagudo. Ya en 1798 vestía el hábito franciscano y dos años después se ordenaba de sacerdote en Córdoba, obteniendo en seguida, la cátedra de Filosofía en el Colegio de Montserrat. Por aquel entonces escribió un trabajo originalísimo con el título de *El alma de los brutos,* en cuyas páginas ya despunta su genio satírico. Sus primeros cariños poéticos se los ofrendó a la *Vida del obispo Azamor,* de quien ya tienen noticia los lectores de estos capítulos. Se trasladó poco tiempo después a su ciudad natal, donde acrecentó su renombre de orador sagrado grandilocuente. Fué designado por sus cofrades para pronunciar los sermones de la Reconquista y de la Defensa, después de las invasiones inglesas. Son dos piezas oratorias notables en el género y que conmovieron intensamente a Liniers y a los hombres de significación que tomaron parte en aquellos gloriosos hechos guerreros.

Ambos sermones los mandó editar el gobierno en la Imprenta de Niños Expósitos, a raíz de haberlos pronunciado Castañeda en San Francisco y en las Capuchinas.

Los años posteriores al Cabildo de 1810 los pasó en la Recolección o Recoleta. Allí fundó una escue-

la de dibujo, exteriorizando un concepto a propósito de este aprendizaje, que hoy subscribiría cualquiera de los apasionados y firmemente convencidos de que tal arte debe ser la base de todo plan de instrucción pública. En su nota al Cabildo, de fecha 30 de mayo de 1815, decía Castañeda: «El dibujo es el padre de todas las artes y debe hacerse común, no sólo en esta ciudad y suburbios, sino también en nuestra campaña. Todo nuestro cuidado debe ser la generación venidera, pues ella es la segunda y principal esperanza de la patria: los jóvenes han concebido en su dócil e inocente corazón la noble llama del patriotismo, y como águilas generosas le han bebido al sol de la libertad las luces, rayo a rayo: no hay en ellos intriga, no hay ambición, no hay codicia, no hay pasión alguna enemiga de la patria: ellos son, pues, los patriotas verdaderos que con tanta ansia buscamos, y éstos son los que nos han de salvar si con tiempo procuramos instruirlos en toda buena enseñanza». Y en su discurso inaugural de la «Academia» decía: «El arte privativo de los niños, cuya constitución pintoresca, cuya imaginación viva, cuyo genio imitador, no se emplea más que en remedar cuanto ve, cuanto oye, cuanto admira, es éste del dibujo.»

Hasta aquí, el talento de Castañeda se nos muestra normal, tranquilo, inspirado en el bien colectivo, en sus amores hacia la niñez, en sus entusiasmos por la patria y en otros nobles ideales. Pero su vida azarosa de panfletista y de combatiente incansable se avecina. Ya asoma su nueva modalidad en *El*

Despertador Teofilantrópico, para acentuarse definitivamente en las polémicas que inicia en *El Americano* don Pedro Feliciano Cavia, con motivo de la reforma religiosa. Este periodista, juntamente con Lafinur y Varela, abogaba por la supresión de los conventos y de las comunidades en un tono tan exaltado, que naufragaba en sus propias pasiones. Castañeda empezó a publicar entonces las *Amonestaciones,* llenas de acento sincero y de dialéctica. «Los frailes, decía, somos los únicos que tenemos grandes palacios; pero eso es porque lo que hemos segado en tres siglos no ha sido para engordar a la Península, sino para consolar y decorar a Sud América, y ese no es un motivo para que se nos insulte en nuestra desgracia, disponiendo tan magistralmente de nuestros sudores como de tierras realengas, y poniéndolos en la almoneda de su periódico, como si hubiéramos muerto *ab intestato*, o como si Dios no fuera ya poderoso para suscitar de las piedras hijos de Abrahán y herederos de nuestra porción y bendiciones». Ya en esta primera *Amonestación* se insinúa el descarrilamiento mental del Padre Castañeda, en el anuncio de la próxima aparición de *El Monitor Macarrónico, Místico, Político*, ó «citador y payaso de todos los periódicos que fueron, son y serán, o el Ramón Yegua, Juan Rana, Tirteafuera y Gerundio Solfeador de cuanto sicofante se presentare en las tablas de la revolución americana, para que Dios nos libre de tantos pseudósofos, de tantos duendes, fantasmas, vampiros y de otras inocentes criaturas que no tienen más manos para ofendernos que las que nosotros les damos.»

A raíz de este complicado cuanto prometedor anuncio, la polémica en prosa y verso se salió de quicio. Lafinur le dice, por ejemplo, a Castañeda:

«Desde la Recoleta do no cabes
Hasta la Residencia do te esperan.»

para tildarlo de loco, pues la Residencia era el Manicomio.

Entonces el mordaz fraile se encalabrina y le contesta jugando con el vocablo:

«Lafinur...a del siglo diecinueve
Es lafinur...a del mejor «quibebe»,

o lo que tanto monta, que Lafinur era un gallina, pues el «quibebe» equivale en Córdoba a puchero de enfermo.

Y como si esto no fuera bastante, agrega:

«Siendo tú del Pegaso primo hermano
Eres tan mancarrón y apotrancado,
Que nadie de las musas te ha ensillado
Y les comes de balde paja y grano.»

Aqui ya la polémica llega a la diatriba más escandalosa por ambas partes, con la agravante para Castañeda de que él sólo tiene que luchar contra los principales escritores vinculados a la reforma liberal de Rivadavia. A esta altura baja a la liza Juan Cruz Varela. El punzante fraile dice simplemente que no se dignará contestarle a un soneto — por cierto muy endeble — «porque yo peino canas y usted es un mocoso.»

El doctor Adolfo Saldías, autor de un buen estudio sobre el Padre Castañeda, anota que en los instantes más virulentos de la polémica se desató en el orden político la anarquía furiosa «entre las facciones que se conceptuaban igualmente acreedoras al gobierno al través de una opinión en esqueleto». Aprovechó entonces las circunstancias el Padre Castañeda para publicar su *Despertador Teofilantrópico, Místico, Patriótico* y *El Suplemento;* y como si esto fuera poco, *El Paralipomenon,* anunciando, a guisa de estrambote, *El Desengañador* «gauchi-político, choti-protector y puti-republicador de todos los hombres de bien que viven y mueren descuidados en el siglo diecinueve de nuestra era cristiana.»

Llegó a redactar Castañeda, según Zinny, hasta seis periódicos a la vez.

Entonces sus contrarios escribían:

—«¿Quién es el Padre Castañeda?

—Un padre que todo lo enreda.

—¿Por qué en todo se mete?

—Porque es un gran Copete.»

Una de las publicaciones más interesantes y reideras que dirigió «el gran Copete» fué *Doña María Retazos,* que tenía el siguiente subtítulo: «De varios autores trasladados literalmente para instrucción y desengaño de los filósofos incrédulos que al descuido y con cuidado nos han enfederado en el año XX del siglo XIX de nuestra era cristiana.»

Cuál no sería la agresividad de la diatriba del Padre Castañeda, que un gobernante ecuánime y reposado como Rodríguez se vió precisado a cerrarle uno

de sus periódicos. Emigró a Montevideo, y al regresar a Buenos Aires en 1822 reeditó *Doña María Retazos*, *El Desengañador* y *La Ilustrísima Matrona comentadora* y el *Paralipomenon* y *El Suplemento*.

Atacó en todas estas publicaciones, de una manera formidable, a Rivadavia. En aquella época escribió Juan Cruz Varela una sátira contra Castañeda, que fué celebradísima. Entre otras cosas, decía las siguientes:

«Un fraile de los que lloran
Cada lagrimón más grueso
Que el cordón con que se ciñe
Por sobre la jerga el cuerpo,
Sentado la otra mañana
A la puerta de un convento
Que antaño fué de los frailes
Y que ogaño es de los muertos,
Lanzaba sus tristes quejas
Al «antifrailuno» viento,
Y su dolor derramaba
En estos informes metros.
.....
Aquí llegaba el fraile
Cuando del cementerio
Una voz hueca y ronca
Pronunció estos acentos.
.....
Entonces azorado
El fraile de mi cuento
Salió echando demonios
Y no era para menos,
De un lugar en que hablaban
Hasta los mismos huesos.

Es de imaginarse lo que contestaría Castañeda ¡Su réplica resultó comentadísima!...

La inquieta naturaleza de este batallador de la pluma le lleva sucesivamente a Montevideo y a San-

ta Fe; alterna sus obligaciones de sacerdote con sus odiosidades políticas; pasa de la sacristía al vivac con una facilidad de taumaturgo; y por todas partes va dejando la estela luminosa de su genio y de su locura.

Cansado, por fin, de tales andanzas, sin molinos de viento contra quienes luchar, apaga la hoguera de sus entusiasmos; una suave melancolía le invade y huye de las zonas pobladas llevando bajo su capucha franciscana un poco de delirio de persecuciones. Ansía la soledad; los hombres le dan miedo; busca paz y olvido en un amable retiro donde el reposo intenso ponga sordina a su temperamento. Y el derrumbamiento espiritual no tarda en avecinarse. Parece entonces como que las acometividades de otra hora cayeran en una catalepsia; algo así como si las clavijas incompletas que mantuvieron tensos sus nervios, se hubieran aflojado de pronto para no ponerse a tono nunca más.

En 1832 atraviesa a pie la provincia de Entre Ríos. La salsa picante de sus carcajadas de histérico se ha trocado en lágrimas; una náusea instintiva por las cosas de la tierra le hace mirar al cielo; clava sus pupilas en la inmensidad del azul y quisiera que sus sandalias criasen alas para volar a la altura. Le acompaña un indiecillo, con quien reza á dúo oraciones que le salen de los redaños del alma, mientras sus carnes se torturan con el ceñidor penitencial.

Una tarde, al enfrentar la tranquera de una quinta, se le abalanza de súbito un mastín enfurecido. No puede desasirse de él; luchan a brazo partido. El perrazo abre las enormes fauces y clava sus dientes

en la garganta del franciscano, que cae bañado en sangre. Conducido a «las casas», le prodigan sus moradores solícitos cuidados, que resultan estériles. Al anochecer cesó su horrible agonía.

La noticia de la muerte trágica del Padre Castañeda produjo en Buenos Aires hondo desconsuelo, aun entre sus más encarnizados enemigos. En *El Crucero*, del 31 de marzo de 1832, De Angelis escribió una sentida nota necrológica. Cuatro meses después (el 28 de julio) llegaron los restos del popular franciscano a su ciudad natal. El acto del sepelio dió lugar a una imponente manifestación fúnebre. Antes de que entrase el féretro en el convento de San Francisco pronunció un discurso el general Lucio Mansilla, padre del militar y escritor del mismo nombre.

Las obras de Castañeda están en la colección de sus numerosos periódicos. A excepción de los sermones citados, del *Panegírico de la Revolución,* del *Discurso inaugural de la Academia de Dibujo* y *Buenos Aires cautiva,* todos los trabajos de este ingenio pertenecen al género satírico de circunstancias. Fué un versificador incorrecto, pero graciosísimo y muy original. Careció de buen gusto, por culpa de la misma fuerza impulsiva y agresiva con que tuvo que contestar a sus enemigos. Quedan, sin embargo, una docena de composiciones suyas que resultan aun hoy mismo modelo de intención epigramática y de ironía punzante. El padre Castañeda, digámoslo con franqueza, es la figura más característica de la literatura argentina anterior al romanticismo.

CAPÍTULO XX

Colección de memorias y autobiografías de algunos próceres de la Revolución.— Gervasio Antonio de Posadas.— Cornelio de Saavedra.— Pedro José Agrelo.— Sus escritos más notables.— El sucesor de Moreno en la *Gaceta*.— Manuel Moreno.— El libro a propósito de su hermano.— El compilador de *La Lira Argentina*.— Ramón Díaz.

Terminaremos el examen de los publicistas pertenecientes al tercer ciclo de nuestro trabajo reuniendo un núcleo que sin ser «literario» en toda la extensión de la palabra contribuyó a su modo, desde el periodismo, la tribuna o el libro, a la cultura del país. Todos ellos escribieron memorias o autobiografías, aquí ó en el extranjero. Muy sucintamente daremos noticias de esos trabajos, que pertenecen en su mayoría al género histórico. A pesar del respeto que merecen los autores a quienes vamos a referirnos, por los grandes servicios que prestaron al país en determinados momentos, esas memorias y autobiografías deben ser acogidas con ciertas reservas, porque muchas de sus páginas exteriorizan pasiones y agravios, hijos de las luchas partidistas. Sin embargo, en toda esa bibliografía que pudiéramos llamar íntima, tendrán que ir a buscar el concepto político y social neto del pasado argentino nuestros futuros historiadores.

Algunos trabajos son también autodefensas de actitudes mal comprendidas por los contemporáneos o agresivamente vilipendiadas en la brega intestina que ya dejó insinuada Mariano Moreno al partir para Londres. Tales son, por ejemplo, las *Memorias* de don Gervasio Antonio de Posadas y de don Cornelio Saavedra y la *Autobiografía* del doctor Pedro José Agrelo.

Las *Memorias* del ex director supremo Gervasio A. de Posadas permanecían inéditas hasta que las exhumó el director del Museo Histórico, doctor Adolfo P. Carranza, quien al publicarlas declara con franqueza «que ellas, sin carecer de novedad, adolecen del defecto que les ha comunicado el autor: de ser un escrito de polémica y enconado, más que la explicación de su conducta y la presentación de los sucesos en que figurara.»

Efectivamente, las *Memorias* de Posadas son el fruto de un espíritu conturbado por la amargura y por el despecho. El destino adverso de los próceres de la primera hora debía habérsele presentado como un lenitivo a los intensos resquemores que le proporcionaron sus contemporáneos y esperar como Rodríguez Peña, como Vieytes, como Moreno — la primera víctima — y aun como el mismo Alvear, el fallo sereno de la Historia.

Las *Memorias* de Posadas se dejan leer con avidez, como todo lo que lleva el sello de la pasión. Están escritas con cierta galanura, especialmente cuando su autor se va a lo anecdótico. El capítulo de las siluetas de los hombres de la Asamblea es

muy interesante y quizá donde Posadas vierte sus juicios más serenos.

Menos amargura refleja la *Memoria* del presidente de la Primera Junta y jefe del regimiento de Patricios, brigadier don Cornelio de Saavedra. También «se dejan leer» con muchísimo interés sus páginas, que se cobijan todas ellas en este acápite de Funes:

«Cuando el inocente baja al sepulcro, no puede ya rechazar los ataques de la impostura. Es, pues, preciso confesar que es un deber de toda alma honesta y sensible estar alerta ante él, para impedir que la calumnia entre a turbar el reposo de sus cenizas.»

Don Cornelio Saavedra escribe con soltura y elegancia. Se ve que ha meditado tranquilamente algunos fragmentos; de ahí que resulte mayor el contraste de ciertas expresiones envueltas en una acrimonía que desdice de quien fué el espíritu más atemperado de la Primera Junta.

El doctor Pedro José Agrelo sucedió a Mariano Moreno en la *Gaceta*. Allí dejó traslucir su temperamento ardiente y viril. Los contemporáneos tildáronle de cruel y sanguinario, por la energía feroz que desplegara en los momentos solemnes de la conspiración de Álzaga. Fué presidente de la Asamblea de 1813 y autor del proyecto de Constitución y del decreto que creaba la moneda con el cuño nacional. Por sus ideas exaltadas, Pueyrredón tuvo que expulsarle del país. Se dirigió a los Estados Unidos, estableciéndose en Baltimore, donde editó su célebre *Carta Apologética* en contra del director supremo.

Desde que desempeñaba sus funciones de subde-

legado en Tupiza hasta su llegada a Buenos Aires a mediados de diciembre de 1810, su vida es relativamente tranquila; pero desde el proceso de Álzaga hasta su fuga definitiva a Montevideo una sombra negra parece perseguirle. Así, por ejemplo, a su vuelta de Norte América se ve obligado a escaparse de a bordo en la rada, tirándose a un bote. La pequeña embarcación naufraga en medio de una tempestad horrorosa, pero el doctor Agrelo se defiende denodadamente de las olas y a nado logra llegar a la orilla de Palermo. Desde allí se va a pie hasta la Recolección (Recoleta), donde le proporciona asilo el padre Castañeda. En Entre Ríos, un loco le acomete y le da, «porque sí», cuarenta y ocho puñaladas. De resultas de esas heridas le quedó la mano derecha casi imposibilitada. En 1829 un hombre quería matar a su padre; Agrelo se interpone y el parricida le asesta dos formidables hachazos en la cabeza; pocos meses después, apenas convaleciente de sus heridas, un jovencito le hace fuego con una pistola en el claustro de San Ignacio. Y como si todo esto no fuera bastante, una noche se cayó de la azotea de su casa. No se mató, pero quedó cojo de la pierna izquierda.

En Buenos Aires y en el Paraná sobresalió como periodista brillantísimo, como catedrático y jurisconsulto. Redactó la primera Constitución de 1822.

A pesar de ser «federal», la dictadura le quitó sus empleos y aun le encarceló «por no merecer la confianza del gobierno», según dice Carranza en la edición de la *Autobiografía* del doctor Agrelo, reciente-

mente impresa por el Museo Histórico. Refugiado en Montevideo, sobrellevó la pobreza del expatriado con una altivez exagerada. Hubo días que no tuvo que comer. Gracias a algunas traducciones de piezas dramáticas que vendía al consueta de San Felipe, pudo vivir los meses del invierno de 1844. Murió en la última miseria el 23 de julio de 1846, en la misma ciudad que había dado asilo a tantos emigrados argentinos perseguidos por la mazorca.

El manuscrito de las memorias completas del doctor Agrelo debe hallarse en la Biblioteca Nacional de Montevideo. En el archivo de don Andrés Lamas figuran varios trabajos inéditos de este esclarecido patriota, y nos parece que habría llegado la hora de darlos a luz. El fragmento incluído por el doctor Carranza en el tomo II de las *Memorias y Autobiografías,* editado por el Museo Histórico Nacional, tiene páginas admirables y hondamente sentidas.

Pero el más ameno, el más escritor de todos ellos, en una palabra, fué el general don Tomás Guido, que nació en Buenos Aires el 1.º de septiembre de 1788 y falleció en la misma ciudad el 14 de septiembre de 1866, después de haber acentuado gallardamente su figura en las batallas de la Independencia americana y de haber ofrecido lo más selecto de su espíritu a la patria.

El general Guido tuvo el alto honor de ser designado por Mariano Moreno para que le acompañase como secretario en la misión a Londres. Desde ese momento la figura de este prócer va acentuándose progresivamente, hasta culminar en las gloriosas cam-

pañas de Chile y del Perú, al lado de San Martín. Todos sus escritos ponen de manifiesto las anchuras de su espíritu. Ha dejado páginas bellísimas a propósito de los últimos momentos de San Martín en el Perú y de la campaña de los Andes. La *Reseña de los sucesos de Mayo* resulta una pieza histórica llena de color y de emoción. Es imposible leerla sin sentir un intenso regocijo patriótico. Como orador también llegó a sobresalir el general Guido. Es muy conocido, por figurar en todas las antologías escolares, el célebre discurso que pronunció al pasar por Montevideo los restos mortales del glorioso vencedor de Ituzaingó.

Sabemos que el compañero de don Tomás Guido en aquella misión a Londres, interrumpida por la repentina muerte de Mariano Moreno, fué el doctor Manuel Moreno, hermano del prócer y uno de los hombres más representativos que haya tenido acreditado nuestro país en el exterior.

«Muerto el jefe de la legación en sus brazos — dice el doctor Carranza — y en los de su colega Guido, estos jóvenes, salidos de una relativa aldea, llegaron a Londres, sin relaciones, sin poseer el idioma inglés y como parias, pues hallábanse en un momento en que no querían ser españoles y no eran todavía argentinos.

Guido se volvió a Buenos Aires casi inmediatamente de pisar el suelo británico. Su sitio no estaba a buen seguro en el bufete de una cancillería, sino en los campos de batalla. El doctor Moreno, en cambio, creyó ser más útil a la patria permaneciendo en

Londres a la espera del substituto de su insubstituíble hermano, con quien habrían de llevar a cabo las gestiones diplomáticas que la Junta les había encomendado.

Debió ser conmovedora la despedida de aquellos dos hombres. Moreno, sólo y desconocido en la inmensa ciudad inglesa, tuvo sin embargo la suficiente serenidad de espíritu para escribir y publicar la *Vida y memorias del doctor don Mariano Moreno*. La primera edición de este interesantísimo libro apareció en Londres el año 1812; breves meses después, la revista *Morthley Magazine* lo tradujo al inglés para vincularlo al volumen 33 en la sección destinada a personajes ilustres de renombre universal. Muchos años después, el mismo doctor Manuel Moreno, hallándose en Londres de nuevo, corrigió pacientemente su trabajo y lo puso por prólogo al primer tomo de la *Colección de arengas en el foro y escritos del doctor Mariano Moreno*, que se dió a la publicidad en 1836.

Nos gusta más el primitivo trabajo escrito espontáneamente el año 1811 en los días lúgubres que siguieron a la muerte de su hermano. La pluma corre en estas páginas más fácilmente que en las de la segunda edición, donde se ve al hombre que tiene preocupaciones y presunciones literarias. De cualquier manera, en la primera o segunda edición de este trabajo tenemos bien evocada la figura del secretario de la Junta. Con una minuciosidad encantadora, con cierta ingenuidad fraternal, Manuel nos cuenta minuto por minuto la vida de Mariano en

Buenos Aires, primeramente, en Chuquisaca luego, más tarde otra vez en la ciudad natal, en la que brilla por su genio y por sus virtudes, y, por último, en alta mar, donde fallece. «Estos dos libros, escribe Gutiérrez, harán eterna entre nosotros la hermandad de la sangre como del ingenio, vinculada en las personas de don Mariano y don Manuel Moreno.»

Su primera permanencia en Londres no se singulariza más que por ese homenaje de amor y admiración fraternales. Volvió a Buenos Aires, e inmediatamente lo nombró Rodríguez su secretario, en la gobernación de Montevideo. Por sus opiniones ardientes en la cuestión de las invasiones portuguesas en el Estado Oriental, que exterioriza destempladamente y por su enemistad con Pueyrredón, el gobierno lo destierra. Se marcha entonces a los Estados Unidos, donde sigue la carrera de médico en la Universidad de Maryland. El *Argos* del 11 de septiembre de 1821, al anunciar el regreso del doctor Moreno a su patria, dice que en los Estados Unidos «ha estudiado la facultad médica», y que en los últimos meses «estaba al servicio del enviado de Colombia cerca del gobierno norteamericano, y que viene con una comisión muy importante.»

Al propio tiempo que la ciencia médica, el doctor Moreno estudió también los sistemas del gobierno republicano. Fué un federalista vehementísimo, y desde su llegada a Buenos Aires el año 1821 luchó con la pluma y con la palabra para que el país adoptase el régimen federal en su Constitución. Elegido diputado a la Junta de Representantes, le vemos figurar

hasta 1826 en todas las Legislaturas. No quiso aceptar el cargo de ministro plenipotenciario ante el gobierno de Wáshington, que le ofreciera Rivadavia, porque anhelaba asentarse definitivamente en su país. Ministro de Dorrego, da nuevos prestigios a su personalidad, un tanto antipática a mucha gente de valimiento, por las intemperancias de su carácter atrabiliario, que le valieron enemigos irreconciliables. Acepta entonces el cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Inglaterra, pero apenas llegado a Londres, el motín militar se enseñorea de Buenos Aires y Lavalle lo suspende en sus funciones diplomáticas cerca de Su Majestad Británica.

Parece que lo más importante de la tal misión en Londres fueron las discusiones que sostuvo sobre los títulos argentinos a la posesión de las Malvinas. Dice don Juan María Gutiérrez que el doctor Moreno «publicó sobre esta interesante materia una memoria con un mapa, que si en nada ha mejorado nuestro sufrido desaire de 1833, ha servido para dar muestras de que el diplomático porteño podía habérselas en erudición sobre descubrimientos marítimos en el continente meridional de América con los lores más expertos del almirantazgo.»

El doctor Moreno desempeñó además durante varios años el puesto de director de la Biblioteca Pública; fué uno de los fundadores de la *Abeja Argentina* y contribuyó al brillo de varias polémicas periodísticas con su pluma acerada y culta, hasta en los momentos de mayor exaltación partidista. En ese

sentido es un modelo el opúsculo que publicó en Londres contestando a las calumnias de *El Pampero.*

El doctor Moreno tenía pasión de bibliófilo; de ahí que al fallecer dejara la más importante librería que hasta después de Caseros hubo entre nosotros.

En la cátedra fué un eficaz propagandista de la ciencia y en la tribuna parlamentaria un recio exponente de la cultura argentina.

Don Manuel Moreno falleció a los 77 años en Buenos Aires, el 28 de diciembre de 1857.

Cerraremos los apuntes que corresponden a este ciclo dedicando un recuerdo al doctor Ramón Díaz, compilador y editor de la *Lira Argentina.*

Gracias a este distinguido ingenio, desaparecido en flor, pues apenas había cumplido veinticuatro años cuando falleció, han podido llegar hasta nosotros las composiciones en verso, hijas del numen de los poetas de la Revolución y de los que tuvieron la dicha de cantar la epopeya emancipadora.

El doctor Díaz, que fué además varias veces diputado y procurador general de la provincia, murió desempeñando el cargo de defensor de pobres.

La *Lira Argentina,* impresa en París en 1824, no lleva el nombre del compilador.

CAPÍTULO XXI

EL ROMANTICISMO

Dictadura de Rozas.—Los emigrados.—El pensamiento argentino en Santiago de Chile y Montevideo.—Echeverría.— *La Cautiva.*— *El Matadero.*— Argentinismo de estas dos producciones.— Los *Consuelos.*— Otros poemas de Echeverría.—La «Asociación de Mayo».—Su «Dogma Socialista.»

La dictadura de don Juan Manuel de Rozas obligó a una pléyade de argentinos a emigrar del suelo nativo a Chile, al Perú, a Bolivia, y principalmente a Montevideo, que en cierto momento brindó refugio, no tan sólo a políticos y soldados proscriptos por la tiranía, sino también a los hombres de pensamiento que con sus gacetas, sus versos y sus libros trataron de levantar de su marasmo a la otrora Atenas del Plata, condenada a vivir durante largos años bajo el terror.

Mitre, Sarmiento, López, Gutiérrez, Echeverría, los Varela, Rivera Indarte, Mármol y tantos otros nos han legado páginas extraordinarias que reflejan inmortalmente aquel lúgubre pasado.

Algunos de ellos no alcanzaron la dicha de ver a la patria libre. Otros, como Sarmiento y Mitre, vi-

vieron para gloria de las instituciones y del pensamiento argentinos hasta completar la visión magnífica de los hombres de 1810. Y si el autor de *Facundo* pudo, después de Caseros, cumplir con sus deberes de «boletinero» del ejército de Urquiza,—en la misma mesa del tirano y con la misma pluma que había firmado tantos decretos de proscripción y de muerte, — Mitre, a quien podemos llamar el padre de la República Argentina, logró sellar para siempre la unión de los pueblos bajo la égida de Buenos Aires.

Entre los ingenios de la época de la dictadura surge, con caracteres más singulares que ninguno, en lo que a la poesía se refiere, don José Esteban Antonino Echeverría, que nació en Buenos Aires el 2 de septiembre de 1805.

Carlos Casavalle editó en 1870 las obras completas de este poeta y sociólogo eminente, en cinco tomos, comentados por don Juan María Gutiérrez, quien además reunió en el volumen último varios juicios laudatorios que mereciera de sus contemporáneos el «dulce ruiseñor de los consuelos.»

Vamos, pues, a estudiar la personalidad de Echeverría a través de esos cinco tomos y sobre la base de la minuciosa biografía que don Juan María le dedica con un entusiasmo que si a veces se nos antoja exagerado, siempre nos resulta respetable, más que por la autoridad crítica, por el calor de sinceridad que extenúan todas sus páginas. No seguiremos siempre, muy a nuestro pesar, en sus entusiasmos a Juan María Gutiérrez, sobre todo cuando se trate de analizar ciertas composiciones que hoy han

perdido el prestigio que enardeció o cautivó a las generaciones anteriores a nosotros.

Sin embargo, todo lo actual y contingente de la época de Echeverría aparece en su obra entera con sello de inmortalidad. Eliminando lo efectista y pasajero de algunas composiciones suyas, que hoy sólo tienen interés bibliográfico, lo demás que produjo su rica inteligencia constituye uno de los «monumentos» de la literatura argentina.

Con este gran poeta, como dice el soberano estro de Rafael Obligado:

«Llegó por fin el memorable día
En que la patria despertó a los sones
De mágica armonía;
En que todos sus himnos se juntaron
Y súbito estallaron
En la lira inmortal de Echeverría.
Como surgiendo de silente abismo,
El mundo americano
Alborozado se escuchó á sí mismo:
El Plata oyó su trueno,
La Pampa sus rumores,
Y el vergel tucumano,
Prestando oído a su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores.
Desde la hierba humilde
Hasta el ombú de copa gigantesca;
Desde el ave rastrera, que no alcanza
De los cielos la altura,
Hasta el chajá que allí se balancea
Y a cada nube obscura
A grito herido sus alertas lanza;
Todo tiene un acento
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento,
Que no traiga a sus versos el aliento
De la tierra argentina.»

Esteban Echeverría pasó los años de su primera juventud en el barrio «del Alto». Huérfano de padre desde muy niño, «tomó los caminos un tanto anchos que las señoras viudas abren comúnmente a sus hijos predilectos». El mismo Echeverría escribió en 1835 una amarga carta en la que dice, entre otras cosas: «Hasta la edad de diez y ocho años fué mi vida casi toda externa: absorbiéronla sensaciones, amoríos, devaneos, pasiones de la sangre y alguna vez la reflexión, pero triste como lámpara entre sepulcros.

«Entonces como caballo desbocado pasaba yo sobre las horas, ignorando dónde iba, quién era, cómo vivía. Devorábame la saciedad y yo devoraba el tiempo. Desde los diez y ocho hasta los veintiséis años hiciéronse gigantes mis afectos y pasiones, y su impetuosidad, salvando límites, se estrelló y pulverizó contra lo imposible. Sed insaciable de ciencia, ambición, gloria, colosales visiones de porvenir... todo he sentido. Mi orgullo ha roto y hollado todos los ídolos que se gozó en fabricar mi vanidad. Cuando llamaba a mi puerta la fortuna, yo le decía: «Vete; nada quiero contigo; yo me basto a mí mismo». Hacíase ella a menudo encontradiza; y con el dedo me señalaba un blanco, una senda distinta de la que yo llevaba: airado le daba las espaldas y seguía adelante. Entonces el tiempo me devoraba, cada minuto era un siglo y cada minuto me echaba estas palabras en el rostro: «¿Qué has hecho, qué has aprendido?» La inefable visión de mi fantasía era la gloria, y dábame la ambición brazos de gigante. ¿Sabía yo entonces quién era, cómo vivía y a dón-

de iba?»—(ECHEVERRÍA. *Obras completas.* Tomo V, página 441.)

Echeverría estudió en el «Colegio de Ciencias Morales», bajo la dirección de don Mariano Guerra y don Juan Manuel Fernández, hasta el año 1823, en que se separó de las aulas para dedicarse al comercio. Se colocó de dependiente de aduana en la casa de don Sebastián Lezica, donde permaneció hasta 1825, en que resuelve marcharse a Europa a continuar sus estudios. «Toma el camino del Viejo Mundo, creyendo hallar allí los elementos de saber de que carece en su patria, y una fuente abundante y pura en que saciar la sed de ciencia que lo devora». Se embarca entonces en el bergantín francés *Joven Matilde*, que se vió obligado a recalar maltrecho por los temporales, en el puerto de Bahía. Tuvo que transbordar en aquel puerto brasileño a la fragata francesa *Aquiles,* que iba para el Havre. Durante la travesía se hizo amigo de dos hombres notables por su ciencia, los doctores suizos Longchamp y Reugger, autores del *Ensayo histórico sobre la revolución del Paraguay y el gobierno dictatorial del doctor Francia.*

El futuro poeta de *La Cautiva* llegó al Havre a fines de 1826 y se trasladó inmediatamente a París, donde inició los estudios de historia, ciencias políticas y filosofía.

El romanticismo que había conmovido al mundo literario europeo y que iba a tener una influencia tan poderosa en la América española, estaba entonces en todo su apogeo. Ya sabemos que en Alema-

nia fué el romanticismo una tentativa que pretendió detener el movimiento de expansión impreso a la poesía y al pensamiento alemanes por Wieland y Lessing, y realizado luego por las grandes obras de Goethe y de Schiller. Y mientras en la tierra de Werther resultaba casi una rehabilitación del arte de la Edad Media, en Francia se presentaba como opositor al clasicismo. A Echeverría le tocó estar en París cuando los románticos celebraban sus más sonados triunfos, con defensores como Sainte Beuve, Janin y Nodier. Las influencias del medio ambiente sacudieron el espíritu de Echeverría y se dedicó apasionadamente a la literatura. Leyó mucho; y en un desorden lamentable, del que luego dan cuenta varias obras suyas, pasó de los clásicos españoles a los románticos franceses y del satanismo de Byron a las maravillas teocráticas de Chateaubriand, para apasionarse por último, con Goethe y Schiller. Su alma, que empezó siendo filtro de todo aquel cobarde cansancio del mundo, de la adoración del «yo», la exageración de la energía propia y de la sensualidad egoísta de los poetas y prosistas románticos, acabó por convertirse en crisol donde supo fundir aquel bello desorden de ideas y de ideales, para sacar el valioso metal propio de su manera poética. A un temperamento como el de Echeverría le venía de perlas el romanticismo, que es católico ferviente, incrédulo ó blasfemo, terrible y endemoniado. Creyó firmemente en la «misión social» del poeta, «esa misión» que tan sangrienta ironía arranca a la pluma de Groussac cuando nos habla de Mármol; creyó

sinceramente, sin duda alguna, en la inspiración de los poetas, en la existencia de los bardos excepcionales y extravagantes hasta en el vestido. ¡Oh, chaleco rojo de Teófilo Gauthier! Y pensó también que un poeta debía ser «una planta maldita con fruto de bendición». Pero esto pasó en Echeverría como pasa el sarampión literario de todas las iniciaciones. Hemos dicho que hizo de su alma un crisol, y agreguemos que en él purificó todo lo exótico y subalterno.

Fruto de aquellos primeros vuelos poéticos fueron algunas composiciones que escribió en París con el título de *Ilusiones,* y que más tarde corrigió para incluirlas en los *Consuelos.*

Entonces comenzó Echeverría a frecuentar ciertos cenáculos literarios de la juventud americana residente en la capital de Francia, y hasta logró que lo presentasen en varias tertulias de los poetas de nota en París.

Esa fué quizá la temporada más dichosa que pasó Echeverría en su vida, pues a los primeros triunfos literarios se unía el excelente estado de su salud, que al embarcarse para Europa era deplorable. El autor de los *Consuelos* padecía fuertes ataques cardíacos. Él mismo nos lo dice: «Allí se ceba el dolor; en el corazón está asida la congoja que echa una fúnebre mortaja sobre el universo; allí el fastidio, la saciedad, la hiel de la amargura que envenena todo cuanto toca; allí las insaciables y turbulentas pasiones; allí, en fin, el punto céntrico sobre que gravitan todos mis afectos, ideas y sensaciones. Todo cuanto pienso, siento, sufro, nace y muere en mi

corazón. Mi corazón está enfermo, y él solo absorbe casi toda la vitalidad de mis órganos. Va para doce años que se manifestó por violentas palpitaciones. Embarquéme, y a poco de estar en Francia desapareció.»

La nostalgia y la falta de recursos pecuniarios obligáronle a regresar a Buenos Aires. Hizo una visita a Londres, antes de embarcarse para América; y en mayo de 1830 llegó a su patria. «¡Cuántas esperanzas traía! dice. ¡Todas estériles! La patria ya no existía.»

Echeverría interesó a los hombres más respetables del Río de la Plata desde que volvió a instalarse en Buenos Aires.

El prestigio de su permanencia en París y las noticias de sus éxitos literarios, difundidas por Fonseca y Portela, que acababan también de llegar de Europa, después de haber completado sus estudios, abrieron al joven poeta los principales salones. Según don Juan María Gutiérrez, Echeverría «era delgado de cuerpo, alto de estatura, de rostro pálido, de cabello recto, ensortijado y renegrido; tenía regulares las facciones de su fisonomía y elevada frente. En sus modales y en toda su persona se traslucía la sencillez de su carácter. Pero bajo la apariencia de una modestia de buen tono podía advertirse fácilmente la satisfacción de su propia suficiencia.»

Las primeras composiciones poéticas de Echeverría fueron insertas en la *Gaceta Mercantil* con los títulos *Regreso* y *Celebridad de Mayo,* pero sin firma. Por aquellos días también se publicaba *El Lu-*

cero, bajo la dirección de don Pedro de Angelis, uno de los extranjeros más talentosos que haya albergado nuestro país. Llegó a estas playas en la época de Rivadavia, procedente de Nápoles. Según sus contemporáneos, era de Angelis extraordinariamente feo, pero de modales de hombre de corte. Tenía una mujer adorable, por su peregrina belleza. Había sido preceptor de los hijos de Murat y de Carolina Bonaparte cuando ocuparon el trono de las dos Sicilias, y hasta llegó a ser, por su vastísima ilustración, enviado diplomático de dichos soberanos ante la corte de Rusia, nada menos. Aquí se abrió camino rápidamente merced a su indiscutible saber. Fundó el Ateneo, donde se educaron muchísimos jóvenes porteños. Este «hombre de corte» tenía que resultar cortesano cuantas veces el destino se lo demandara. Sirvió, pues, a Rozas con una asiduidad lacayuna. Su pluma ágil y elegantísima estuvo asalariada durante la dictadura. Además de *El Lucero,* redactó de Angelis el *Archivo Americano,* en inglés, francés y castellano, y lo hizo circular profusamente por Europa. Wilde dice «que a pesar de esta consagración a los intereses de Rozas, era benévolo, y que prestó recursos y protección a muchos hijos del país desvalidos y perseguidos por el tirano.»

Merece aquí que recordemos con mucho respeto literario la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata,* que dió a la estampa en 1836. En otro capítulo hablaremos de este publicista, que no tuvo más falla que la de alquilar su

hermoso talento a la dictadura. Ahora lo hemos traído a colación, porque de Angelis fué el primer escritor que hizo entre nosotros referencias a Echeverría, en letras de molde. En *El Lucero* del 15 de julio de 1830 dice su director que ha leído con verdadero placer en la *Gaceta Mercantil* la poesía titulada *Regreso,* digna de la aprobación pública. Celebramos, añade, «que un joven argentino se distinga por esta clase de trabajos. Algunas líneas encierran ideas cuya brillantez fascina la imaginación: la rima es, con pocas excepciones, perfecta; y muy feliz la elección de los conceptos.»

Echeverría después de estas dos publicaciones se llama a silencio, «porque el retroceso degradante en que se halla le produce una melancolía profunda». Hasta el 24 de mayo de 1831 no se encuentra en los periódicos de Buenos Aires el estro poético de Echeverría. El aniversario patrio lo saca de su abatimiento y le inspira la *Profecía del Plata* que inserta en el número 7 del *Diario de la Tarde.* Casi un año después publica, anónimamente también, *Elvira o la novia del Plata.* Buenos Aires no estaba para poemas en verso. Faltaba en la ciudad el contrapeso de las ideas, y cuando ese contrapeso falta, «las ciudades son como los desiertos, dice Ganivet: un día en silencio mortal y otro agitado por los más violentos huracanes». Después de los triunfos de Quiroga el pueblo de Buenos Aires asiste indignado al degradante espectáculo de las famosas renuncias de Rozas, luego al amordazamiento de la prensa, más tarde a la supresión de todas las libertades. El silen-

cio letal cae sobre la ciudad de Mariano Moreno y Rivadavia. La mazorca pasa... El huracán de Caseros tardará veinte años en llegar...

Claro está que en aquellos momentos de incertidumbre, cuando comenzaba a insinuarse la angustia en el pueblo, un poema, por más admirable que fuera, tenía que caer en el vacío. Los hombres de pensamiento habían empezado a emigrar; los unos estaban ya en Chile, los otros en Montevideo; los más liando los petates para ponerse bajo seguro. Gutiérrez refiere con cuánta ansia esperaba Echeverría el juicio de los críticos y las manifestaciones de sus contemporáneos; y que cuando cayeron en sus manos los artículos de *El Lucero* y del *British Packet*, donde se le insultaba o se le protegía con felices augurios, el autor de *Elvira* escribió una sátira mordaz, en endecasílabos sueltos, con el título de *El conflicto de unos gaceteros con motivo de la aparición de un poemita, o la asamblea de los sabios, farsa satírico-cómica, por un lego.*

La *Elvira* no es ciertamente una obra de primer orden. Vagan por ella todos los defectos del romanticismo francés y alemán, y es lo menos americano que escribió Echeverría. Tiene, desde luego, trozos hermosos, que es lástima se hallen entremezclados a largas tiradas, donde sólo exterioriza el poeta su lúgubre pesimismo. Entre los fragmentos mejores del poema *Elvira* merece recordarse aquel que Gutiérrez llama la «Canción de la Ofelia americana», y que dice así:

«Creció acaso arbusto tierno
A orillas de un manso río,
Y su ramaje sombrío
Muy ufano se extendió;
Mas en el sañudo invierno
Subió el río cual torrente
Y en su tímida corriente
El tierno arbusto llevó.
Reflejando nieve y grana,
Nació garrida y pomposa
En el desierto una rosa,
Gala del prado y amor;
Mas lanzó con furia insana
Su soplo inflamado el viento,
Y se llevó en un momento
Su vana pompa y frescor.
Así dura todo bien...
Así los dulces amores,
Como las lozanas flores,
Se marchitan en su albor;
Y en el incierto vaivén
De la fortuna inconstante,
Nace y muere en un instante
La esperanza del amor.»

Observa muy bien Menéndez y Pelayo que esta canción trae a la memoria la célebre del Sauce, que el mismo Echeverría tradujo después libremente.

Amargado por la falta de éxito se refugió Echeverría en Mercedes, donde pasó casi un año dedicado por entero a la poesía. De esa época son su delicada composición *La Diamela* y el poema *Lara*. Volvió a Buenos Aires con el libro de versos los *Consuelos,* listo para entregarlo a las cajas. Su autor exterioriza el concepto estético de su primera colección en esta forma: «La poesía entre nosotros aun no ha llegado a adquirir el influjo y prepotencia mo-

ral que tuvo en la antigüedad y que hoy goza entre las cultas naciones europeas: preciso es, si se quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio, original, y que, reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos, como la fecunda tierra que la produzca.»

Los *Consuelos* no son más que un reflejo de sus dolores, engendrados por la situación dolorosa que atraviesa la patria. Contribuye a impregnar de tristeza estas estrofas la pertinaz dolencia del poeta; esa dolencia que le había dado una pequeña tregua en París, y que ahora le anunciaba de nuevo su cercana muerte. «A los tres meses de mi vuelta — dice Echeverría, hablando de su enfermedad — empecé a sufrir dolores vagos en la región precordial; meses después el mal se declaró: dolores insoportables y palpitaciones irregulares y violentas desgarraban mi corazón. El más leve ruido, la menor emoción, hacían latir fuertemente mi pecho y todas mis arterias. Mi cerebro hervía y susurraba como un torrente impetuoso. ¿Eran los nervios o la sangre la causa de este tumulto? Los médicos han hecho jigote de mi cuerpo y verificado en él este aforismo de Hipócrates: *Quæ*

medicamentum non sanat, ferrum sanat; quæ ferrum non sanat, ignis sanat; quæ ignis non sanat, insanabile est. Medicinas, hierro, fuego, han probado en mí, y estoy extenuado, sin salud, sin esperanza. Si no he sucumbido, es sin duda porque hay un robusto y poderoso germen de vida en mi organización que maravillosamente la sostiene, y el cual siento que se agota día a día».—(ECHEVERRÍA. *Obras completas.* Tomo V, pág. 446.)

El éxito de los *Consuelos* fué ruidoso. No solamente interesó a los hombres de letras de América, y especialmente al número de expatriados en Montevideo, sino que llenó de dicha romántica a las mujeres. Cuando el bardo logra que los corazones femeninos vibren de entusiasmo con sus versos, es porque ha hecho obra popular y perdurable. La melancolía y la infinita tristeza de los *Consuelos*, la felicidad del autor tronchada y la sinceridad emotiva de todos los cantos, conmovieron poderosamente a las almas sensibles. Don Florencio Varela dice a propósito de este libro, en una carta particular a don Juan Thompson y a don Juan María Gutiérrez, escrita desde Montevideo con fecha 1.º de enero de 1835: «Echeverría es un poeta, un poeta. Buenos Aires no ve eso hace mucho tiempo. Debo al autor de los *Consuelos* uno de los mejores días que tengo hace cinco años.»

Y el bravo general don Nicolás de Vedia — y cito su elogio porque es una confirmación del éxito que alcanzaron los versos de Echeverría en todas las esferas sociales — decía al autor de las *Rimas:* «Yo no

tengo a los 79 años de edad ni con qué comprar un almanaque, y esta es la razón porque no está en mi poder todo lo que usted haya escrito; y bien que lo haya leído de paso, lo he graduado como producciones de una cabeza que sabe pensar, y de un genio que se desvive por contribuir a la ilustración de sus contemporáneos. Sus poéticas rimas no las sé de memoria porque la mía es incapaz de retener lo que es digno de conservarse en ella, a excepción de estos siete versos que a cada momento repito con tristeza y con énfasis:

«¡Ven, ven, oh, dolor terrible!
De tu poder invisible
Haz un nuevo ensayo en mí:
Veréis que un alma arrogante,
Es como el duro diamante
Que siempre brilla flamante
Sin admitir mancha en sí.»

La generación de Echeverría y la que le siguió aprendieron de memoria *El poeta enfermo, Mi destino, Crepúsculo en el mar* y otras que, según Menéndez y Pelayo, están inspiradas «por aquella musa de suave y lánguida tristeza que con Millevoye lloró la caída de las hojas y la juventud marchita.»

En pleno triunfo, Echeverría desaparece nuevamente del seno de sus amigos y va a recluirse en un establecimiento industrial que acababa de instalar su hermano. Allí escribió *La Cautiva,* que apareció juntamente con las otras composiciones que forman el volumen de las *Rimas.*

Hemos llegado a *La Cautiva,* que es la produc-

ción más admirable de este poeta y uno de los monumentos arquetipos de la literatura americana. Echeverría levanta desde entonces, como dice don Juan José García Velloso, «el arco triunfal por donde definitivamente pasa con sello individual, con fisonomía propia en el mundo, el arte argentino.»

En la advertencia preliminar de las *Rimas,* su autor nos explica la finalidad artística de *La Cautiva,* que ha sido: «Pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto; y para no reducir su obra a una mera descripción, ha colocado en las vastas soledades de la Pampa dos seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y el infortunio. El suceso que poetiza, si no cierto, al menos entra en lo posible; y como no es del poeta relatar menuda y circunstanciadamente, a guisa de cronista o novelador, ha escogido sólo, para formar su cuadro, aquellos lances que pudieran suministrar más colores locales al pincel de la poesía, ó más bien ha esparcido en torno de las dos figuras que lo componen alguno de los más peculiares ornatos de la naturaleza que las rodea. Y agrega: el desierto es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura.»

La Cautiva, escrita en octosílabos armoniosos, se singulariza, más que por su acción dramática bien conducida y palpitante de emoción y de noble lirismo, por las magnificencias descriptivas que dan en

todo momento idea de la inmensidad pampeana.

¿Qué poeta argentino ha brindado a nuestros cariños literarios una sensación más gráfica del desierto que Echeverría? Su poder pictórico es extraordinario cuando dice:

«Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes... El desierto
Inconmensurable, abierto
Y misterioso, a sus pies
Se extiende, triste el semblante,
Solitario y taciturno,
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda a su altivez.
Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo
Como el pájaro en el mar...
Doquier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas,
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas
Que él sólo puede sondar.

. . . . . .

¡Cuántas, cuántas maravillas
Sublimes y a par sencillas
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! ¡Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido amanecer!...
Las armonías del viento
Dicen más al pensamiento

Que todo cuanto a porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar...
¡Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
¡Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar!

Ni Ricardo Gutiérrez, ni el mismo Rafael Obligado, han hecho la pintura de un crepúsculo pampeano, en sus obras eminentemente argentinas, como *Lázaro* y *Santos Vega*, más admirable que este de *La Cautiva:*

El aura moviendo apenas
Sus olas de aromas llenas,
Entre la yerba bullía
Del campo que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra contemplando
Del astro rey la partida
Callaba manifestando
Como en una despedida
En su semblante pesar!

Sólo a ratos altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí o allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz;
O las nubes contemplando
Como estático y gozoso,
El «yajá» de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol... Parecía
Que el vasto horizonte ardía...

La silenciosa llanura
Fué quedando más obscura
Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y, luego,
A los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
Con su claro-obscuro manto
Veló la tierra; una faja,
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió;
Mientras la noche bajando
Lenta venía, y la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

El poeta no exterioriza sólo en esta obra su poder pictórico, sino que también va al episodio dramático y al desenlace trágico de los personajes que ha forjado con una poderosa emoción. El asunto en sí carece de novedad, por cuanto evoca un episodio repetido infinidad de veces en los caseríos cercanos al aduar indígena; pero está adosado con incidentes estupendos como el del malón que incendia y tala, que mata y roba, para huir luego azuzándose á sí mismo, con sus alaridos feroces, hasta la toldería donde arroja los trofeos de la victoria y flagela a los cautivos, entre los que se encuentran los protagonistas del poema: Brian y María. La descripción del festín salvaje; la embriaguez que tumba a la indiada en un amodorramiento trágico; la liberación de Brian, gracias a María, que le desata las ligaduras,

y la huída de aquellos dos desgraciados por la llanura; la muerte de Brian, que en los brazos de su amada delira con combates gloriosos; todo el poema, en fin, constituye una de las expresiones más nobles de la lira argentina. El señor Enrique de Vedia, iniciador, y casi pudiéramos decir, autor de la estatua de Echeverría que se erige en Palermo, ha escrito un estudio muy interesante a propósito del símbolo que adivina en *La Cautiva*.

A pesar de la incomunicación en que vivían entre sí los escritores españoles y argentinos de los primeros lustros del siglo XIX, este poeta llegó en España hasta a la popularidad. Baste el siguiente dato: en Cádiz solamente se vendieron quinientos ejemplares de las *Rimas*. Don Alberto Lista y el poeta argentino don Ventura de la Vega prodigaron tantos elogios a los versos de Echeverría, que fué preciso imprimir una copiosa edición en Valladolid, la que se agotó en seguida. «Caso bien raro, dice Menéndez y Pelayo, aun en aquellos tiempos en que había más afición a versos que ahora». La leyenda de Echeverría obtuvo también los honores de la traducción al alemán, hecha por Guillermo Wálter, que puso en la tapa del libro este epígrafe: *Res, non verba*.

Uno de los defectos que pueden achacársele a la parte dramática de *La Cautiva,* en lo que respecta a las figuras de Brian y María, es su mucha semejanza sentimental con otros tipos del romanticismo francés.

Después de este soberbio triunfo Echeverría soñó con la creación de un partido que fuera, dentro de los intereses morales del país, tan venidos a menos, una fuerza propulsora y directiva, no en el concepto del «mando» o en la brega subalterna por alcanzar el poder, sino como colectividad política orientadora. El numen de este partido debía ser el pensamiento de Mayo junto a las ideas de libertad y de progreso sobre el principio republicano. Surgió entonces la «Asociación de Mayo» bajo los prestigios del «Dogma Socialista», el 23 de junio de 1837. Aquella memorable noche, relatada magistralmente por el mismo Echeverría, trazó su organizador el programa que todos sus adherentes debían cumplir. «El punto de arranque, dice, deben ser nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestro estado social; determinar primero lo que somos, y, aplicando los principios, buscar lo que debemos ser, hacia qué punto debemos gradualmente encaminarnos. Mostrar en seguida la práctica de las naciones cultas cuyo estado social sea más análogo al nuestro, y confrontar siempre los hechos con la teoría o la doctrina de los publicistas más adelantados. No salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones; tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de la sociedad.»

Al día siguiente de la primera reunión, en la que lucieron su talento y su patriotismo Alberdi, Gutiérrez, Tejedor, Irigoyen, López y otros que sintetizaron su dogma en la fórmula «de todo para el pueblo», se celebró un banquete, en cuya mesa, según Gutiérrez, «se improvisó a hurtadillas la última ban-

dera legítima azul y blanca que se viera en Buenos Aires desde muchos años atrás, y que no volvió a aparecer sino después de febrero de 1852.»

Rozas penetró en los secretos de la «Asociación de Mayo», lo que obligó a muchos de sus adherentes a huir de Buenos Aires. Echeverría se retiró a su estancia de «Los Talas», situada entre Luján y Giles.

Después de la fracasada aparición de Lavalle, el autor del «Dogma Socialista» se vió precisado a refugiarse en la Colonia, primeramente, y luego en Montevideo. Entonces escribía melancólicamente a un amigo: «No hay cosa más triste que emigrar. Salir de su país por satisfacer un deseo, por realizar una esperanza para estudiar la naturaleza y el hombre, en una tierra distante de aquella en que nacimos, es sentir una conmoción indefinible de dulce melancolía en ese viaje voluntario. Dejamos atrás nuestros hogares, nuestra familia, nuestros amigos, pero, en cambio, vemos una perspectiva lejana, una esperanza que nos alienta y estimula, mil cosas nuevas que ocuparán, aunque momentáneamente, el vacío que ha dejado la ausencia de nuestras afecciones queridas. Pero salir de su país violentamente, sin querer, sin haberlo pensado, sin más objeto que salvarse de las garras de la tiranía, dejando a su familia, a sus amigos, bajo el poder de ella, y, lo que es más, la patria despedazada y ensangrentada por una gavilla de asesinos, es un verdadero suplicio, un tormento que nadie puede sentir, sin haberlo por sí mismo experimentado. ¿Y a dónde vamos cuando

emigramos? No lo sabemos. A golpear la puerta al extranjero; a pedirle hospitalidad, buscar una patria en corazones que no pueden comprender la situación del nuestro, ni tampoco interesarse por un infortunio que desconocen y que miran tan remoto para ellos como la muerte. La emigración es la muerte; morimos para la patria, puesto que nada podemos hacer para ella...»

En la «otra banda» vivió Echeverría en la época azarosa que la política liberal convirtiera a la invicta Montevideo «en un arsenal, en una tribuna de doctrina, en un cuartel de valientes y en teatro de una constancia verdaderamente heroica.»

Allí, escribe uno de los más gloriosos emigrados, vivían alimentando una misma aspiración los orientales y argentinos, «y las filas de unos y otros fueron engrosadas espontáneamente con amigos de la libertad de todas las nacionalidades.»

Allí vivió Echeverría luchando con su vibrante pluma en favor de lo noble y de lo alto; allí hizo, puede decirse, lo mejor de su obra en prosa y publicó, entre otras muchas poesías, los *Cantos a Mayo*, cuya primera edición fué cedida íntegramente por el autor a beneficio de los «mártires de la patria». «Ellos recibirán,—le escribe el ministro de Guerra y Marina señor Bauzá, con fecha 15 de julio de 1845,—en breve un socorro a sus necesidades con este producto de tan noble origen y bendecirán a los que tuvieron el pensamiento de aliviarlas. Dulce consuelo es, sin duda, para el poeta, la idea de haber contribuído a minorar de algún modo las necesidades de sus semejantes.»

Allí también, a pesar de la pobreza que lo amargaba y su pertinaz dolencia cardiaca que iba intensificándose y torturándolo casi a diario, Echeverría terminó *La sublevación del Sur* y escribió el *Avellaneda* y el *Ángel Caído.*

La sublevación del Sur es una obra mediocre. En cambio, el *Avellaneda* tiene fragmentos muy estimables, como la descripción de Tucumán, de la que surge un raudal de verdadera belleza. *El Ángel Caído* fué la obra predilecta de Echeverría. Suele ocurrir frecuentemente que el autor se encariñe siempre con lo peor que ha producido. Después de haber leído penosamente tal composición, hacemos nuestro el juicio que le mereciera a Menéndez y Pelayo *El Ángel Caído,* del cual puede decirse con mucha más razón que de *La chute d'un ange,* que no es la caída de un ángel, sino la caída de un poeta. Esta farragosa obra, que llena por sí sola un grueso volumen de más de 600 páginas en 4.º en la colección de las obras de Echeverría, es punto menos que ilegible; y el mismo Gutiérrez, con todo su entusiasmo, reconoce que están de más una gran parte de los ocho mil versos de que consta. El héroe del poema es el eterno Don Juan, pero un Don Juan trasplantado a orillas del Plata e introducido en la sociedad argentina; ó más bien el Don Juan de Echeverría no es nadie, por el mismo empeño loco de que lo sea todo. Es una abstracción quimérica, compuesta de elementos contradictorios: «un tipo, dice el autor con toda sencillez, en el cual me propongo concretar y resumir, no sólo las buenas y

malas propensiones de los hombres de mi tiempo, sino mis sueños ideales y mis creencias y esperanzas para el porvenir. Como todas las almas grandes y elásticas, la de mi Juan engolfará a veces en las regiones de lo infinito e ideal, y otras se apegará, para nutrirse, a la materia o al deleite. Así, representará la doble faz de nuestro ser, el espíritu y la carne, o el idealismo y el materialismo...; y como nuestra sociedad es el «médium», o el teatro donde esa alma debe ejercitar su devorante actividad, esto me dará lugar para ponerla a cada paso en contacto con ella, pintar nuestras costumbres, censurar, dogmatizar e imprimir, hasta cierto punto, al poema un colorido local y americano.»

El Ángel Caído es la continuación de otro poema titulado *La Guitarra,* y el anterior a otro que quedó inconcluso y que se titularía *Pandemónium.*

Entre los trabajos en prosa Echeverría ha dejado páginas tan inmortales como la misma *Cautiva.* Algunos capítulos de «El Dogma Socialista»; las cartas a don Pedro de Angelis sobre este libro; los *Antecedentes y primeros pasos de la Revolución de Mayo,* y *El Matadero,* bastarían para perpetuar a través de las generaciones argentinas el nombre de tan esclarecido autor. *El Matadero* es quizá su producción más popular después de *La Cautiva.* El cuadro está evocado magistralmente con trazos seguros y enérgicos. El sangriento hedor de estas páginas nos transporta en alas de la angustia a la dictadura de Rozas. Ni el mismo Mármol, en su *Amalia* ha logrado fijar una instantánea más impresionante de aquella época trágica.

La salud precaria de Echeverría, asomada de continuo al borde del sepulcro, tuvo su desenlace el 19 de enero de 1851. ¡Triste existencia la suya, amenazada en todos los momentos por la muerte! Con una resignación tranquila despedíase en sus cartas para un viaje largo, «del cual no volvería nunca». «Lo que llamamos la muerte — le escribe en 1845 a un amigo — no es más que una transformación de la vida... ¿Quién la impuso? La dió quien lo quiso y quien lo pudo, y es fuerza obedecerla con resignación.»

En cierto momento don Nicolás Avellaneda exclamó elocuentemente: «La estatua de Echeverría será levantada con mayor justicia que la muralla de la leyenda griega, al son de las liras patrias». Nuestra generación cumplió el vaticinio del gran orador, forjando en bronce la figura del esclarecido poeta, del patriota sin mancha, a quien la juventud del Colegio Nacional de Buenos Aires rindiera la ofrenda de sus entusiasmos más puros. Mirando al Plata, de pie, en actitud de avanzar hacia su gloria, está el cantor de *La Cautiva* sobre un pedestal menos imperecedero que su obra. Los sauces del bosque le sirven de marco; el cielo de dosel y el sol, al ocultarse todas las tardes, parece poner sobre la frente del poeta una aureola de inmortalidad...

CAPÍTULO XXII

Florencio Varela. - Su expatriación.— Aparición de *El Comercio del Plata*. - El periodista político. - Sus versos. Juicios breves de algunos contemporáneos suyos. —Asesinato de Varela.

Uno de los panegiristas más entusiastas de Echeverría fué don Florencio Varela, hermano menor de Juan Cruz y condenado también por la dictadura a vivir en el ostracismo.

La pluma genial de Sarmiento escribía en 1842 lo siguiente: «La Argentina, nuestra patria, ha peleado diez años sin armas contra un poder erizado de bayonetas. Los hombres libres han sido mil veces vencidos; pero ni una sola ha reposado tranquilo el tirano. Su rabia se ha descargado sobre los ciudadanos indefensos, el puñal ha sido erigido en ley, el exterminio el único medio usado; y, sin embargo, el poder de Rozas es hoy tan precario como hace diez años. Sus satélites lo dominan todo, nada interrumpe el silencio de muerte, si no son los ahogados clamores de las víctimas. El puñal está levantado siempre sobre las gargantas, y, no obstante este triunfo y este poder aparente, los verdugos están convencidos de que no pueden pestañear un momento, porque las víctimas se han de alzar del suelo, por-

que el puñal somete gargantas, pero no somete el pensamiento!»

Florencio Varela, como Sarmiento, como Mitre, López, Rivera Indarte, Gutiérrez, Tejedor y tantos otros, se erigió en azote del tirano con una vehemencia sincera y una honestidad altísima durante esos años lúgubres de que nos habla el autor de *Facundo*.

Había nacido don Florencio Varela en Buenos Aires el 23 de febrero de 1807. Apenas cumplidos los doce años, ingresó en el Colegio de la Unión del Sur, que era una continuación del Instituto Carolino, fundado por Vértiz y renacido en 1818 bajo el impulso progresista de don Bernardino Rivadavia. Gracias a la munificencia de Pueyrredón el joven estudiante pudo hacer sus estudios y recibir gratuitamente, en honor a sus méritos, a los veinte años, el título de abogado. En 1825 alternaba las obligaciones de un modesto empleo en la secretaría de estado, con la colaboración en los periódicos que dirigía su hermano Juan Cruz. A raíz de la abdicación de Lavalle, se marcha emigrado a Montevideo, y al volver a los pocos meses a Buenos Aires sufre la condena de destierro. Desde muy joven había logrado hacerse conocer por sus brillantes condiciones intelectuales. La victoria de Ayacucho inspira a su lira de bronce los primeros versos, que lee a la hora de los brindis en el banquete que se celebraba en honor de aquel hecho glorioso de las legiones de la libertad.

«¿Quién brinda por la paz, cuando hay tiranos?
¡No seré nunca yo!»

exclama en presencia de los comensales que rodeaban a los hombres del gobierno. Don Manuel García, que era ministro, se levantó emocionadísimo cuando Varela terminó de leer los versos, y ofrecióle en seguida un puesto privilegiado en su ministerio.

Un año más tarde, después de la heroica hazaña de los 33, que capitanea Lavalleja, el Brasil declara la guerra a las Provincias Unidas. El 25 de Mayo lucha nuestra armada con las naves imperiales, y esa noche, en un festival patriótico, después del Himno Nacional, el joven poeta recita aquel hermoso vaticinio, que comienza diciendo:

«En el centro de América se ostenta
Un trono, de delitos circundado,
Y el vil usurpador que en él se sienta
Caerá dentro de poco: ya no es dado
Más tiempo al despotismo
Alzar en nuestro suelo su estandarte!»

Su bella inteligencia no pudo desenvolverse en el suelo nativo. Refugiado en Montevideo, se erige allí en campeón de la libertad de la patria y su pluma de polemista y su estro de poeta adquieren entonces un vigor extraordinario. Forma su hogar en Montevideo, donde funda más tarde aquel gran órgano de opinión que se tituló *El Comercio del Plata,* en cuyas columnas estampó lo más admirable que produjo su privilegiada pluma. Logró entonces que la letra de molde no exteriorizara el insulto, que a falta de razón o de saber, servía en aquel periodismo burdo de fácil recurso para satisfacer venganzas personales

y exacerbar las discordias intestinas. A Florencio Varela le cabe el orgullo de iniciar la discusión periodística sobre la base del razonamiento y de la historia; de juzgar los hechos con sano criterio y de explicar con claridad el pasado formulando al propio tiempo las aspiraciones del porvenir.

Don Luis L. Domínguez, al referirse a Varela, escribe:

«La rectitud y la bondad formaban el fondo del carácter de Varela.

«Tenía por su anciana madre una veneración ejemplar. Cuando hablaba de ella delante de sus hijos, se advertía el empeño que ponía en hacer que éstos participasen del respeto y del amor que él le profesaba. Lo mismo era para con sus hermanos. En su boca solamente había elogios para los suyos. De este modo cimentaba la unión estrecha y la moralidad intachable que siempre ha distinguido a su familia.

«Amaba a sus amigos tanto como a sus hermanos; y sus amigos eran muchos. Los tiene dondequiera que haya estado en contacto con sus semejantes; tanto en su patria como aquí: lo mismo en el Brasil, como en Inglaterra y en Francia. Era realmente imposible acercarse a este hombre siempre afable, sin amarlo. Ameno en su trato, prudente en sus consejos, civil con todo el mundo, nadie se separó de su lado sin estimarlo. Si su asesino hubiese hablado diez minutos con él, no habría tenido valor para herirlo. Si le hubiese tratado un día, no habría podido ser su enemigo.

«Poseía en alto grado el talento de la conversación, y era preciso que su interlocutor le causara mucho tedio, para que el diálogo no se mantuviese animado y siempre sostenido por él.

«Con nadie se esforzababa tanto en ser amable como con los extranjeros. Miraba como un deber atenderlos y servirlos, quizá por esa simpatía natural que se establece entre los que sufren una misma desgracia: la de vivir fuera de la patria. Como un obsequio al extranjero, y como un medio de instrucción propia también, hablaba en sus respectivos idiomas a los franceses, a los ingleses, a los portugueses y a los italianos que frecuentaban su casa. En esto Varela sentía un placer especial, que era muy fácil advertir en él cuando se reunían en su escritorio varias personas de diferentes hablas.»

Una de sus preocupaciones fundamentales era la generación que venía tras de él. En 1841 enviaba una larga carta a su amigo Domínguez, en la que acentuaba elocuentemente estas preocupaciones. «Amo con pasión, decía, con ternura, con el ardor de la esperanza, a la juventud estudiosa y «moral»; me gusta fomentarla, ayudarle cuanto puedo, por inclinación de mi corazón y por deber de patriotismo; porque tengo en esa juventud más fe que la que tiene ella misma. Nada, nada, ni mis infortunios personales, ni la pérdida de mis años y mi salud en el destierro, me duele tan hondamente, en el naufragio de nuestra patria, como el ver errante, sin centro de unión, sin aplicación inmediata, a esa juventud llena de vida, que tal vez la malgaste, como yo, en el

suelo del extranjero. Créame usted, Luis, busco la sociedad de ustedes porque «nada, después de los cariños domésticos, me desarruga la frente y me desanubla el espíritu, como la sociedad de los jóvenes que encuentro puros de corrupción y de infamia, en la época en que todo se corrompió; y entregados al estudio, cuando todos escarnecen al que desea ilustrarse.»

Y a esa nueva generación Varela alentaba con sus escritos inspirados en la patria, en el valor, en las heroicidades y la virtud de los hombres de 1810. En el cerco de la «Nueva Troya» llegó a ser una potencia intelectual y moral formidable. Desempeñó el papel más importante en toda la campaña de Lavalle. Fué el pensamiento de la facción libertadora.

Su noble pasión política no le privó el cultivo de las musas. En la *América Poética*, publicada por el doctor Gutiérrez en Chile, se hallan dos de las mejores composiciones que con el título de *El día de Mayo* imprimiera antes en un folleto.

El doctor Varela hizo un viaje a Europa y sintetizó magistralmente las impresiones en aquella peregrinación a través del Viejo Mundo en un libro encantador. Hizo amistad con hombres eminentes de Francia y de Inglaterra. Thiers decía en 1850: «Es Florencio Varela uno de los hombres más distinguidos que es posible encontrar en cualquier parte del mundo.»

Sus obras completas fueron coleccionadas en 1859 por don Luis Domínguez en un libro que se rotula: *Escritos políticos, económicos y literarios del doctor*

don Florencio Varela. Esta colección pertenece a la «Biblioteca Americana», reunida, corregida y anotada por el poeta uruguayo Magariños Cervantes.

El estilo de este escritor es vivaz, preciso y elocuente, cuando escribe en prosa; sus versos, un tanto ampulosos, tienen un vuelo lírico encantador y una inspiración que aventaja a veces a la de su hermano Juan Cruz.

Varela fué villanamente asesinado por inspiración de Rozas y de Oribe.

Desde el campo sitiador Oribe manda al canario Arbelo a que cumpla tan fatal designio. Se acobarda en la empresa, y entonces el caudillo elige a Cabrera, quien se compromete a eliminar a Varela, siempre que alguien le diga: «ése es». Acto continuo se embarca en el Buceo en un bote y arriba clandestinamente al puerto de Montevideo. Debía encontrarse aquella misma noche con Arbelo en un cafetín suburbano. Durante dos días estuvieron acechando a la futura víctima. El 20 de marzo, a las 7,30 de la tarde, salía de la redacción de *El Correo del Plata* el doctor Varela para tener una conferencia con el señor Mac Lean. Media hora después regresaba tranquilamente por la calle Misiones a la imprenta, donde también tenía su casa particular. Dos tipógrafos, al marcharse, habían cerrado la puerta del zaguán, motivo por el cual Varela tuvo que esperar breves instantes a que le abriesen. Al ir a asir el aldabón, por segunda vez, Arbelo dijo a Cabrera: «ése es», y rápido como el rayo le hundió la daga por la espalda, atravesándole el cuerpo de parte a parte con

una feroz puñalada. El doctor Varela, tambaleante, dió varios pasos, hasta caer exánime, frente al portal de la misma acera, que lleva el número 91. Cuando salieron a abrir, se encontraron los amigos que le aguardaban con aquel cuadro de horror. El cielo estaba divinamente estrellado; la luna echaba su luz blanca sobre el cuerpo inerte de Varela, tinto en sangre. Acababan de dar las ocho. La venganza de Oribe se había consumado.

El asesino Cabrera huyó en seguida al campo de los sitiadores. A las diez, Oribe designaba a un hombre de confianza para que comunicase a Rozas el éxito de la empresa...

Todo Montevideo acudió al lugar del crimen. Y esa misma noche el cuerpo de Varela era conducido hasta la iglesia Matriz, donde se levantó la capilla ardiente. Cuentan los sobrevivientes que desde la calle Misiones al templo quedó marcado el paso del féretro por gruesas gotas de sangre...

La ilustre víctima de los sicarios de la dictadura dejó a diez hijos y a una viuda en la más absoluta pobreza. Los admiradores de aquel sublime mártir reunieron quince mil pesos plata para mitigar la miseria de los hijos del doctor Florencio Varela, que horas antes del crimen había escrito: «No puede haber entusiasmo sino por lo bello o por la virtud. La pasión por el vicio es irritación del espíritu, no es entusiasmo; es el estímulo de la embriaguez, no el de la sed.»

CAPÍTULO XXIII

Rivera Indarte. — El panfletista terrible. — Su actuación en Montevideo. — La fuga de Rivera a los Estados Unidos, y su regreso al Río de la Plata. — Las *Melodías hebraicas*. — Las *Tablas de sangre*. — Otros escritos políticos. — Muerte de Rivera en el Brasil.

La obra literaria de Rivera Indarte, estudiada por el general Mitre, su amigo y compañero de expatriación, no logró adueñarse del espíritu de las generaciones que se sucedieron en el Río de la Plata, después de la caída de Rozas. En la actualidad, su vida y sus escritos son completamente desconocidos por la masa; y sólo tal cual bibliófilo o historiador sabe dónde se halla la copiosa producción de este hombre, que, en cierto modo, llegó a representar para la tiranía, uno de los exponentes más terribles entre la pléyade gloriosa que hizo de su pluma arma en contra de Rozas y sus bárbaros secuaces. El eco de la viril protesta no se perdió totalmente en la intensa tragedia de la dictadura, pues si su poder no llegó a suprimirla, en cambio llevó a las conciencias el concepto solemne de las responsabilidades históricas.

Rivera Indarte, poeta, historiador, literato, panfletista, sólo ha recibido de parte de sus compatriotas, a quienes tanto amó, un simple homenaje: el que bau-

tizó en Córdoba un teatro con su nombre. En el resto de la República costaría trabajo hallar cualquier libro suyo; en Buenos Aires sería más difícil aun encontrar quién los hubiera leído.

No hay obra literaria más estéril a los efectos de la posteridad que la de circunstancias, ya sea en verso o en prosa. Pasado el momento que inspira al escritor, pasa también el prestigio de esas concepciones, so pena de que el artista las haya cristalizado genialmente. Pero Rivera Indarte no fué genio, ni mucho menos. Produjo páginas eficacísimas, pero eminentemente actuales. Y ni aun en sus famosas *Tablas de sangre* y en su vibrante libro *Rozas y sus opositores,* llegó a concluir uno de esos capítulos con levadura de inmortalidad, como cualquiera de los que constituyen el *Facundo,* por ejemplo. Rivera Indarte fué un escritor militante dentro de una tendencia política, con exclusión del arte en su sentido neto. Resulta su obra la concreción de un odio implacable, hecho poeta o simple periodista.

Lejos de nuestro ánimo la idea de menoscabar los méritos de tan distinguido escritor. Si su obra no sobrevive es precisamente porque procuró haceria eficaz en aquellos lúgubres días, sin pretender dejar en ella páginas de antología.

¿Qué interés «artístico» pueden tener hoy para nosotros sus artículos de jerga plebeya en los que, según Ramos Mejía, brilla algo así como la procacidad pintoresca de la prostituta criolla burlada, cuando Angelis o Mariño le enrostraban sus aventuras juveniles o cuando se enardecía atacando a Rozas

con vocablos y designaciones que recuerdan la terminología cruel del Aretino o los apóstrofes implacables de Juvenal?

Algunas veces, agrega el más moderno de los historiadores de Rozas refiriéndose a Rivera, ese hombre, «embriagado por la pasión vibrante de su entusiasmo y el despecho, produce en sus artículos peculiarísimos párrafos de verdadera elocuencia. La frase, a las veces corta y tronadora, suena en el oído con la vibración fulgurante de un látigo de acero. El apóstrofe brutal, el calificativo infamante y pintoresco, la palabra reveladora o el concepto calumnioso, pero no menos cruel, por el efecto hiriente del primer instante, salpica a cada momento su prosa descosida y pedestre, pero que fluye copiosa y rápida como la lava, calurosa y precipitada, cual si tuviera apuro en su desolación implacable. Aquel apóstol de manso aspecto, de una simplicidad virgiliana de corteza, parecía transformarse cuando el paroxismo del odio le hincaba en el alma. Con la pluma convulsiva en la mano, sacaba de no sé qué escondites cerebrales, que no eran por cierto visibles en sus malos versos o en su conversación casi zurda, el vigor jugoso de su propaganda, que fué, el primer día como el último, de igual quilate en lo que respecta a su temibilidad.»

Rivera Indarte nació en Córdoba el 18 de agosto de 1814. Su padre fué aquel coronel Rivera que, de orden de Liniers, cañoneó desde la Fortaleza la torre del convento de Santo Domingo, obligando a capitular a los ingleses. Muy niño vino Rivera a Bue-

nos Aires, para iniciar los estudios de latinidad y filosofía, demostrando en el colegio su temperamento atrabiliario que no pudo contenerse ni ante la disciplina rígida del aula.

Los primeros escritos que produjo se publicaron en la *Gaceta Mercantil,* de 1832. Defendía en ellos al gobierno oriental, lo que le valió la privanza del ministro Vázquez, quien le mandó llamar a Montevideo para encargarle una comisión ante Oribe.

Durante su breve permanencia en la vecina orilla colaboró muy certeramente en los periódicos *El Imparcial, Diario de Anuncios* y *La Lanza.* Entonces escribió sus famosos apuntes sobre el asesinato de Quiroga; la *Valkameria,* colección de artículos en prosa y verso; arregló para la escena un drama con el título *Diez años o la vida de una mujer,* y escribió la *Defensa del voto de América,* impugnando a Alberdi. De vuelta a Buenos Aires, Rozas lo metió preso. Allí, en el calabozo, dice Mitre, empezó a ser hombre de combate, y «desde aquel día se operó en Rivera Indarte una transfiguración total, bautizada con las lágrimas del dolor y templada por los golpes acerbos del infortunio. Cuenta Thompson, prologuista del poema *Caaguazú,* que el joven prisionero escribió con carbón en la pared de su celda, aquellos malos, pero valientes versos, que comienzan:

Anima el corazón, dulce esperanza,
Y una luz de los cielos descendida,
Ahuyente de mi cárcel el dolor.»

Puesto en libertad por gestiones que ante Rozas

hizo el ministro Vázquez, volvió a ser recluído en un pontón a los pocos días.

Entonces huyó en un barco pirata a los Estados Unidos. Durante la travesía lo atacó la viruela; los tripulantes lo abandonaron en un cobertizo de la proa; sálvase milagrosamente, pero llega maltrecho a Nueva York. En la patria de Wáshington recordó lo mucho que había sufrido en la cárcel, y por eso, según propia confesión, se resolvió a estudiar el régimen penitenciario en los Estados Unidos, para presentarlo luego como un ejemplo a su país. Regresa a Montevideo, y en el viaje compone sus *Melodías hebraicas,* que produjeron muy bella impresión a todos los emigrados porteños que se hallaban en la «Nueva Troya». Se hace en seguida cargo de la dirección de *El Nacional*, que hasta entonces había marchado bajo las inspiraciones de Cané, Alberdi y Lamas.

Rivera Indarte no creía en el talento nato del poeta. Y muy convencido de ello dice en uno de sus artículos de crítica literaria: «Cuando esté más adelantada entre nosotros la educación, se enseñará a ser poeta como se enseña a ser geómetra.» De ahí, pues, que no habiendo nacido poeta, hiciese, sin embargo, versos, y en contadas ocasiones poesía.

Según uno de sus contemporáneos, Rivera Indarte era de mediana estatura, más bien grueso y al parecer fuertemente constituído; tenía confianza en una existencia prolongada y fiaba mucho en el porvenir. Tenía la frente ancha y abultada en el centro; los ojos pequeños y claros, el cabello rubio y escaso,

el rostro regular y abultado, el color pálido y despercudido como las personas de temperamento linfático. Gustaba del reposo; la idea que más le halagaba era de llegar un día a gozar de los placeres domésticos; era fiel y agradable, pero no olvidaba fácilmente las ofensas; sensible a la gloria y muy pagado de que dijesen bien de sus escritos, era al mismo tiempo modesto y dócil a los consejos de la crítica. Casi todas sus poesías las leía a don Florencio Varela, porque según él mismo, las juzgaba sinceramente. Jamás se quejó de los jueces que juzgaron desfavorablemente sus escritos; tenía el sentimiento de sus obras y contaba con que el trabajo y el estudio paciente le ayudarían a producir cosas dignas de sobrevivirle. Economizaba mucho su tiempo y el fruto escaso de sus trabajos; vestía con desaliño, aunque a veces reflexionaba sobre las ventajas que dan en la sociedad la elegancia del traje, la facilidad de las maneras y la espontaneidad en la elocución, dotes de que él carecía. Se impuso privaciones, que le eran llevaderas porque las consideraba como medios para poder retirarse algún día, a no pensar sino en el estudio. A este fin enriquecía con empeño una pequeña y escogida biblioteca de obras serias, entre las cuales se hallaban varias ediciones de la *Biblia* y algunos de sus afamados comentadores. Era proyecto muy querido suyo trabajar en verso sobre los libros poéticos del Antiguo Testamento.

En *El Nacional* dejó la más intensa huella de su talento de batallador. Allí aparecieron en folletones las *Tablas de sangre,* que acusan una labor enorme,

y allí también *Rozas y sus opositores*, su obra de verdadero aliento, y la célebre carta al emperador del Brasil. Pero lo que le valió mayor renombre en todo el continente americano fué el opúsculo *Es acción santa matar a Rozas.*

La prosa detonante del panfletista asume caracteres terroríficos cuando grita:

«Piensa, valiente tiranicida, cualquiera que tú seas el destinado por Dios para derramar la sangre de Rozas, en la satisfacción inmensa que llenará tu pecho cuando después de tu acción santa escuches resonar todos los ámbitos de la América con un himno de gracias por tu magnánimo asesinato. Oye como repiten tu nombre entre lágrimas de gratitud esos millares de emigrados de todo sexo y edad que van a tener patria por ti, que a tu brazo deberán vivir bajo el techo de sus padres. Mira ese pueblo oprimido como se levanta, rotos por ti sus grillos, y alza sus manos al cielo y luego las dirige hacia ti para bendecirte, a ti, su libertador, ministro de su salvación en la tierra.»

Podría habérsele objetado a tan admirable defensor del asesinato político que esa obra santa de matar a Rozas debía realizarla el mismo instigador... ¿Pero acaso no habría pensado Rivera erigirse en tiranicida, esgrimiendo el puñal de Bruto? Por lo menos realizó la mitad de la empresa, que en aquellos momentos pavorosos era casi imposible consumar.

Ya hemos dicho que la obra principal del Rivera Indarte panfletista, es *Rozas y sus opositores*. Obtuvo

tan grande éxito cuando se publicó en libro, que la edición se agotó a los pocos días. En sus desaliñadas páginas se ve todo lo que habría podido dar de sí en el género histórico, a haber vivido en un medio serenado por la cultura.

Rivera Indarte, poeta, se nos antoja inferior, frío y amanerado. Tal cual nota melancólica salida de lo hondo del corazón abrillantan las pesadas cuartetas (su metro favorito) o las prosaicas estrofas que escribía a la manera de las de Manzoni.

Mitre observa muy bien en el prólogo del tomo de *Poesías* de este autor, impresas en 1853, que en Rivera Indarte el poeta no había nacido, sino que se formó en el estudio. El infortunio poetizó su alma en algunas ocasiones; pero casi siempre el verso de este autor resulta estropajoso, y como tal insubstancial. Entre las composiciones suyas merecen recordarse: *La muerte de Absalón, El Rosario* y *Baltasar*, esta última, una imitación byroniana bastante feliz. Todo lo demás, incluso el poema a la *Batalla de Caaguazú,* es muy desigual.

Rivera Indarte tuvo que abandonar su sitio de honor y de pelea en la campaña contra la tiranía, a causa de su enfermedad. Víctima de la tuberculosis, los médicos lo mandaron al Brasil, para que prolongase sus días merced a la suave temperatura que reina en la ciudad de Desterro, en la isla de Santa Catalina, cerca del Janeiro. Allí escribió su obra póstuma, con el título de *La intervención en el Río de la Plata.*

Falleció Rivera Indarte al lado del médico argen-

tino Montes de Oca, el 19 de agosto de 1844. Don Julián Paz, en cuya casa se albergaba, describe en una carta el triste y prematuro fin de su gran amigo. Entre otras cosas, dice: «Vuelvo de conducir al desgraciado Indarte al cementerio. Ha sido acompañado por todos los compatriotas y amigos de la causa aquí residentes. Su sepulcro queda bien señalado para cuando llegue el momento de trasladar sus restos a Buenos Aires, como me lo pidió y se lo prometí. Montes de Oca hizo la autopsia al cadáver, y todos vimos el pulmón derecho completamente supurado, y el izquierdo dañado también, aunque no en el grado que el otro». «Así terminó, escribe Mitre, el primer publicista de la era revolucionaria que tantas plumas ha quebrado ya. Su vida fué una lucha y hay muchos vencidos por él en el palenque. Fué pobre, huérfano, desvalido, y le acompañó la injusticia en más de la mitad de su camino, aunque a veces hizo a ella, su mejor lazarillo.» Y don Juan María Gutiérrez, al propio tiempo que la tiranía saludaba con un grito bárbaro de triunfo su muerte, exteriorizó en una magnífica página necrológica la honda pena con que lloraron los soldados de la libertad, tan temprano fallecimiento. «Ha vivido, decía, en medio de una tormenta y no siempre la nave que ayudó a pilotear salió al puerto. Fué audaz y no faltaron timoratos allí donde él esgrimió la pluma: tuvo mérito y a veces es este el calor que hace brotar la envidia: dió golpes certeros de esos que arrancan sangre en el corazón de muchos malos poderosos que pagan bien a los que mienten en su provecho:

sostuvo ideas que por nuevas, adelantadas y generosas, ciegan y perturban las pupilas de algunos ojos todavía tiernos aunque no pertenezcan a niños por la edad. Fué hombre político, cuanto cabe serlo al que no tiene más tribuna que las columnas de un diario, ni otra cartera ministerial que sus panfletos; por consiguiente, y para reducir nuestra idea a una sola palabra, habrá de decirse de sus escritos, como del libro del Príncipe, muchísimo bien, muchísimo mal.»

CAPÍTULO XXIV

Mármol. - Su romanticismo a la manera de Zorrilla y Espronceda. - Los *Cantos del Peregrino*.— *El Poeta* y *El Cruzado*.— Actuación política de Mármol.— *Amalia*.

Así como Echeverría se inspiró en el romanticismo francés, según ya hemos tenido ocasión de anotarlo, José Mármol es un derivativo del romanticismo español a la manera de Zorrilla y Espronceda.

Estamos otra vez en presencia de un escritor a quien hizo grande el momento en que le tocó actuar. Mármol, poeta en prosa o en verso, tuvo la obsesión del Tirano. De ella dan cuenta muchos de sus sonoros alejandrinos, y todos los capítulos de la *Amalia*.

También perteneció este ingenio a la legión de expatriados que en sus escritos desenvolvieron tenazmente ideas de política liberal; también este poeta soñó con redimir y reivindicar las glorias de la patria holladas y mancilladas por la horda mazorquera; acaloró la opinión; hirió rudamente la dormida fibra del patriotismo porteño; sacudió el escéptico desaliento que enervaba al pueblo de Mayo; arrancó a su lira acentos de Victoria y de Esperanza, y tuvo

además la suerte de infundir virilmente entusiasmos en los instantes que la nacionalidad iniciaba otra época de reconstrucción y de combate.

Sin embargo, nos queda muy poco de su obra de poeta, digno de la admiración. A excepción hecha de los apóstrofes a Rozas y de alguno que otro fragmento de los *Cantos del Peregrino,* todo lo demás que produjo yace en el más profundo olvido, y sólo como documentación bibliográfica de una época suelen sacarse a relucir los títulos de *El Poeta* y *El Cruzado.* Mármol pertenece al número de esos porteños ardorosos y locuaces que no intensifican nada y se atreven a todo, especialmente a aquello que satisface la vanidad y produce renombre a breve plazo, aunque crean haberlo obtenido para *in eternum.* Tal prototipo, que presenta similitudes con el de algunos hijos de Madrid, merecería un estudio más detenido, que muy a nuestro pesar no podemos realizarlo en las actuales circunstancias. Grandmontagne ya intentó su bosquejo en un magnífico trabajo que evoca al *Loco lindo,* tan difundido hoy en todas las esferas de la urbe porteña, desde las altas posiciones del gobierno a las de la diplomacia, pasando por los cenáculos del arte y por los mismos centros periodísticos, donde más prolifera.

Sin que cometamos una irrespetuosidad podemos encasillar a Mármol, periodista, orador parlamentario y político ministrable, entre los muchos «locos lindos» que en este país han sido populares y hasta adorados por las multitudes. Todo lo que había de poeta y de artista en el espíritu de Mármol merece un

homenaje que nosotros estamos dispuestos a prodigárselo casi con entusiasmo, como podrá verse. Pero el otro, el improvisador y superficial, si no nos obliga a la censura, nos arranca por lo menos una sonrisa. Groussac, en su nunca bastante alabado proemio al catálogo de la Biblioteca, dice entre otras cosas refiriéndose a Mármol, lo siguiente: «Fué escritor y orador político, diputado, senador, casi ministro, lanzándose en las discusiones más especiales y técnicas, tendiéndose a fondo en el asunto más extraño a sus aficiones, con admirable intrepidez. Su falta de preparación era enciclopédica. Han quedado célebres algunas de sus salidas a *Puerto Lápice,* como una improvisación en el Congreso sobre las leyes mecánicas de la tracción en los ferrocarriles». Y luego agrega: «Hubiera discutido con Burmeister sobre Zoología, lo mismo que rebatía a Vélez sobre Derecho. «Si no sabe, no se meta», soltóle un día el terrible cordobés. ¡Quedar callado! No hablar ni escribir sino de lo que se tiene estudiado: el remedio era heroico y recetable a muchos otros que Mármol.»

La vida multiforme y desarticulada en la línea espiritual de ciertos hombres argentinos anteriores a la organización nacional, contribuyó en gran parte a malograr o por lo menos a subalternizar algunas bellas inteligencias que con el estudio reposado hubieran producido opimos frutos. Exagera un tanto Groussac cuando dice que «la ignorancia de Mármol era enciclopédica», pero no pecaremos nosotros de irrespetuosos al asegurar que su cultura científica y filo-

sófica resulta insignificante a través de su obra. La misma biografía de Mármol justifica esta carencia de conocimientos. Se necesita ser un autodidacta como Mitre o como Sarmiento para que no se malogren las facultades intelectuales en el constante bregar por la civilización y la educación de un pueblo barbarizado.

Mármol nació en Buenos Aires el 2 de diciembre de 1818. A los veinte años, cuando realizaba sus estudios de Derecho, fué asaltado al salir del aula por los agentes del dictador frente a las oficinas del Correo y llevado preso. Durante su permanencia en la cárcel escribió en la pared de su calabozo aquella estrofa que saben de memoria casi todos los argentinos:

«Muestra a mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadena pon;
¡Bárbaro! Nunca matarás el alma
Ni pondrás grillos a mi mente, ¡no!»

En 1840 huye a Montevideo, donde pasa sinsabores angustiosos debidos a su pobreza. Era tan afligente su situación económica, que casi no puede acudir al certamen de mayo de 1841 en que había obtenido un premio. Carecía hasta de ropa. Los compañeros de la emigración le reunieron seis onzas de oro para que se comprase un frac y pudiera asistir a la fiesta y recoger en persona su gajo de laurel.

Desde aquella noche famosa, tan bellamente comentada por Echeverría y Florencio Varela, Mármol abrió el grifo de su odre poético y comenzó a es-

cribir a destajo. Byron y Zorrilla son sus inspiradores predilectos; y si en *El peregrino* surge a cada instante un remedo de *Child Harold,* en el canto de los *Trópicos* parece trabajar sobre el canevás de las *Nubes* del poeta legendario de *Margarita la Tornera.*

El peregrino lo escribió en el desgraciado viaje que hizo desde Río de Janeiro a Chile a bordo de la *Rumania,* que no logró doblar el cabo y se vió precisada a volver a Montevideo, sitiada a la sazón por Oribe.

En las columnas de *El Correo del Plata* Florencio Varela saluda el regreso de este poeta y le consagra un cálido elogio por los cantos de *El peregrino.* El general Pacheco y Obes le hace su secretario particular. Entonces comienza a escribir la *Amalia* no logrando concluirla hasta después de Caseros.

A su vuelta a la patria el gobierno le nombra encargado de Negocios en Chile y Bolivia. Más tarde sus conciudadanos le votan para senador primeramente, y para convencional en seguida. Como tal asiste a los debates de la reforma de la Constitución. Denunciado el pacto de noviembre por las autoridades de Buenos Aires, y rotas las relaciones con el gobierno del Paraná, Mármol se embarca el 16 de julio de 1861, con carácter de ministro confidencial ante la corte brasileña, donde había de explorar las opiniones de su gabinete para el caso eventual de que la provincia llevase adelante su propósito de declararse estado independiente. La victoria de Pavón hizo inútiles los trabajos del diplomático porteño, y regresó al Río de la Plata.

Poco después le nombraban director de la Biblioteca, cargo que desempeñó hasta el día de su muerte, ocurrida el 12 de agosto de 1871. En los últimos tiempos de su azarosa vida perdió la vista.

La mayoría de los trabajos en prosa de este escritor se hallan diseminados en las colecciones de *El Estandarte, El Conservador, La Semana, El Paraná* y *El Uruguay,* periódicos todos ellos de actualidad y que fueron desapareciendo a medida que los gobiernos no necesitaban de sus servicios. Las poesías de Mármol se han coleccionado varias veces en Buenos Aires y en el extranjero. *Armonías* y sus dramas *El Poeta* y *El Cruzado* llegaron a alcanzar mucha notoriedad en la época que aparecieron en volumen. El mismo autor explica el concepto de sus obras cuando dice que dos generaciones han surcado el mar de la revolución argentina: la de la Independencia y la de la Libertad. Enérgica, espléndida, orgullosa, como los triunfos militares, como las glorias patrias que cantaba, la musa de la Independencia es la historia rimada de su tiempo. Triste, pensadora, melancólica como la suerte de la patria, al son de cuyas cadenas se inspiraba, la musa de la Libertad, proscripta y desgraciada como ella, ha puesto también sobre las sienes de la República la corona de su época salpicada de lágrimas y de sangre.

Los versos políticos de Mármol tienen, a pesar de sus muchos defectos de rima y de ritmo, un brío y un arranque tal, un odio tan sincero y una tan extraña ferocidad de pensamiento, que si a veces repugnan por lo monstruoso, según observa Menéndez

y Pelayo, «otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva». Aquellas hipérboles desaforadas de venganza y exterminio — agrega el citado crítico — aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones «embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta.»

¿Cómo no vibrar cuando el bardo exclama:

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón,
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna, tremenda «maldición»...

Sí, Rozas, ¡te maldigo! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino las de mi patria, no!»

¿Cómo no sentir odio implacable a los tiranos, y especialmente a Rozas, leyendo aquellos versos que dicen:

«¡Rozas! ¡Rozas! un genio sin segundo
Formó a su antojo tu destino extraño,
Después de Satanás, nadie en el mundo
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen, has querido
Que se hermanen tus obras con tu origen
Y, jamás del delito arrepentido,
Sólo las horas de quietud te afligen.
.....

Tu reino es el imperio de la muerte,
Tu grandeza el terror por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte,
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucho salvaje de la pampa ruda,
Eso no es gloria, ni valor, ni vida,
Eso es sólo matar porque desnuda
Te dieron una espada fratricida!»

Es tal el ansia exterminadora que flota en todas sus imprecaciones contra la dictadura, que al terminar su lectura, Menéndez y Pelayo no pudo menos de escribir esta síntesis tan precisa como elocuente: «No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco e Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse a las gentes aludidas.»

Pero el libro que acuerda a Mármol una fama imperecedera, es la *Amalia*, una de las poquísimas novelas americanas que han transpuesto las fronteras y han merecido los honores de la traducción al francés y al alemán.

Por su acción interesantísima, llena de incidentes altamente dramáticos y bien combinados, *Amalia* resulta un libro amenísimo. Quizá su prosa se resienta de algunos defectos; quizá también alguno de los caracteres falsean su psicología un tanto pueril a veces, pero es innegable que quien comienza su lectura difícilmente la abandona. Sucede con la *Amalia* lo mismo que con todos los libros del viejo Dumas, que a pesar de las transformaciones que ha sufrido el arte de hacer novelas, mantienen y mantendrán sus prestigios editoriales por muchísimo tiempo.

Todos los capítulos anecdóticos de la época de Rozas, que llenan la obra, constituyen una preciosa documentación de aquellos lúgubres días. El novelis-

ta poco o nada tuvo que inventar; toda la tragedia shakespearina, llevada a cabo por la mazorca, surge tinta en sangre de los capítulos de *Amalia*. Y a no tratarse de tiempos tan cercanos y tan prolijamente documentados, parecería este libro «el aborto de una imaginación extraviada y delirante, por el terror de la persecución y del martirio», como observa uno de sus críticos.

En síntesis: Mármol fué un artista malogrado por su falta de preparación literaria; fué, como dice Bunge, «el ruiseñor que canta en las tinieblas del bosque, o que, enjaulado, eleva su canción cuando el verdugo le arranca con una punta de hierro ardiente, la vivaz pupila»; y por eso, «su fama vivirá más que sus versos», y por mucho tiempo aun, su nombre nadará sobre el olvido, señalando, como boya flotante, el lugar mismo donde su obra se sumergió», según escribe el ya citado maestro Groussac.

CAPÍTULO XXV

Ventura de la Vega.— Lazo espiritual entre España y América.— El poeta lírico.— Su comedia *El hombre de mundo*.— Otras obras dramáticas de Ventura de la Vega.— *La muerte de César*.

Antes de evocar la augusta figura literaria y moral de don Juan María Gutiérrez, vamos a dedicar un ligero recuerdo al poeta Ventura de la Vega, nacido en Buenos Aires el 14 de julio de 1807, pero educado en Madrid desde su más tierna infancia, y vinculado a las letras españolas más que a las de su país de origen, que no llegó a reintegrarlo a las actividades de la cultura ni mucho menos a las de la política. Hizo, sin embargo, Ventura de la Vega profesión de fe argentina en varias composiciones líricas y en toda la copiosa correspondencia que mantuvo con el general Mitre, Balcarce, Gutiérrez, y sobre todo con su madre, que vivió en Buenos Aires en la época en que este porteño-madrileño alcanzaba sus mayores triunfos literarios al lado de los grandes ingenios de la península.

El lazo espiritual entre España y América fué simbolizado por Ventura de la Vega en los siguientes versos:

«La madre España en su seno
Me dió acogida amorosa
Suyo fuí; mas siempre yo
Recordé con noble orgullo
Que allá mi cuna al arrullo
De las auras se meció.
Mientras rencor fratricida
Ardió en uno y otro bando,
Mis lágrimas devorando,
Calló mi musa afligida.
Hoy que a coyunda tirana
Suceden fraternos lazos,
Y España tiende los brazos,
A la América su hermana;
Bañado en júbilo santo,
Yo, americano español,
A la clara luz del sol
La unión venturosa canto.
Ven, inspiración divina;
Que ya a mi laúd sonoro
Añado una cuerda de oro
Para la gloria argentina.»

Este ilustre representante de las letras castellanas del siglo XIX, se distingue en su obra por cierto eclecticismo encaminado a equilibrar, en materias de arte, la vigorosa fuerza del fondo romántico con la alta serenidad y transparencia de la forma clásica, y ese es el sello que imprime a todas y cada una de sus composiciones. Su estro lírico, al decir de Menéndez y Pelayo, no era muy vigoroso y, por consiguiente, no le fué difícil encerrarlo en un cauce ameno, donde, según el mismo maestro citado, todo es natural, sencillo y culto; todo está bien dicho y bien versificado, sin ningún género de afectación ni de violencia. «No se puede dar una poesía de salón, agrega, más amena ni más ingeniosa; nadie

ha hecho los versos de álbum con más primor y buen tono, ni las odas de circunstancias con tanta oportunidad. Se dirá que todo eso es tan efímero como las flores o los perfumes de un sarao; pero algún mérito ha de tener la dificultad vencida, cuando son tan pocos, a lo menos en España, los que han sobresalido en este género de agradable pasatiempo.»

Pero donde realmente brilló Ventura de la Vega fué en el teatro. Sus dramas y comedias originales pueden considerarse como obras maestras entre las de los más peregrinos ingenios que han escrito para la escena en todos los tiempos. Aun hoy mismo, *El hombre de mundo,* por ejemplo, produce intensa emoción de regocijo entre los espectadores modernos, tan desorientados en sus gustos y tan estragados por ciertas producciones de dudoso linaje. Si Ventura de la Vega llega en la poesía lírica a la perfección casi absoluta, — y decimos casi, porque muchas veces en sus composiciones el sentimiento es excluído por la tersura del estilo, — en la dramática sobrepuja en vigor a casi todos sus contemporáneos, que no lograron manejar la técnica del teatro con una habilidad tan admirable como la suya, y cuenta que por aquel entonces Bretón compuso sus más geniales producciones. Y es precisamente por su maravillosa técnica por lo que *El hombre de mundo* vive y vivirá a través de todas las obras que han hecho olvidar, con excepción de *Un drama nuevo* y de la *Consuelo*, las obras de Tamayo y de Ayala, que, si en el acicalamiento de la forma se acercan a las de Ventura de la Vega, en punto a procedimientos escénicos van

de zagueros de las del fuerte y noble poeta de *La muerte de César.*

El Laberinto, periódico universal, sintetizaba en un juicio crítico la impresión que produjo el estreno de *El hombre de mundo,* verificado el 18 de septiembre de 1845 en Madrid, y entre otras cosas escribía:

«Cuanto se diga sobre la destreza en conducir la acción y combinar armónicamente sus elementos, es menos de lo que el poeta merece. Los resortes que emplea, bien lejos de ser comunes y gastados, sorprenden casi todos por su novedad. Dos incidentes bastan para introducir la venenosa sospecha en el hombre de mundo sobre la conducta de su esposa, y recíprocamente en ella sobre la de su marido. Un gomoso inocente, una joven inexperta, un pícaro redomado y un galeoto, completan la intriga que se sostiene sin decaer jamás, merced a unas cuantas equivocaciones, todas ingeniosísimas.»

Después de más de medio siglo la crítica moderna repite con distintas palabras, pero con iguales conceptos, el juicio que le merece *El hombre de mundo,* cada vez que se representa.

Pero la obra dramática que constituyó para Ventura su más puro cariño, fué *La muerte de César,* escrita, según uno de sus panegiristas, «con más amor y conciencia que otra ninguna; trazada con suma sencillez de plan, admirablemente dialogada, llena de detalles felices, en que se pasa sin violento contraste de la majestuosa entonación de la Melpómene francesa a la manera más familiar del drama moderno, fundiéndose armoniosamente ambos tonos.»

Es memorable en los fastos de la literatura castellana la noche que leyó Ventura de la Vega esta tragedia. El marqués de Molins, el conde de Cheste y don Juan Valera, han dejado páginas muy bellas, relatándonos tal tenida literaria. Ventura de la Vega, que era el primer lector de su época, y que según las crónicas habría llegado a sobrepasar las glorias de Romea, de Latorre y de Arjona, si se hubiera resuelto a dedicarse a las tablas, «representó» a maravilla todos los personajes de su tragedia, llegando el auditorio al entusiasmo casi frenético de la escena VI del acto IV, en que habla Servilia con Bruto, su hijo, que totalmente ignora haber debido el ser al que consideraba hombre superior y aborrecible tirano. — «¿Sabes, madre, que un trono hereditario quiere fundar?», — le dice Bruto. — «Lo sé», — responde Servilia. Y agrega su hijo:

«¿Los cielos, justos,
Sabes que en tres enlaces han negado
Prole de amor a su infecundo lecho?

SERVILIA. ¡Ah! Sigue.

BRUTO. ¿Sabes tú quien es el amo
Que a su patria destina el heredero
Que intenta designar?

SERVILIA. ¿Quién es?

BRUTO. Octavio.

SERVILIA. ¡Octavio!

BRUTO. Octavio. El dictador le espera.
Hoy llega a Roma.

SERVILIA. ¡Dioses soberanos!
¡Octavio! ¿Octavio sucesor de César?
¡Octavio Rey de Bruto!... ¿Y aun mi labio
Callará? ¡No, eso no! ¡Sal de mi pecho,
Flaqueza criminal! ¡Huye, bastardo

Temor, huye de mí!—¡Dioses! ¡Prestadme
Fuerza, valor, resolución, que en vano
Pido al cobarde pecho, con que a Roma
De un porvenir indigno libertando,
Labre su dicha y su salud, y marque
Su glorioso destino al hijo amado!»

El autor llegó en esta escena a sacar «efectos» que Romea no supo exteriorizar la noche del estreno en que *La muerte de César* fracasó, confirmándose aquel refrán tan corriente en la jerga de entretelones: «Un drama se parece a una nuez; hasta que se abre no se sabe si es bueno o malo su fruto.»

Resumiendo, diremos que Ventura de la Vega representa dentro de las letras castellanas una de sus más altas expresiones en su doble faz de poeta lírico y dramático; y que mientras las obras de casi todos sus contemporáneos yacen en el olvido, las que él produjo conservan aún prestigios de belleza incontaminada por la vejez, y que mientras haya afectos a la poesía seguirán recitándose con embeleso *Las orillas del Pusa* y *La agitación,* sobre todo esta última, que tiene mucho del desolado espíritu de Leopardi y del caliente escepticismo de Byron, cuando dice:

«...¡Cuántas horas
Mudo, yerto, insensible
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras
Ondas de la corriente que pasaba
Inerte consumía!
¡Iba siguiendo estúpida la lenta
Sombra que en derredor del tronco huía!
Campo de soledad, yo te buscaba
Porque el mundo decía

Que la felicidad en ti habitaba,
Y en aquel corazón que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertía.
Mi corazón de fuego
En ti no la encontró, floresta umbría,
Silenciosa montaña, campo triste,
Yo la paz de la vida te pedía:
Tú la paz de la tumba me ofreciste.»

Ventura de la Vega falleció en Madrid el 29 de noviembre de 1865, y prueba del entrañable cariño y la profunda admiración que le tenían sus compatriotas argentinos, son todos los artículos necrológicos y estudios literarios que escribieron en Buenos Aires al llegar la infausta noticia de su muerte, Mitre, Estrada, Gómez, Cantilo y Gutiérrez.

CAPÍTULO XXVI

Juan María Gutiérrez.— Sus días amargos en el ostracismo.— *América Poética.*— Gutiérrez representante de la tradición patria.— Sus evocaciones de Maziel y Labardén.— *Historia de la enseñanza en Buenos Aires.* —Trabajos poéticos de este autor.— La bibliografía americana y Gutiérrez.—*La Revista de Buenos Aires.*— *El Correo del Domingo.*

Don Juan María Gutiérrez, a quien hemos evocado tantísimas veces en nuestro trabajo, es el primer espíritu crítico de su generación en América y una de las más altas personalidades de la literatura castellana del siglo XIX.

Hijo de un comerciante español bastante rico, educóse en condiciones fáciles y desahogadas. Estudió los clásicos griegos y latinos, y al mismo tiempo las Ciencias Exactas, en las cuales veía «un caudal de poesía enorme». Autor de versos, discutibles, desde el punto de vista de la originalidad de las ideas y del vuelo en la inspiración, fué sin embargo un poeta siempre, como lo comprueban, entre otras composiciones, aquella tan popular que comienza con estas estrofas:

«Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
El blanco y el celeste de nuestro pabellón;
Por eso en las regiones de la victoria ondea
Ese hijo de los cielos que nos regeneró.

Cual águila en acecho se alzaba sobre el mundo
Para saber qué pueblos necesitaban de él;
Y llanos y montañas atravesando y ríos,
La libertad clavaba donde clavaba el pie.»

Tenía pasión por el cultivo del idioma castellano, y lo conocía tan intensa y extensamente como los mejores escritores españoles de su tiempo. Cuidaba de la forma con amor y escrúpulos de «orfebre». Era siempre meduloso en sus producciones, sin que la preocupación del estilo esterilizara para el pensamiento su esfuerzo. Nombrado por tales méritos Miembro Correspondiente de la Academia Española, renuncia sin embargo al título en una famosa carta que no acusa rebeldía o protesta contra la influencia de la madre patria en la literatura y el idioma argentinos, sino razones políticas accidentales que en aquel momento era preciso sostener y defender. Don Juan María Gutiérrez no obtuvo el título de doctor en ninguna Universidad, aunque «doctor» le llamaran todos sus contemporáneos, reconociéndole una erudición y una cultura amplísima en las más diversas ramas de la ciencia social, del derecho, de las letras y de la filosofía. En el periodismo, en la cátedra, en el mismo gobierno, acreditó esos conocimientos y puso de relieve las facultades que le autodoctoraban para estudiar, plantear y resolver los grandes problemas de la vida argentina.

Siendo tal hombre, claro está que le tocó en suerte el honor de compartir con los más ilustres argentinos las persecuciones de la tiranía. Vivió en Chile donde pasó días amargos, en una precaria situación

económica, salvada luego, gracias a Sarmiento y Mitre, que le proporcionaron una colaboración en *El Mercurio,* glorioso refugio intelectual de América en aquella época. En las columnas de ese diario, donde Sarmiento estampaba el sello de su genio, volcó Gutiérrez sus entusiasmos literarios y sus apasionamientos políticos. A la sazón hizo su *América Poética,* ilustrada con breves biografías de los mejores escritores de nuestro continente.

Amaba con entrañable afecto la tradición de su patria y a quienes la representaban. De ese amor dan cuenta sus magníficos estudios a propósito de los poetas de Mayo.

De regreso en su ciudad natal, completó tales estudios investigando en el caos de los archivos antecedentes biográficos de los protagonistas de la Revolución. Se distinguen esos trabajos, más que por la pulcritud en el dato biográfico que a veces le falla, según ya hemos tenido ocasión de comprobarlo respetuosamente, por el análisis cronológico perfecto de los sucesos. Salvó, dijo de él Aristóbulo del Valle en una inmortal oración fúnebre, «del olvido, que es la última de las tumbas», a los escritores y a los poetas que precedieron y acompañaron el movimiento emancipador.

Así, en los trabajos de Gutiérrez reviven, gesticulan, accionan, «hablan», el canónigo Maziel, Labardén, Varela y todos los maestros, cancelarios y rectores del Colegio de San Carlos. Cada uno de estos estudios bastaría para preservar la memoria de Gutiérrez contra la acción destructora del tiempo. Pueden leerse

en la *Historia de la Enseñanza en Buenos Aires,* libro voluminoso y admirable mandado imprimir por el presidente Avellaneda, que dictó un decreto que hoy, por desgracia, no se repetiría tan gentilmente para prestigiar una obra de tal naturaleza. La segunda parte de este trabajo quedó inédita, pues la muerte sorprendió a su autor cuando la estaba organizando.

Tienen las páginas de Gutiérrez—casi todas pueden leerse en *La Revista de Buenos Aires, Revista del Río de la Plata* y *El Correo del Domingo*—un sabor añejo delicioso que acrecentará su valer a medida que el tiempo pase y que tengamos que refugiarnos fatalmente en el pasado candoroso de nuestros orígenes literarios, sociales y domésticos.

Ministro de la Confederación durante el gobierno del general Urquiza, fué nombrado rector de la Universidad de Buenos Aires al verificarse la unión nacional, por decreto que lleva las firmas de Mitre y de Costa.

En todos los empleos reveló la austeridad de su alma, la sinceridad de sus opiniones de escritor, el acendrado espíritu nacionalista de sus inspiraciones.

Bien es verdad que pertenecía a aquella generación de expatriados que templaron su alma en el fuego más puro de los entusiasmos patrióticos que recuerda la historia argentina, después de los hombres de Mayo.

Desde muy joven Gutiérrez alcanzó notoriedad de escritor eximio, con sus trabajos en prosa titulados *El amor a la patria* y *La utilidad de la geometría.* Los primeros versos que arrancó a su lira, mejor

intencionada que inspirada, fueron *El arroyo del Tigre, La bandera argentina* y *La endecha del gaucho*, que publicó en *El Iniciador*.

Durante su permanencia en Montevideo insertó en *El Comercio del Plata* la leyenda histórica *Iropeya* y la tradición *Caycobé*. En el certamen poético de Mayo, a que hemos hecho referencia al hablar de Echeverría y de Mármol, alcanzó el primer premio a pesar de tener como rivales a Domínguez y a Rivera Indarte.

En 1843 realizó un viaje a Italia acompañado por Alberdi, el futuro autor de *Las Bases,* y juntos escribieron en la travesía un poema en prosa y verso que titularon *El Edén*.

A su regreso recorrió Chile y el Perú, trabajando siempre tenazmente, a pesar de sus complicadas peregrinaciones. De esa época son sus magníficos *Comentarios a las obras completas del poeta Olmedo* y al *Arauco domado de Pedro Oña,* y su certero y erudito juicio sobre el poeta del siglo XVII, Juan Caviedes.

En 1864 publicó *El capitán de Patricios*, novela histórica un tanto ingenua y descuidada en su estilo.

Después del extraordinario libro de Mitre sobre el general San Martín, la biografía histórica a propósito del héroe de los Andes, no tiene un representante más ilustre que don Juan María Gutiérrez.

Reunió sus *Poesías* el año 1860, en un tomo editado por la librería de Mayo.

Falleció Gutiérrez al día siguiente de haberse realizado los grandes festejos del centenario de San

Martín. Su gran corazón dejó de latir después de las intensas emociones de aquel memorable espectáculo en que vió Buenos Aires a todas sus últimas glorias consagrar la primera de la República.

Su sepelio resultó imponente. «¿Por qué ha venido tras este féretro — pregunta el doctor Del Valle en su elocuente discurso — la ancianidad con su paso tardo y sus nubladas ilusiones, la juventud que pisa los umbrales de la vida, la virilidad que se agita en medio de la acción y de la lucha, todos con el rostro velado por tristísimo dolor?

Es que ese féretro encierra los restos de uno de esos hombres excepcionales, que el tiempo ha respetado, para que la generación actual sepa cómo han sido sus nobles abuelos y pueda conservar el recuerdo de esos espíritus privilegiados que nacieron en la aurora de nuestra emancipación, que crecieron en medio de las emociones tumultuosas de una grande época y que se dedicaron con abnegación al culto de la patria, a conservar y levantar sus glorias, a inmortalizar su nombre con grandes hechos o grandes ideas.

Si quisiéramos acompañar al doctor Gutiérrez en su larga existencia, tendríamos que volver a la primera década de este siglo, a los días de nuestros grandes alumbramientos históricos, para seguirle con su generación al través de los tiempos y de los acontecimientos, admirando á Rivadavia y sirviendo de punto de apoyo a su colosal iniciativa, preparando con Echeverría los elementos del porvenir, luchando en el destierro al lado de Varela y Rivera Indarte

contra el sangriento despotismo de Rozas, organizando la república con López y con Alberdi, coadyuvando más tarde a la obra de la reconstrucción nacional con Vélez, con Mitre y con Sarmiento, y poniendo por último toda su actividad, todo su patriotismo, la experiencia de su trabajada vida, los tesoros de su ilustración, el esfuerzo de su fecunda iniciativa, al servicio de la juventud, que debe reanudar en el porvenir la cadena rota de nuestras glorias.»

El gran tribuno a quien pertenecen esos párrafos transcriptos, fué uno de los discípulos predilectos del ilustre don Juan María Gutiérrez, y está en la conciencia de todos los hijos de la generación a quien hablaba en aquel momento solemne, la forma ejemplar cómo siguiera practicando por el ansia de la cultura argentina, el ejemplo de aquella existencia inmaculada.

He aquí una silueta rápida de Gutiérrez, hecha por el mismo Del Valle:

«Bastaba mirarle para leer en su rostro la gracia y delicadeza de su espíritu. Tenía la frente elevada y fugitiva del artista — una de esas frentes serenas y límpidas que no podrían ocultar una mancha si la tuvieran.—Sus párpados pesados cubrían con esfuerzo su mirada sagaz e investigadora, y en las extremidades de sus labios gruesos, que le daban cierto aspecto serio y adusto, se dibujaba la crítica indulgente que podía llegar a la burla mordaz de la sátira vengadora.

Con dificultad la tierra argentina producirá una organización más esencialmente literaria que la del doctor Gutiérrez.»

El compañero de Gutiérrez en su viaje a Europa, fué Juan Bautista Alberdi, citado también varias veces en el presente libro. Nació este ilustre escritor en Tucumán, el 29 de agosto de 1810. Allí pasó su niñez, hasta que en 1825 obtuvo una de las becas del Colegio de Ciencias Morales, establecido en Buenos Aires. Su primer trabajo literario, por orden cronológico, se titula: *Memoria descriptiva de Tucumán.*

En 1837 formó parte de la «Asociación de Mayo» y al año siguiente tuvo que seguir en la desgracia de la emigración a Mitre, Lamas y Rivera Indarte. Establecido en Montevideo se doctoró y fundó *El Iniciador* y *La Revista del Plata.* Después de renunciar la secretaría del general Lavalle, se embarca para Europa y a su regreso se dirige a Chile sin tocar la tierra natal. Allí publicó las *Bases para la organización de la República Argentina,* que completó en 1852, con los *Elementos de derecho público provincial* y el *Sistema rentístico.* Polemizó acerbamente luego con Mitre y con Sarmiento, y, lleno de decepciones, se estableció en París, donde continuó escribiendo opúsculos y artículos que hoy se han coleccionado en libros interesantes.

«Como literato de vigor y colorido, dice Groussac, es inferior a Sarmiento y acaso a López; en él la forma se ajusta tan perfectamente a la idea, que no parece existir: no tiene estilo distinto del pensamiento; y la frase transparente, estrechamente adecuada al concepto, remeda un velo blanco, sobre una blanca desnudez.»

CAPÍTULO XXVII

Los periodistas de la tiranía.—De Angelis.—Otros poetas románticos: Cuenca y Domínguez.

Vemos por lo expuesto, que la tiranía no produjo para ella un artista o siquiera un simple periodista digno de ser rememorado como los escritores de la expatriación. Sólo plumas extranjeras asalariadas trataron de justificar lo injustificable en la letra de molde; y al consignar que no fueron argentinos, una satisfacción ingenua nos llena de regocijo.

En la vida turbulenta del pasado americano se ve junto a los dictadores, caudillos sanguinarios o simples tiranuelos de baja ralea, a uno que otro publicista extranjero.

Don Antonio Bermejo, en el Paraguay, y don Pedro de Angelis en el Río de la Plata, son dos elocuentísimos *espécimen* de esas inteligencias poderosas, que, sin embargo, sucumben ante la dádiva amoral.

El sabio napolitano, de quien ya hemos hecho una ligera referencia al hablar de Echeverría, se hallaba refugiado en París después de la revolución de los carbonarios en Nápoles, y había trocado sus magnificencias de ministro diplomático en San Petersburgo, por las simples obligaciones de colaborador de la *Biografía Universal*, cuando don José Joaquín de Mora

lo propuso a don Bernardino Rivadavia, para traerlo a Buenos Aires y darle un puesto en uno de los establecimientos de educación qne el gran colaborador de Rodríguez pensaba establecer entre nosotros.

De Angelis llegó a Buenos Aires con prestigios de escritor atildado y erudito, debido a los artículos que insertara en París en la *Revista Europea*. Así es que Rivadavia inmediatamente le encomendó la jefatura de *La Crónica,* órgano de su gobierno. Escribía de Angelis los artículos en francés y los vertía al castellano José Joaquín de Mora.

El primer libro que publicó en Buenos Aires este sabio se titula *Cornelli Nepotis vitae excellentium imperatorum, notis selectissimis ilustratae, curante Petro de Angelis, socio Pontoniano. Professore emerito schoale polytenicae regiae academiae napolytanae sodali, 1828.* A partir de esta fecha su talento no cesa de abordar los más diversos temas, como puede colegirse por la lista de las siguientes obras: *Noticias biográficas del brigadier Estanislao López, Páginas biográficas del general Arenales. Consulta* sobre un punto de liturgia eclesiástica; *Miscelánea*, colección de sus más hermosos artículos periodísticos; *Recopilación de leyes y decretos, promulgados en el país, desde 1810 hasta la caída de Rozas;* la ya citada *Colección de obras y documentos*, para ilustrar la historia de las provincias del Río de la Plala; *Libro de lectura* para los niños de las escuelas; *Proyecto de Constitución,* etc. Pero donde se halla lo más brillante de su ingenio, es en *La Crónica*, publicación periodística, también ya citada y que alcanzó a 120 números.

De la consecuencia política de este escritor darán cuenta las siguientes informaciones que sintetizamos escuetamente: en *La Gaceta Mercantil* sostuvo a Lavalle, con igual vehemencia que había aplaudido a Rivadavia y atacado a Dorrego. Durante tres años incensó en *El Lucero* a Viamonte para luego convertirse en un incondicional de Rozas.

Descollaba grandemente en el género histórico. Supo sacar un admirable partido de los documentos que le proporcionaran el canónigo Segurola, Anchorena y García, y de los manuscritos que compró a las viudas de Cerviño y del coronel Cálver.

Don Pedro de Angelis logró manejar con destreza el idioma castellano. Su prosa simple y clara adquiere una rara elocuencia cuando polemiza.

Este hombre tan talentoso como amoral, falleció en Buenos Aires el 10 de febrero de 1859. Angelis, según uno de sus contemporáneos, fué cubierto de lodo por sus enemigos políticos, a los cuales contestaba brutalmente. Se jactaba de escritor venal y hacía broma de ello, anticipándose a los dicterios de sus contrincantes. No sintió nunca la emoción del país y sirvió la causa rozista con iguales entusiasmos que habría exteriorizado si sus enemigos Rivera, Echeverría, López y Sarmiento, hubieran estado en el poder. Su pluma resultaba un objeto de compra y de venta. Sin embargo murió con la orden brasileña de La Rosa, que el emperador le mandó en su lecho de agonía...

Menos significativo que Mármol y que Rivera Indarte, pero tan popular como ellos en cierto mo-

mento, fué don Claudio Mamerto Cuenca, médico excelente, patriota muy sincero y poeta mediocre.

Sus versos, coleccionados en 1861 por el poeta uruguayo Heraclio C. Fajardo, corrieron manuscritos en vida de su autor y se difundieron muchísimo gracias al entusiasmo que despertaban entre las mujeres de aquel entonces. Aun hoy mismo hemos tenido ocasión de oir recitar algunas estrofas de Cuenca, a ciertas venerables matronas que vibran de emoción al evocar las pobres rimas de *Delirios del Corazón*, o alguna tirada de la tragedia *Musa*.

El doctor Claudio Mamerto Cuenca murió en la batalla de Caseros, a la que asistió en su carácter de cirujano del ejército de Rozas; pero como muy bien observa su biógrafo, no figuró entre las legiones enemigas de la libertad, como elemento de la dictadura, sino como un hombre de ciencia que va al sacrificio en holocausto a su sagrada profesión. «Su alma noble y elevada, agrega, no veía en los partidarios de la federación rozista, enemigos de la causa de sus afecciones, sino hermanos extraviados, argentinos en fin, a los que su ciencia podría salvar de la muerte. Y por eso en el hospital de sangre, y cumpliendo con su misión cuando los demás médicos habían emprendido la fuga, vino una bala a cortar su existencia». Y prueba evidente de tales sentimientos, la dan los versos que escribió en el campamento horas antes de la batalla, y entre cuyas estrofas figura aquella que dice:

«Y esto es ni más ni menos lo que ahora
Te está, perverso Rozas, sucediendo:
Estás en tu expiación, y ya la hora
De purgar tu maldad está corriendo.»

Cuenca fué padrino de tesis del doctor Guillermo Rawson, cuando éste se recibió en 1845 de médico. Y traemos tal recuerdo, porque en aquella colación, predijo, con una certeza admirable, al que años después la república había de admirar y llevar a las más altas posiciones de la política.

Otro poeta lírico e historiador muy distinguido, a quien debemos dedicar un recuerdo, es don Luis L. Domínguez, autor de la célebre composición *El Ombú,*—que han recitado de memoria dos generaciones de argentinos,—y de otras no menos notables, como las tituladas *A Mayo* y *A Montevideo.*

Nació Domínguez en Buenos Aires el año 1810. Apenas había concluído sus estudios secundarios tuvo también que emigrar a Montevideo, donde alcanzó un justo renombre de periodista valiente y sincero. Una vez que volvieron los expatriados al suelo nativo, fundó *El Orden* y publicó la primera parte de la *Historia Argentina,* que comprende el período colonial.

Alternó Domínguez sus tareas de escritor con las de la política. Fué ministro de Hacienda de la provincia de Buenos Aires y de la Nación, dedicándose luego con verdadero celo a las cuestiones diplomáticas. Representó inteligentemente a la República en América y Europa, sorprendiéndole la muerte en edad muy avanzada, en el desempeño de la legación argentina ante el gobierno británico.

CAPÍTULO XXVIII

Sarmiento.— El político, educador y el polígrafo.— *Facundo.— Recuerdos de Provincia.*

Ninguno de los escritores citados llegó a producir obras realmente geniales, como don Domingo Faustino Sarmiento, a quien, según Pellegrini, tocóle por patria inmensa heredad inculta en la que aplicó todo el vigor de su alma, a abrir en la espesa selva anchas vías a la civilización. «Le hemos visto, agrega el mismo célebre político, sudoroso, apasionado, febril, empuñar el hacha del *pionner,* abrirse paso al través del espeso matorral de la ignorancia, destrozando errores, preocupaciones; y al encontrarse en su camino con el árbol colosal de la tiranía que cubría a su patria toda con sombra letal, atacar su tronco, herirlo sin tregua y sin reposo, hasta verlo caer con estrépito, abriendo en el bosque inmenso claro, que permitió a un pueblo contemplar el cielo luminoso y aspirar las puras brisas de un porvenir libre.»

Para evocar íntegramente la magnífica figura de Sarmiento, que es uno de los reyes de la especie pensante de nuestra raza, tendríamos que llenar un espacio enorme. Resulta admirable la cantidad de

filones que han salido de esta mina; filones de oro y de hierro; algunos cuarzos durísimos; resulta abismático todo lo que produjo este cerebro que se empina sobre el cerebro americano. Verle antójasenos que es estar oyéndole hablar a gritos. Sus pensamientos vuelan como relámpagos. ¿Qué barca ideal ha ido más arriba? ¿Quién hizo en su época calas más hondas en la vida del continente? Nadie nos ha columpiado tan alto, ni hemos tenido, a excepción de Mitre, un genio de poder revelador semejante.

Acabamos de ver, al estudiar la literatura argentina, que una de las cosas peores del pensamiento americano es que carece casi siempre de contenido americano. Más que en el escritor — y Echeverría resulta un ejemplo — la originalidad de los poetas y pensadores argentinos está en el medio en que actuaban. Y sólo cuando le han reflejado han hecho obra imperecedera.

Facundo o *Civilización y barbarie,* es el libro argentino por excelencia; la nota poética y pictórica más alta que haya dado la literatura americana; sus capítulos vibran de entusiasmo épico y de unción patriótica; pasan de la anécdota aparentemente pueril al concepto filosófico y sociológico; de la descripción del medio a la sicología de los hombres que de ese medio derivan; es el libro de un pensador y de un poeta, del más grande poeta que hayamos tenido.

Esta obra, arquetipo realmente genial entre la literatura castellana, nació con la espontaneidad de las expresiones artísticas inmortales; fué concebida en la expatriación y publicada en los folletones de *El Pro-*

greso de Chile en 1845. Su triunfo repercutió en todo el mundo; la *Revue des Deux Mondes* lo popularizó en Francia y la viuda del célebre pedagogo Horacio Mann en los Estados Unidos y en Inglaterra.

El prologuista de la edición más moderna del *Facundo* dice que es difícil señalar la filiación literaria de este libro portentoso, «como sucede generalmente con todas las obras originales que se inspiran en la realidad y reproducen un medio nuevo, teniendo sobre todo y ante todo en cuenta la fidelidad de la reproducción. Sin embargo, añade, el libro emana visible, aunque remotamente, de los clásicos españoles, en lo que al lenguaje y al giro de la expresión se refiere, aunque se aleje de ellos en cuanto al plan y al método de ejecución, en el que se observa en cierto modo «el desorden lírico» que le da tanta eficacia y tanta elocuencia.»

Calixto Oyuela, en su célebre carta a Rafael Obligado, dice refiriéndose a Echeverría — que como se recordará renegaba de todos los antecedentes coloniales y sólo quería quedarse con la lengua — que precisamente por haberse apartado el autor de *La Cautiva* de lo español y castizo «más de lo que nuestra propia naturaleza consiente, no pudo ser suficientemente americano. No acertó a librarse de la imitación romántico-francesa, como se libró de la seudoclásica española; y pensando en francés escribió en castellano de mediana ley. Afrancesado su pensamiento por influjo del deslumbrador romanticismo, ya no pudo hallar en moldes castellanos su manifestación natural y espontánea.»

Sarmiento, a pesar de su genio personalísimo pensó tan en argentino que hizo un libro lleno del espíritu divino y demoníaco que esparcieron los conquistadores españoles a los cuatro vientos del continente. De ahí, pues, que aquel maestro sublime de la palabra que se llamó Aristóbulo del Valle, dijera al analizar las obras de Sarmiento: «En los *Recuerdos de Provincia* hay páginas dignas de Cervantes, y *Facundo* es la pintura animada de un estado de civilización, si tal puede llamarse la época en que predomina la barbarie: esos libros se leen como el antropologista estudia el documento humano que suele encontrar en el seno de la tierra, para arrancarle la revelación de la vida de su tiempo: con el interés y la pasión de quien busca los antecedentes perdidos de la raza.»

No sabríamos señalar cuáles son los capítulos más hermosos de *Facundo,* tal es el torrente de belleza que se desprende de todos, aun en aquellos en que la unidad de la obra, se esparce en divagaciones ajenas al asunto fundamental. Se ve que el autor fué escribiendo los folletones de *El Progreso,* sin ajustarse a un plan preconcebido; pero si la forma se bifurca en infinidad de incidentes, todos ellos —interesantísimos y vigorosamente expuestos—se reunen al fin y a la postre en un mismo cauce espiritual.

Desde aquella introducción impresionante que comienza diciendo: «¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú po-

sees el secreto: ¡revélanoslo! Diez años aun después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: «¡No! ¡No ha muerto! ¡Vive aún! ¡Él vendrá!» —hasta el capítulo de Barranca Yaco, un mismo pensamiento sigue como la sombra al cuerpo al alto genio del autor, cuya vida además es bella e intensa. Nació en San Juan de Cuyo el 15 de febrero de 1811. En los *Recuerdos de Provincia,* y especialmente en las páginas dedicadas a exaltar la memoria de su madre, Sarmiento nos cuenta por menudo los primeros años de su infancia.

Hijo de antigua y noble familia española que poseía escasos bienes, debió su primera educación a su pariente el capellán José Oro. El maestro dió a su discípulo algunas lecciones de gramática y latín; le enseñó sobre todo a amar la patria y la libertad. Júntense a esto algunas nociones de matemáticas y agrimensura recibidas de un ingeniero francés, de nombre Berreau, y se tendrá idea del caudal con que el joven Domingo entró en la vida. Sarmiento, a los quince años de edad, abrió una escuela para instruir a ocho discípulos de veinte años, que aun siendo todos hijos de padres ricos, jamás habían tenido ocasión de aprender a leer. A los diez y seis años estableció un almacén y se hizo comerciante; a los diez y siete era instructor de reclutas y segundo director de la escuela militar de San Juan; a los diez y ocho tomó las armas contra Rozas y Quiroga. Vencido en la primera refriega, para escapar del su-

plicio, se refugió en Chile. Para ganar el sustento ensayó toda clase de oficios. En 1833 era dependiente en Valparaíso y ganaba por mes 16 pesos, que empleaba en comprar libros; algo más tarde vivía en Copiapó, dirigiendo una mina y traduciendo a Wálter Scott. En todas las situaciones, su pasión era instruirse; soldado, maestro de escuela, prisionero o comerciante, necesitó libros. Así, en medio de una vida siempre agitada, aprendió el francés, el inglés, el italiano y el portugués. De regreso en su pueblo natal (1836), estableció allí lo que no se había visto hasta entonces: una escuela para las niñas. Tres años después fundó un diario, *La Sonda,* periódico no político, que trataba del beneficio de las minas, de la siembra de las moras, y que hablaba algunas veces de moral y de educación. Pero el gobernador de San Juan, Nazario Benavides, confiscó el diario y puso en la cárcel al periodista. Los soldados de Benavides, no satisfechos todavía, sacaron a Sarmiento de la prisión y lo maltrataron al grito de ¡Mueran los salvajes unitarios! Domingo se escapó de las manos de aquellos furiosos y pasó la frontera. Refugiado otra vez en Chile, fué recibido por Manuel Montt, entonces ministro y más tarde presidente de Chile. Fundar escuelas y diarios en Chile fué la obra a que se dedicó Sarmiento con un celo que no desmintió jamás. Hacia 1832, queriendo un tribunal de Santiago castigar a un ladrón que había robado un candelabro de la Virgen en la iglesia de la Merced, no había encontrado mejor cadena que sentenciarlo a «servir» en Copiapó, durante tres años, de «maestro de

escuela». En 1842 logró Sarmiento fundar en la misma ciudad una escuela normal, que desde aquel momento suministró a Chile maestros excelentes. Después de haber pasado tres años en la dirección de ese instituto, Sarmiento hizo un largo viaje a Europa y a los Estados Unidos para estudiar las cuestiones educacionales. Vió a Guizot en Francia, a Humboldt en Alemania, encontró a Cobden en Barcelona, y se ilustró al lado de estos hombres distinguidos. Pero el que ejerció en su ánimo mayor influencia fué Horacio Mann, a quien visitó en Boston. Volviendo (1847) Sarmiento de su viaje con un libro «sobre la educación popular», el gobierno chileno lo mandó publicar y esparcir a su costa. Por su parte, Sarmiento creó toda una literatura para las escuelas, desde el silabario más sencillo hasta aquellos libros de moral que, esparcidos en las más humildes chozas, llevan allí la luz y la civilización a los padres por medio de los hijos.

En los diarios de Chile, al propio tiempo que se ocupaba de las escuelas, hacía una guerra perpetua a la tiranía de Rozas e impedía que la opinión se adormeciese.

Con Mitre, Urquiza y Paunero ocupó el primer puesto en la batalla de Caseros, que en 3 de febrero de 1852 decidió la caída de Rozas.

Dos días después, el coronel Sarmiento, delante del bufete del dictador derribado, tuvo el placer de escribir el relato de la victoria con la misma pluma de Rozas, según ya lo hemos dicho.

Volviendo a la patria a los cuarenta años, después

de una ausencia que había durado cerca de veinte, traía aquí ideas nuevas. Había estudiado de cerca a los Estados Unidos y modificado lo que tenía de absoluto su símbolo unitario. Pero en un punto Sarmiento volvía más fiel que nunca a las convicciones de su juventud. Regenerar la república por medio de la educación popular, era su mayor ambición. Sería largo enumerar todo lo bueno y grande que realizó desde entonces hasta su muerte. Enviado con cargos diplomáticos al Perú, Chile y los Estados Unidos (1865), Sarmiento conquistó una respetable posición que debió a su amor a las instituciones republicanas.

Después de seis años de ausencia de su patria en servicio de ella, recibió Sarmiento el honor de ser elegido presidente de la república por el período constitucional que seguía al del general Bartolomé Mitre.

La ramplonería periodística y literaria de su época tildó a Sarmiento de « loco ». Contribuyó a ello, más que las salidas raras y geniales, de cuya intensidad nos da cuenta la colección de anécdotas reunidas por Augusto Belín Sarmiento, la manera constante en que el autor de *La vida de Abrahán Lincoln* vivió admirándose a sí mismo en una completa certeza de su genio y de su inmortalidad. Todo buen auto-espectador acaba mal. El abismo íntimo se lo traga, y sólo desquiciado sale de su propio torbellino. De estos buzos de sus propios pozos están llenos los manicomios. Pero Sarmiento supo salir incólume de entre las llamaradas de sus visiones. Fué superior, enormemente superior a su tiempo y a todos los tiempos. Aun hoy mismo el país le vendría chico...

La obra de Sarmiento resulta imponente. Pasa de la historia a la didáctica, de la sociología a la ciencia política; del libro de amena literatura al comentario ancho y hondo de nuestra vida institucional. Orador o periodista, presidente de la república o ministro, fué siempre un educador y un sembrador de nobles ideas.

Al contemplarle en el bronce que se levanta glorioso en el mismo sitio donde la tiranía tuvo su sede, parece como que le estuviéramos oyendo clarinear el tan popular discurso suyo *A la bandera argentina, esa bandera que cumplió ya la promesa que el signo ideográfico de nuestras armas significa.* Y por entre la floresta de Palermo antójasenos que la voz del prócer cruzara diciendo: «Las naciones, hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse á los otros pueblos, lobos y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo ni hipogrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados pretenden amedrentar al extranjero. El sol de la civilización que alboreaba para fecundar la vida nueva; la Libertad con el gorro frigio sostenido por manos fraternales como objeto y fin de nuestra vida; he ahí cuanto ofrecieron nuestros padres y lo que hemos venido cumpliendo nosotros como república, y harán extensivo a todas esas regiones, como nación, nuestros hijos. Que la bandera argentina flamee por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, a lo alto de los mástiles de nuestras naves y a la cabeza de nuestras legiones: que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa.»

CAPÍTULO XXIX

LA POESÍA POPULAR

Los poetas gauchescos.— La milonga.— El *Cancionero Argentino*.— El arte tradicional.— Juan Gualberto Godoy.— Bartolomé Hidalgo.

La poesía popular en América ha tenido muchos cultores anónimos, según ya lo hemos insinuado antes de ahora en el presente trabajo. Pero en ninguna parte ha alcanzado formas tan admirables como en la República Argentina, pues si bien es verdad que entre los poetas uruguayos modernos podemos anotar algunos de primer orden en este género, ellos no han hecho otra cosa que imitar felizmente a los creadores interesantísimos nacidos en nuestras pampas.

Estudiando los orígenes remotos de tal poesía en cierto modo indígena, hallaríamos semejanzas de ritmo y de rima, con las cantigas, cantilenas, cantares, cuartetas, redondillas, quintillas y rimas que escribieron en España el arcipreste de Hita y Francisco Salinas; con los diálogos rústicos de la poesía gallega y bable, con las coplas de Mingo Revulgo y las églogas de Juan del Encina.

Las formas más frecuentes, como observa Joaquín

Costa, para exteriorizar estos estados de conciencia de la musa popular, son las de cuatro pies rítmicos o versos en las coplas vulgares, y la de siete en la graciosa y sabrosísima variedad de las seguidillas. Ordinariamente, la música con que el gaucho se acompaña sus milongas, sus cielitos, gatos y tristes, requiere cinco o seis versos, y sólo consigue acomodarlas a ella mediante el artificio de repetir el primero, una vez al principio, o dos veces, una al principio y otra a la conclusión. La milonga corriente se compone de cuatro versos, asonantados o consonantados, según puede verse en los siguientes ejemplos:

«Santos Vega el payador,
Aquel de la larga fama,
Murió cantando su amor
Como pájaro en la rama.»

—

«De terciopelo negro
Tergo cortinas
Para enlutar mi cama
Si tú me olvidas.»

Es realmente sensible que no se hayan coleccionado hasta la fecha todas las canciones anónimas de nuestro pueblo, y sólo gracias a las tres expresiones estupendas que nos legaran Ascazubi, Hernández y del Campo, en su *Santos Vega*, *Martín Fierro* y el *Fausto,* respectivamente, la poesía gauchesca neta, no ha desaparecido totalmente en esta tierra ante la olada cosmopolita que ha llevado al rancho pampeano desde la *Marianina* al *fado* portugués, los sentimientos de los pueblos más diversos y más antitéticos a la modalidad argentina.

En el fondo, todas las canciones populares se parecen; y de tales semejanzas dan cuenta cabal y exacta las composiciones hechas por los poetas artísticos sobre la base de la canción anónima. Beranger, en Francia; Moore, en sus Melodías Irlandesas; Burrus, en Escocia; para no citar más que a los más significativos, han realizado en su medio lo que Hernández y Ascazubi en el nuestro. Pero ninguno de ellos pudo desprenderse del subjetivismo lírico, que en la poesía gauchesca suele verse substituída brillantemente, intensamente, por cierto soplo épico, himnico, episódico, elegíaco, satírico y cómico, que la convierten en una de las más grandes expresiones populares artísticas de la raza y quizá la primera, si no la aventajase en su inagotable fecundidad, en el deslumbramiento de su metafísica, el romancero castellano.

Los cancioneros argentinos no han exteriorizado solamente lo que sintieron y pensaron; supieron inspirarse en la realidad exterior, relacionar un fenómeno de la Naturaleza con los ideales que acaricia la fantasía, contraponiendo o aplicando su criterio al suceso rememorado, para deducir de él una enseñanza o expresar el alborozo o el dolor.

Esta última variedad, que tantísimos puntos de contacto tiene con el romancero, llega a bárbaras sublimidades cuando el espíritu nacional se siente propulsado por una idea de rebelión. La viva llama del entusiasmo patrio se exalta, se centuplica para apasionar a las multitudes.

Joaquín Costa, al estudiar las formas literarias del

cancionero español, dice admirablemente que ese registro de odios y venganzas dura poco. Y luego agrega: «Estas canciones deben ser sorprendidas y fijadas a raíz de los sucesos que les han dado ocasión de nacimiento. Los grandes dolores, como las grandes alegrías sociales, se desvanecen pronto; la historia envejece con mucha rapidez; los más exaltados transportes del entusiasmo público pasan en un día: con las preocupaciones inmediatas del presente, relegan muy pronto los pueblos sus angustias de ayer al panteón de las remotas historias, rara vez evocadas por su fantasía, ni aun para valerse de ellas como enseñanza. Mientras el hecho se consuma da ocupación al bello arte y la canción sigue todas sus inflexiones y vive de su propia vida; consumado aquél, el ciclo se cierra; el pueblo regresa a la vida privada, y la musa lírica vuelve un momento después a predominar sobre la narrativa y la épico-lírica». Tal sucede con nuestra poesía popular que después de la epopeya emancipadora olvida los cantos del vivac para entonar al son de la guitarra tiernas endechas de amor y lúgubres expresiones elegíacas. Surge entonces en nuestro cancionero todo el sedimento andaluz, mezcla de cristiano y de musulmán. Y es allí donde está la fuente más pura de nuestra poesía; la fuente donde en día lejano irá a abrevar su sed de argentinismo artístico este pueblo hoy desquiciado espiritualmente por culpa de los rapsodistas, imitadores o simples plagiarios de las literaturas dos veces extranjeras por la lengua y por el medio que evocan.

No importa que la tarantela haya substituído al cielito y que el acordeón haya hecho olvidar a la guitarra de nuestros gauchos.

La poesía tradicional, lamentablemente olvidada o desvirtuada por la tradición oral, ha tenido entre nosotros sus imitadores literarios desde principios del siglo XIX. Ya hemos hablado de ese mal coplero y capellán del *Fijo de Buenos Aires,* don Pantaleón Rivarola, a quien Menéndez y Pelayo llama precursor del género popular, olvidándose de quien en realidad lo es. Nos referimos a Juan Gualberto Godoy, que ensayó, mucho antes que el mismo Bartolomé Hidalgo, el metro de los payadores.

De este poeta popular, se tienen pocas noticias, y sólo gracias a Domingo Faustino Sarmiento (hijo) que publicó en 1865 un juicio crítico sobre la obra de tan estimable ingenio, han podido llegar también hasta nosotros datos de su vida.

Godoy nació en Mendoza el 12 de julio de 1793 y falleció en la misma ciudad el 16 de mayo de 1864. Fué alumno predilecto de don Alejo Nazarre, aquel buen maestro que trocara desgraciadamente el puntero por el bastón de gobernador, después de 1810. Tenemos en nuestro archivo algunos cuadernillos escritos por Godoy con una caligrafía admirable. Son copias de fragmentos de *La Araucana,* de Ercilla y de algunas letrillas de Quevedo, hechas en las clases de Nazarre. Parece que hasta los últimos dias de su vejez conservó tal habilidad en la escritura, y que en

ciertos momentos supo explotarla como pendolista de algún notario.

Las primeras composiciones poéticas que produjo Godoy fueron publicadas, a invitación de Lafinur en *El verdadero amigo del país*. Y cuando Hidalgo hizo populares en el Río de la Plata sus diálogos patrióticos entre Chano y Contreras, ya eran conocidísimas en Cuyo, especialmente entre la gente baja, las «salidas» criollas salpicadas de modismos que desde 1818 escribía Juan Gualberto Godoy. Logró su mayor éxito en ese estilo con el diálogo titulado *Corro*, en el cual refiere un gaucho muy pintorescamente cierta derrota militar ocurrida en Salta.

Godoy tenía además pasión por el periodismo satírico, también escrito en graciosísima jerga criolla. En *El Eco de los Andes*, que fundó en 1824, y luego en *El Huracán,* publicó retratos satíricos en prosa y verso llenos de sabor de la tierruca. Algunos de *El Huracán* resultaron tan agresivos, que el gobierno de Mendoza cerró la imprenta donde se editaba ese periódico. Entonces se trasladó a Buenos Aires, de donde pasó a Dolores primeramente y, luego al Tuyú, hasta 1830, que regresa a su ciudad natal. Adversario a la tiranía de Rozas, vese obligado a atravesar la cordillera de los Andes en pleno invierno. Establecido en Santiago, continúa cultivando la poesía satírica, pero ya fuera del medio que le inspiró sus más feroces diatribas, su estro se resiente de falta de inspiración y de gracia. Sin embargo, por aquella época escribió *Las llanuras de mi patria* y *El ciprés,*

dos bellas composiciones líricas, que pueden ser leídas en el tomo primero del *Correo del Domingo.*

Claró está que ninguna de las producciones de Godoy llega a eclipsar la justa fama de las de Bartolomé Hidalgo. Este poeta, nacido en el Uruguay, pero criado en la provincia de Buenos Aires desde su más tierna infancia, es autor de un gran número de diálogos deliciosos que recuerdan por su naturalidad y por su gracia retozona a los mejores de don Ramón de la Cruz en sus inmortales sainetes. También como el autor del *Muñuelo* y de *Las castañeras picadas,* Hidalgo escribió para el teatro; pero aunque dialogaba con mucha soltura le faltaba la visión del escenario. Sus «impersonales» o monólogos y algunas petipiezas manuscritas que poseemos, tienen exceso de gracia, los tipos están bien evocados, pero carecen de la noción del tiempo. El autor parece haberse olvidado del público, tal es la frondosidad con que se expresan todos los personajes, hasta el punto de que un simple sainete suyo de cuatro personajes y en un acto, dura de lectura casi hora y media. Valdría la pena que algún sainetero nacional, como un homenaje al autor de *Jacinto Chano,* intentase refundir estas piezas, aprovechando los principales diálogos llenos de saladísimas expresiones epigramáticas, que harían hoy la delicia del público que concurre a los teatros criollos, como la hicieron en Montevideo y Buenos Aires en 1822.

Las composiciones de Bartolomé Hidalgo se hallan desperdigadas en folletos sueltos, en *La Lira Argentina,* en el *Parnaso Oriental* y en la *América poé-*

tica. Entre ellas merece recordarse muy especialmente la *Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano, de todo lo que vió en las fiestas mayas de Buenos Aires en el año 1822*. Es una de las expresiones más bellas y más espontáneas de poesía gauchesca en el Río de la Plata.

Bartolomé Hidalgo murió en uno de los entreveros de la guerra civil.

CAPÍTULO XXX

Hilario Ascazubi. — *Aniceto el Gallo.—Santos Vega o Los Mellizos de la Flor.—Paulino Lucero.*—Diletantismo artístico de los poetas gauchescos.

Tan popular como el ingenio que acabamos de citar fué en su época Hilario Ascazubi, nacido en el pueblo de Fray Bentos (provincia de Córdoba), el año 1807, en circunstancias un tanto dramáticas, pues su madre lo dió a luz bajo una carreta, en una noche de temporal horroroso.

La familia de Ascazubi se trasladaba de Córdoba a Buenos Aires, y tuvo que hacer alto la caravana en medio del camino, para que se verificase el alumbramiento.

El autor de *Aniceto el Gallo* pasó los años de su niñez en Buenos Aires y los de su juventud lejos de la patria. Recorrió los Estados Unidos de Norte América, la Guayana francesa y Bolivia, de donde bajó a Salta en 1827, para incorporarse al cuerpo de infantería que se organizara en esa provincia con destino a la guerra del Brasil, sirviendo desde entonces valientemente a las órdenes de Paz y de Lavalle. Terminada la campaña que dió la libertad a la Banda Oriental, Ascazubi se establece en Buenos Aires y se afilia entre las avanzadas gloriosas del partido unitario.

La historia de las persecuciones y martirios de la época de Rozas, se repite una vez mas. Ascazubi fué encerrado como Mármol y como Rivera Indarte en un calabozo de la cárcel, donde permaneció sufriendo lo indecible más de dos años. Pero como si adivinase el tirano la oposición que había de hacerle este escritor, que era además un valiente soldado, ordenó su fusilamiento, que no pudo llevarse a cabo porque Ascazubi trepó audazmente a la azotea de la cárcel y se dejó caer desde una altura de veinte metros al foso que circunvalaba las murallas. Un tanto descuadrilado, pero con vida, logró fugarse a Montevideo, para declarar guerra a muerte a la tiranía, cediendo hasta sus bienes de fortuna. El doctor Elizalde escribe al respecto lo siguiente: «El coronel Ascazubi, con sus fondos particulares proveyó de armas al general Lavalle, armó y tripuló un buque a sus expensas durante la cruzada del mismo general, y su casa y su fortuna estuvieron siempre a disposición de sus compañeros de emigración.»

En la batalla de Caseros fué ayudante del general Urquiza. Pero no es sólo por su valor denodado y por sus altiveces ciudadanas por lo que su nombre se halla vinculado a los recuerdos más caros de este pueblo. Lo que lo dignifica y lo hace en cierto modo inmortal, es su amor a la poesía que cultivó tan gallardamente como sus virtudes patricias.

Don Vicente Fidel López, al estudiar la personalidad literaria de Ascazubi, dice: «Es un poeta dotado de una admirable fecundidad en la concepción y en

los detalles de sus cuadros. Parece que para hallar el encanto con que sabe hechizar a sus lectores, le basta tenderse sobre el vasto y magnífico suelo bañado por la Naturaleza; tal es la precisión de sus pinturas y el amenísimo y verídico colorido con que hace resaltar los personajes y los hábitos nacionales que idealiza.» Don Juan María Gutiérrez dedica también entusiastas elogios a la obra de Ascazubi, en varios artículos literarios y noticias bibliográficas; y el notable crítico Torres Caicedo le compara a Ganín y a Beranger.

Durante su última residencia en París, el año 1873, reunió en tres tomos una mínima parte de su vastísima producción, con los títulos siguientes: *Santos Vega o Los Mellizos de la Flor, Aniceto el Gallo* y *Paulino Lucero.*

El más interesante se nos antoja el segundo volumen, que es un extracto en prosa y verso del periódico que publicara Ascazubi rememorando los incidentes de mayor relieve durante el sitio que sufrió Buenos Aires el año 1853, por las tropas de Urquiza.

Ascazubi escribía casi siempre sus composiciones en octosílabos asonantados; a veces se encariñaba con la décima y solía forjar algunas muy armoniosas y de gran efecto, aun hoy mismo si se las recita o canta al son de la guitarra.

El lenguaje que emplea este poeta es el mismo que usaron luego del Campo y Hernández, tan pintorescamente. En realidad es el castellano del siglo XVI desvirtuado por cierto caudal de americanismos o de

barbarismos. Por lo regular estos barbarismos resultan de alteraciones fonéticas, y no es difícil hallar tras el apócope de infinidad de palabras, arcaísmos netamente castellanos, o expresiones andaluzas.

CAPÍTULO XXXI

Estanislao del Campo. —*Las impresiones del gaucho Anastasio el Pollo.*—Juicio de Joaquín V. González sobre esta obra.—Fragmentos del *Fausto.*—Una carta de Guido y Spano.

Claro está que ninguno de los poetas gauchescos citados hasta ahora — ni del Campo y Hernández, que estudiaremos luego, mucho menos — pueden ser calificados de «payadores», pues como muy bien observa Menéndez y Pelayo «hay en sus obras mucho «diletantismo» artístico». Estanislao del Campo, por ejemplo, que es más poeta que Ascazubi y más artista en lo que a la forma se refiere que Hernández, llegó hasta cometer equivocaciones que el puro estilo campero desdeña, aun hoy mismo en que la jerga criolla ha evolucionado hacia un innoble «patois» a base de ese napolitano pervertido que se conoce por «cocolichismo». Precisamente, en homenaje a la belleza de la forma, del Campo sacrificó la verdad del lenguaje criollo, en muchos fragmentos de *Las impresiones del gaucho Anastasio el Pollo,* después de la representación de la ópera de Gounod hecha sobre el *Fausto* de Goethe.

La primera edición del *Fausto* de Estanislao del Campo fué vendida a beneficio de los hospitales mi-

litares, produciendo en dos semanas la suma de 25.000 pesos. Pero esa difusión del bello opúsculo, no significa nada, como suceso de librería, si se piensa que después de cuarenta años de su primera aparición, continúanse vendiendo nuevas ediciones editadas copiosamente en Barcelona.

Fuera de los libros de Eduardo Gutiérrez y del *Martín Fierro,* el *Fausto* de Estanislao del Campo es la obra poética argentina más popular y difundida, no tan sólo en América, sino también en España. Su éxito no puede ser más justificado. El doctor Joaquín V. González, en su admirable libro *La tradición nacional,* interpretando bellamente las causas lógicas del entusiasmo colectivo dice a propósito de esta obra lo siguiente: «El poeta ha preparado el efecto de su diálogo con mano maestra: le ha dado por escenario la Pampa misma, donde sus dos interlocutores se sienten soberanos de la Naturaleza, y se entregan sin testigos a los libres transportes de su alma sencilla, llena de sentimientos grandiosos, melancólicos o tiernos, y de supersticiones infantiles que a cada momento estallan en espantos súbitos, cuando la imagen de Mefistófeles se atraviesa en el relato como una exhalación de fuego... Aumenta el encanto y la majestad de la escena, el idioma propio de sus actores..., que se presta admirablemente para la expresión espontánea y genuina de las ideas que tanta escena maravillosa despierta en sus cerebros deslumbrados. El poema se desenvuelve en un diálogo sabroso, en el que cruzan como nubes coloreadas por el iris, los cuadros más brillantes de nues-

tra Naturaleza, pintados por el artista de la Pampa en su lenguaje saturado de gracia de imágenes, de novedad y de color inagotables.»

Son contados los argentinos que no saben de memoria fragmentos del *Fausto*. Muchas de sus décimas o de sus deliciosas cuartetas descriptivas, suelen ser cantadas al son de la guitarra; y de todo el poema, el pueblo ha desprendido versos sueltos para enriquecer su refranero. ¿Qué poeta castellano aventaja a del Campo en la fuerza pletórica que luce la descripción que a continuación incluímos?

«El sol ya se iba poniendo,
La claridá se ahuyentaba,
Y la noche se acercaba
Su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
Una por una salían,
Y los montes parecían
Batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
En el corral prisioneras,
Y ya las aves caseras
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
Triste los aires rompía,
Y entre sombras se movía
El crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
De silenciosa laguna,
Al asomarse la luna
Se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido
En las hojas trompezaban,
Los pájaros que volaban
A guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando
La hoja de la higuera estaba
Y la lechuza pasaba
De techo en techo chillando...»

¿Quién no «ve» al diablo de este poema, cuando aparece «jediendo» a azufre y soltando aquella

..... «risa tan fiera
Que toda la noche entera
En mis orejas sonó?»

¿Quién no se ha sentido hondamente conmovido al ver reproducida por el gaucho candoroso la escena en que Mefistófeles llega con su infernal guitarra a la ventana de la infeliz Margarita, donde

«Ella creía que como antes
Al ir a regar la huerta,
Se encontraría en la puerta
Una caja con diamantes?»

A la pobre seducida, en cuyos ojos hundidos

«Las lágrimas se secaban,
Y entretemblando rezaban
Sus labios descoloridos.»

Y a la que

«Soltar al aire su queja
Será sólo su consuelo
Y empapar con llanto el pelo»

del hijo de su desventurado idilio?

Ricardo Gutiérrez, el gran poeta de *Lázaro* y de *La Fibra Salvaje,* en una carta que escribió a Estanislao del Campo con motivo de la publicación del *Fausto,* le decía:

«El doctor Cané — se refiere al padre de Miguel Cané, el tan conocido autor de *Juvenilia* — que era un talento literario muy notable, escribe en una de sus novelas, que el tipo del gaucho es digno del estro de Byron, y yo pienso humildemente que en el corazón de Quiroga había tela para el mismo Shakespeare.

El que se acerque, entonces, más a aquellos corazones extraordinarios, por la mayor fuerza de su genio, estará más próximo a la interpretación de su mundo, y al foco de nuestra poesía popular y tradicional, inagotable en encantos.

Usted ha venido al terreno más difícil, pero al más grandioso: la majestad está siempre en esa especie de topografía humana que se halla a la superficie. Es por eso que su leyenda está colorida con los dos tintes más sublimes de la poesía, — la filosofía y el sentimiento, — que son los arqueos de la expresión: el que sube sobre este trípode está en el camino de la cabeza, de donde se domina todo accesorio: el que entra al espíritu domina la materia: así, Hidalgo, no ha copiado al gaucho; ha mirado con los ojos del gaucho; no se ha amanerado a su sentimiento, ha sentido por su corazón.

Todas estas dificultades redundan en provecho de usted una vez que se ha levantado a la atmósfera de la interpretación verdadera: *Anastasio el Pollo* es aquí de la raza de Santos Vega.

Ha tomado usted el tema espléndidamente, haciendo gala de recursos desconocidos que todavía no había manifestado en poesía, — y me permito decirle que esto es culpa suya, porque antes, en todo lo que ha escrito, sólo ha querido «ver» las cosas como un paisano, y hoy las ha «sentido» como él.

El *Fausto,* Anastasio, es lo más notable que he visto a propósito del poema de Goethe, y no encuentro nombre de poeta americano que no se hallara favorecido al pie de muchas estrofas.

La introducción es un hermoso trozo de descripción local, un bello cuadro de costumbres, de mano maestra. Hay en todo ese prólogo una infinidad de imágenes comparativas, de peculiaridades de frase y de toques generales que ocuparían mucho espacio para ser transcriptas.

El cuadro donde comienza la narración tiene un raro interés descriptivo que hace apresurar la lectura en busca de los incidentes graciosísimos que se suceden sin descanso: cada estrofa, cada verso, y a veces cada palabra, rebosa de pensamiento y de interpretación.

La tercera parte tiene una novedad especialísima, comprendida en los recursos que hasta hoy no había desplegado usted; — tiene un caudal de encantadora y sentimental poesía, revestida de una sencillez tan admirable, que no la hace extraña en la boca de un paisano.

Aparte, pues, del mérito genérico de su *Fausto,* reconozco con particular sorpresa (no sabía que usted era un poeta tan serio) la hermosura del trozo descriptivo del mar.»

He aquí algunos fragmentos de esa parte del poema que tan admirable nos parece también a nosotros:

«—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita
Cuando a gatas la puntita
Del sol comienza a asomar!

Ve usted venir a esa hora
Roncando la marejada,
Y ve en la espuma encrespada,
Los colores de la aurora.

A veces con viento en la anca
Y con la vela al solcito,
Se ve cruzar un barquito
Como una paloma blanca.

Otras, usté ve patente
Venir boyando un islote,
Y es que trai un camalote
Cabrestiando la corriente.

Y con un campo quebrao
Bien se puede comparar,
Cuando el lomo empieza a hinchar
El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
A la playa a gatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen
Las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos
En que la mar ha bajao,
Cair volando al desplayao
Gaviotas, garzas y patos.
....

Y no sé qué da al mirar
Cuando barrosa y bramando,
Sierras de agua viene alzando
Embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo
Se amostrase retobao,
Al mirar tanto pecao
Como se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir
Cuando el Señor la serena
Sobre ancha cama de arena
Obligándola a dormir.»
.....

Estanislao del Campo escribió además de este poema otras composiciones muy estimables que se hallan coleccionadas en un volumen impreso en 1870. Fué periodista en *Los Debates* y en *El Nacional* y ocupó una banca en el Congreso de la Nación, después de haber desempeñado con general aplauso las funciones de secretario del gobernador de Buenos Aires.

Tenía una gracia picante para improvisar epigramas y de ella dan cuenta infinidad de chascarrillos que no se imprimieron nunca por su excesiva crudeza.

En el género gauchesco produjo después de *Fausto* el *Gobierno Gaucho,* composición muy popular también en los últimos representantes de la leyenda gaucha.

A propósito de esta manera poética de del Campo, el dulce cantor de *Amira,* nuestro admirable Guido y Spano escribió lo siguiente al autor del *Fausto*:

«Plácemes, trovador paisajista, por habernos puesto en íntima relación con esos «aparceros». Parias de nuestra sociedad, llenos de galas postizas y descoloridas por la adopción de costumbres exóticas, se van a conversar al río, que con la pampa de donde vienen,

son las únicas cosas grandes que nos van quedando. Parientes de Santos Vega, «aquel de la larga fama», se perderán como él en el desierto, perseguidos y errantes, después de haber exhalado sus trovas al pasar por la «ciudad» que, envuelta en una atmósfera pesada y deletérea, aspira con deleite el perfume de las flores campesinas arrancadas por la mano de sus románticos pastores.

Buenos Aires, olvidada de sí misma, envanecida con su lujo europeo, escuchando con avidez los cantares que le recuerdan su juventud y su inocencia perdida, se me figura á Linda de Chamounix, estretremecida y ruborizada en medio de la pompa que la cerca, y que deslumbra su virtud, al escuchar las armonías agrestes de sus nativas montañas.

Usted que no haría un gran papel tocando la zampoña de *Pierrotto,* puntea admirablemente la guitarra, que vale tanto como cualquier otro instrumento desde que entre sonrisas haga sentir y recordar.»

CAPÍTULO XXXII

Martín Fierro.— El pueblo de las campañas pastoras argentinas.— Exito enorme de Hernández con su poema.— Estilo y caracteres de la obra. —Filosofía que de ella surge.— Elementos sicológicos que definen al gaucho.— El *Héroe* pampeano.

Pero el tipo gaucho evocado más acabadamente en nuestra literatura es el de *Martín Fierro,* que dió ancho campo a la musa inspirada y razonadora de José Hernández, para hacer un poema genuinamente popular y la obra arquetipo dentro del género a que pertenece.

Martin Fierro, después de su colosal difusión en el Río de la Plata, especialmente durante cinco años, cayó en completo olvido; y a no haberse transformado el poema en un mal drama criollo que representaron las primitivas compañías «nacionales», para las generaciones posteriores a la federalización de Buenos Aires, el gaucho de Hernández habría pasado a la categoría de un personaje fabuloso.

Es muy corriente que todo el mundo hable de la *Biblia* sin conocer apenas unos cuantos versículos; diariamente oímos opinar y discutir sobre la *Divina Comedia* o el *Don Quijote,* obras que solamente de oídas conoce la mayoría; con el *Martín Fierro* acontece lo que con muchas de las grandes obras de las

literaturas de los tiempos pasados: todos las mientan y traen a colación versos sueltos que se han convertido en refranes, apotegmas o pensamientos de uso corriente; pero muy pocos son los que las han leído íntegramente.

El pueblo de las campañas pastoras de la república es el autor verdadero del renombre que goza *Martín Fierro*. Sin los doscientos artículos críticos o bibliográficos que se escribieron en la república y en Montevideo a raíz de su aparición, en el año 1872, este poema habría alcanzado su enorme popularidad. Al rancho solitario o a la alegre pulpería, o al contingente trágico, no llegaron nunca los elogios que la obra de Hernández arrancara entusiastamente a José Manuel Estrada, Nicolás Avellaneda, Bartolomé Mitre, Miguel Cané (padre), Ricardo Palma, José Tomás Guido, Adolfo Saldías y tantísimos otros que escribieron en los diarios y revistas del continente.

El editor de *Martín Fierro*, dice: «Cuarenta mil ejemplares desparramados por todos los ámbitos de la campaña han constituido la lectura favorita del hogar, de la pulpería, del soldado. Más aún: en algunos lugares de reunión se creó el tipo de «lector» en torno del cual se congregaban gentes de ambos sexos, para escuchar con oído atento esa relación de la vida gauchesca.» Y así se dió el caso de que millares de analfabetos se encariñasen en tal forma con el poema, que para conocerlo íntegro, aprendieron a leer, convirtiendo los consejos del viejo Vizcacha en Anagnosia.

El *Martín Fierro* había pasado a la categoría de

«cosa» casi imprescindible en la campaña como el mate ó el asado, y prueba de ello es el fragmento de una carta de Avellaneda, que dice así: «Uno de los clientes de mi estudio de abogado, almacenero por mayor, me mostraba ayer en sus libros los encargos de los pulperos de campaña: — «doce gruesas de fósforos, una barrica de cerveza, 20 «vueltas de *Martín Fierro,* cien cajas de sardinas»...

¿Qué tenía este poema para apasionar en forma tan elocuente al pueblo, que llegaba a las pulperías en busca de una «cosa» que no se bebía ni se comía? Es que era todo aquello el reflejo de la vida gaucha vista a través de un temperamento de gaucho; era minuto por minuto la reproducción de las angustias, las esperanzas, las tristezas, las alegrías, del paria de la Pampa.

«...que nada gana en la paz
Y es el primero en la guerra—
No le perdonan si yerra,
Que no saben perdonar,—
Porque el gaucho en esta tierra
Sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
Para él las duras prisiones,
En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre;
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres,

Si uno aguanta, es gaucho bruto—
Si no aguanta, es gaucho malo—
Déle azote, déle palo!
Porque es lo que él necesita!—
De todo el que nació gaucho
Esta es la suerte maldita.

Parecen surgir estos lamentos de los redaños del alma pampeana.

Hernández, en una carta a su amigo José Zoilo Miguens, explica el concepto de su obra. Vamos a reproducir algunos párrafos de esa epístola, que viene a demostrar cómo el poeta de *Martín Fierro* supo pasar de la altura del corazón de su pueblo para interesarle también la cabeza, como se había despertado en su conciencia el ímpetu de los deberes del hombre. El poeta dice:

«Al fin me he decidido a que mi pobre *Martín Fierro,* que me ha ayudado algunos momentos a alejar el fastidio de la vida del hotel, salga a conocer el mundo, y allá va acogido al amparo de su nombre.

No le niegue su protección, usted que conoce bien todos los abusos y todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada de nuestro país.

Es un pobre gaucho, con todas las imperfecciones de forma que el arte tiene todavía entre ellos, y con toda la falta de enlace en sus ideas, en las que no existe siempre una sucesión lógica, descubriéndose frecuentemente entre ellas apenas una relación oculta y remota.

Me he esforzado, sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse que les es peculiar; dotándolo con todos los juegos de su imaginación llena de imágenes y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crimen, y con todos los impulsos y arrebatos, hijos de

una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado.

Cuantos conozcan con propiedad el original, podrán juzgar si hay o no semejanza en la copia.

Quizá la empresa habría sido para mí más fácil, y de mejor éxito, si sólo me hubiera propuesto hacer reir a costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso en este género de composiciones; pero mi objeto ha sido dibujar a grandes rasgos, aunque fielmente, sus costumbres, sus trabajos, sus hábitos de vida, su índole, sus vicios y sus virtudes; ese conjunto que constituye el cuadro de su fisonomía moral, y los accidentes de su existencia llena de peligros, de inquietudes, de inseguridad, de aventuras y de agitaciones constantes.

Y he deseado todo esto, empeñándome en imitar ese estilo abundante en metáforas, que el gaucho usa sin conocer y sin valorar, y su empleo constante de comparaciones tan extrañas como frecuentes; en copiar sus reflexiones con el sello de la originalidad que las distingue y el tinte sombrío de que jamás carecen, revelándose en ellas esa especie de filosofía propia, que sin estudiar, aprende en la misma Naturaleza; en respetar la superstición y sus preocupaciones, nacidas y fomentadas por su misma ignorancia; en dibujar el orden de sus impresiones, y de sus afectos, que él encubre y disimula estudiosamente; sus desencantos, producidos por su misma condición social, y esa indolencia que le es habitual, hasta llegar a constituir una de las condiciones de su espíritu, en retratar, en fin, lo más fielmente que

me fuera posible, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras Pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo.

Sin duda que todo esto ha sido demasiado desear para tan pocas páginas, pero no se me puede hacer un cargo por el deseo, sino por haberlo conseguido.

Una palabra más, destinada a disculpar sus defectos. Páselos usted por alto, porque quizá no lo sean todos los que, a primera vista puedan parecerlo, pues no pocos se encuentran allí como copia o imitación de los que lo son realmente.

Por lo demás, espero, mi amigo, que usted lo juzgará con benignidad, siquiera sea porque *Martín Fierro* no va de la ciudad a referir a sus compañeros lo que ha visto y admirado en un 25 de Mayo u otra función semejante, referencias algunas de las cuales como el *Fausto* y varias otras, son de mucho mérito ciertamente, sino que cuenta sus trabajos, sus desgracias, los azares de su vida de gaucho, y usted no desconoce que el asunto es más difícil de lo que muchos se lo imaginarán.»

Efectivamente, hacer simpático un personaje que para la gente ciudadana simboliza el crimen y el bandolerismo es una obra de convicción realmente admirable, y muy difícil, sobre todo, si la tarea tiene que realizarse con la gente extranjera que ve en cada gaucho, no un hombre que suele «desgraciarse», sino un cuatrero y un matrero.

Subieta, uno de los articulistas más entusiastas de cuando apareció *Martín Fierro*, explicó muy atinadamente el tipo original de este habitante nómada de la campaña argentina. El gaucho, dice en síntesis, no es el indio primitivo de las Pampas y selvas americanas; no es el español conquistador de nuestro suelo, ni es el cuarterón que lleva en sus venas la sangre mal confundida de ambas razas. Indudablemente que en su constitución fisiológica es necesario reconocer esos elementos, ese origen orgánico, pero no en su tipo social.

Hay dos elementos psicológicos que definen al gaucho: la conciencia de su fuerza corporal, y el atrevimiento de su fantasía.

El gaucho se cree invencible, y de ahí proviene la seguridad en sus empresas, la confianza en el éxito y la serenidad en el peligro.

El caballo con su vigor y ligereza, la pampa con su inmensidad, han acentuado ese rasgo de su fisonomía moral.

Y es sin duda la misma causa a que obedece ese poder extraordinario de imaginación, que absorbe en sus vastos pliegues las otras facultades de su ser.

El valor en el gaucho no es una impulsión orgánica, no es un arrebato sanguíneo, un estremecimiento nervioso, un deber moral, una virtud cívica; es un vuelo de su fantasía, la realidad de un sueño, un halago de su orgullo, una necesidad de su espíritu, en que domina esa inclinacion instintiva a lo grande, a lo infinito.

Así han sido los Galos, los Normandos, y todas

las razas viriles, a las que la vida sedentaria y los vicios sociales ha envilecido o desminuído moralmente, y que en los albores de su vida civil estaban familiarizadas con la avidez e inmensidad de los desiertos, con el ímpetu de los huracanes, la soberbia de las tempestades y la voracidad de las fieras.

El gaucho es natural, ingénita y fatalmente poeta y filósofo.

El gaucho es místico, escéptico, espiritualista, materialista; en moral es egoísta ó filántropo; en política casi siempre demagogo.

El predominio de la fantasía y el sentimiento de lo infinito lo inclinan a la epopeya; la lucha contra las constituciones civiles lo obliga al drama, y el orgullo de la conciencia de su poder lo hace lírico.

El amor es el elemento de su vida social, pero para él casi nunca es un sentimiento, ni un hecho capital de su vida; es un capricho de su fantasía, una aventura de un día.

El gaucho tiene su hogar que exhala ese perfume que hace sentir la poesía y filosofía propias de su carácter; el imperio que ejerce sobre la mujer, la educación especial que da a su hijo; ese dominio absoluto del déspota, mezclado con la dulce mansedumbre del amante, hacen de su rancho palacio, cátedra, taller, teatro y club; allí manda, enseña, trabaja y se recrea.

Hay indudablemente en la vida familiar un gran fondo de virtud, de poesía y en su natural simplicidad la forma más perfecta de gobierno.

El rancho del gaucho no es la choza triste del patriarca bíblico. Medio ciudadano, medio salvaje, tiene que luchar contra la Naturaleza, contra sus pasiones, las instituciones, la opresión tenaz de las clases superiores.

Ese combate tan múltiple en sus formas, cuanto tenaz en su acción, hace de su vida un drama interesante que ha encontrado escenas hasta en las esferas del gobierno, en las cátedras universitarias y finalmente en las páginas de nuestros libros de alta literatura.

El libro del señor Hernández es la expresión más acabada de la vida psicológica y social del gaucho. *Martín Fierro* resulta la personificación de sus instintos, de sus pasiones, de sus gustos, de sus aspiraciones, de las fruiciones de su alma, de los sueños de su fantasía, de los cálculos de su mente, de su filosofía racional, de su experiencia cotidiana.

La payada del gaucho es el «elemento, miserere y el reverie», de una vida tan digna de estudio que representa al patriarca y al guerrero, de ese tipo tan interesante, que confunde en bellísima síntesis al caballero, al héroe, al ciudadano, al aventurero, al poeta, al filósofo y al sacerdote.

Con este personaje fundamental, Hernández simboliza toda una raza y logra realizar un intenso poema filosófico que pasa de lo alegre a lo trágico con verdadera destreza.

La incorrección de la forma a veces perjudica la parte externa del *Martín Fierro;* pero el fondo de la obra no se resiente por ello. Nunca la poesía ame-

ricana, y muy pocas veces la española ha dicho cosas más hondas con medios más simples, más ingenuos, más exentos de artificio. Imposible casi desglosar las estrofas que nos cautivan; pero ahí van algunos fragmentos realmente hermosos:

«Yo alabo al Eterno Padre
No porque las hizo bellas,
Sino porque a todas ellas
Les dió corazón de madre.

....

Bajo la frente más negra
Hay pensamientos y hay vida,
La gente escuche tranquila
No me hagan ningún reproche
También es negra la noche
Y tiene estrellas que brillan.

.....

«Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas;
Como esas aves tan bellas
Que saltan de rama en rama —
Yo hago en el trébol mi cama,
Y me cubren las estrellas.

.....

Ninguno me hable de penas
Porque yo penando vivo
Y naides se muestre altivo
Aunque en el estribo esté
Que suele quedarse a pie
El gaucho más alvertido
Junta esperencia en la vida
Hasta pa dar y prestar,
Quien la tiene que pasar
Entre sufrimientos y llanto;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
Cuartiándolo la esperanza,
Y al poco andar ya lo alcanzan
Las desgracias a empujones;
¡Jue pucha! que trae liciones
El tiempo con sus mudanzas!

Martín Fierro, que tenía rancho, hacienda y familia, es arrancado por la autoridad para formar en las filas de los contingentes que han de pelear con los indios. Le prometen alimentos, ropa y dinero, si se engancha por seis meses. En el fortín de la frontera encuentra hambre, palos y vejaciones. Desesperado, deserta del batallón, después de tres años de crueles padecimientos. Rumbea para su rancho, y he aquí cómo describe su llegada al «pago» y la filosofía admirable que le inspira el derrumbamiento de sus ilusiones:

Volví al cabo de tres años
De tanto sufrir al ñudo,
Desertor, pobre y desnudo—
A procurar suerte nueva—
Y lo mesmo que el peludo
Enderecé pa mi cueva.

No hallí ni rastro del rancho.
Sólo estaba la tapera!
Por Cristo, si aquello era
Pa enlutar el corazón
Yo juré en esa ocasión,
Ser más malo que una fiera!

¡Quién no sentirá lo mesmo
Cuando ansi padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto!
Como una mujer largué—
Ay! mi Dios—si me quedé
Más triste que Jueves Santo.

Sólo se oiban los aullidos
De un gato que se salvó,
El pobre se guareció
Cerca, en una vizcachera—
Venía como si supiera
Que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
Que era todito mi haber—
Pronto debíamos volver
Según el juez prometía,
Y hasta entonces cuidaría
De los bienes la mujer

....

Después me contó un vecino
Que el campo se lo pidieron—
La hacienda se la vendieron
En pago de arrendamientos,
Y qué sé yo, cuantos cuentos,
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos
Entre tantas afliciones
Se conchabaron de piones
Mas, qué iban a trabajar
Si eran como los pichones
Sin acabar de emplumar!
Por ahí andarán sufriendo
De nuestra suerte el rigor:
Me han contado que el mayor
Nunca dejaba a su hermano—
Puede ser que algún cristiano
Los recoja por favor.

Y la pobre mi mujer
Dios sabe cuánto sufrió!
Me dicen que se voló
Con no sé qué gavilán—
Sin duda a buscar el pan
Que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
Lo que a algún otro le sobre—
Si no le quedó ni un cobre
Sino de hijos un enjambre,
Qué más iba a hacer la pobre
Para no morirse de hambre!

¡Tal vez no te vuelva a ver,
Prenda de mi corazón!
Dios te dé su proteción
Ya que no me la dió a mí—
Y a mis hijos dende aquí
Les echo la bendición.

Como hijitos de la cuna
Andarán por ahí sin madre—
Ya se quedaron sin padre
Y ansi la suerte los deja,
Sin naides que los proteja
Y sin perro que les ladre.

Los pobrecitos tal vez
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa que ponerse,
Ni poncho con que taparse.

Tal vez les verán sufrir
Sin tenerles compasión—
Puede que alguna ocasión
Aunque los vean tiritando,
Los echen de algún fogón
Pa que no estén estorbando.

José Manuel Estrada, en uno de sus más interesantes estudios hlstóricos — *Defectos de la vida social* — dice a propósito de este poema: «Ni Hidalgo, ni Ascazubi, ni mucho menos del Campo, han llegado entre nuestros poetas populares y gauchescos, a la

altura filosófica en que toca el versificador más incorrecto de todos, don José Hernández. *Martín Fierro* es el tipo culminante del gaucho, es decir, el producto más completo de una sociabilidad injusta, operando sobre una naturaleza ingénitamente poderosa y activa.»

Hoy ya nada de eso existe... La cuestión gaucha se pierde en el aluvión cosmopolita. La inmigración artificial ha planteado en los sitios más remotos del territorio otros problemas. En la época de la aparición de *Martín Fierro* los contemporáneos de Hernández vieron en el poema el trasunto de una raza, de una época y el reto formidable «contra los que pretendían legislar y gobernar sin conocer las necesidades del pueblo de la campaña.»

Para sentir intensamente *Martín Fierro* hay que poseer intensamente la emoción del país; y por eso, en este momento evolutivo tan distinto, por los componentes sociales que lo elaboran, al de la época en que apareció el poema de Hernández, solamente una minoría puede amar y comprender sus inmortales estancias. Entre esa minoría están los españoles que tan entusiastas se muestran frente a esta obra admirable. Don Miguel de Unamuno justifica elocuentemente estos entusiasmos cuando dice: «*Martín Fierro* es de todo lo hispano-americano que conozco, lo más hondamente español... Cuando el payador pampero, a la sombra del ombú, en la infinita calma del desierto, o en la noche serena a la luz de las estrellas, entone, acompañado de la guitarra española las monótonas décimas de *Martín Fierro,* y oigan los

gauchos conmovidos la poesía de sus pampas, sentirán, sin saberlo, ni poder de ello darse cuenta, que les brotan del lecho inconsciente del espíritu ecos no extinguibles de la madre España, ecos que con la sangre y el alma les legaron sus padres. *Martín Fierro* es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fué a América a servir de avanzada a la civilización y a abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo; es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas y su sabiduría, española su alma.»

Hernández escribió la segunda parte de *Martín Fierro,* que si no llega en punto a belleza e interés, a la primera del poema, tiene en cambio los magníficos consejos del viejo Vizcacha que constituyen un verdadero tratado de filosofia, sobre todo cuando dice:

«Yo nunca tuve otra escuela
Que una vida desgraciada:
No extrañés si en la jugada
Alguna vez me equivoco,
Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.
Hay hombres que de su cencia
Tienen la cabeza llena;
Hay sabios de todas menas,
Mas, digo sin ser muy ducho:
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas buenas.
No aprovechan los trabajos
Si no han de enseñarnos nada;
El hombre de una mirada
Todo ha de verlo al momento;
El primer conocimiento
Es conocer cuando enfada.
.....

Las faltas no tienen límites,
Como tienen los terrenos:
Se encuentran en los más buenos,
Y es justo que les prevenga:
Aquel que defectos tenga,
Disimule los ajenos.
Al que es amigo, jamás
Lo dejen en la estacada,
Pero no le pidan nada
Ni lo aguarden todo de él.
Siempre el amigo más fiel
Es una conducta honrada,
Ni el miedo ni la codicia
Es bueno que a uno le asalten;
Ansi no se sobresalten
Por los bienes que parezcan:
Y al pobre jamás le falten,
Bien lo pasa hasta entre pampas
El que respeta a la gente:
El hombre ha de ser prudente
Para librarse de enojos,
Cauteloso entre los flojos,
Moderado entre valientes,
El trabajar es la ley
Porque es preciso adquirir;
No se expongan a sufrir
Una triste situación:
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.
Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
De perseguir de mil modos,
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.
. . . . . .
Para vencer un peligro,
Salvar de cualquier abismo,
Por experiencia lo afirmo,
Más que el sable y que la lanza,
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en sí mismo,

Nace el hombre con la astucia
Que ha de servirle de guía;
Sin ella sucumbiría;
Pero sigue mi experiencia;
Se vuelve en unos prudencia,
Y en los otros picardía,
Aprovecha la ocasión
El hombre que es diligente,
Y téngalo bien presente,
Si al compararla no yerro:
La ocasión es como el hierro,
Se ha de machacar caliente.
Muchas cosas pierde el hombre
Que a veces las vuelve a hallar
Pero las debe enseñar;
Y es bueno que lo recuerde:
Si la vergüenza se pierde
Jamás se vuelve a encontrar.

CAPÍTULO XXXIII

Resurgimiento de las letras argentinas.—Caudal bibliográfico durante la presidencia de Mitre.—La *Revista del Río de la Plata*.—José María Cantilo y el *Correo del Domingo*.—La *Revista de Buenos Aires*.—Estudios históricos que aparecieron en sus páginas.—Vicente Fidel López. —*La Novia del Hereje*.—*Historia de la Revolución Argentina*.—Otras obras importantes de López.—Santiago Estrada.

Paralelamente al desenvolvimiento de la poesía popular, las letras argentinas adquieren en este período un vuelo extraordinario. Ya durante la primera época de la presidencia de Mitre se había insinuado un movimiento benéfico para las especulaciones mentales; movimiento que amengua sus positivos prestigios en los días trágicos de la guerra del Paraguay. Pero años después, la juventud de Buenos Aires, reintegrada a las fuerzas vitales de la nación, da gallardas muestras de su alto espíritu y de su amor a la belleza. Se fundan revistas literarias, se organizan instituciones artísticas y alborean altas inteligencias, que comparten con la generación de los Mitre, Sarmiento, Vélez, Rawson, López (Vicente F.), Gutiérrez y Frías, la noble tarea del engrandecimiento espiritual de la República. De vez en cuando, las luchas partidistas desangran el rico y fuerte organismo nacional. Pero ellas no son más que un afianza-

miento de las fuerzas exuberantes de este pueblo, que guiado por el numen de Mitre, realiza la unidad nacional. «Pavón, lo dijo el mismo ilustre prócer, fué la gran victoria del gran partido de la libertad argentina. El triunfo militar perteneció a Buenos Aires; pero el triunfo moral y político fué de las provincias todas, sin cuyo concurso hubiéramos tenido que repasar el arroyo del Medio.»

Suprimidos los resquemores del localismo, la juventud de toda la República viene en correntada magnífica a la capital, en busca de instrucción o a vincularse a las actividades con un concepto netamente nacional. Y ese concepto de la «patria grande» palpita en las poblaciones notables como en las mediocres. Va a resonar la palabra inspirada de don José Manuel Estrada; va a aparecer, según lo dice Joaquín V. González, «el orador de molde clásico, fundido de metal virgen de la tierra argentina»; va a aparecer Nicolás Avellaneda en cuyos discursos «resplandecen las alboradas del trópico sobre un marco helénico»; va a resonar el verbo magnificante avasallador de Aristóbulo del Valle; el pensamiento nítido de Goyena va a conjugar sus arrebatos de creyente fervoroso con los entusiasmos cristianos de Achával Rodríguez; y mientras la tribuna y el periodismo argentinos adquieren un brillo inextinguible, la poesía tiene sus más genuinos representantes en Juan Chassaing, Jorge y Adolfo Mitre y Carlos Encina, para culminar poderosamente con Olegario V. Andrade y Ricardo Gutiérrez.

Entre todas las publicaciones de los años ante-

riores a la federalización de Buenos Aires, merecen citarse el *Correo del Domingo,* la *Revista de Buenos Aires* y la del *Río de la Plata.*

La primera de las publicaciones que acabamos de citar, fué fundada por don José María Cantilo, que no pertenecía a la generación que constituía el núcleo de sus principales colaboradores. Había nacido este escritor en Buenos Aires, el 14 de diciembre de 1816 y compartió con los unitarios las desventuras de la expatriación. Secretario de Vélez Sársfield; subsecretario del ministerio del Interior en la presidencia de Mitre, fué un político distinguido y un hombre de letras estimable. Amante de la juventud, puso a disposición de ella las columnas del *Correo del Domingo,* donde, al lado de las firmas de Miguel Cané (padre), Juan María Gutiérrez y Mitre, figuraban las de Ricardo Gutiérrez, Chassaing, Domingo Sarmiento (hijo), José Manuel y Santiago Estrada.

Pero la publicación realmente notable de la época a que hacemos referencia, fué la *Revista de Buenos Aires,* que apareció durante ocho años, cesando el año 1871, después de formar una colección de 96 entregas, que equivalen a la formidable suma de 14.000 páginas, divididas en ocho volúmenes.

La *Revista de Buenos Aires,* despertó entre nosotros la afición a las indagaciones históricas sobre América y en ella tenemos la fuente más rica de los antecedentes sobre la época de la colonia y de la Revolución argentina. En el mismo año que desaparece esta publicación del doctor Vicente G. Quesada, fundan Andrés Lamas, Vicente Fidel López y

Juan María Gutiérrez, la *Revista del Río de la Plata,* que es una continuación de la anteriormente citada. En el proemio de la primera entrega los redactores dicen que su propósito es «consagrar sus páginas a la historia de esta parte de América, más que con trabajos especiales, por medio de la publicación de documentos inéditos que ilustren el pasado, tanto de la época colonial como de los primeros tiempos de la Revolución». Al lado de la historia, tuvieron su parte las demás ciencias sociales y filosóficas, especialmente la economía política y el derecho constitucional.

Don Vicente Fidel López, uno de los grandes prestigios literarios y políticos de la generación de argentinos que volvieron de la expatriación anhelosos de dar días de gloria a su tierra, fué hijo del poeta de las *Invasiones Inglesas* y de la *Canción Nacional.* Hizo sus primeros ensayos literarios en Chile y en Montevideo; pero no cayó como casi todos sus compañeros de proscripción en la debilidad de hacer versos. Sarmiento también escapa a las combinaciones métricas y no necesitó ciertamente encerrar sus conceptos en metro y rima, para hacer alta y sublime poesía. López también fué poeta a su modo pero en prosa, y de su estro inspirado, dan cumplida cuenta muchas de las páginas de *La Novia del Hereje* y de la misma *Historia de la Revolución Argentina.*

El doctor López descolló en la cátedra, en el periodismo, en la crítica, en la novela-historia y en la historia misma, componiendo libros encantadores, «llenos

de afirmaciones azarosas, síntesis temerarias, de vistas deslumbrantes, de inexactitudes más instructivas que las verdades exánimes de otros improvisadas con brío y desenfado, en un estilo extraordinario «endiablado», mezcla de elocuencia admirable y de charla callejera, dotado con todos los recursos de enormes lecturas europeas y con todas las familiaridades del criollismo porteño; en resumen de una animación, de un colorido, de una eficacia incomparables». — (*La Biblioteca,* tomo 8.º, página 264.)

Difícilmente podríamos encontrar un libro de historia más ameno para los estudiantes que su *Manual de Historia Argentina,* en cuyas páginas tantas cosas admirables hemos aprendido. Podrá haberlos más graves y más imparciales; pero ninguno como éste se apodera de la holgazanería ingénita de los estudiantes para convertirla en labor intensa y proeficiente.

La longevidad del doctor López le permitió, como a Mitre, ser autor y actor de la evolución progresiva del país, durante más de cincuenta años. Fué un hombre de carácter recio y adusto, sobre todo en sus últimos años amargados por la tragedia que costó la vida a su hijo Lucio Vicente. La línea de su actuación pública es recta desde las famosas sesiones del Acuerdo de San Nicolás, hasta los días relativamente serenos que precedieron a la federalización de Buenos Aires. En aquel difícil momento histórico en que surgió como un defensor del susodicho Acuerdo, puso a prueba su temperamento imperturbable. «En el curso de esta discusión, exclama,

he notado que hay quien se permite interrumpir la voz de los oradores con señales de aprobación o reprobación, según el impulso de sus pasiones... ¡Bien, pues! Ya que eso existe, y yo no lo puedo remediar, me honro en declarar bien alto, que esas demostraciones no tendrán ninguna influencia sobre mi espíritu.»

De todas las obras suyas, la más conocida en Europa es el libro de las *Razas arianas,* que ya hemos citado varias veces en estos capítulos, y la más difundida en América, después de su *Historia de la Revolución Argentina*, es *La Novia del Hereje,* interesantísima reconstrucción de las tradiciones de la vida colonial en Lima. Este trabajo vió la luz pública en Chile primeramente y luego se reprodujo en el Río de la Plata, en 1854. El mismo López, en una bella carta a Miguel Navarro Viola, explica los móviles que le impulsaron a llevar a cabo tal trabajo, que aun hoy mismo lee nuestra generación con verdadera avidez.

Don Vicente Fidel López, se retiró a la vida privada con el íntimo convencimiento de haber cumplido intensamente sus deberes de ciudadano. Pero su pluma privilegiada, que no llegó a sentirse vieja nunca, siguió produciendo páginas tan notables como las de *Recuerdos del pasado* que publicó en *La Nación* en 1894, y tan interesantes como las de ese *Manual de Historia Argentina*, ligado a nuestros caros recuerdos de colegio.

Entre los principales colaboradores de las revistas citadas, figura Santiago Estrada, hijo de don José Manuel de Estrada y de doña Rosario P. de Vandeul y Liniers. Nació en Buenos Aires en marzo de 1840. En compañía de su hermano José Manuel, dedicóse desde muy niño al cultivo de las letras, publicando una novela *El Hogar en la Pampa*. Fué director del diario católico *La América del Sur*. Secretario de don Félix Frías en Chile, fundó más tarde *La Patagonia* para defender los intereses argentinos en las cuestiones de límites. Crítico de teatros de *La Libertad, La Unión* y *El Diario,* sus folletines son la historia de ese arte entre nosotros durante treinta años. Sus obras, ocho nutridos volúmenes, se han publicado en Barcelona: Crítica, teatro, historia, discursos.

Fué un espíritu vibrante y un delicado artista. Admirable cultor del habla española, dió sin cesar a su prosa castiza colores y armonías con soplos de poeta. Peña y Goñi, Tolosa Latour, Pedro Bofill y otros escritores prologaron en España sus obras. El eminente don Juan Valera, que con Castelar y Núñez de Arce le presentara a la Academia, termina uno de sus prólogos diciendo: « Y si por el tomo conocido he de calcular el mérito de los que no conozco aún, me atrevo a afirmar que el día de la aparición de sus obras será día fausto en los anales de nuestra total literatura. »

Murió en Madrid el 6 de julio de 1892.

CAPÍTULO XXXIV

Oradores y publicistas anteriores a la organización nacional.—Nicolás Avellaneda.—El periodista y el político.—La oratoria del doctor Avellaneda.—Famosos discursos suyos.—El artista.—Obras de Avellaneda.

Vamos a resumir algunas breves noticias respecto a los oradores y publicistas argentinos posteriores al momento solemne en que Mitre dijo: «Marcharé resueltamente a la realización de la unión argentina». Entre todos ellos surge con perfiles fuertemente acentuados, el doctor Nicolás Avellaneda, que nació en Tucumán el 3 de octubre de 1837. Hijo de don Marco M. Avellaneda (aquel mártir de la tiranía), y de doña Dolores Silva Zavaleta, pasó los años de su niñez en Tarija y Tupiza. Vuelta su familia a la patria, Avellaneda consigue merced a su claro entendimiento una de las tres becas asignadas a Tucumán en el Colegio de Ciencias Morales, fundado por Rivadavia. Más tarde fué enviado a Córdoba a iniciar sus estudios universitarios, haciendo el viaje a la docta ciudad en compañía de Manuel y Benjamín Paz, Manuel Zavaleta y Agustín Molina. En 1855 concluyó los estudios de Derecho y regresó a su provincia, ensayando sus primeras armas periodísticas en *El Eco del Norte*, y obteniendo su pri-

mer triunfo jurídico con la defensa del ex gobernador, don José María del Campo. Vino a Buenos Aires cuando sólo contaba diez y nueve años «pobre, ignorado, sin más apoyo que su talento virtual y su voluntad de acero—flexible y elástica», según dice Groussac.

En Buenos Aires reanudó sus estudios de Derecho donde obtuvo en 1858 el grado de doctor, para vincularse en seguida al estudio jurídico de don José Roque Pérez. Tomó a su cargo la defensa de *La Reforma Pacífica*, acusada por Vélez Sársfield en nombre del Banco de la Provincia; y pocos meses después reemplazaba a Juan Carlos Gómez en la redacción de *El Nacional*, cargo que desempeñó brillantemente hasta que dicho diario fué clausurado a causa de un artículo feroz sobre el general Urquiza.

Mitre, le escribió en aquella ocasión una carta lamentando la actitud que como gobernador se había visto precisado a asumir, y entre otras cosas le decía: «Me ha sucedido con usted, lo que con un hijo querido, a quien viendo un arma peligrosa en las manos, se la he arrebatado de ellas, aun a riesgo de herirme». En ese mismo año toma asiento en la Legislatura, donde afianza definitivamente sus soberbias dotes oratorias; y en ese año, también publica la primera parte de los *Estudios sobre las leyes de tierras*, una de sus obras más medulares. Sarmiento, que desde Nueva York seguía el proceso evolutivo del talento de Avellaneda, le escribió una carta a propósito de sus trabajos sobre educación en la que

entre líneas se lee el nombramiento de futuro ministro de Instrucción Pública de la presidencia histórica del gran sucesor de Mitre. Durante su ministerio se instituyeron las bibliotecas populares en toda la vasta extensión del país; y se abrieron Colegios Nacionales y Escuelas Normales en Santa Fe, Corrientes, Jujúy, La Rioja, San Luis y Santiago del Estero; se fundaron los Institutos de Agronomía y se reformaron los planes de la Universidad de Córdoba y se instaló el Observatorio Astronómico. Meses antes de terminar Sarmiento su período de gobierno, renunció Avellaneda la cartera de Instrucción Pública, por haber aceptado su candidatura a la presidencia, a cuyo alto cargo llegó en momentos difíciles para la conciencia argentina. Ajeno a nuestro trabajo resultaría el estudio de aquel gobierno que se inicia y termina con revoluciones sangrientas, pero que, a pesar de todas las vicisitudes es uno de los más progresistas que hayamos tenido.

El doctor Avellaneda es el orador argentino por antonomasia. «El carácter de su palabra, durante el primer período de su vida pública, dice Groussac, era la riqueza, la imaginación brillante y feliz, el don de la armonía, ostentaba acaso con alguna complacencia — con algo de exceso que podría llamarse la inmodestia juvenil. — Había exuberancia. El árbol crecía libremente en vistoso e inútil follaje, faltaba la mano del podador que concentrase la savia en tres a cuatro ramos maestros. Pero los pocos conocedores delicados que le oían saboreaban ya el placer y la sorpresa de una forma exquisita. En el

Congreso se reveló el orador completo, el hombre del debate imprevisto, de la discusión ardiente o exposición luminosa, no procurando sino convencer y vencer con su nerviosa dialéctica, desnuda ya de ropas y adornos como el atleta griego. Puede decirse que llegó desde el primer año de su ministerio a ocupar el primer rango, al lado de los príncipes de la tribuna argentina, en esa elocuencia política que es, según la expresión antigua, la elocuencia verdaderamente grande y oratoria: *magna illa et oratoria eloquentia.*

Sería largo enumerar la vasta producción oratoria del doctor Avellaneda, que se singularizó en los más diversos temas y en los más solemnes momentos de la vida institucional, científica y literaria del país. Anotemos, rápidamente, sus piezas fundamentales: Discursos electorales: *Campaña presidencial del 74;* en la *Instalación del Club del Pueblo;* Universitarios: *En el Colegio de Santa Fe sobre el papel de las Universidades coloniales en la emancipación americana;* Necrológicas: *En la muerte de Chassaing y de Valentín Alsina;* de Inauguración: *Del concurso de máquinas agrícolas;* del *Ferrocarril Central Norte;* del *Parque 3 de Febrero;* Políticos: *Al recibirse de la presidencia de la República; Sobre la conciliación en la plaza 25 de Mayo;* Patrióticos: *En el centenario de Rivadavia;* Literarios: *En los Juegos Florales del Centro Gallego;* en el *Ateneo de Montevideo,* etc.

Muchas de esas bellísimas oraciones se hallan incluídas en las antologías americanas más prestigiosas. A propósito del discurso de los Juegos Florales, fa-

moso en los fastos literarios de Olegario V. Andrade, que fué el poeta laureado, evoca el siguiente recuerdo Juan Antonio Argerich: «Me parece imposible que la deficiente versión taquigráfica de aquel discurso de clausura, quepa en cuatro paginas. Un gran discurso, impreso, es un pájaro embalsamado. ¡Le falta la gracia del vuelo en el espacio azul! El orador — ¿por qué no decirlo? — no era simpático al público; salía esta sociedad de luchas tremendas, que afirmaron la nacionalidad. Empezó, en un profundo silencio. «No basta que el poeta cante. Es necesario, además, un público que lo admire. ¿Cómo se sabría que hay fascinación en el acento humano, sino por que hay arrobamiento en el oído y desvanecimiento en el corazón para el que lo escucha?» Tal dijo. La fascinación, como en las irreparables desgracias de la muerte, extingue en nosotros la noción del tiempo. Ese párrafo, que envolvía un anhelo y encerraba una doctrina, fué al propio tiempo una demostración.

Fué la fascinación, el apoderamiento de las almas; esa conquista que elimina todo en torno; porque hace a la conciencia del que oye vasallo del que habla — pues son tributo el aplauso de las manos y el hurrah de los labios. Aquel hombre se me apareció — apareció a todos, como el «orador»; nadie se acordó del ex presidente, ni del político. Tenía una voz penetrante, deficiente en la emisión de algunas consonantes, que pronunciaba acentuándolas y como duplicándolas; pero tan intensa que llegaba a todas partes. Era el suyo un modo especial de decir, como especiales eran sus modos de moverse y mirar. Ja-

más morirá su memoria en quienes le oyeron una vez. Muchas veces me he dicho que de los triunfos todos de su vida, ninguno debió serle tan grato como el de esa noche de octubre de 1881.

Avellaneda abordó con éxito otros géneros literarios. Entre sus trabajos de crítica, merecen recordarse los *Estudios sobre el ensayo histórico de Tucumán por el señor Pablo Grousac; El doctor Amancio Alcorta (padre); Estudio sobre el Congreso de Tucumán; Juicio sobre Renán; Echeverría* y muchos otros folletos y libros sobre cuestiones forenses, memorias ministeriales, mensajes presidenciales, etc.

Todos los escritos de Avellaneda se caracterizan por la tersura de la forma; cuidaba la musicalidad de la frase como un poeta; pero esa preocupación rítmica no excluía el concepto hondo. Él mismo lo ha dicho en uno de sus artículos: «La frase bella y útil, será siempre un medio de gobierno, porque es un medio de acción y de influencia. Lo que subleva y es repulsivo, lo que merece todos nuestros anatemas, es la frase pomposa y sin sentido.»

El doctor Avellaneda falleció en la plena madurez de su robusta inteligencia. Al concluir su período presidencial el terrible mal de Bright minaba su organismo. En 1884 hizo un paréntesis a las múltiples tareas políticas y literarias que lo absorbían, y se dirigió al Rosario de la Frontera a buscar en las termas un lenitivo a su dolencia incurable. Por prescripción de los médicos que lo asistían y por consejo de sus amigos, resolvió emprender un viaje a Europa. Se estableció en París, pero por poco tiempo. Quiso

regresar a la patria para morir, más no llegó a aspirar los aires del suelo nativo. A bordo del *Congo,* el día 25 de noviembre de 1885, sintió que el desenlace fatal se avecinaba, y en presencia de su esposa, pidió al padre Letamendi que lo confesase. Y reclinado dulcemente en el hombro de su santa compañera, su alma voló a la inmortalidad. Aristóbulo del Valle que venía también a bordo del *Congo,* envolvió el cuerpo del ilustre muerto con la bandera argentina.

El primer orador-artista de su época en América, murió también en alta mar, como Moreno.

Comparten con Avellaneda los prestigios de la oratoria argentina de fines del siglo XIX, José Manuel Estrada, de quien nos ocuparemos extensamente en otro trabajo; Pedro Goyena, Guillermo Rawson, Manuel Quintana. Delfín Gallo, Tristán Achával Rodríguez y Aristóbulo del Valle, herederos todos ellos de los prestigios parlamentarios de Mitre, Rawson, Frías y Vélez Sársfield. La lista completa de los oradores argentinos que han tenido su «momento» en las luchas cívicas del país, nos llevaría a alargar más de lo debido este capítulo necesariamente incompleto.

José Manuel Estrada ha sido uno de los escritores más admirables de la moderna literatura argentina. Apasionado de la historia política y social de su país, fomentó estos altos estudios desde su rectorado inolvidable, del Colegio Nacional. En dos ocasiones solemnes, reunió a los alumnos del gran instituto, fundado por Mitre, en el mismo edificio del viejo convictorio de San Carlos: la una con motivo del

25 de Mayo; la otra a raíz de la muerte de Rozas. Uno de los discípulos de José Manuel Estrada escribió años después la impresión que produjeron en el alma juvenil aquellas dos oraciones. «Jamás ha llegado el maestro, dice, a un grado más alto de elocuencia arrebatadora que en esa noche inolvidable en que nos hizo temblar y vibrar como sacudidos por una corriente eléctrica, al contacto de su acento inspirado. La tiranía de Rozas era abarcada en una síntesis admirable, seguida en su desarrollo y sorprendida en su origen, hasta sacar del estudio de sus accidentes y sus excesos, una lección moral que ojalá tuvieran siempre presente los pueblos que pasan del quietismo de la indiferencia culpable, al extravío más criminal aun de la demagogia. Una tormenta de aplausos saludaba cada uno de los períodos de aquella oración, cuyo estilo y belleza de imágenes iban *in crescendo,* hasta concluir con un rasgo enternecedor que hizo latir el corazón de todos, al escuchar de boca del maestro, que sus lecciones eran amadas y recogidas por nosotros, él también podría exclamar como Horacio: *Non omnis moriar,* ¡no moriré del todo! A la salida y bajo la impresión de aquel triunfo espléndido, la banda estudiantil lo acompañó, aclamándolo hasta su domicilio.

José Manuel Estrada, no sólo fué un orador que arrebataba a los cerebros juveniles y a sus colegas parlamentarios que si a veces no comulgaban con sus ideas filosóficas en materia de religión, por ejemplo, dejábanse arrastrar por aquella frase cálida, armoniosa, llena de brillantes imágenes y de unción

patriótica; fué también un gran historiador y un temible periodista militante. Temible por su vida diáfana y la diamantina moralidad de sus convicciones, que llevó a las prensas de combate, a la cátedra de Derecho Constitucional, al Parlamento, a la diplomacia, a todas partes donde el destino le deparó una tribuna. «La humanidad, decía, vive en universal dependencia; todos los hombres dependemos unos de otros, unos por ordenación jerárquica, otros recíprocamente por comunión solidaria de determinados intereses. Sólo es posible llegar a la completa independencia, no obstante esas leyes normales de la vida, en virtud de dos condiciones: o por una robustez extraordinaria de carácter, o por la ruptura de todos los vínculos sociales. Es decir, por uno de estos dos extremos: o por la suprema moralidad, o por la ínfima desmoralización. La plena libertad pertenece a los que ocupan los puntos extremos en la escala moral; los que tocan en las nubes o los que se revuelven en el fango: los cedros o los hongos.»

Estrada tenía hondamente arraigado el sentimiento religioso; y, supo exteriorizarlo con ardor simpático en su libro: *El catolicismo y la democracia*, en sus discursos en contra del matrimonio civil y muy especialmente en la *Revista* una de las más interesantes publicaciones que en ese género se hayan editado entre nosotros, y *La Unión* que redactó juntamente con Goyena y con Achával. Estrada falleció en la Asunción del Paraguay, desempeñando el cargo de ministro argentino.

A José Manuel Estrada le sigue Pedro Goyena,

que nació en Buenos Aires el 24 de julio de 1843 y falleció en la misma ciudad el 17 de mayo de 1892.

La vasta producción literaria de este talento distinguido se halla desgraciadamente dispersa en la *Revista Argentina,* en el ya citado periódico católico *La Unión* y en el *Diario de Sesiones* del Parlamento Argentino. «Tiempo es ya, observaba hace algunos años Groussac, de cumplir la obra de piedad y enseñanza que nos legó este espíritu preclaro y noble corazón cuyo exagerado desinterés se extendía hasta la despreocupación de la gloria. Sería un pensamiento digno del gobierno nacional dar a luz una edición de sus obras oratorias y literarias». Solamente el ensayo sobre *Félix Frías* ha llegado en libro hasta nosotros.

El prototipo del orador político de esa generación fué sin duda alguna Aristóbulo del Valle, desaparecido del escenario patrio en los momentos que su pueblo más lo amaba y cuando la República iba á conducirlo sin duda alguna a las más altas posiciones. Todos sus discursos marcan jalones en nuestra vida institucional.

CAPÍTULO XXXV

Olegario V. Andrade.—Grandilocuencia de su inspiración.—*El nido de cóndores.*—Opiniones de Valera y Menéndez Pelayo sobre este poeta.—*La Atlántida.*—*Prometeo.*

La representación de la poesía argentina en este ciclo corresponde especialmente a tres grandes poetas: Olegario V. Andrade, Ricardo Gutiérrez y Carlos Guido y Spano. Vamos a estudiar la personalidad y la producción de los dos primeros, que ya han rendido a la muerte el común tributo, y dejaremos para el segundo tomo, la gratísima tarea de analizar la obra lírica del dulce cantor de *Nenia* y de *At Home.*

Al mismo tiempo pasaremos también una revista rápida a las composiciones de Jorge y Adolfo Mitre, Chassaing, Carlos Encina, Gervasio Méndez y algunos otros que también han fallecido.

Olegario Andrade es, a pesar de todos sus defectos, el poeta más grandilocuente que haya tenido América.

Nació en Concepción del Uruguay (provincia de Entre Ríos) en 1841. Pasó los años de su niñez en Río Grande (Brasil) y en el Estado Oriental, hasta que su familia, después del triunfo de Urquiza en Ca-

seros, se estableció en Gualeguaychú primeramente y luego en Concepción.

Hizo algunos estudios en el histórico Colegio del Uruguay, en cuyas aulas se caracterizó por su indolencia. Nunca logró dar un examen brillante de Química o de Matemáticas; en cambio se sabía de memoria las más hermosas composiciones de Hugo, que tan poderosamente influyeron en su ardoroso temperamento poético, de Byron, Lamartine y Alfredo de Musset. El físico de Andrade no respondía en sus exterioridades a la soberana inteligencia que poseía. Uno de sus contemporáneos dice que la figura del poeta era vulgar; tenía la frente de regular amplitud, aunque prematuramente cubierta de arrugas; vaga y sin brillo la mirada, e inmóviles y resecos los labios, como si se negaran a dar paso a la corriente viva de la palabra, que comunica animación y vida a la fisonomía. «En grado muy limitado, agrega, le había concedido la Naturaleza el don de la palabra hablada, a punto de serle muy difícil sustentar con su interlocutor un cuarto de hora de conversación metódica. Escribía, en cambio, con gran facilidad, en caracteres poco inteligibles a primera lectura, y en renglones sesgados de arriba abajo, siendo tan rápida su concepción, que sólo empleaba en redactar el tiempo indispensable para vaciar en el papel sus ideas.»

El autor de *El nido de cóndores* inicióse en la vida del periodismo político desde muy joven, singularizándose sus artículos, por la prosa vivaz, nerviosa, hiperbólicamente imaginativa, pero falta de sinceridad y de hondas convicciones, lo mismo cuan-

do su pluma sirvió a los intereses de Urquiza, que los de Avellaneda o Roca. Escribió en *El Porvenir* y en *La Regeneración* de Entre Ríos, y en *El Pueblo, La América* y *La Tribuna Nacional* de Buenos Aires.

Si se exceptúan sus artículos de crítica literaria, todo lo demás que produjo en el estadio de la prensa pertenece a la literatura de circunstancias. Pero no es en su faz de redactor de hojas periódicas subvencionadas por los gobiernos, donde vamos a estudiar a Andrade, sino como poeta extraordinariamente inspirado, aunque efectista y resonante, digno de ser aplaudido a cañonazos, según la gráfica expresión de Menéndez y Pelayo.

Los versos de Andrade, estudiados en frío, resultan hoy para algunos demasiado imaginativos y retóricos. Despilfarró metáforas entre las frondosidades magníficas de su estilo apocalíptico, y resultaron en más de una ocasión desmesuradas. Pero es sin disputa el más grande poeta que hayamos tenido. Don Juan Valera lo califica de «sublimemente didáctico» y lo pone en el grupo de Manzoni, Quintana y Víctor Hugo. La pretendida docencia de Andrade, cuyos estudios habían sido insignificantes, le hace decir al autor de las *Cartas Americanas* lo que a renglón seguido transcribimos: «¿Qué enseña la poesía en nuestro siglo? ¿Qué sistemas filosóficos, qué doctrinas políticas y sociales, qué dogmas religiosos, qué problemas y qué teoremas de la ciencia de naturaleza podrá nadie resolver o enseñar en verso, que no estén mejor enseñados o resueltos, explicados y demostrados, en el más compendioso manual, cate-

cismo o cartilla para los niños de la escuela? Y como aun reconociendo en el poeta un Dante, Goethe o Leopardi, por ejemplo, todas las prendas de un sabio de primera magnitud, y creyendo que su cerebro fué o es el archivo de todos los conocimientos divinos y humanos que en su época podían penetrar y conservarse con orden en el cerebro de una persona mortal, todavia dudo de la virtud en quien, lejos de haber estudiado tengo que dudar de que ocurra y obre esta virtud en quien lejos de haber estudiado y aprendido mucho, deja el colegio prematuramente con algunas ligeras nociones de historia y noticias muy elementales de literatura, y se lanza a la vida del periodismo, tan agitada y laboriosa.»

Seguro de la misión educadora del poeta y de la inmortalidad de su obra, Andrade mismo discurre al respecto en uno de sus trabajos, y dice entre otras cosas: «Los cantares del pastor, los himnos del guerrero, los salmos del sacerdote, las máximas animadas del dramaturgo, son monumentos de la idea, del sentimiento de la aspiración del pueblo. No ha quedado de las fenecidas naciones más que su literatura, huella luminosa de su tránsito en la vida, que la historia guarda con respeto y fidelidad. El *Zendavesta,* el *Ramayana,* la *Ilíada* y la *Eneida,* son el eco, son la huella, el reflejo, la estela luminosa de Persia, India, Grecia o Roma. Cuando los cataclismos apenas sospechados y ni remotamente temidos hayan destruído o modificado transcendentalmente los elementos fisiológicos y sociales que forman la cons-

titución alemana, francesa o inglesa, la *Mesíada,* la *Euriada* ó el *Paraíso Perdido,* darán testimonio por el pensamiento y la palabra de Kopstock, de Voltaire o de Milton, de lo que fueron, lo que pensaron, cómo sintieron y cuánto hicieron por la verdad, la belleza y la bondad de esos pueblos depositarios del arca santa de la civilización.»

Andrade aspiró, dentro de lo relativo, no cabe duda alguna — y en eso no estaba equivocado — a realizar en su *Atlántida* por ejemplo una obra que sobreviviese más que como la expresión de un poeta, como la expresión de un pueblo que presentía su porvenir y su destino.

Los versos de Andrade fueron coleccionados por ley del Congreso Argentino dictada el 30 de junio de 1884, casi dos años después de su muerte, ocurrida en Buenos Aires el 30 de octubre de 1882.

En ese volumen, muy mal corregido por cierto, se hallan entremezcladas composiciones de buena ley con otras mediocres que escribió siendo colegial. Pasaron por alto, pues, las tituladas *A la memoria de Céspedes, La flor de mi esperanza, El 11 de Septiembre, El laurel,* y algunas más, para detenernos con vibrante entusiasmo a veces en todas aquellas que le dieron tantísimo renombre en toda América tales como *El Porvenir, Nuestra misión, A mi hija Agustina, El nido de cóndores, Atlántida* y *Prometeo,* especialmente esta última que puede figurar sin mengua al lado de las más extraordinarias concepciones del parnaso castellano.

El nido de cóndores es una fantasía que pone de

manifiesto la imaginación deslumbradora de Andrade. Hay riqueza de colorido en sus estrofas de bronce; sublime solemnidad en la evocación del cuadro en que el poeta describe el paso de los Andes por el ejército de San Martín, y sobre todo, el verso adquiere una sonoridad grandiosa en fragmentos como los siguientes:

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
Y vibraron los bélicos clarines,
Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,
Y atónita al sentirlos la montaña,
Bajó la frente, y desgarró su entraña.

. . . . . .

¡Porfiada era la lid!—por las laderas
Bajaban los bizarros batallones
Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo
En la sima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid! En la humareda,
La enseña de los libres ondeaba,
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
Y al fin entre relámpagos de gloria,
Vino a alzarla en sus brazos la victoria!

A *El nido de cóndores*, que es sin duda la composición más popular de Andrade, le aventajan en

concepto *La Atlántida* y *Prometeo*. Las estrofas de la primera de estas obras parecen estremecerse de juvenil entusiasmo frente al progreso humano; la inspiración resulta noble y alta siempre aun cuando en algunos momentos el asunto se resienta de ese afán docente que ya hemos anotado en la manera de Andrade. Tanto es así, que varios pasajes de *La Atlántida* parecen capítulos de historia puestos en verso.

Con la vieja leyenda de *Prometeo* Andrade realizó una de sus más luminosas concepciones. El asunto de esta fantasía, universalmente conocido, fué explicado sin embargo, por el mismo Andrade en una página en prosa que antecede al canto. La fábula helénica narrada por Hesíodo ha dado tema a numerosos poemas. Esquilo recoge este mito religioso de las sociedades primitivas, para personificar en él el sentimiento de la libertad, en pugna eterna con las preocupaciones.

La epopeya, el drama, hasta el romance vulgar, se han ejercitado en tan sublime asunto.

El autor de esta fantasía no ha querido hacer un poema, porque habría sido empresa loca acometer una tarea en que gastó sus robustas fuerzas el genio cosmogónico de Quinet.

No ha hecho más que un canto al espíritu humano, soberano del mundo, verdadero emancipador de las sociedades esclavas de tiranías y supersticiones.

A pesar de ser tan conocida esta leyenda, conviene reproducirla, para los que la hayan olvidado.

He aquí cómo la describe Renaud, ciñéndose a la narración de Hesíodo en su *Teogonia:*

«Antes hubo seres que intentaron el progreso del hombre por la fuerza del pensamiento; pero, en vez de gloria, alcanzaron crueles castigos, en razón a que se suponía que los dioses veían con envidia a aquellos inventores que usurpaban algo de su poder con sus creaciones independientes. Admiraban las proezas de la fuerza física: troncar árboles y hacer rodar peñascos; pero les infundía miedo el ver encender lumbre, forjar el hierro, vestir, alimentar y sanar por medio de preparaciones misteriosas. Quizá habrían aceptado tales invenciones, sin el temor del rayo que parecía siempre dispuesto a herir a los temerarios. Decíanse en voz baja que Esculapio pereció de un modo terrible, porque había querido resucitar muertos con brevajes, y a veces, excitados por el terror, se hacían verdugos para adelantarse a los dioses, mataban a Triptólemo que les enseñaba la agricultura. Prometeo fué el más famoso de aquellos genios benéficos. Pertenecía a la gran raza de titanes que se rebeló contra los dioses, aunque, más cuerdo que sus hermanos, no tomó parte alguna en aquellas luchas de orgullo, sin duda porque veía claro el desenlace de la guerra, por amenazadoras que fuesen las cohortes de los tiranos. A mayor abundamiento, ¿qué le importaban aquellos furores de ambiciosos contra ambiciosos, que combatían entre sí, unos para conservar el trono celeste y otros para recobrarlo? Su corazón no estaba allí: lejos de aquellos poderosos, de aquellos soberbios, dioses o titanes, miraba conmovido cómo se agitaban las criaturas débiles, tímidas, sin vestidos y sin utensilios,

oprimidas a la vez por la tierra y por el cielo, donde se cuidaba de acudir en su auxilio. Ni titanes ni dioses pensaban en los hombres, y cuando Zeus, rey del Olimpo, salió vencedor, quiso destruir a los inocentes mortales con sus enemigos, a tal punto llegó la embriaguez de su victoria, Prometeo los salvó, y no se contentó con eso, sino que aspiró a sacarlos de la condición de animales en que vivían, para lo cual robó fuego del cielo y les enseñó a bosquejar las primeras armas con aquella especie de alma de la materia. Zeus se indignó, porque no quería la prosperidad del hombre, sino que, como amo celoso deseaba esclavos incapacitados de elevarse. No se atrevió o no pudo quitar a los mortales el fuego de cuya conservación cuidaban todos; pero castigó a Prometeo atándolo con cadenas en un monte, no lejos del Cáucaso, entre Europa y Asia, para que el mundo entero viese el castigo, y dejándolo a merced de un buitre que noche y día devoraba su hígado, que renacía eternamente.

Esquilo, el primero de los poetas griegos por su alma y su brío, genio hostil a las tiranías, porque lo posponía todo a la justicia y la dignidad, compuso tres dramas con esta leyenda: *Prometeo llevándose el fuego, Prometeo encadenado* y *Prometeo libre,* de cuyos dramas sólo quedó el segundo, *Prometeo encadenado,* sin que la obra, mutilada así por los siglos, haya bajado de la altura en que las inspirara, dejando ya de pertenecer a una forma de arte, a una patria, a una fibra especial del corazón, se confunden con el alma universal del género humano.

Prometeo es todo heroísmo, según lo pinta el poeta que lo encontró en los mitos religiosos. Practicaba el bien por simpatía, y aun siendo víctima de su obra, no la deploraba, porque su conciencia lo sostenía en el suplicio. Con el justo orgullo de su dolor exclamaba hablando con su verdugo:

«Yo tuve lástima de los mortales y él no me ha juzgado digno de compasión.»

Con efecto, el rey de los dioses no perdona a aquel emancipador de la civilización humana; pero se ve aislado en su omnipotencia: nadie simpatiza con él, en tanto que todos ensalzan a Prometeo. Al principio, las Oceánidas, ninfas del mar, olas con formas de doncellas, vienen a consolar al paciente con sus cantos. Tendido en un peñasco, no puede ver a las compasivas visitantes; pero oye el ruido de su llegada «como el de pajarillos cuyas alas hacen vibrar el aire suavemente». En vano, sin embargo, quieren calmar el dolor de Prometeo, a quien sólo una idea sostiene en su tormento, y es que un día su enemigo triunfante será destronado. El rey de los dioses penetra la idea de su víctima, y atemorizado, le envía por el mensajero de los dioses la orden de que se explique y descubra el porvenir. Prometeo no desmaya con la esperanza de verse libre. «Jamás, amedrentado por el fallo de Júpiter, seré yo pobre de espíritu como una mujer; jamás como una mujer levantaré mis brazos suplicantes hacia aquél a quien aborrezco con todo mi odio, para pedirle que rompa mis cadenas: lejos de mí tan cobarde pensamiento.» El dios, impotente, no

tiene otra cosa que hacer sino vengarse con algún nuevo suplicio, mientras reina aún, y en efecto, emplea las amenazas para quitar a Prometeo hasta los seres compasivos que lo consuelan. El coro, más digno que el dios, responde a su mensajero: «Dime otras palabras, dame otros consejos y te podré escuchar. Lo que me dices me oprime el corazón. ¿Cómo puedes ordenarme semejante villanía? Los males que sufre Prometeo quiero sufrirlos yo: he vivido en el odio a los traidores; la enfermedad más repugnante es la traición.»

Andrade según lo manifiesta en el final de la nota explicativa, dice que el canto *Prometeo* fué escrito para no ser publicado, y que sólo rindió su tributo a la letra de molde a instancia de amigos «que tienen derecho a exigir del autor sacrificios de mayor magnitud.»

Mas que por el pensamiento, vale este poema por los esplendores de la forma.

Si Olegario Andrade hubiera unido a su talento inmenso una cultura filosófica y literaria menos superficial; si hubiera sabido poner freno al desborde oceánico de sus imágenes, habría sido, a buen seguro, uno de los grandes poetas inmortales del mundo.

Andrade falleció siendo diputado; y hasta el instante de su violento ataque de peritonitis que lo llevó a la tumba, tuvo a su cargo la dirección de *La Tribuna Nacional.*

Entre nosotros, su *Nido de cóndores* vivirá tan imperecederamente como el culto del glorioso libertador a quien evoca

«Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía.»

CAPÍTULO XXXVI

Ricardo Gutiérrez. — *Lázaro* y *La fibra salvaje*. El médico-poeta. — *La hermana de Caridad*.

El sentimiento del amor, que casi brilla por su ausencia en toda la obra de Andrade, surge ardoroso y cautivante de las producciones de Ricardo Gutiérrez, el ilustre autor de *Lázaro* y de *La fibra salvaje*. Fué, además de poeta, médico, especializándose en las enfermedades de la infancia. A él se debe la fundación del primer hospital de niños que haya tenido Buenos Aires.

Nació en el pueblo de Arrecifes el 10 de noviembre de 1836, trasladándose a la capital para hacer su bachillerato primeramente, e iniciar luego sus estudios de abogado que interrumpió para matricularse en la Facultad de Medicina. Apenas dueño de su título, estalló la guerra del Paraguay y se vinculó a la sanidad del ejército de Mitre. Terminada la campaña en contra del tirano López, Gutiérrez se embarcó para Europa, desde donde escribió correspondencias interesantísimas a *La Nación*.

Su ciencia y su popularidad profesionales, dice Groussac, están en todas las memorias: Gutiérrez era un espíritu superior que envolvía un alma noble

y vehemente, y su luz externa no era sino la llama de su foco interior. Ha muerto llorado después de vivir bendecido.»

Muy pocos de los que nos hemos estremecido al oír los acentos tiernos y a la vez ingenuos de un hijo privilegiado de las musas hemos dejado de aprender de memoria y de recitar con puro deleite los cantos de Ricardo Gutiérrez, llenos de poesía idealmente amorosa y de notas que vibran con la dulzura de un suspiro. Como observa don Juan José García Velloso, más apasionado de la soledad y de la meditación, que de la naturaleza campestre que evoca en sus dos obras fundamentales, este bardo sugiere con sus obras estados emocionales de poderosa intensidad; pero rara vez deslumbra con el color del paisaje, como Echeverría y Obligado, por ejemplo. Su virtud artística reside principalmente en la pintura del hombre por dentro, del hombre psicológico: no en la reproducción del mundo físico y sensible.

A pesar de lo dicho, en sus obras se hallan de vez en cuando momentos descriptivos admirables y evocaciones tan soberanamente hermosas como aquella del gaucho Lázaro, que está idealizado en forma encantadora y lleno de trazos seguros, como podrá colegirse en las siguientes estrofas:

«Es arrogante y varonil su traza
En la movilidad de su apostura;
La raza de los nobles no es su raza,
Pero es noble y gallarda su figura;
Porte que no envilece ni disfraza
La rara y desenvuelta vestidura,
Que lleva con descuido soberano
El intrépido gaucho americano.

Bajo el sombrero que inclinó a la frente
Nublando de las luces el destello,
Y en redor de la barba, que naciente
Sombrea apenas el altivo cuello,
Reposa sobre el hombro, negligente,
En separados rizos su cabello,
Que cierra en blando círculo ondeante
El óvalo gentil de su semblante.

Ciñe con abandono y galanura
Los pliegues de su ancha «camiseta»,
El tirador, que envuelve a la cintura
Sobre cada puntada una peseta,
Y el puñal de luciente engastadura
De la mano al alcance atrás sujeta,
Que sobre el talle con desdén cruzado
Asoma de un costado a otro costado.

La manta de vicuña recogida
Bajo aquel aro de cambiante brillo,
Del chiripá en los pliegues compartida,
Le envuelve en el cribado calzoncillo;
El poncho leve que arrolló y descuida
Cuelga en la empuñadura del cuchillo;
Y en los caireles de su fleco suena
La estrella de la hermosa «nazarena».

....
.....

No; lleva él las prendas de aquel traje,
Que destaca del muro sus colores,
Con toda la arrogancia del salvaje,
Y aquella majestad de los señores:
Y es único padrón de su linaje
El sello de los seres superiores;
Que en el primer relámpago adivina
El ojo observador que le examina.

De su mirada en el fulgor sombrío
Hay la intensa quietud del pensamiento,
Hondo como el desmayo del hastío,
Fijo como fatal remordimiento:

Rastro indeleble del afán impío
O del triste y profundo sentimiento,
Que en muda paz o tenebrosa calma
Habita lo más íntimo de su alma.

La idealización del gaucho realizada por Gutiérrez en el poema *Lázaro* produjo luego aquella serie de libros interesantes que escribió su hermano Eduardo.

Entre las mejores composiciones de este poeta debemos citar *El poeta y el soldado, La hermana de caridad* y *El misionero*, impregnadas de dulce y sincero misticismo y ricas en imágenes externadas en estilo terso y en ritmos propios.

Si el poeta romántico de *Lázaro* y *La fibra salvaje* no tiene rival en nuestro parnaso, el lírico de *El libro de las lágrimas* y *El libro de los cantos*, se coloca a la altura de los mejores poetas que han escrito en castellano.

Ricardo Gutiérrez falleció en Buenos Aires el 25 de septiembre de 1896. Su estro había enmudecido ya, y sólo su grande y noble corazón lo sacaba de la misantropía que lo dominaba y que desaparecía como por arte de encantamiento junto al lecho del niño enfermo y en presencia de las madres atribuladas que tanto lo bendijeron.

CAPÍTULO XXXVII

Jorge y Adolfo Mitre. — Ensayos artísticos del primero. — Su drama *La Política*. — Los versos *A mi hermana Josefina*. — Adolfo Mitre. — Sus *Poesías* editadas en 1882. — Fin prematuro de este poeta. — Juan Chassaing. — Carlos Encina. — Gervasio Méndez.

Jorge y Adolfo Mitre fueron dos ingenios que desaparecieron en flor, como Balcarce, como Chassaing y como Encina.

Todo lo que nos queda de Jorge hay que juzgarlo desde un punto muy relativo, pues desapareció cuando apenas contaba 17 años. Su amigo de la infancia, Enrique S. Quintana, nos ha dejado una bella página que lo describe en su faz moral y nos lo revela en toda la potencia de su privilegiado cerebro, que tan admirables cosas había producido.

A los 14 años ya era redactor del periódico *La Regeneración,* que fundó con Eduardo Gutiérrez y Adolfo Lamarque. Por aquel entonces publicó su canto a *Méjico,* que le valió grandes elogios del celebrado crítico y poeta peruano Clemente Altahus. Escribió luego una comedia de estilo bretoniano, que estrenó en el teatro de la Victoria, con gran éxito. A juzgar por este ensayo, y por los fragmentos del drama *La Política,* que debió escribir en colaboración con Lamarque, hubiera llegado a ser un

hombre de teatro muy distinguido. Las escenas más interesantes de esta obra inconclusa pueden leerse en el tomo de poesías que se publicó el año 1871, y que se halla en el archivo Mitre, anotado prolijamente por su padre.

Este volumen contiene además poesías satíricas y sentimentales que acusan una gracia y un buen gusto exquisitos. Merecen recordarse las tituladas *Amor mudo, A mi hermana Josefina, ¡Todo!* y especialmente *La coqueta*.

Más poeta y más artista que Jorge, se nos antoja Adolfo Mitre, cuyos versos, totalmente desconocidos en la actualidad, están reclamando el puesto de honor que merecen en nuestro parnaso. Fué sin duda alguna el primer talento de su generación y uno de los espíritus más extraños que haya producido la literatura argentina.

Nació en Buenos Aires el 6 de mayo de 1859 y cursó sus estudios en el Colegio Nacional. A los 21 años se graduaba de doctor en Jurisprudencia, después de haber marcado gallardamente su paso por los claustros universitarios y cerrado con broche de oro su vida estudiantil con una tesis modelo que, según Magnasco, había sido escrita con la cabeza y con el corazón.

Con Alberto Navarro Viola, otro poeta malogrado también, tradujo un texto de Derecho Internacional, y sin abandonar sus tareas de redactor de *La Nación*, escribió con el doctor Ernesto Quesada unos *Apuntes de Derecho Internacional Privado*.

En el corto espacio de cuatro años, que median

entre su salida de la Universidad y su temprana muerte, escribió gran número de composiciones poéticas, todas inspiradas, bellas y conceptuosas.

Su tomo de *Poesías,* editado en 1882, pone de manifiesto su preclaro ingenio, su gusto refinado, su espíritu inquieto e inquietante. Estamos firmemente seguros de que si hoy se reprodujeran las composiciones de este volumen, harían reverdecer los laureles de la lírica argentina tan venida a menos.

Hay sin duda en muchas de las composiciones de Adolfo Mitre, cacofonías y asonancias; a veces la musicalidad del verso se resiente de cierta dureza; pero la emoción lírica surge siempre, en raudal bellísimo, hasta en las del género ligero, improvisadas en un abanico o en un álbum, como en aquellas cuartetas que dicen:

«Hace días en un diario
leí este aviso: «Atención:
se ha perdido un relicario
en forma de corazón.»

Si se llegase a perder
tu corazón ¡oh dolor!
donde en paz deben yacer
tantas reliquias de amor,
se leería en algún diario
este otro aviso: «Atención:
se ha perdido un corazón
que parece un relicario.»

Adolfo Mitre era el ídolo de la generación literaria que se reunía junto al sillón trágico del poeta Gervasio Méndez, y que soñaba con el ideal. Uno de sus panegiristas, el doctor Ernesto Quesada, des-

cribe así a Adolfo Mitre: «Esbelto y elegante sin afectación, su figura respiraba un cierto aire de melancolía que se granjeaba en el instante mismo las simpatías de los que lo veían. Unía a su envidiable posición social, la estimación de caballeros y de damas, y el cariño de sus compañeros. Su felicidad era, puede decirse, completa, porque amaba «con amor del alma», a la que más tarde fué su esposa. Su tiempo lo dividía entre el estudio técnico del derecho, el ardoroso culto de las letras — en lo que empleaba sus mejores horas — y en las tareas de *La Nación.*»

Una de las composiciones que mayores aplausos le valieron en aquel entonces, fué su canto *A Francia,* que declamó en el Jardín Florida, entre los entusiasmos de la concurrencia reunida en homenaje al 14 de julio. Es una composición robusta y llena de imágenes valientes.

Su libro se divide en cuatro partes: *Himnos y clamores; Íntimas; Cuerdas flojas*, y *Poesías diversas*. En la primera y en la última se hallan expresiones tan completas como *El suicida, Armonías* y *El alma del artista.*

La muerte de Adolfo Mitre provocó una imponente manifestación de dolor. Sobre su tumba se congregaron la amistad y la admiración. Basta leer los discursos que pronunciaron en aquel momento Osvaldo Magnasco, Gabriel Cantilo, Amancio Alcorta y Epifanio Portela, para darse cuenta del hondo desconsuelo que produjo entre la juventud la temprana desaparición del último poeta romántico en el orden

cronológico que hayamos tenido. «Había en el fondo del corazón de Adolfo Mitre, dice José Tomás Guido, un tesoro, no solamente de ilusiones, sino también de los sentimientos más nobles. La patria, la amistad, la piedad filial, la tendencia al sacrificio, y todos los ideales de la juventud eran la fuente de sus inspiraciones.»

Otro poeta muerto prematuramente fué Juan Chassaing, «ídolo del pueblo que le vió nacer», según dice don José María Gutiérrez, en su tan conocido artículo necrológico sobre el autor de *A mi bandera.*

Chassaing, prototipo de porteño ardiente y batallador realizó también con brillo algunas campañas periodísticas y políticas, llegando a tener gran ascendiente entre las clases populares.

Derramó su sangre en Pavón por la causa de Buenos Aires; representó a su pueblo en el Congreso y enardeció a las multitudes en los días de asonadas políticas. Las composiciones más conocidas de este poeta, son la ya citada *A mi bandera* y el *Canto a la instalación del Ateneo del Plata.*

Carlos Encina, que también falleció muy joven tuvo mucho ascendiente entre los escritores de su generación. Sus versos ahitos de filosofía a base de reminiscencia de Hegel y Spencer, nos resultan hoy desarticulados, prosaicos y de un pretendido trascendentalismo que llega, al fin y a la postre, a lo pueril. Gustaba de los títulos rimbombantes como *El poema del Infinito, La evolución del espíritu, La mujer ideal, La lucha por la idea.*

Al lado de este poeta, de quien más adelante nos hemos de ocupar, aparece la figura doliente de Gervasio Méndez, que nació en Gualeleguaychú, como Andrade, el 2 de diciembre de 1842. Muy joven quedó paralítico, sobrellevando estoicamente durante cinco lustros la horrible tragedia de su vida sin consuelo, hasta que la muerte lo libertó el 18 de abril de 1897.

Fundó la revista el *Album del Hogar*, en cuyas páginas colaboraron muchos de sus jóvenes admiradores. Ha dejado esta pobre alma enferma composiciones muy estimables entre las que se singularizan *Desencanto, Jamás* y *La mujer que adoro.*

Sus contemporáneos le llamaron el «poeta del dolor.»

CAPÍTULO XXXVIII

Síntesis. — Bartolomé Mitre. — La época contemporánea.

Hemos dejado para cerrar los últimos capítulos de la historia literaria del país, que como se ha visto sólo se refiere a poetas y publicistas ya desaparecidos, la augusta personalidad de don Bartolomé Mitre, y vamos a evocarla sintéticamente como un símbolo de las tres épocas más culminantes de la cultura argentina, esto es: la de los ingenios en la emigración, la de los pensadores y estadistas que volvieron a la patria para trabajar por su grandeza, y la de los que a raíz de tan crueles luchas la han puesto sobre el carril que ha de conducirla a sus altos destinos.

Mitre actuó en esos tres momentos intensamente, viviendo más que por su longevidad, por su acción incansable, la vida multiforme de varios hombres. En su alma se concretaron los ideales que inflamaran el cerebro de los estadistas anteriores a Caseros, y luego el amor a las instituciones republicanas, para ser además de su verbo el eslabón entre dos épocas y el testimonio inmortal de los períodos históricos más difíciles que haya atravesado nuestro país después del grito de Mayo. Los próceres de la Indepen-

dencia desplegaron una bandera de redención; Mitre fué el asta de esa bandera.

La obra de publicista del ilustre autor de la *Historia de San Martín* ha sido citada ya fragmentariamente en el presente trabajo. Poco, pues, tendremos que añadir a los merecidos y entusiastas elogios que en su oportunidad nos ha merecido. Antes de llegar de nuevo a ella, para abarcarla en su conjunto, vamos a resumir algunos apuntes biográficos de tan eminente personalidad, en forma muy somera, ya que para realizar el trabajo como es debido tendríamos necesidad de escribir un libro.

Nació en Buenos Aires el 26 de junio de 1821. Sólo contaba diez y seis años de edad cuando se dió a conocer simultáneamente como militar y como poeta, distinguiéndose en el sitio de Montevideo, al cual concurrió como capitán, y publicando sus primeras producciones. En el segundo sitio de Montevideo (desde 1845 a 1846) ganó el grado de teniente coronel. Terminada la campaña pasó a Bolivia, donde gobernaba el general Ballivián, el cual trató al emigrado con la deferencia que merecían su talento y aptitudes, y en las jornadas de Lavala y Biche se batió con denuedo al mando de la artillería. Viéndose obligado a emigrar, se estableció en Chile, donde (1848) ingresó en la redacción de *El Mercurio* de Valparaíso. No era nuevo para Mitre el oficio de periodista, pues ya en Montevideo había dirigido *La Nueva Era* y *El Nacional,* y en Bolivia *La Epoca.* Luego se trasladó al Perú, regresando a Chile en 1852, año notable por el levantamiento argentino

contra el tirano Rozas. Mitre atravesó los Andes en compañía de los compatriotas que acudían a pelear por la libertad, y en la batalla de Monte Caseros tuvo el mando de la artillería oriental en el ejército aliado. Después del triunfo, fué elegido diputado y se dirigió a Buenos Aires; pero disuelta la asamblea por la violenta oposición que hacía al gobierno, emigraron todos sus individuos. Desde aquel día ejerció Mitre gran influencia en la política. Comandante (1852) y ministro de la Guerra (1853), ocupó sucesivamente los cargos públicos más importantes. Cuando las disensiones entre la provincia de Buenos Aires y las otras trece se recrudecieron hasta el extremo de acudir ambos partidos a las armas, Mitre, que ya era coronel, se puso al frente de las fuerzas bonaerenses; pero el ejército contrario, mandado por Urquiza, lo derrotó en Cepeda y Buenos Aires volvió a entrar en la Confederación. Al año siguiente Mitre fué elegido gobernador de Buenos Aires, y durante su administración llevó a cabo mejoras de importancia. La guerra continuaba encarnizada, y más feliz esta vez que en la anterior campaña, batió Mitre completamente a las fuerzas de la Confederación en la batalla de Pavón (17 de septiembre de 1861). A consecuencia de aquella jornada, dimitió su alto puesto el presidente Derqui, y más tranquilos los ánimos, restablecida definitivamente la armonía, eligióse nuevo presidente, siendo designado Mitre con general aceptación. Desde el 7 de octubre de 1862, día en que inauguró su presidencia, hasta el 12 de octubre de 1868, en que transfirió su poder a Sarmiento,

Mitre trabajó con celo incansable por la prosperidad de la patria. Telégrafos, ferrocarriles, escuelas públicas, surgieron por todo el país, iniciándose la prosperidad de la República. Sólo la guerra con el Paraguay entorpeció algún tanto los progresos de la paz.

En 1890 fué por única vez a Europa, siendo saludado por todos los políticos, militares y artistas notables como una de las glorias más puras de América.

En París editó tres libros: *Rimas,* que es una colección de versos escritos a los veinte años, y una traducción en versos castellanos del *Infierno,* del Dante. Cuenta además entre sus obras un drama en cuatro actos titulado *Policarpa Salvarrieta,* una traducción del *Ruy Blas* de Víctor Hugo y varios tomos de discursos que tituló *Arengas.*

Es autor de la *Historia de San Martín* y de la de *Belgrano*, dos monumentos de la literatura americana.

El talento de Mitre resulta extraordinario como militar é historiador, así como político literato y orador. Después de haber pasado por las altas cumbres del poder, vivió en la serena región de sus prestigios, consagrado al cultivo de las letras y recibiendo el homenaje de respeto de propios y extraños, que lo admiraron, tanto por su fecunda inteligencia como por sus virtudes.

«El equilibrio sereno e inalterable, dijo uno de los panegiristas en la hora amarga de su muerte, se cernía en Mitre sobre el alcance de las pasiones, como se elevan las cumbres sobre el alcance de los

huracanes. La igualdad de su carácter era tan afinada y tan firme, que ninguna fuerza hubiese bastado para alterarla. Había momentos en que parecía llegar a la impasibilidad. Indiferente a la crítica y al elogio, tan frío para los fanatismos de la adhesión como para las injusticias de la enemistad, alentado por una inspiración superior y por una fe razonada, sostenido por las energías de su alma y el temple de su carácter, poniendo el corazón al servicio del pensamiento y el pensamiento al servicio del ideal, realizó toda su obra sin alterar en ningún momento el concepto fundamental de probidad y de patriotismo y sin dejarse vencer jamás por los desfallecimientos que quiebran la voluntad y agotan las fuerzas en los choques diarios del combate contra los hombres y las cosas.»

En Mitre lo que más asombra es el cúmulo de actividades intelectuales que realizó magníficamente, aun en los momentos más complicados de su vida política. Los que hemos concurrido casi a diario a su biblioteca, nos podemos dar cuenta cabal y exacta de la enorme labor que realizó. No hay un solo libro que no esté prolijamente comentado en sus márgenes, de su puño y letra. En todas esas anotaciones admirables se ve la colosal erudición que poseía su sagaz sentido crítico. Tales libros tienen además los borradores de la copiosa correspondencia, de su puño y letra también, que mantuvo con los autores que le pedían su juicio. Aquel hombre que hizo la República, que luchó en los campos de batalla, que acudió al mitin, que estaba en el Congreso, en

el club, en la calle, en todas partes, en fin, donde se expandía y vibraba el alma argentina, tuvo tiempo para realizar investigaciones históricas, hacer versos, traducir al Dante, a Hugo, o a los poetas clásicos latinos, y bucear en los orígenes de los idiomas indígenas de ambas Américas.

La lista bibliográfica completa de las obras de Mitre, nos demuestra con la elocuencia de los títulos su valor imperecedero. Entre esos libros merecen consignarse muy especialmente la *Biografía de Rivera Indarte*, de la cual ya hemos hablado en otro capítulo; las ya citadas historias de San Martín y de Belgrano; los *Estudios históricos sobre la Revolución Argentina;* las *Cartas-polémicas sobre la Triple Alianza; Comprobaciones históricas; Las Heras en Chile; Los sargentos de Tambo Nuevo; Falucho; El crucero de la «Argentina»; Informe histórico sobre los antecedentes y reformas de la Constitución; La abdicación de San Martín; Notas biográficas y bibliográficas sobre Ulrich Schmidel, primer historiador del Río de la Plata; Lenguas americanas: El Mejee y El Zoque: El Araucano y Allentiak: El Tupy; Bibliografía lingüística americana*, etc., etc.

El general Mitre falleció en la madrugada del 19 de enero de 1906, produciendo su muerte intensa emoción continental. La República entera lloró la desaparición de su hijo predilecto que había sido también su paladín.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

LA ÉPOCA DE VÉRTIZ

Página

El virreinato del Río de la Plata.—Buenos Aires.—La siesta colonial.—Fundación del Colegio de San Carlos.—Las Universidades de Córdoba y Charcas.—Transformación del espíritu de la colonia.—La España de Carlos III.—Espíritu progresista de Vértiz.—La imprenta de «Los Niños Expósitos».—Su historia.—Los primeros libros impresos en América y especialmente en Córdoba y Buenos Aires..... 11

CAPÍTULO II

Precursores del movimiento intelectual de fines del siglo XVIII en Buenos Aires.—Juan Baltazar Maziel.—Su vida y sus obras.—El destierro.—Rehabilitación del ilustre canónigo..... 28

CAPÍTULO III

LA ÉPOCA DE LABARDÉN

Las biografías de este poeta.—Rectificaciones.—La vida accidentada de Labardén.—El teatro en Buenos Aires.—Breve historia sobre las primeras representaciones escénicas en el Río de la Plata.—Martín Poblet.—La Ranchería.—Sus opositores.—El sermón del Padre Acosta.—El *Siripo*.—Su estreno.—El indio en la epopeya y en el drama.—Resumen crítico sobre el *Ollantay*.—El teatro precolombiano.—¿Existe un libro auténtico de la obra de Labardén?—Algunas investigaciones al respecto.—El drama *Lucía de Miranda*.—Asunto y caracteres..... 39

CAPÍTULO IV

Página

Fundación del *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiógrafo del Río de la Plata.*—Bibliografía de la Imprenta de los Niños Expósitos, hasta ese acontecimiento.—El coronel Cabello y Mesa.—La oda *Al Paraná.*—Prego de Oliver.—Muerte trágica de Labardén. 77

CAPÍTULO V

Los colaboradores del *Telégrafo.*—Espíritu editorial de Cabello y Mesa.—«Fellobio Cantón».—Sus letrillas festivas.—Desaparición del periódico colonial.—*El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio.* Domingo Azcuénaga.—Sus fábulas.—Joaquín Araujo.—La *Guía del Forastero.*—*El lazarillo de ciegos caminantes.*—Juan José Castelli.—Pedro Perdriel, Manuel Medrano, Carlos José Montero, Julián Leiva, Pedro Antonio Cerviño, Tadeo C. Haenke, Manuel Belgrano, Chorroarín y otros colaboradores del *Semanario.*—Fusilamiento de Cabello y Mesa.. 89

CAPÍTULO VI

El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio y el Consulado.—Belgrano y Vieytes.—Las ideas de Jovellanos.—El amor a la tierra.—Las invasiones inglesas.—Los cantares del triunfo sobre el britano.—Bibliografía.—Pantaleón Rivarola.—Su *Romance Heroico de la Reconquista*..... 102

CAPÍTULO VII

MARIANO MORENO

Situación de Buenos Aires después de las invasiones inglesas.—Napoleón en España.—Los hombres de la Revolución.—Mariano Moreno.—Su educación.—La «Escuela del Rey».—En el Colegio de San Carlos.—Los maestros del prócer.—Fray Cayetano Rodríguez.—Viaje a Chuquisaca.—La salud de Moreno.—En casa del canónigo Terrazas.—La biblioteca de este ilustre personaje.—Vehemencia del futuro secretario de la Junta.—Casamiento de Moreno.—Su regreso a Buenos Aires.—Los dos partidos preponderantes.—Liniers y Cisneros.—La asonada del 1.° de Enero.—El *Comercio de Buenos Aires.*—La *Representación de los Hacendados.*—La Revolución de Mayo.—Actitud de Mariano Moreno después del Cabildo Abierto..... 115

CAPÍTULO VIII

Página

La Gaceta de Buenos Aires.—Ideas e ideales del pueblo de Mayo.—La obra educativa de la Revolución.—Partida de Moreno para Inglaterra.—Su muerte..... 135

CAPÍTULO IX

LA EPOPEYA EMANCIPADORA

Los poetas de la Revolución.—La *Lira Argentina.*—Expresiones poéticas anónimos.—La musa popular.—Los cantos del vivac.—Vicente Fidel López y Planes.—El *Triunfo Argentino* y el *Himno Nacional.*—La primera canción patria.—Esteban de Luca.—La tertulia de María Sánchez de Thompson y el himno.—Blas Parera.—Noble actitud de fray Cayetano Rodríguez.—Síntesis sobre la vida y las obras de López. 150

CAPÍTULO X

Albores de la guerra civil.—Los hombres de Mayo y los egoísmos partidistas.—Los ejércitos libertadores y la anarquía.—Alegría y optimismo.—El alma española.—Complemento de la obra de la Revolución.—Instituciones de cultura.—La Academia de Matemáticas.—El libro y la tribuna sagrada.—Sociedades literarias y artísticas.—El teatro.—El deán Funes.—Continuación de la *Gaceta.*—Vida del ilustre sacerdote.—Los incidentes del Triunvirato.—Ensayo de la *Historia Civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay.*—Muerte del Deán..... 163

CAPÍTULO XI

Las grandes figuras de la Revolución.—Bernardo de Monteagudo.—Contradicciones históricas respecto a sus orígenes.—La «patria» de Monteagudo.—Aparición del prócer en Buenos Aires.—*El origen de la Sociedad y sus medios de mantenimiento.*—La Sociedad literaria.—Odio de Monteagudo a los tiranos.—Vehemencia de este escritor y orador.—Los demócratas y la *Gaceta.*—Sus principales artículos.—El ejército de San Martín.—Monteagudo en San Luis.—Transfiguración del espíritu democrático.—Monteagudo en Lima.—La entrevista de Guayaquil. Asesinato de Monteagudo.—Sus obras..... 172

CAPÍTULO XII

Página

Fray Cayetano Rodríguez.—El poeta y el patriota.—El girondismo y la reforma eclesiástica de Rivadavia.—*El oficial de día*.—Obras de fray Cayetano.—*Himno a la patria* 182

CAPÍTULO XIII

El tomo de *Poesías Patrióticas*, de 1822.—Antologías y florilegios.—Las tertulias literarias.—El salón de doña Joaquina Izquierdo.—Luca, Lafinur y Rojas.—El doctor Camilo Enríquez.—El arte del teatro y Rojas.—Inauguración de la «Sociedad del Buen Gusto».—*Cornelia Berguia*.—*La jornada de Maratón*, *Camila*, *La Quincallería*, y otras obras escénicas.—Entretelones de la vida teatral porteña 189

CAPÍTULO XIV

Síntesis sobre el coliseo Argentino y el teatro en Buenos Aires.—Entretelones de la vida escénica.—Repertorios y listas de compañías.—La Casa de Comedias y Trinidad Guevara, Matilde Díez, Ana Campomanes, Antonia Castañera, etc.—Casacuberta.—El cómico soldado.—Vida accidentada de este actor.—Muerte trágica de Casacuberta.—Juicio de Sarmiento sobre esta muerte 200

CAPÍTULO XV

Triunfos líricos de Esteban de Luca.—Juan Crisóstomo Lafinur.—Vida de este poeta.—De Luca y la *Abeja Argentina*.—Naufragio de De Luca.—*El arpa perdida* 213

CAPÍTULO XVI

Publicistas olvidados o desconocidos.—El padre Iturri.—Su *Historia del Río de la Plata*.—Opinión del deán Funes sobre esta obra.—Miralla.—Su vida multiforme.—El célebre Boqui.—Aventuras de Miralla en Lima.—El político y el artista.—Cartas de «Jacob Ortis».—La elegía de Tomás Gray.—Muerte de Miralla.—Vera y Pintado.—Originalidades de este poeta.—El primer periódico chileno.—Composiciones patrióticas de Vera y Pintado 220

CAPITULO XVII

JUAN CRUZ VARELA

Página

El Estudiante de Córdoba.—Primeras expresiones artísticas de Varela.—*Elvira*.—Asuntos de esta obra juvenil.—El poeta en Buenos Aires.—Su ascendiente social.—La revolución mal encaminada.—Las angustias de 1820.—Resurgimiento político.—Gobierno de Martín Rodríguez.—Muerte de Belgrano.—El genio gubernativo de Rivadavia.—Varela y el teatro.—*Dido* y *Argía*.—Análisis de estas dos tragedias clásicas.... 238

CAPITULO XVIII

Florencio Balcarce.—Juicio de Florencio Varela sobre este poeta adolescente.—Una carta de Ventura de la Vega..... 260

CAPITULO XIX

Los místicos.—Oradores sagrados.—Influencia del púlpito en los destinos de la Revolución.—Gorriti, García, Del Corro, Sáenz, Gómez, Molina, etc.—El padre Castañeda.—Sus sátiras terribles.—El educador y el polemista.—Periódicos que redactó.—Su obra..... 270

CAPITULO XX

Colección de memorias y autobiografías de algunos próceres de la Revolución.—Gervasio Antonio de Posadas.—Cornelio de Saavedra.—Pedro José Agrelo.—Sus escritos más notables.—El sucesor de Moreno en la *Gaceta*.—Manuel Moreno.—El libro a propósito de su hermano.—El compilador de *La Lira Argentina*.—Ramón Díaz..... 292

CAPITULO XXI

EL ROMANTICISMO

Dictadura de Rozas.—Los emigrados.—El pensamiento argentino en Santiago de Chile y Montevideo.—Echeverría.—*La Cautiva*.—*El Matadero*.—Argentinismo de estas dos producciones.—Los *Consuelos*.—Otros poemas de Echeverría.—La «Asociación de Mayo».—Su «Dogma Socialista»..... 302

CAPÍTULO XXII

Página

Florencio Varela.—Su expatriación.—Aparición de *El Comercio del Plata*.—El periodista político.—Sus versos.—Juicios breves de algunos contemporáneos suyos.—Asesinato de Varela..... 328

CAPÍTULO XXIII

Rivera Indarte.—El panfletista terrible.—Su actuación en Montevideo.—La fuga de Rivera a los Estados Unidos, y su regreso al Río de la Plata.—Las *Melodías hebraicas*.—Las *Tablas de sangre*.—Otros escritos políticos.—Muerte de Rivera en el Brasil..... 336

CAPÍTULO XXIV

Mármol.—Su romanticismo a la manera de Zorrilla y Espronceda.—Los *Cantos del Peregrino*.—*El Poeta* y *El Cruzado*.—Actuación política de Mármol.—*Amalia*..... 346

CAPÍTULO XXV

Ventura de la Vega.—Lazo espiritual entre España y América.—El poeta lírico.—Su comedia *El hombre de mundo*.—Otras obras dramáticas de Ventura de la Vega.—*La muerte de César*..... 335

CAPÍTULO XXVI

Juan María Gutiérrez.—Sus días amargos en el ostracismo.—*América Poética*.—Gutiérrez representante de la tradición patria.—Sus evocaciones de Maziel y Labardén.—*Historia de la enseñanza en Buenos Aires*.—Trabajos poéticos de este autor.—La bibliografía americana y Gutiérrez.—*La Revista de Buenos Aires*.—*El Correo del Domingo*..... 362

CAPÍTULO XXVII

Los periodistas de la tiranía.—De Angelis.—Otros románticos: Cuenca y Domínguez..... 370

CAPÍTULO XXVIII

Sarmiento.—El político, educador y el polígrafo.—*Facundo*.—*Recuerdos de Provincia*..... 375

CAPITULO XXIX

LA POESÍA POPULAR

Página

Los poetas gauchescos.—La milonga.—El *Cancionero Argentino.*—El arte tradicional.—Juan Gualberto Godoy.—Bartolomé Hidalgo..... 384

CAPITULO XXX

Hilario Ascazubi.—*Aniceto el Gallo.*—*Santos Vega ó Los Mellizos de la Flor.*—*Paulino Lucero.*—Diletantismo artístico de los poetas gauchescos..... 392

CAPITULO XXXI

Estanislao del Campo.—*Las impresiones del Gaucho Anastasio el Pollo.*—Juicio de Joaquín V. González sobre esta obra.—Fragmentos del *Fausto.*—Una carta de Guido y Spano..... 396

CAPITULO XXXII

Martín Fierro.—El pueblo de las campañas pastoras argentinas.—Éxito enorme de Hernández con su poema.—Estilo y caracteres de la obra.—Filosofía que de ella surge.—Elementos sicológicos que definen al gaucho.—El *Héroe* pampeano..... 405

CAPITULO XXXIII

Resurgimiento de las letras argentinas.—Caudal bibliográfico durante la presidencia de Mitre.—La *Revista del Río de la Plata.*—José María Cantilo y el *Correo del Domingo.*—La *Revista de Buenos Aires.*—Estudios históricos que aparecieron en sus páginas.—Vicente Fidel López.—*La Novia del Hereje.*—*Historia de la Revolución Argentina.*—Otras obras importantes de López.—Santiago Estrada..... 422

CAPITULO XXXIV

Oradores y publicistas anteriores a la organización nacional.—Nicolás Avellaneda.—El periodista y el político.—La oratoria del doctor Avellaneda.—Famosos discursos suyos.—El artista.—Obras de Avellaneda..... 428

CAPITULO XXXV

Página

Olegario V. Andrade.—Grandilocuencia de su inspiración. *El nido de cóndores.*—Opiniones de Valera y Menéndez Pelayo sobre este poeta. —*La Atlántida.*—*Prometeo*..... 438

CAPITULO XXXVI

Ricardo Gutiérrez.—*Lázaro* y *La fibra salvaje.*—El médico-poeta.—*La hermana de Caridad*.. 449

CAPITULO XXXVII

Jorge y Adolfo Mitre.—Ensayos artísticos del primero.—Su drama *La Política.*—Los versos *A mi hermana Josefina.*—Adolfo Mitre.—Sus *Poesías* editadas en 1882.—Fin prematuro de este poeta.—Juan Chassaing. —Carlos Encina.—Gervasio Méndez..... 453

CAPITULO XXXVIII

Síntesis—Bartolomé Mitre.—La época contemporánea..... 459